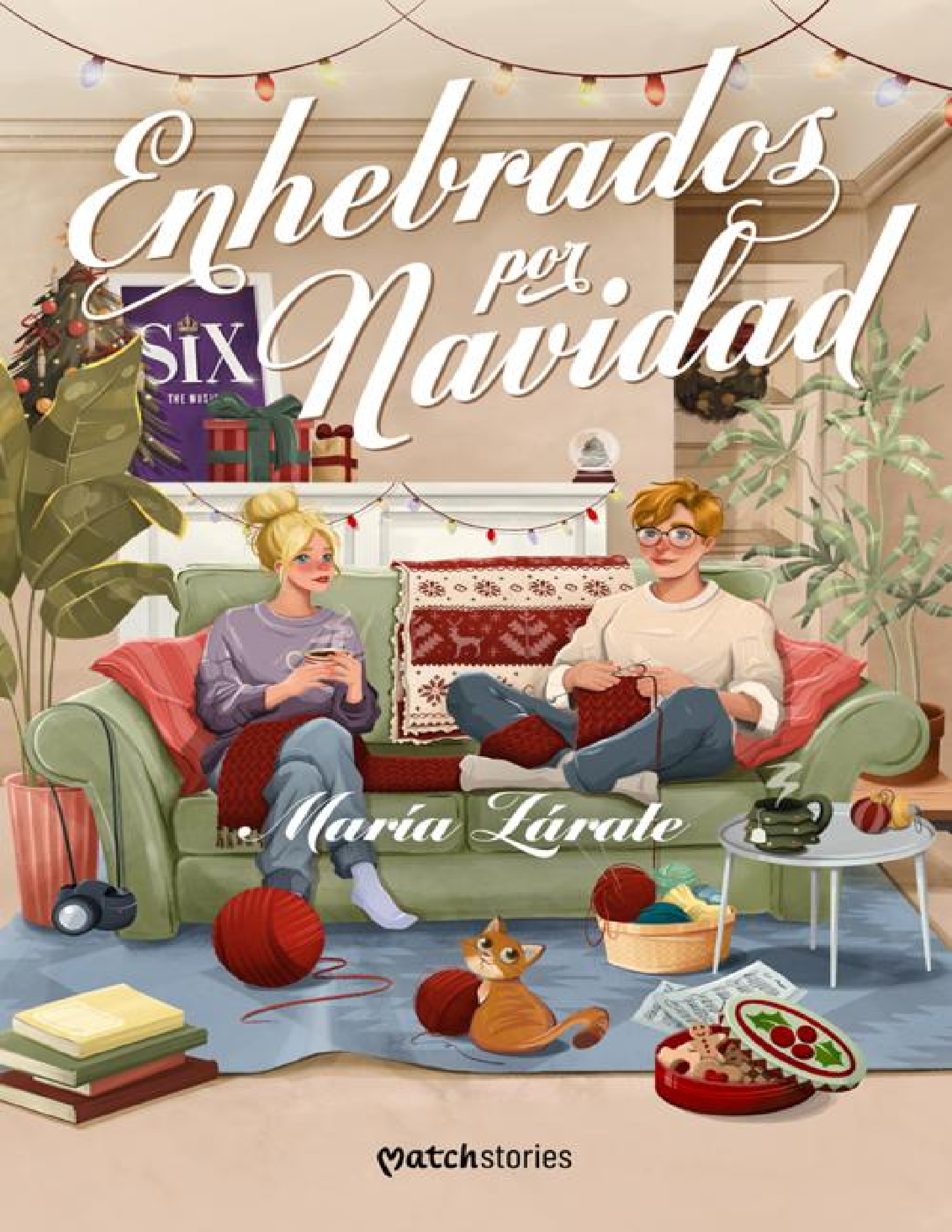
Enhebrados por Navidad



matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Pequeña nota de autora

Prólogo. Cuando tenía trece años y once meses

Lista de bufandas que Liam me ha ido tejiendo

Capítulo 1. Cuando tengo veinticuatro años y diez meses

Capítulo 2. Peripatéticos

Capítulo 3. El gato negro de la familia

Capítulo 4. Un amor de telenovela (literalmente)

Capítulo 5. ¿Fun, fun, fun?

Capítulo 6. La peor noche de mi vida (o casi)

Capítulo 7. «Adiós» es una palabra complicada

Capítulo 8. Niños, niñas y los demás...

Capítulo 9. Viva el vino

Capítulo 10. Houston, tenemos un problema (el problema soy yo)

Capítulo 11. Cabeza de serrín busca cerebro

Capítulo 12. Gafas de color rosa

Capítulo 13. Terapia de choque

Capítulo 14. Juegos Olímpicos de Invierno en Londres

Capítulo 15. De primeras veces

Capítulo 16. Confesiones entre poliéster y algodón

Capítulo 17. Gracias por la música

Capítulo 18. De tal palo..., ya se sabe

Capítulo 19. Abajo con los ricos, pero no con todos los ricos

Capítulo 20. Salseo literario y del que no es literario

Capítulo 21. SIX

Capítulo 22. Conversaciones (in)cómodas

Capítulo 23. Build-A-House

Capítulo 24. Muchas formas de querer a alguien

Capítulo 25. A tres cuartos de la centena

Capítulo 26. La primera cita oficial

Capítulo 27. Nuestra canción

Capítulo 28. Un brindis por la vida

Capítulo 29. En casa

Capítulo 30. Luces de vida

Capítulo 31. Captura el momento y recuérdalo para siempre

Capítulo 32. El duelo

Capítulo 33. Negación

Capítulo 34. Tristeza

Capítulo 35. Ira

Capítulo 36. (Paréntesis para una conversación que no quiero tener)

Capítulo 37. Negociación

Capítulo 38. (Segundo paréntesis para una conversación necesaria)

Capítulo 39. Aceptación

Capítulo 40. Todo el tiempo del mundo

Capítulo 41. Y colorín, colorado...

Epílogo. ... este cuento no ha hecho más que empezar

Agradecimientos

Banda sonora

Notas

Biografía

Créditos

Enhebrados por Navidad

María Zárate

matchstories

Para mis amigas: los verdaderos amores de mi vida.
No sé qué sería de mí sin vosotras,
pero tampoco quiero averiguarlo.

El amor no son grandes declaraciones, tampoco lágrimas de felicidad o de pena.
Es una persona conociendo a otra y anticipándose a sus necesidades.
Es convertir un acto reflejo en cotidianeidad.

MYRIAM M. LEJARDI, *No confíes en Asher Hall*

Pequeña nota de autora

Aunque soy una persona a la que le encanta la rigurosidad en sus novelas (y, sí, la he ambientado en Londres porque me gusta ir a lo seguro), de momento no tengo una bola de cristal para adivinar el futuro, así que me he tomado algunas licencias artísticas en cuanto a fechas y temáticas que aparecen en el libro.

Sí que es cierto que, habitualmente, el primer encendido importante de luces en Londres es el de Carnaby Street, donde se monta una fiesta. Sin embargo, tiene lugar durante la primera semana de noviembre, no justo el día 1. Por razones de tiempo en la trama, he tenido que adelantarlo.

Por otra parte, estoy escribiendo esto cuando ni siquiera son Navidades de 2024, por lo que puede ser que en 2025 (o cuando sea que estés leyendo esto) algunos de los planes que describo no existan, no sean así exactamente o solo hayan cambiado de localización. Ya te adelanto que en la temática del encendido de Carnaby Street será imposible que acierte (si lo hago, avísame y echo la BonoLoto).

Espero que, a pesar de todo, disfrutes de estas Navidades y de la historia.

Te lo desea: la María de las Navidades pasadas.

Prólogo

Cuando tenía trece años y once meses



Todo empieza con una excursión, un malentendido y una bufanda.

Nuestro colegio, junto a unos trescientos más de todo Reino Unido, había escogido aquel día para hacer una visita guiada por el Museo Británico. Mi abuelo me acababa de regalar su vieja cámara analógica y, aunque ya había hecho mis pinitos con fotografías desenfocadas que ponían de los nervios a mis padres, llevaba desde que habíamos salido de Birmingham probando todas las opciones posibles sin saber muy bien qué hacía.

Ya tendría años para eso.

El caso es que, con tanto niño, resultaba casi imposible no separarse del grupo que te tocaba, sobre todo si, como yo, te parabas cada dos por tres a sacar una foto. Por eso, Jordan me cogía de la mano de vez en cuando para devolverme al rebaño.

Hasta que llegamos a la piedra de Rosetta.

La señorita Hardwick, nuestra profesora, estaba tratando de hacerse oír por encima de la jauría de personas, pero ni aunque hubiera tenido un megáfono la habría oído. Yo estaba inmersa en mi tarea de capturar la mejor imagen. Había conseguido abrirme paso a codazos hasta la primera fila cuando alguien me tocó el hombro

mientras estaba encuadrando y... «clac». El sonido de la cámara anunció que saltaba una foto movida. Gruñí por lo bajo y volví a intentarlo.

Alguien me empujó.

—¡Oye! —me quejé, girándome malhumorada hacia el que me estaba incordiando.

Era un chaval con un corte de pelo que parecía hecho con un cortacésped y cara de pocos amigos. No era de mi colegio; ni él, ni el grupito que se reía mientras me hacía retroceder, a pesar de mis intentos por volver a mi sitio delante de la piedra de Rosetta.

Cuando ya estuve lejos de la pieza, negué con la cabeza y busqué con la mirada el banderín rosa de la señorita Hardwick, pero no había ni rastro de él.

Agarré a la primera chica que encontré, empezando a ponerme nerviosa.

—¿Has visto a Jordan?

Ella se zafó de mí y frunció el ceño.

—No sé de qué me hablas.

Normal, yo tampoco la conocía, pero Jordan era tan sociable que a lo mejor se había presentado espontáneamente a alguien. Asentí y eché a andar. ¿Dónde narices se habían metido todos? ¡Éramos una clase de treinta alumnos! Es imposible hacer desaparecer a tanta gente.

—¿Jordan? ¡Jordan!

Una profesora (otra, no la mía) me chistó con cara de pocos amigos para seguir con su explicación. Quise gritarle que estaba perdida, pero en un momento de iluminación me di cuenta de que tenía un precioso teléfono móvil que podía usar para llamar a mi mejor amiga.

Respiré hondo.

—Vale, tranquila, Soph —me dije intentando imitar los métodos de relajación que había visto por YouTube—. Que Jordan no tenga el móvil en silencio te va a venir bien por una vez.

Marqué con el corazón en un puño. Tendría que cogerlo porque nunca nos llamábamos y si lo hacíamos era por una situación de emergencia (existen los mensajes y, sobre todo, las notas de voz). Pero no llegó a dar señal: mi teléfono se quedó como estaba y las rayitas de la cobertura desaparecieron. Cuando giré sobre mis talones, vi que todo el mundo estaba teclea que teclea y maldije las escasas antenas que debía de haber. Seguro que la red se había saturado y yo era la única pringada incomunicada.

Además, no me había enterado del itinerario.

¿Por qué Jordan no me había recogido como a un perrito? ¿Y si me quedaba sola en Londres y tenía que llamar a mis padres y me castigaban y nunca más podía salir de Birmingham y lo más lejos que podía ir era a Coventry?

Un escalofrío me recorrió la columna al pensar en ello.

No obstante, así con fuerza la correa de la cámara y me puse en marcha. Era una preadolescente con recursos que iba a encontrar a su clase y a coserse al abrigo de su mejor amiga costara lo que costase.



Supongo que, cuando eres adulto, el Museo Británico puede no resultar tan amenazante, pero por aquel entonces, conforme el nudo de mi pecho se iba ajustando más y más hasta dejarme sin aire, cada sala parecía un laberinto eterno. Por más que había tratado de evocar la charla de la señorita Hardwick en el autobús sobre lo que

íbamos a ver, lo único que se reproducía en mi cabeza, como en una película, eran los edificios londinenses que veía a través de la ventana.

Maldije entre dientes. «Tonta, tonta, tonta».

—Perdone —dijo una voz a mi espalda, con un acento cerradísimo que no supe identificar de primeras.

Cuando me di la vuelta, vi a un chaval que tendría mi edad, pelirrojo y con un folio entre las manos donde se leía algo incomprensible. Fruncí el ceño. ¿Por qué me trataba de usted?

—Creo que me he perdido.

«Pues ya somos dos», quise decirle, pero me mordí el comentario y fruncí los labios.

—No trabajo aquí —respondí dando por zanjada la conversación.

—Imagino. Era por si habías visto —pasó a tutearme— a un grupo de irlandeses muy ruidoso. Estaba haciendo los ejercicios que nos han mandado —levantó el folio, como si de repente yo hubiera adquirido la habilidad de entender lo que supuse que era gaélico— y me he despistado.

Los ojos del chico, de un azul tan claro que parecía acuarela demasiado diluida, se agrandaban tras los cristales de las gafas que no paraba de subirse. Estaba sudando y yo también; la calefacción del museo estaba a tope y los dos llevábamos abrigo. Él, además, una bufanda de cuadros escoceses de lana que tenía pinta de ser extremadamente calentita.

O asfixiante, dependiendo de la situación.

—No los he visto —contesté.

Podría haberme quedado ahí.

Si lo hubiera hecho, ahora esta historia no existiría; en cambio, antes de que se diera la vuelta, señalé con la cabeza los ejercicios que tenía a medias y añadí:

—Pero podemos buscarlos mientras lo rellenas.

Se notaba a la legua que yo estaba tan perdida como él, pero para mi sorpresa asintió y se acercó a mí para enseñarme un enunciado.

—Dice que tengo que visitar la sala egipcia —explicó mirándome de reojo. Yo era un poco más alta que él por entonces y tuve que agacharme para poder oírlo bien en medio del caos de las salas griegas, donde nos encontrábamos—. Es para la semana de la cultura irlandesa. Tenemos que dar clases en gaélico. En fin, ¿sabes por dónde se va?

Asentí.

—Ha sido lo primero que hemos visto. —Respiré hondo y, con una confianza que no sentía, eché a andar—. A lo mejor nos encontramos con tu clase ahí.

El chico se encogió de hombros.

—Sí, a lo mejor.

Su aparente tranquilidad me estaba poniendo nerviosa. Notaba que el corazón me bombeaba tan fuerte que de tener un altavoz podría haber provocado un terremoto. Y, sin embargo, un chaval irlandés, que si no encontraba a su colegio tendría que llamar a sus padres para coger un vuelo solo y le caería una buena bronca, estaba como si nada: observando las piezas a nuestro paso y apuntando con letra apretada palabras que no comprendía. Supuse que estaba adelantando trabajo.

Para cuando llegamos a nuestro destino (yo con mil ojos y no por mi acompañante: ¿Jordan no me estaba echando de menos? ¿Y si nunca me encontraban? ¿Y si estaba perdida para siempre y me pasaba como en *Noche en el museo*, pero sin esa banda sonora tan chula?), el chico asintió y se acercó a una estatua cúbica negra. Intentó rellenar el hueco en blanco, pero se dio cuenta de que tenía

que apoyar el papel, aunque su mano era demasiado pequeña y el cristal, demasiado vertical.

—Hummm, ¿podrías ayudarme? —masculló con el ceño fruncido y sin mirarme. Busqué a alguien con la mirada (alguien con quien estuviera hablando, claro), pero estábamos solos alrededor de la vitrina—. Sí, tú, tú. Es que así no me pinta.

Me crucé de brazos, ofendida. Primero me trataba de usted y luego tenía que hacer de mesa.

—Me llamo Sophie, no «tú» —bufé accediendo a regañadientes, porque, ¿a quién iba a engañar?, estar perdida con ese chico era mejor que estar perdida sola.

Al menos, mientras rellenaba sus deberes tenía algo que hacer.

Sentí la punta de su bolígrafo en la espalda.

—Yo me llamo Liam —dijo distraído.

—Y aprietas mucho en los folios, ¿no te lo ha dicho nadie? Me vas a pintar el abrigo.

—Suelo escribir sobre madera y no es un material muy hablador, la verdad... Ya está —anunció triunfante.

—De todas formas —añadí al tiempo que me incorporaba—, ¿qué te pasa si no lo entregas?

Liam pareció pensarlo unos segundos, con el boli sobre los labios, y se encogió de hombros.

—Nada, supongo. Pero ya me va a caer bronca por haberme separado, así que no quiero que se me sume otra.

Su lógica era tan aplastante que lo miré con fascinación. Él dibujó una sonrisa.

—¿Y tu grupo cómo es?

Volví a sentir el pecho a punto de explotar.

—Pues... pues es grande y... mi profesora lleva un banderín rosa. Mi mejor amiga se llama Jordan, es morena, muy alta, y su anorak

es azul. Estaba en la piedra de Rosetta, haciendo una foto, cuando...

—Vale, vale —dijo Liam con las manos alzadas—. Me hago a la idea.

Entonces empezó a alejarse. Yo me quedé en el sitio, pensando que me estaba dejando plantada, cuando añadió:

—Venga, vamos a buscarlos, ¿no? Son dos colegios diferentes. Por estadística, tenemos que encontrarnos al menos con uno.

Corrí a seguirlo.



Llevábamos ya una hora dando vueltas y, aparte de habernos convertido en expertos en cultura egipcia, muebles medievales y bajorrelieves mesopotámicos, seguíamos sin haber dado con ninguno de nuestros colegios. Como consecuencia, no solo me dolían los pies de caminar y el estómago por no haber comido nada en un buen rato, sino que además tenía un enorme nudo en la garganta que hacía que respondiera a Liam con monosílabos.

Acabamos sentándonos en una de las escalinatas cercanas a la entrada, en un ladito, con el imponente *Discóbolo* de Mirón a la espalda. Los visitantes se quejaban de que invadiéramos una parte de la bajada, pero a Liam parecía darle igual y yo estaba muy ocupada apoyándome en la pared para no echarme a llorar.

—Creo que lo mejor será salir y llamar desde ahí. Seguro que tenemos cobertura —reflexionó Liam—. Es muy raro que nadie haya visto nada, ¿no crees?

Quise decirle que solo habíamos preguntado a dos trabajadores del museo y que deberíamos interrogar a más, pero cuando abrí la boca me salió algo parecido al lamento de una rana (ni siquiera se

podría decir que estaba croando) y la mirada de Liam se clavó en mí, fulminante.

—¿Vas a llorar? —preguntó con un hilo de voz y el pánico inundando los ojos tras sus gafas.

Negué con la cabeza, pero entonces noté como las lágrimas corrían por mis mejillas y empecé a asentir.

—Ay, Dios... —masculló él.

Respiré hondo varias veces, pero no podía frenar la fuente. Me había agobiado mucho y muy rápido y no dejaba de pensar en que me iba a caer una bronca enorme, en que mis padres iban a decirme que mi hermano nunca les había causado esos problemas («Donovan es *perfeeecto*, Sophie. Donovan es el hijo *ideaaaaal*»), en que me expulsarían del colegio, en que me confiscarían la cámara del abuelo, en que...

—¿Qué haces? —pregunté, entre hipidos, cuando noté una bola de lana en mi mejilla.

Liam estaba limpiándome la cara con su bufanda, y a juzgar por su gesto había sido un recurso improvisado. Aun así, lo hacía con bastante delicadeza para ser un chico.

—No tengo pañuelos.

—Yo, tampoco. Y los necesito. —Liam frunció el ceño, como si no me entendiera. Señalé la nariz, todavía hipando—. Cuando lloro, me lleno de mocos.

Pude ver como la vida le pasaba por delante cuando ató cabos, pero adelantó la bufanda un poco más hacia mí y apartó la vista.

—Que sea rápido. Y en una esquinita, por favor.

La verdad es que me daba mucha pena sonarme la nariz en ella, pero si no lo hacía, y finalmente encontraba a mi clase, no quería sonar como un elefante congestionado. Fui rápida y tuve la

deferencia de doblar la bufanda cuando acabé; sin embargo, Liam no la recogió. En su lugar, se puso en pie y se abrochó el abrigo.

—Bueno, ¿vamos? El aire te vendrá bien para relajarte. Ya verás que todo se queda en un susto.

—¡¡¡SOPHIE!!!

Conforme Liam estaba terminando de hablar, un buldócer con anorak azul lo arrolló y me abrazó como si no me hubiera visto en años. El olor del champú de Jordan hizo que, de repente, me sintiera tan ligera como una pluma. Y aunque seguía teniendo ganas de llorar (esa vez, de alivio), me las tragué porque no quería hacer más dramática la situación cuando ya se había solucionado. Aun así, la abracé tan fuerte como pude.

—Llevo llamándote toda la mañana. La señorita Hardwick está enfadada, pero no te preocupes, que se le pasará en cuanto vayamos al bus —me susurró. Cuando se apartó, me cogió la cara entre las manos y me dio un beso en la frente—. Voy a ponerte una correa —anunció seria.

Una risita nerviosa hizo que Jordan se percatara de que no estábamos solas. Observó a Liam y arqueó una ceja.

—¿Quién es? —me preguntó.

—Me llamo Liam. También me he perdido.

—No creo que pases por alguien de nuestro colegio con ese acento, lo siento. —Jordan se encogió de hombros—. Pero a lo mejor nuestra profesora conoce a la tuya. Los profesores se conocen entre sí, ¿no?

Dado que nuestro plan ya era salir, Liam asintió y los tres empezamos a bajar las escaleras con Jordan agarrada a mi brazo con fuerza. A cada paso notaba que me empezaba a importar cada vez menos la bronca si ella estaba a mi lado. Siempre había sido así:

Jordan y yo contra el mundo. Por eso me había asustado tanto al perderla de vista.

Un grupo nutrido de chavales ruidosos estaba taponando la entrada. Jordan se remangó para echarles un bufido, pero uno de ellos se giró antes y dio una palmada en la espalda a Liam, que a punto estuvo de perder las gafas por el impacto.

—*Maith sibh!*[1] ¿Dónde narices estabas?

El aludido sonrió y se volvió hacia nosotras.

—Pues ya estamos todos —sentenció—. Bien está lo que bien acaba.

Jordan ladeó la cabeza con el ceño fruncido.

—Oye, eres un poco rarito, ¿no? Hablas como mi abuelo.

El chaval detrás de Liam asintió en reconocimiento y dio un apretón en el hombro a su amigo.

—Venga, ya nos has retrasado suficiente.

—Vale. Ha estado guay —dijo Liam subiéndose las gafas con el dedo—. Gracias por hacer de mesa, Sophie.

—Y gracias por la bufanda, Liam —respondí yo tendiéndosela.

Liam puso cara de asco y negó con la cabeza. No me avergoncé porque había sido idea suya, la verdad. ¿Qué esperaba que ocurriera cuando le dije que debía sonarme la nariz?

—Te la puedes quedar.

—Hummm, ¿gracias? —Negué con la cabeza—. Oye, dame tu teléfono y así, cuando la lave, te la envío.

—¿Por mensaje?

—Por correo postal, listillo. —Puse los ojos en blanco y le tendí mi móvil.

Dudó un par de segundos y entonces me puso en la mano el suyo.

—No me fío de los desconocidos.

¡¿Desconocidos?! Después de lo que habíamos pasado, éramos casi mejores amigos. Aun así, como Jordan también me estaba azuzando para irnos, accedí a escribirle mi número a sabiendas de que nunca me iba a mandar ningún mensaje.

Mientras era arrastrada por mi mejor amiga de vuelta al autobús, y posiblemente a una bronca que me dejaría el resto del día atada al pie de la señorita Hardwick (así fue), me despedí con la mano de Liam y él hizo lo mismo.



Dos días más tarde, con un castigo de mis padres a las espaldas y la bufanda lavada y a buen recaudo en mi armario, me escribió un número desconocido.

Desconocido: Hola, necesito la bufanda.
Desconocido: Espero que no me dieras un número falso.
Desconocido: Soy Liam, por cierto. Si no eres Sophie, ignora todo esto y mil disculpas, caballero/señorita.

Pero como sí era Sophie, no lo hice y le escribí. Llevo escribiéndole once años por una bufanda que, al final, no le devolví.

Sigue en mi armario, guardada. A pesar de que ahora ese armario esté en Londres y dé pared con pared con su habitación.

Lista de bufandas que Liam me ha ido tejiendo

2014: Media bufanda blanca mal hecha que se ha quedado Romeo.

2015: Tres cuartos de bufanda un poco mejor hecha y con borlas.

2016: Bufanda morada.

2017: Bufanda de *Crepúsculo*.

2018: Bufanda de libros leídos ese año.

2019: Bufanda de *Hazbin Hotel*.

2020: Bufanda con la bandera bisexual.

2021: Bufanda de *Doctor Who*.

2022: Bufanda ajedrezada.

2023: Bufanda de la película *Barbie*.

2024: Bufanda de «All Too Well».

Capítulo 1

Cuando tengo veinticuatro años y diez meses



A mediados de octubre, el frío de Londres me corta la piel cuando me asomo a la ventana del tercero, donde vive Cody. No es mi novio, ni nada de eso. Yo no tengo parejas formales. Es un tío del trabajo que ha mostrado interés en mí y con el que me acuesto de vez en cuando. Un par de veces, no más. No lo hace tan bien como su hermana melliza, Cassandra, pero tampoco es el peor con el que he estado.

En el edificio de Cody ya está puesta la calefacción a tope, así que me estaba ahogando. Es gracioso, porque, a pesar de lo friolera que soy, siempre me encuentro más cómoda al aire libre. De vez en cuando, necesito sacar la cabeza y respirar un poco de contaminación. Además, a esta hora, cuando el sol ya se ha puesto y las chimeneas antiguas funcionan como hace cincuenta años, Londres parece una película *noir* que me encandila.

Me estiro como un gato. Cody está en el baño y le he robado una camiseta que me viene grande y que es demasiado fina para la temperatura exterior. Seguro que se queja cuando salga de la ducha y note el frío contra su cuerpo mojado.

Desbloqueo el teléfono que he dejado olvidado durante toda la tarde. No suelo tener muchas notificaciones porque mi círculo de amigos se reduce a dos. Los mismos que han aprovechado que yo estaba haciendo de las mías para petar el grupo que tenemos en común desde hace demasiados años.

La isla de los asesinatos

(El nombre lo cambiamos cada mes, cuando decidimos qué libro leer en nuestro club de lectura privado. Este mes ganó el *thriller*, mi género favorito, y Liam nos consiguió el último libro de Morgana Lawton a precio de saldo).

El primer mensaje que leo me deja helada, y no tiene nada que ver con que esté con la piel de gallina a estas alturas.

Jor: ¡Me han concedido la excedencia
de tres meses!

Media hora más tarde, Liam ha respondido.

Abuelo: Qué bien, Jordan:-) ¿Cassandra
ha reflexionado?

Me muerdo el labio. La maldita Cassandra de los cojones. Retiro todo lo que he dicho antes sobre sus dotes amatorias. Sobre todo, cuando leo lo siguiente:

Jor: ¡Síííííí! Vuelvo a casa, bitches.

«Vuelvo a casa». A «casa». Como si su casa no fuera Londres. Bloqueo el teléfono y empiezo a pasearme por la habitación con la ventana todavía abierta. Liam me echaría la bronca, me diría que estoy malgastando calefacción y que eso vale dinero, pero me da

igual. «Sophie, tienes que pensar más en el valor de las cosas». Vale, ¿y quién piensa en mí? ¿Quién piensa en que mi única familia son las dos personas que están celebrando que mi mejor amiga vuelva a Australia un tiempo y se pierda la Navidad?

No estoy enfadada, estoy... vacía.

«Casa».

Jordan vino a Birmingham a los tres años; ¿por qué narices se refiere a la otra punta del mundo como su «casa»? Nos mudamos aquí, junto con Liam, a los dieciocho, y su familia se mudó de vuelta a Perth poco después. Creía que estaba claro que éramos iguales en ese aspecto: sus padres están lejos, pero se preocupan por ella, y los míos están cerca, pero no nos hablamos. Por eso existe Liam, para equilibrar la balanza. Para dar ese toque de «Voy a menudo a Irlanda a visitar a mis padres, pero no os cambiaría por nada ni nadie».

Y aunque sé que debería alegrarme por Jordan porque lleva mucho tiempo tratando de conseguir unos meses para volver a su tierra (que no «casa») y porque la quiero más que a nada en este mundo, una parte de mí empieza a notar su ausencia antes incluso de que se haya ido.

Es como una bola que se hincha cada vez más, ocupando cada rincón de mi pecho e impidiéndome respirar de forma normal.

—Sophie, tía, cierra la ventana —se queja Cody al salir del baño.

Le hago caso, como una autómata, pero lo cierto es que su interrupción ha frenado momentáneamente el hilo de pensamientos que estaba llevándome a una espiral de esas de las que me es complicado salir. Sobre todo, en estas fechas en las que todo bicho viviente se prepara para exaltar el amor familiar.

Qué asco la Navidad.

Qué asco que en Londres empiece en dos semanas y las lucecitas me recuerden permanentemente que...

—¿Pedimos algo de cenar?

Miro al chico por primera vez desde que ha salido del baño y esbozo una sonrisa tenue al tiempo que dejo caer el móvil al suelo, sobre el burruño en que se ha convertido mi ropa cuando me la he quitado.

—O puedo cenarte a ti.

Cody solo se ríe, supongo que porque no le sorprende mi salida y porque nunca dice que no a este tipo de encuentros, aunque después en el trabajo lo ignore deliberadamente. A pesar de que lleva calzoncillos, y de que está oscuro y solo llega la luz de la luna y de las farolas de la calle, puedo ver que no le ha disgustado la idea.

—Pero hemos quedado.

Me encojo de hombros.

—Pues que esperen.

Ladea la cabeza y, como todo tío de veintipocos al que le ofrecen sexo, viene a por mí y me tira en la cama.

—A ti sí que voy a hacerte esperar —susurra contra mi oído.

En su cabeza debe de sonar espectacular, en la mía me recuerda a una peli cutre en la que el chico malo quiere tomar el control.

No respondo. No con palabras, al menos.

Necesito distracción y, dada la situación, no se me ocurre nada mejor que esto.

En cuanto sus dedos empiezan a recorrer la cara interna de mis muslos, Jordan, Australia y la perspectiva de unas Navidades sin ella desaparecen de mi cabeza.

Pero la bola sigue ahí. Y me ahoga.



Es raro que no pase por casa antes de entrar a trabajar, pero es aún más raro que no haya respondido a ninguno de los mensajes del grupo, aunque al menos he tenido la decencia de comprarle a Jordan su desayuno favorito en Greggs. Mientras me pongo el uniforme en la sala de empleados de Hamleys, veo venir su comentario antes de que llegue.

Y también noto el remordimiento. No quiero estar enfadada con ella, porque en realidad ni siquiera es enfado, sino tristeza; es solo que...

¿Qué?

—Tía, estábamos preocupados. —Oigo la voz de Jordan desde la puerta. Ha debido de venir corriendo, porque tiene las mejillas arreboladas y la maraña morena no ha visto un peine esta mañana. Y, como anticipaba, tampoco habrá desayunado o no estaría tan pálida—. ¿Fue un polvo memorable?

No lo dice con retintín, es su forma de sonsacar información, porque nosotras no preguntamos de frente como Liam.

—Como siempre —miento atándome los cordones. Respiro hondo y compongo una sonrisa cuando levanto la cabeza—. Perdona, me quedé sin batería después de leeros. Pero te he traído el desayuno.

Sé que no se cree lo del móvil, pero hasta me decepcionaría que lo hiciera después de tantos años. Jordan se sienta a mi lado y me da un pequeño puñetazo en el hombro. Luego abre la bolsita de papel con el logo de su cadena de comida rápida favorita y emite un pequeño gemido de agradecimiento que me arranca una sonrisa, ahora sí, sincera.

—Son solo tres meses, Soph —promete, con la boca llena de huevo y beicon.

Cómo me conoce. No he mentado el tema y ya sabe lo que me pasa. Siento que me hago pequeñita, como aquel día en que mis padres me dijeron que, si me iba de Birmingham, si no estudiaba una carrera «de bien», no me molestara en volver y desaparecieron de mi vida. Siento que, sin Jordan, mi mundo se queda enano. Y, sí, son «solo tres meses», pero son los peores tres meses que le han podido conceder.

Casi quiero culpar a Cassandra de ello, como si la supervisora de mi mejor amiga tratara de vengarse de mí por acostarme con su hermano y no seguir detrás de su culo, pero sé que no es eso.

—Ya —respondo al final con la voz ronca—. Sí, sí, si me alegro por ti.

—¿Pero...?

—Nada —digo mirándola desde arriba cuando me pongo en pie—. Que qué pasa si no vuelves; si te gusta tanto Australia que descubres que eres más feliz allí y que el cine es más barato y hace mejor clima que en Londres. Lo pasas fatal siempre en invierno.

«¿Qué pasa conmigo?»

Jordan esboza una sonrisa tenue y me lanza la bola de papel en que se ha convertido su desayuno, del que solo quedan las migas.

—Soph, eres mi mejor amiga. Eres mi *hermana* —recalca. Y sé la importancia que tiene esa palabra para ella: Jordan es hija única, por lo que Liam y yo nos hemos convertido en esos referentes para ella con los que nosotros sí nos criamos—. Pero también echo de menos a mis padres. No los veo desde hace años.

—Niña de papá... —musito sin mucha convicción.

Jordan suelta una carcajada y tironea de mi manga del uniforme para que le haga caso. A pesar de que sonríe, los ojos oscuros le

brillan un poquito y no tiene nada que ver con la porquería de luz que hay en los vestuarios.

—Piensa que es como cuando Liam va a Dublín para los cumpleaños, o para San Patricio. ¿No vuelve siempre?

Quiero decirle que no es lo mismo, que Irlanda está aquí al lado, no en la otra punta del globo, pero me callo y asiento, con una mezcla de culpabilidad y tristeza difícil de catalogar y que no quiero mostrar abiertamente. No ahora, al menos. No con una Jordan que solo quiere ser un poquito más feliz durante un poquito más de tiempo.

—Pues yo, lo mismo. —Hace una pausa y anticipo lo que viene a continuación. No solemos hablar mucho de ello, pero...—. Entiendo que el tema familiar te sea complicado —comienza a decir con delicadeza, porque, aunque sea una bruta, Jordan tiene una habilidad innata que comparte con Liam para tratar las conversaciones más duras con suavidad—, pero hemos pasado veintiuna Navidades juntas. ¡Y haremos videollamadas! Será como si nunca me hubiera ido.

Me lo creo porque quiero creerla, no porque la vocecilla de mi subconsciente no me esté machacando con que no va a ser así.

—Además, echaría demasiado de menos que me trajeras los desayunos de Greggs todos los días que no pasas por casa. Y todavía tienes a Liam.

Cuando menciona su nombre, se me dibuja una sonrisilla. Sí, Liam. El mismo Liam que todos los años me regala una bufanda porque cuando éramos pequeños le moqueé la suya. El mismo Liam que me acompañó a ver a Taylor Swift cuando Jordan tuvo que cubrir una baja y se quedó sin ver a su cantante favorita. El mismo Liam que, meses después, me tejió la bufanda roja de «All Too Well» y que llevo desde ayer a pesar de que no hace tanto frío.

Cuando más compañeras entran en la sala para comenzar el turno, Jordan se separa de mí y abre su taquilla, para ponerse el delantal reglamentario de su puesto en el estand de fabricación de chucherías. Yo engancho el pin con mi nombre y el logo de Build-A-Bear, preparadísima para una jornada maratoniana de embutir relleno de algodón en los culos de los peluches.

—¿Cuándo te vas? —susurro, armándome de valor, al tiempo que me apoyo en mi taquilla cerrada.

Jordan me mira de reojo, como valorando si me voy a tomar bien la noticia, y finalmente dice:

—En diez días.

—¡Joder, Jordan! —exclamo sin querer, con el corazón en un puño.

—Eran los billetes más baratos y con menos escalas que he encontrado, te lo prometo —se defiende—. Y tampoco quería quedarme para acompañar a Liam al encendido de luces de Carnaby. El año pasado me tiraron vino caliente por encima y estuve oliendo a alcohol tres días.

El recuerdo me arranca una carcajada involuntaria que mi amiga se toma como una pequeña tregua en el tema. Pasa uno de sus largos brazos por mis hombros y me da un beso en la sien.

—Te prometo que te mandaré el mejor regalo de cumpleaños que puedas imaginar.

—Uf, veinticinco.

Ni siquiera había pensado en que la ausencia de Jordan en Navidades implicaba también perderse ese hito que todos han pasado ya.

—Venga, Peter Pan, que ninguno nos hemos muerto.

—Yo a Liam lo veo cada día más gruñón.

—Eso es porque nació así y porque se te olvida ponerle la comida a Romeo y tiene que hacerse cargo él y acaba con ronchas por todos

los brazos.

—¡Solo fue una vez! —rezongo al tiempo que salimos a la tienda de juguetes desierta durante, al menos, la media hora siguiente. Jordan se ríe, aunque en aquel momento no fue nada gracioso y ambas entramos en pánico, tratando de recordar todo lo que sabíamos de medicina gracias a *Anatomía de Grey*—. No es culpa mía que sea alérgico a los gatos. Fue él quien lo adoptó.

—Para ser sinceros, él tampoco lo sabía hasta que esa bola naranja llegó a casa —razona Jordan—. Venga, Soph, alegra esa cara, que tienes que tratar con muchos niños hoy y no puedes espantarlos.

—Que te jodan, Jor —mascullo, lo bastante alto como para que me oiga una vez que ya ha empezado a alejarse.

Oigo la risa de Jordan perdiéndose por los pasillos de su planta. Me quedo mirando la puerta unos segundos y me percato de que, sorprendentemente, la bola que se formó ayer en casa de Cody ya no está. O no es tan grande. No sé cómo lo hacen, pero Jordan y Liam son expertos en cosas como estas, en tranquilizarme incluso cuando mi cabeza lo pinta todo muy negro.

Cuando empiezo a ordenar la ropa de los peluches, antes de que llegue mi compañera de turno, no tengo más que un pensamiento feliz en la cabeza: son solo tres meses.

Las familias no se rompen en tres meses.

Aunque, en mi caso, lo hiciera en dos conversaciones.

Capítulo 2

Peripatéticos



Liam es la persona más puntual del mundo excepto cuando se trata de salir a su hora del trabajo. Hace tiempo que desistí de entrar en el abarrotado Waterstones de Regent Street y mirarlo fijamente hasta que se diera cuenta de que su jornada laboral había acabado. A Liam le das un lector con ganas, un buen libro, y se pierde.

Supongo que, en parte, por eso somos amigos.

Por eso y porque el día en que Jordan y yo hablamos nos hizo tortitas para acompañar el té de la tarde sin sacar el tema en ningún momento.

Pero, claro, iba a pasar tarde o temprano, y hoy, un par de días después y tras haberlo esperado a la salida del curro porque se ha enredado a charlar con su compañera Lisa (que es guapísima, por cierto, con su corte de pelo francés y sus ojos oscuros), hemos venido al Westfield de al lado de casa y, de repente, ha dicho:

—A ver, Sophie.

Yo lo he ignorado lo mejor que he podido, pidiéndole ir de tienda en tienda en busca de un regalo para Jordan. Como ya no va a estar en Navidad, tenemos que adelantarla y darnos los regalos un antinatural 1 de noviembre, y yo soy de las que compran todo en el

último momento (o, en su defecto, aprovechando el Black Friday, porque Londres es demasiado caro y yo cobro el sueldo mínimo interprofesional).

Después de más de media hora pasando del HMV al Primark, y viceversa, porque no me acabo de decidir por qué cogerle, Liam me ha agarrado del brazo y me ha mirado con gravedad. Hoy lleva lentillas y el azul de sus ojos parece más brillante. Todavía es ese crío con gafas que conocí, pero ahora rara vez se las pone si no es para estar por casa.

—Sophie —repite cansado—. Venga, háblame.

Me gustaría rebatir que no hago otra cosa desde que hemos llegado, pero sé a lo que se refiere. He elegido a conciencia el centro comercial porque me gusta, me aclara las ideas. Un lugar tan limpio, tan moderno, tan lleno de vida, pero sin los agobios del centro. Cuando vivía en Birmingham, iba también a menudo al Westfield que está allí. Hay algo realmente relajante en que cada tienda tenga su lugar, los visitantes tengamos que seguir un recorrido y las decoraciones tengan que ser cohesivas. Es como una casa.

La casa del capitalismo.

Suspiro y miro a Liam con el ceño fruncido.

—¿Sobre qué?

Extiende el dedo índice y me lo clava entre las cejas, ejerciendo presión para relajar la zona, con una sonrisa bailándole en los labios.

—Sobre lo que te pasa por esa cabecita.

Decirle que «nada» sería inútil, así que claudico mientras retomo la marcha.

—Estoy estresada.

—¿Tú?, ¿cómo puede ser? —Miro de reojo a mi mejor amigo y le doy un golpe en el brazo que le arranca una carcajada grave—. Cuéntame algo que no sepa.

—Es que va todo muy rápido. Jordan se irá en nada y yo no tengo su regalo de Navidad.

Liam me pasa un brazo por los hombros y me da un beso en el pelo. De repente, me encojo un poco y me dejo hacer. Me siento como cuando me perdí en el museo y pensaba que la había cagado para toda la vida. A veces, solo puedes dejar que una de tus personas favoritas te apoye, y la mía está a mi lado, con su pelo anaranjado un poco largo para lo que está acostumbrado y las pecas de la cara resaltando más que nunca contra su piel pálida.

—Vamos por partes, ¿vale? —sugiere Liam. Yo asiento—. Sabíamos que tarde o temprano se iría a ver a su familia.

—Sí, pero... —Él me mira con una ceja alzada y suspiro—. Sí, lo sabíamos.

—Entonces, ¿cuál es el problema, Soph?

Me muerdo el labio y chasqueo la lengua.

Ya sabe cuál es el problema, pero quiere que lo diga porque eso lo hace real. Siempre he pensado que Liam debería haber estudiado Psicología en lugar de piano, pero entonces no sería el Liam que se desahoga improvisando bandas sonoras para sus hipotéticos musicales y luego se olvida de escribirlas porque «De qué me va a servir, Soph, si trabajo de librero».

—El problema es... —Siento otra vez la bola en el pecho, pero trato de centrarme en el tacto de Liam, a través del jersey, y en la colonia que hace que pueda adivinar quién es a distancia—. El problema es si le gusta más Australia que Londres.

La manaza de mi mejor amigo me da un apretón. Supongo que ya lo habrá hablado con Jordan, que incluso sabrá que ella me juró y perjuró que volvería y que él no se creyó ni una palabra de las que le dije yo en los vestuarios de Hamleys.

—Soph, ¿tú confías en Jordan?

—Pues claro que confío en ella; ¿qué tipo de pregunta...?

—Entonces, si te dice que volverá, créela.

—¿Sabes que solo estás repitiendo sus palabras?

Liam se encoge de hombros.

—¿Y qué quieres que te diga? Todos hacemos viajes y siempre volvemos, ¿no? —No me da tiempo a contestar, porque continúa—: Vinimos a Londres para estar los tres juntos. ¿Cuándo nos hemos separado en estos siete años?

—Nunca —musito.

Se coloca delante de mí y esboza una sonrisa que significa un «¿Lo ves?» que hace que mi cerebro deje un poco de lado los pensamientos catastrofistas. No es que no me fíe de la palabra de Jordan, por descontado que lo hago; es que Liam es como un ansiolítico. Liam, su mera presencia, es un aura de tranquilidad y pragmatismo, de optimismo y luz. Junto a él siempre me desinflo como un globo y consigo ver las cosas desde otro prisma. Me hace pensar, pero también me tranquiliza.

No sé, es una persona muy especial. Para mí y para todos.

—Vale. Vale, tienes razón. Los dos la tenéis. —Liam no hace ningún gesto de victoria, sino que asiente y me da un abrazo, apoyando la barbilla sobre mi coronilla. Hubo un tiempo en que yo era más alta, pero él pegó el estirón y ahora me saca una cabeza—. Pero eso no responde a la gran pregunta.

Noto como Liam se tensa un poco, hasta puedo adivinar su gesto de incomprensión.

—¿Cuál?

—¿Qué le cojo a Jordan? —Liam se separa con una carcajada—. No te rías. ¿Y si le compramos algo conjunto?

Niega con la cabeza y se aleja de mí.

—Yo ya tengo su regalo desde hace semanas, no me líes.

Troto para alcanzarlo y lo miro de reojo.

—Y lo mío. Una bufanda. Como siempre, ¿eh?

Es apenas un parpadeo, un milisegundo, pero juraría que el gesto de Liam flaquea. No puede habérselo tomado a malas, siempre bromeo con que lleva regalándome lo mismo diez años, pero en el fondo sabe que me encantan sus bufandas. Hoy me he puesto la de la bandera bisexual que me tejió el primer año que fuimos al Orgullo de Londres.

—Prepárale algo sentimental este año. Algo que se pueda llevar a Australia —comenta.

Bufo.

—Soy malísima con las manualidades, ya lo sabes.

—Pero tienes dos hermosas cámaras de fotos con las que haces arte —razona. Cuando ve que tuerzo el gesto, levanta las manos en una expresión de derrota—. Pues piensa, Sophie, que para algo tienes cerebro en esa cabecita rubia —dice al tiempo que me da un par de golpes en la sien.

Frunzo el ceño y empiezo a maldecir por lo bajo como una vieja cascarrabias mientras Liam ejercita su paciencia acompañándome a cada tienda (de las casi cuatrocientas) y saliendo de Westfield solo con un pretzel de canela, un par de bolígrafos nuevos para él y una sesión de terapia con la mejor persona que conozco.



Cuando volvemos a casa, Jordan aún no ha llegado. No es extraño, teniendo en cuenta que ha de despedirse de medio Londres, pero eso nos deja con un pequeño problema que deberíamos enfrentar tarde o temprano.

—Nos toca cocinar —anuncia Liam con voz solemne.

Los dos nos miramos y dejamos escapar un gemido de terror. Acostumbrados como estamos a que nuestra mejor amiga haya estudiado cocina, vamos a tener que aprender a vivir a base de platos precocinados o tortitas de Liam durante tres meses. Por suerte para ambos, esta noche se ofrece él a preparar algo rápido y «Ya veremos qué hacemos más adelante».

Estoy empezando a plantearme pedir a Jordan que nos congele el equivalente a su ausencia en táperes cuando Romeo aparece estirándose en el pequeño espacio que hace las veces de salón-cocina-comedor. Por supuesto, no se molesta en saludarme a mí, sino que se restriega contra los pantalones claros de Liam, que está batiendo un par de huevos.

Suspiro y me agacho para recogerlo antes de que tengamos un disgusto y haya que pinchar epinefrina de emergencia (no ha ocurrido nunca, pero tenemos una jeringuilla por si acaso). Está claro que el gato no quiere estar conmigo, porque se revuelve entre mis brazos para escapar. Casi parece que intenta alcanzar a Liam con sus patitas de calcetines blancos.

Los dos se lamentan a la vez, como conectados por un hilo invisible.

—Deja de llorar, Julieta —reprendo a mi amigo al tiempo que llevo a Romeo conmigo para ponerle comida—. En realidad, es tu gato.

—Y me duele. No sabía que lo nuestro sería un amor de novela. Y estaba tan desamparado junto al contenedor...

—Por favor, solo lees romántica. Y siempre has llevado mal el pelo de animal. Liam, no soy médica, pero me parece lo más obv... ¡Au! —Romeo me ha mordido la oreja para que lo baje—. Quieto o no te doy latita.

El gato parece entenderme, porque enseguida se calma y el muy manipulador hasta apoya la cabeza en mi hombro, aunque sé que tiene los ojos grandes y verdes clavados en Liam. Por eso se llama Romeo: porque su amor es una tragedia.

—Huevos revueltos, ¿vale? —anuncia Liam, como si tuviera alguna opción de decir que no ahora que ya ha empezado a cocinarlos—. Oye, hay algo en lo que llevo pensando estos días.

—Vaya, qué miedo. —Me río, pero no he dejado de acariciar a Romeo mientras come con movimientos nerviosos.

Cuando Liam quiere amonestarme por algo, siempre empieza así: «Soph, he estado pensando...», «Soph, creo que...». Es suave, pero a mí me pega igual. No porque crea que lo hago todo perfecto, claro, sino porque algo dentro de mí no puede soportar la idea de decepcionar a las dos personas más importantes de mi vida.

—¿Por qué no respondiste cuando Jordan mandó el mensaje? Sé que lo leíste, Soph, tienes la confirmación de lectura activada. —Hace una pausa y oigo el chisporroteo del aceite en la sartén—. Estuvo muy preocupada por si te habías enfadado.

Romeo bufa porque en mi caricia rítmica le he clavado las uñas de forma inconsciente y sale del salón como un bólido naranja. Respiro hondo y me encojo de hombros, con la sonrisa menos sincera del mundo pintada en los labios.

—Lo leí de pasada, estaba con Cody —miento. Aunque, realmente, sí estaba con él—. Abrí la conversación y no me dio tiempo de responder, lo siento.

Liam frunce el ceño, pero no me mira. Sé que no se lo cree, así que siento la necesidad de sobreexplicarme. Solo con él, con nadie más. No sé por qué.

—De todos modos, ya lo hablé con ella luego y...

—Tienes que dejar de hacer eso.

Su comentario me pilla por sorpresa. No lo ha dicho enfadado, sino... ¿cansado? Como un padre que tiene una hija problemática que nunca le hace caso. Y eso me irrita.

—Hacer ¿el qué? —pregunto con cautela.

—Lo de Cody, lo de Cassandra.

—¿Acostarme con quien me dé la gana? —gruño, porque lo último que me esperaba de Liam era que cuestionara mi forma de vida cuando a él ni le va, ni le viene.

—No. Me da igual con quién pases las noches, Sophie —dice, pero sé que miente porque, de nuevo, evita mirarme, concentrado como está en el revuelto de huevos que está sazonando—. Pero son tus compañeros y eso puede traer problemas si acabáis mal. Mal rollo en el trabajo por malentendidos.

—¿Y a ti qué más te da? Ni siquiera trabajas allí.

Noto como se me acelera la respiración cuando me pongo de pie y lo miro con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No, pero luego me toca a mí recoger tus pedazos y...

—Pues no lo hagas, yo no te lo he pedido —lo corto, notando que el enfado crece en mi pecho.

—Pero es que lo hago porque te quiero, Soph. Porque es lo que hacemos.

—Entonces, quiéreme un poco menos y deja de meterte en mi vida, Liam. Yo no cuestiono cada cosa que haces.

—Yo, tampoco —argumenta. Ha apartado la sartén del fuego y, ahora sí, me mira, con las gafas que lleva por casa medio empañadas y como pidiéndome que lo entienda. A estas alturas es complicado—. Pero no me digas que no pensaste que Cassandra había dado luz verde a lo de Jordan como venganza porque ahora estés con su hermano.

—No estoy con su hermano —refunfuño.

Liam pone los ojos en blanco, pero tiene razón: es lo primero que pensé. Pensé que Cassandra se estaba aprovechando de que Jordan quería volver a casa y estaba celosa de que lo nuestro nunca llegara a despegar.

Suspira.

—Escucha, te lo digo porque no creo que fuera el caso, pero me preocupo por ti. Y te conozco y no quiero que sufras sin motivo. Jordan...

—Me voy a la cama —declaro sin ganas. No me apetece seguir esta conversación y, al fin y al cabo, se me ha quitado el hambre—. Estoy muy cansada.

—Soph —me llama Liam, pero yo ya estoy en mi habitación.

El apartamento apenas tiene espacio para los tres dormitorios pequeños, un baño y la sala principal, pero es lo mejor que pudimos encontrar para lo que podíamos pagar y tuvimos suerte de que mi primo Jack justo se mudara a Estados Unidos y lo dejara libre. Romeo ya está tumbado en su hamaca al lado de la ventana cuando cierro la puerta, y me mira como amonestándome. Como si comprendiera la conversación que acabamos de tener el amor de su vida y yo.

—Déjame en paz tú también —le mascullo al tiempo que me meto bajo la funda nórdica de colores que heredé de Jack hace años.

Me hago una bola, respiro hondo y cierro los ojos.

Es todavía muy pronto para dormir y no tengo sueño, por lo que todos mis sentidos están en alerta. Oigo como Romeo rasca la puerta para salir, pero no me levanto. Oigo como Liam trastea con los platos y, después, el sonido de las patas de su teclado arrastrándose por la moqueta hasta la esquinita donde siempre se pone a tocar. Si no hubiera conectado los cascos, porque al parecer a nuestros vecinos no les gusta disfrutar de buena música, también

oiría la música que sale de su piano digital. Esa melodía del todo nueva que es posible que tenga parte de nuestro desencuentro.

No sé por qué me molesta tanto que Liam o Jordan se preocupen por mí. Supongo que tiene que ver con el hecho de que constantemente siento que soy una decepción para todo el mundo. Para mis padres, que no me hablan. Para mi hermano, que no viene a visitarme casi nunca. Para mis mejores amigos, que lo son todo para mí. Haga lo que haga, jamás doy en la tecla.

La casa se sume en un pseudosilencio una vez que Romeo ha comprendido que está encerrado conmigo y se ha tumbado en su sitio. Y no sé si es el cansancio psicológico o el físico, pero la siguiente vez que abro los ojos me doy cuenta de que ya es tarde y que me he dormido.

Hay un plato de comida, ya fría, en mi mesilla de noche, junto a un botellín de agua, y Romeo se acicala en su hamaca mientras me juzga.

No hace falta que hable para saber que todo esto es cosa de Liam. Oigo sus ronquidos suaves al otro lado de la pared y refreno el impulso de entrar en su habitación y darle un abrazo.

En su lugar, me como los huevos revueltos que, sorprendentemente, no parece que Romeo haya tocado. En ellos va una disculpa que no debería venir de Liam, pero que mañana, sin falta, le devolveré.

No soy tan tonta como para dejar que algo así de estúpido me aleje de él, por mucho que el maldito gato piense lo contrario.

Capítulo 3

El gato negro de la familia



Parece un cliché, pero es verdad: en todos los grupos de amigos, cada uno interpreta un papel. En el nuestro, Jordan es la que siempre quita hierro hasta a los asuntos más serios, Liam es la voz de la razón y yo..., bueno, supongo que yo aporto el humor, bueno y malo, que hace que nuestras vidas tengan algo de chispa. Ah, y también soy la fotógrafa designada. La amiga que inmortaliza cada momento y tiene que etiquetar a todo el mundo para que luego lo reposteen en sus redes sociales.

Así que no es de extrañar que, aplastadas junto a la gente que va en el mismo vagón que nosotras en la Central Line, seguramente también hacia unos trabajos que les dan lo justo para no querer suicidarse, Jordan diga:

—Eres tan delicada como una lija, Soph.

Frunzo los labios. Acabo de contarle el pequeño desencuentro de ayer con Liam y esa es su conclusión. Cojo aire (aunque no sé si es una buena idea, dado que vamos hacinadas con cientos de personas y no todas conocen los beneficios de lavarse con jabón) y me apoyo en ella cuando el metro para en la siguiente estación. Algunos se bajan, pero no los suficientes como para dejar un espacio digno.

—No es mi padre —replico, como una niña pequeña a la que no le dan la razón.

—No —admite Jordan, pero hay algo en la sonrisilla que esboza que hace que empiece a cosquillearme la piel.

—¿Qué tramas?

—Nada.

—¿Y esa cara?

—Da igual. ¿Tienes pañuelos? Se me cae el moco.

Antes de que pueda terminar la frase, ya tiene delante de ella un paquete nuevecito. Mi mochila está compuesta en un veinte por ciento por mis cosas (de las cuales, el quince por ciento del espacio lo ocupa mi cámara) y en un ochenta por ciento por «por si acasos» de Liam y Jordan. Los quiero con locura, pero la mayoría de los días se dejarían la cabeza en casa si no la tuvieran unida al cuerpo. Es ya un acto reflejo reponer los paquetes de pañuelos y *snacks* dulces para cuando a Liam le da una bajada de azúcar, o cambiar el líquido de lentillas que hay en la fundita que siempre llevo para cuando al susodicho se le cansan los ojos y quiere ponerse las gafas fuera de casa.

Jordan me entrega de vuelta el pañuelo sucio y hago una mueca de asco que le arranca una carcajada.

—Pensé que querrías guardarlo. Por eso de que has comprado los más decorados de todo Tesco.

—Estaban de oferta —aclaro—. Y no podía decir que no a sonarme la nariz con un campo de flores.

Soy consciente de que los pañuelos de papel son los chicles de los adultos: nadie tiene y siempre te piden. Así que, puestos a compartir mis bienes con los demás, hace tiempo que tomé la decisión de que al menos fueran lo más horteras posible. Más que nada para que los

carroñeros no se acostumbren a no comprar los suyos propios y yo me gaste mi sueldo en recoger los mocos de los demás.

No obstante, está teniendo el efecto contrario y mis pañuelos de dibujitos están bastante cotizados. Habrá que cambiar de táctica para que me dejen en paz.

—En cualquier caso —continúa Jordan, como si nunca hubiéramos interrumpido la conversación—, no lo llamamos «el Abuelo» por nada. Se preocupa por ti y, francamente, voy a necesitar que te dejes cuidar en mi ausencia o es posible que acabes en el periódico como la primera nueva víctima de un imitador de Jack el Destripador.

Chasqueo la lengua. Luego, la dramática soy yo.

—Lo dices como si me fuera siempre con las primeras personas que conozco. —La voz de megafonía anuncia que estamos entrando en Oxford Circus y ambas nos preparamos para bajar, junto al resto de las pobres almas en desgracia que nos acompañan—. De todas formas, cuando quieras darte cuenta ya estarás de vuelta y no me habrá dado tiempo más que a conocer a un proyecto de asesino en serie.

Jordan sonríe con condescendencia y me da un beso en el pelo; siempre lo hace cuando vamos con prisa al trabajo y tenemos que correr, porque ella es más rápida que yo y nos separamos hasta que llegamos a la juguetería. Hoy es uno de esos días: en parte, porque se me han pegado las sábanas. En parte, porque Liam entraba antes para hacer inventario y no quería coincidir con él y darle una disculpa a medias y mal hecha.

—Espera, ¿no confías en que pueda cuidarme sola? —Las puertas se abren—. ¡¿Jordan?! Maldita sea.

La marabunta prácticamente me saca del vagón y no me como el suelo de puro milagro. La melena oscura de Jordan ya es un fantasma que gira la esquina hacia las escaleras de salida de la

estación, y yo me deshago, agobiada, de la bufanda de hoy (en tonos rosas, porque sigo obsesionada con Angel Dust de *Hazbin Hotel*) mientras la sigo. Todos vamos con prisas, pero hay un lugar especial reservado en el infierno para aquellos que suben por el lado izquierdo y van despacio.

Gruño entre dientes, pero no puedo hacerme hueco entre el caracol que llevo delante y la persona normal que ocupa la derecha. Por eso, cuando por fin salgo a la superficie y trato de alcanzar a Jordan (que debe de andar ya por Hamleys, a este paso) sorteando a los viandantes de Regent Street, me ha dado tiempo más que de sobra de pensar en lo que tengo que mandar a Liam. Porque, sí, la disculpa es mejor en persona, pero no me gusta tener esta sensación en el pecho de que he obrado mal con él.

A fin de cuentas, solo quiere lo mejor para mí. Y no será por las veces que le hemos repetido a Jordan la misma cantinela de «No cagues donde comes» cuando nos ha hablado de esta o aquella compañera que le ha llamado la atención.

Yo: Siento cómo me puse ayer.
Yo: Sé que quieres lo mejor para mí. Supongo que estaba sensible.
Yo: No te merezco.

Me extendería más, pero estoy resollando cuando llego a Hamleys y los compañeros a los que les ha tocado abrir me reciben con una mueca de desesperación. En cuanto traspaso las enormes puertas y veo el percal, entiendo por qué: la marea de gente ha pasado del metro a la juguetería. Vaya día me espera.



Hoy trabajo con Nora: una chica la mar de simpática que, sin embargo, no aplaca mi mal humor por el agobio de tanto cliente cuando me dice que han llegado nuevos modelos de ropa y peluche.

Ahora entiendo por qué hay cola y por qué han llamado a empleados de otros departamentos para ayudarnos.

Sin embargo, como en mi contrato se estipula que no puedo no sonreír, porque «en Build-A-Bear vendemos experiencias inolvidables» (y, al parecer, estas no pueden ser negativas), pongo todo mi empeño en ocultar el nubarrón que planea sobre mi cabeza.

—Vale, genial —mascullo viendo las cajas que nos toca colocar.

—Se está vendiendo todo muy rápido. ¿Puedes encargarte tú de reponer? —Alguien la llama desde la estación de pago y Nora hace un gesto para indicar que enseguida irá. Luego me mira a mí con ojos suplicantes—. Por favor.

No es mi encargada, ni nada, pero sí una compañera de trabajo que siempre me ha cubierto en las pocas ocasiones en que me ha pasado algo, así que esta vez la sonrisa es genuina cuando asiento y Nora suspira de alivio y me deja con cinco cajas que me llegan hasta la cadera.

En realidad, dadas las circunstancias, casi prefiero hacer esto que el paripé de siempre: coge el peluche que te tienden, llénalo de algodón, habla de la magia del amor y cuenta la historia de que, si los clientes unen un corazón de felpa al suyo propio, el peluche cobrará vida, blablablá. Si estoy en un puesto de cara al público no es por gusto: los trabajillos que fui encontrando cuando llegamos a Londres no me daban para pagar los gastos, y los pocos bolos de fotografía que conseguía apenas cubrían el material de la cámara.

Por eso, cuando las cosas se ponen feas, como ahora, solo tengo que visualizar mi preciosa Canon 6D y las mejoras que quiero

hacerle, y todo parece un poquito mejor.

Abro la primera caja: un montón de osos genéricos a los que les falta el relleno; nada alarmante. La segunda es la que me da verdadero pánico: renos, galletas de jengibre y Papás Noel en miniatura. Supongo que me quedo blanca de la impresión, pero la gente está más preocupada por coger lo que apenas me da tiempo a dejar en los cajones de la primera estación («Elige tu peluche») que por mí.

Por Dios, que no es ni Halloween.

A partir de ahí, todo va cuesta abajo y sin frenos: ropa con borlas blancas, gorros de Navidad, zapatitos de Navidad, diademas de Navidad, vestidos de Navidad, jerséis de Navidad. Estoy empezando a agobiarme: el ruido, el recordatorio de que las fiestas que menos me gustan en el mundo se acercan, las constantes interrupciones de los clientes cuando preguntan por tal o cual personaje que se nos ha agotado.

—Sophie —dice Nora con delicadeza poniéndome una mano en el hombro—. ¿Por qué no te tomas el descanso ahora? Yo me pongo con esto hasta que vuelvas.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero sé de sobra que, en todo caso, la que debería salir es ella, así que se lo agradezco con una sonrisa débil y me escapo de ahí sin mirar atrás.



Por norma general, no tenemos permitido salir a la calle con los uniformes, mucho menos con la placa que nos identifica, pero la perspectiva de pasar los siguientes quince minutos encerrada en la sala de descanso me deprime. Ni siquiera sé por qué me he puesto

así (bueno, en realidad lo sé perfectamente; otra cosa es que no quiera darle más vueltas). No es la primera Navidad que paso en Londres, ni tampoco en Hamleys, y si hay algo que no cambia demasiado es el trabajo. Puede que cada año los modelos festivos sean diferentes, pero el mensaje es el mismo: «Cómprame, soy edición limitada. Mira qué suave tengo el pelaje y qué roja han creado mi nariz de reno».

Me resguardo del frío como puedo, en una callecita a escasos metros de la juguetería, y saco uno de los *snacks* de emergencia que siempre llevo encima. No soy de picar entre horas, ni siquiera en mis descansos laborales, pero, como lo que necesito es coger la cámara y perderme unas horas por alguna zona recóndita de Londres para relajarme y es imposible en estos momentos, el azúcar tendrá que valer.

Decidido: ya tengo plan para esta tarde, cuando salga del manicomio.

Miro el reloj y tiro el envoltorio en una papelera cercana antes de regresar a la calle principal y enfrentarme a mi destino. Estoy un pelín más relajada. Y con ese pelín tendré que apañármelas durante las siguientes siete horas de turno.

Cuando voy a entrar de nuevo, me cruzo con una niña que me recuerda muchísimo a Jordan de pequeña. El pelo largo y oscuro, los ojos marrones tan abiertos que parece querer captar cada rincón del mundo en una mirada, las manos diminutas agarrando un peluche que reconozco demasiado bien. Seguramente, incluso lo haya repuesto yo antes del descanso.

—Me encanta, mamá —dice con su vocecilla aguda.

Yo me paro a observarla mientras su madre y ella hacen cola para salir. Su conversación me llega a retazos, como una película costumbrista puesta de fondo.

—Me alegro, cielo.

—Además, tiene tu corazón —logro escuchar, señalando el punto donde solemos poner el trozo de felpa antes de cerrar el peluche—. Ahora siempre estaremos juntas.

No me espero a ver qué responde la madre, porque una parte de mí siente un subidón de azúcar que me marea un poco (y que nada tiene que ver con lo que he tomado antes). Otra, sin embargo, sigue pensando en Jordan. No en la Jordan en miniatura, sino en la que trabaja fabricando chucherías porque tampoco puede permitirse el sueldo de un pub donde la tengan de cocinera. La Jordan que adora los regalos personales y que siempre me ha dicho, creo que de broma, que le robe uno de los peluches de mi puesto.

Saco el teléfono, al tiempo que entro en la sala de descanso, y tecleo en el chat privado con Liam.

Yo: Creo que ya tengo el regalo de Jordan.
Yo: Le voy a coger un gato negro.

Parece ser que mi mejor amigo también está en el descanso, porque responde al instante.

Abuelo: ¿Uno de verdad?
Abuelo: No te preocupes por lo de anoche.

Yo: No, joder, de peluche. De los míos.

Abuelo: Creo que le va a encantar, Soph.
Abuelo: Y es muy tú. Eres un gato negro.

No sé si sentirme halagada u ofendida, dado que tiene alergia a los gatos. En cualquier caso, sea yo o no, como ha dicho la niña:

tendrá mi corazón. Por mucho que no crea en esas tonterías, Jordan sí lo hace. Y estaré, de alguna forma, con ella en Australia.

Abuelo: Y hablando de Jordan, ya
he reservado el local de Hammersmith
que te dijo Jack.
Abuelo: ¿Te da tiempo de imprimir
los carteles de la fiesta y colgarlos
en la zona de descanso?

No, no me da tiempo ahora, pero sí a la salida. No me apetece quedarme más de la cuenta en este sitio, pero, ya que Liam se ha encargado de la logística, es lo mínimo que puedo hacer.

Yo: Sí. Luego lo hago.
Yo: Entro, ¡que sea leve!

Abuelo: ¡Que no se te olvide!

Gruño al móvil y lo bloqueo, no sin antes leer en la pantalla que ilumina mi taquilla un último mensaje.

Abuelo: Y no mates a nadie, anda. Tenemos una
fiesta que planificar.



Jordan sale un poco más tarde de lo habitual, así que me ha dado tiempo de encerrarme en la oficina de Cassandra e imprimir algunas copias del cartel que diseñamos Liam y yo hace días y que estaba a la espera de la confirmación del lugar. El local es algo mugroso, pero no podíamos permitirnos nada mejor para alquilar para la fiesta de despedida de Jordan. Especialmente, no en tan poco tiempo. Y mi

primo ha avalado el sitio diciendo que se pilló los mejores pedos ahí cuando vivía en Londres.

Suele pasar cuando eres tú el que pone el alcohol y vas a cervezas de botellín baratas toda la noche.

Cuando ya he llenado los vestuarios femeninos, espero en la puerta de los masculinos a que alguien pase para darle el celo y los papeles. Podría hacerlo yo, pero no quiero ni saber con lo que me encontraría de adentrarme sin avisar en ese terreno.

Para mi desgracia, es Cody quien aparece. Como todos, tiene cara de cansado y las ojeras hasta los pies, pero se le ilumina el semblante cuando me ve, lo que me incomoda un poco.

Es la confirmación que necesitaba para saber que se ha hecho una idea errónea de lo nuestro.

Le planto los carteles en el pecho (quizá es algo insensible por mi parte, lo reconozco) y le tiendo el celo.

—¿Puedes colgarlos ahí dentro, por favor? Son para la fiesta de Jordan.

Sus ojos escanean rápidamente los detalles y la sonrisa se le ensancha.

—Genial, ¡claro! ¿Lo estás organizando tú?, ¿es algo secreto?

Pongo los ojos en blanco. ¿Cómo va a ser secreto si están por todos los rincones y Jordan puede leerlos?

—Sí, mi amigo Liam y yo. Y, no, Jordan es la que quiso hacer una fiesta. Conoce a mucha gente.

Lo que suele pasar cuando eres tan sociable como ella.

Cody asiente y me da un pequeño codazo.

—Lo pasaremos bien, ¿eh? Tú y yo, digo —aclara pasándose la mano por la nuca sudada. Se sonroja un poco, lo que me irrita—. Si quieres, claro.

Y supongo que me irrita porque me recuerda la conversación de anoche con Liam y que Cody le está dando la razón con cada palabra que suelta. Esbozo una pequeña sonrisa incómoda, buscando una escapatoria. Por suerte para mí, oigo la voz de Jordan subiendo las escaleras de empleados.

Por desgracia para Cody..., eso.

—Sí, ya veremos. Gracias, Cody —me apresuro a decir—. Asegúrate de que todos lo lean, ¿vale?

—Claro, Soph. Oye, y podríamos...

Pero no termino de oír su oferta, porque ya me he escurrido hasta el vestuario femenino de vuelta y he cerrado para esperar a que Jordan acabe de cambiarse.

Demasiadas emociones en un día. Ahora me pican los dedos y creo que tengo una nueva idea para otro regalo de despedida. Implica mi pequeña salida con la cámara y muchos recuerdos.

Capítulo 4

Un amor de telenovela (literalmente)



—Entonces, ¿para quién es esto?

Levanto el pequeño paquete que acaba de llegar a casa y que tiene como remitente a mi primo. El mismo que, al otro lado del mundo, me mira con una sonrisa desde la pantalla de mi teléfono.

—Para ti, no —dice Jack.

—Vaya —respondo con un mohín, y me tumbo en la cama—. Pensaba que, por una vez, te habías acordado de tu prima favorita.

—No es que no te quiera, Soph —Jack suspira dramáticamente—, es que yo no lo he pagado. Es de mi mejor amigo.

—¿Del tal Josh ese? —pregunto, sin comprender. Mi primo asiente —. ¿Y por qué me ha llegado a mí?, ¿es una indirecta? Porque es demasiado mayor para...

—Nunca te dejaría salir con Josh. Antes lo haría yo. —De fondo, oigo como su novia, Kate, se queja, y una mano morena revuelve el pelo rubio que compartimos todos los Henderson—. Pero, bueno, que tengo que pedirte un favor. Lo he mandado a tu casa porque es un regalo para su novia y no quiere que se entere.

La caja en cuestión, por la que he tenido que pagar casi cincuenta libras en aduanas, declara que dentro hay joyería. Digo yo que el susodicho Josh ya trabajará en alguna parte y podría habérselo enviado directamente a él y no usarme a mí de almacén, pero vale.

Sin embargo, Jack sigue hablando.

—Trabaja en el centro, en una tienda de cómics. Ahora te mando la ubicación. ¿Puedes pasarte hoy?

—No —declaro.

—Venga, Sophie, que te conseguí el piso donde estáis viviendo.

Como ya sé por dónde me va a salir, niego con la cabeza y me incorporo en la cama. Señalo la cara de Jack con el dedo.

—No tengas morro, Jack Allen Henderson. Eso fue hace siete años. ¿Es que no va a caducar nunca el favor?

—No, si sigue funcionando —canturrea con una sonrisilla.

Bufo y pongo los ojos en blanco.

—Hoy no puedo. Tenemos planes para Jordan. El domingo voy de tardes y tengo que pasar a buscar a Liam antes de la fiesta. Es la ventana de tiempo que puedo ofrecerte —claudico.

De nuevo, un suspiro largo acompañado de un asentimiento. No sé cómo se lo monta siempre Jack para parecer el mártir de una película dramática, pero, si lo de montar una cafetería con Kate no acaba de funcionar, siempre puede meterse a actor.

—En fin, Soph, es un placer hablar contigo, pero Donovan ha pedido también hora en mi consultorio y hemos quedado en que lo llamaría ahora.

—¿Donovan? —Frunzo el ceño—. ¿Mi hermano?, ¿ese Donovan?

Jack dibuja esa sonrisa enigmática suya que hace que muchas veces lo compare con el gato de Cheshire. De pequeña me gustaba imaginarlo así, siendo una mala influencia, mientras que Donovan era el Conejo Blanco y yo, supongo, una especie de Alicia demasiado

perdida en la vida. Desde que tengo uso de razón, mi primo ha estado ahí para enseñarme a vivir y apoyarme en cada decisión que he tomado (que ya es más de lo que se puede decir de mis padres), pero pensaba que mi hermano y yo estábamos también unidos, aunque él, como el Conejo, sea más cuadriculado y vaya con más prisas que yo.

Pero si lo estuviéramos, ¿no habría venido a mí con sus problemas?

—No vayas por ahí, Estrellita —adivina mi primo. Que Jack use el apodo que me puso de pequeña, cuando le enseñaba las fotos que hacía y le prometía que un día las expondrían en la Tate, me ablanda un poco—. Es complicado. Ya te lo contará él mismo cuando se aclare.

—Claro, porque tú eres un gurú, sobre todo del amor —mascullo.

—Cuidado, que tengo a Kate por aquí.

—Estoy segura de que ella me apoyaría. Ni siquiera sé cómo aceptó salir contigo y mudarse al culo del mundo.

Jack parece pensárselo un segundo y, después, se encoge de hombros.

—Yo tampoco —admite.

Colgamos antes de que la amenaza de que Kate y yo nos aliemos contra él se haga realidad, y me quedo unos minutos todavía en la cama, con el sonido de Jordan haciendo la maleta de fondo, tan alto que lo oigo por encima de la música que se ha puesto.

Hoy toca la banda sonora de *High School Musical*.

Abro la conversación con Donovan en el teléfono y releo nuestros últimos mensajes. Fueron apenas hace un par de días y no noté nada raro. Hablamos del trabajo, me contó que igual bajaba a Londres para Navidades y poco más. Ni rastro de parejas o rayadas mentales por su parte.

Me paso las manos por los ojos y aprieto fuerte, espantando la sombra de la inseguridad que ya planea por encima de mí.

No, no, no. Bastante tengo lidiando con la marcha de Jordan como para añadir otra cosa más a la pila. Además, seguro que no le pasa nada serio. Soy su hermana pequeña y nunca me cuenta nada. Tendrá alguna movida ridícula de la que no quiere que me entere.

¿No?

«Sí».

Respiro hondo y decido esperar en el salón, con Liam, a que Jordan acabe. Cuando paso por su habitación, puedo ver alguna caja de cartón a medio llenar y el hueco que han dejado los dos pósteres que la acompañarán a Australia para hacer su habitación un poco más acogedora esos tres meses. Me da un vuelco el corazón, las manos me hormiguean.

—Jordan está desvalijando su cuarto —digo riendo, nerviosa, en el salón.

Liam esconde rápidamente una bolsa de rafia de Sainsbury's y me sonríe beatífico. Me muerdo el labio inferior para que no vea que lo he pillado en medio del acto. De todas formas, hay un acuerdo tácito en el piso de no mirar en esa bolsa si se acercan las Navidades. A pesar de las flores que se echa Jack, y de que es verdad que le estamos agradecidos, el piso se queda pequeño para tres personas y hay poco espacio para que mi mejor amigo pueda tejer y ocultarnos lo que teje.

—Ya será para menos. —Carraspea. Romeo está durmiendo plácidamente junto a sus riñones, pero no hace ademán de apartarlo. Se resigna a moquear de vez en cuando y sorber por la nariz—. Seguro que solo está escondiendo todo lo que es susceptible de que se lo robes.

—¡Oye!

Liam se ríe cuando le doy un golpetazo. Ni siquiera se ha dado cuenta de que hay una hebra de lana blanca que se le ha quedado en los pantalones y yo no hago nada para quitársela. Este año mi obsesión son los *slashers*, así que puede que me esté haciendo una bufanda de *Scream*. Nuestro chat privado está repleto de *links* de diseños que le he mandado de manera nada sutil. Nunca me contesta, claro, porque no quiere arruinar la sorpresa. Tan solo comenta de vez en cuando que «Creía que estabas cansada de las bufandas, Sophie, y que no era un regalo muy original», pero ambos sabemos que no va en serio. La prueba está en cómo llevo todas y cada una de ellas hasta la extenuación (sí, incluso el trozo de lana verde que me viene demasiado corto, pero que fue su primer intento al año de conocernos), con orgullo e ilusión.

—De todos modos —digo apoyándome en su hombro, que tiene la forma perfecta para mí—, siempre podemos subarrendar la habitación y vender lo que quede en un mercadillo.

No me sigue la broma, pero siento su sonrisa contra mi pelo y, como siempre, empiezo a encontrarme un poco mejor.

Nos quedamos así, en un silencio solo roto por la voz de Zac Efron de fondo, hasta que Liam mira el reloj de muñeca y suspira.

—Voy a ver cómo va o llegaremos tarde al cine.

Se aparta con cuidado y Romeo se escabulle por el pasillo, seguramente para echarse la siesta en mi cama.

—Por supuesto. No queremos que te quedes sin llorar con la historia de Bella y Edward —pincho.

—Lloro con *Crepúsculo*, no con *Luna nueva* —me corrige con un dedo en alto y la sonrisa torcida—. Y quedamos en que no lo sacarías a colación si yo no hablaba de cuando casi te deshidratas viendo *El diario de*...

—¡Vale, vale, vale! No lo digas, Liam, ¡no lo digas!

Se ríe, y su risa reverbera por el corto pasillo como una canción de la que no me canso.

—Dios nos libre de que el mundo sepa que tienes sentimientos, Soph.

Los coros de Sharpay y Ryan inundan la casa cuando Liam abre del todo la puerta del cuarto de Jordan.

Un minuto más tarde, la música se corta y mi mejor amiga aparece por el salón.

—Venga, parejita, moved el culo o no llegaremos —dice, como si no hubiera sido ella la que estaba ocupada.

Pongo los ojos en blanco y voy hacia la habitación a cambiarme de ropa, a pesar de que Jordan diga que con el chándal de ir por casa estoy estupenda.

Cómo se nota que le ha entrado la prisa.

—Idiota —susurro cuando paso por su lado.

Ella se ríe y oigo como se mete con Liam por, aparentemente, haberse puesto rojo. No la culpo porque yo habría hecho lo mismo y Liam se pone rojo por todo: vergüenza, enfado, calor, decepción... Es el contrapunto a ser la persona más pálida y con la mayor cantidad de pecas por la cara del universo.

En cualquier caso, Jordan siempre se vuelve una persona sin sentimientos ante la perspectiva de ver a Jacob Black. Más aún si es en la pantalla grande.

—¡Sophie, venga!

Lo de subarrendar su habitación y vender todo lo que deje atrás, de repente, no me parece tan mala idea.



Los tres nos sabemos la película de memoria, pero queríamos darle el capricho a Jordan y la cadena de cines Vue ha decidido hacer un ciclo de la saga *Crepúsculo* justo en estas fechas. Como no podemos pagar una media de doce libras por entrada para cinco películas, hemos elegido la favorita de la chica del momento e incluso nos hemos pedido el día libre para estar con ella.

No me puedo creer que se vaya en cuatro días y, a juzgar por las miradas que me lanza Liam durante la proyección, él tampoco.

Jordan se pasa toda la película apretándome el brazo y comentando cada detalle en voz muy bajita, como si no la hubiera visto mil veces. Supongo que es esa ilusión la que me hace sonreír y apreciar que estemos los tres solos al menos un día; que nos hayamos dado este momento antes de la vorágine que va a ser la fiesta de despedida. Nunca hemos estado separados más de unos días desde que nos mudamos juntos y sé que, aunque me llamen «exagerada», tanto Liam como Jordan sienten también un porcentaje del vértigo que me revuelve el estómago.

La sala está a reventar, por eso no saco la cámara que he traído en la mochila para capturar la cara de asombro de Jordan cuando Taylor Lautner («El único hombre por el que me plantearía volverme bisexual») aparece en pantalla. Y es una pena, porque la luz tenue de Forks le ilumina las facciones y la convierte en su versión más adolescente, como un fantasma atrapado en el tiempo.

Me contento con grabar la instantánea en mi memoria a fuego. El resto está esperando a que las revele en el carrete que descansa entre mis pies.

Capítulo 5

¿Fun, fun, fun?



Cuando hoy me he levantado antes de lo normal, para un día en que no voy de mañanas, Liam y Jordan ya estaban desayunando en el salón. Sin mediar una palabra, los tres nos hemos mirado y hemos sonreído, y he sabido en ese preciso momento que los nervios que estaban haciendo nudos en mi estómago no solo los sentía yo.

Al fin y al cabo, hoy es la despedida oficial de Jordan.

—Si hubiera sabido antes que yéndome a Australia madrugarías, lo habría hecho más a menudo —dice Jordan torciendo la sonrisa.

Hago una mueca y me siento a su lado para disfrutar de los huevos revueltos que nos ha preparado. Sé que ha sido ella porque es la única de los tres que sabe usar las especias de forma correcta. También es la única chef, así que de algo le tienen que servir los cursos que ha hecho y los años en las cocinas de los pubs.

—¿Has envuelto los regalos? —pregunta Liam desde detrás de su taza de té.

Yorkshire, muy caliente, con leche pero sin azúcar.

El vaho que sale de la bebida le empaña las gafas y le da un aspecto cómico.

—Pues claro que los he envuelto —respondo ofendida—. Aunque es complicado meterse en el espíritu navideño cuando ni me habéis dejado disfrutar de mi época favorita.

—Así que por eso pusiste el espumillón rojo cayendo de las paredes —reflexiona Jordan mirando mi obra, que no tiene nada que ver con cómo decoraron ella y Liam el resto de la casa: la villa de Papá Noel contra la manualidad de un niño de cuatro años con pocas dotes para todo lo que no sea capturar momentos—. Es sangre, ¿verdad?

Asiento mientras engullo los huevos y el pan tostado que los acompaña.

—Estamos casi en Halloween.

—Ya —continúa Jordan—. Reconozco que darse los regalos con la calabaza del vecino gritando «Vas a morir» cada vez que pasa alguien por delante es un poco anticlimático. —Se encoge de hombros—. Pero piensa que así ya no tenéis que decorar nada en un par de meses, ¿eh?

Lo dice como si nos estuviera haciendo un favor. Por suerte, no se toma a mal que la fulmine con la mirada, sino que suelta una carcajada y da una palmada que hace que casi me atragante con el café.

—Venga, familia, a moverse, que hay que ponerse los jerséis, recoger la mesa y sacar los regalos.

Jordan nunca está tan enérgica a estas horas de la mañana. Eso es lo que nos caracteriza, que las dos somos animales nocturnos mientras que Liam está todos los días, sin excepción, a las diez en la cama para levantarse temprano, desayunar con tranquilidad y dedicarse a uno de sus muchos *hobbies*, que lo catalogan como «el Abuelo», antes de trabajar.

Así que lo miro buscando un poco de apoyo que, sin embargo, no llega.

—¿Es necesario? Ni siquiera me he acabado el café.

Liam me sonríe y extiende la mano para recoger mi plato vacío.

—Venga, Soph, no seas Grinch. Si te encanta este momento.

Me aguanto el decirle que sí, que me encanta cuando toca, no dos meses antes. Que parece que los tres estemos fingiendo demencia y no nos demos cuenta de que un poco más y nos damos los regalos en verano.

No obstante, prefiero tener este momento ahora que no tenerlo nunca, así que cedo con un gruñido.

—¡Así me gusta! —chilla Jordan dándome una tremenda palmada en la espalda—. Ah, y os he comprado unas diademas para que nos hagamos una foto típica de familia estadounidense. Liam es Papá Noel. Por deferencia, te dejo elegir entre el reno y el elfo —me dice con una sonrisa que no augura nada bueno.

—No pienso ser el elfo.

—Justo como imaginaba.

—¿Eh? —Jordan desaparece en su habitación y, al segundo, se oye a Mariah Carey saliendo de su deshielo con «All I Want for Christmas Is You»—. ¡Jordan!

Pero Liam ya me está empujando hacia mi cuarto y, antes de dejarme en la puerta, se inclina y me susurra al oído:

—Yo sé lo que te regala Jordan y no querría que se lo quedara Romeo.

Su aliento me hace cosquillas en la nuca, pero también consigue lo que quiere: me encierro en la habitación con rapidez y rebusco entre los montones de ropa el maldito jersey que nos compramos hace tres años a conjunto.

Romeo me mira desde su hamaca y maúlla con desdén al ver el estampado de galletas de jengibre y elfos que bailan el cancán con faldas rojas y verdes.

—Los eligió tu Julieta —le digo al tiempo que le saco la lengua.

Y es como si el gato me entendiera, porque de repente el jersey no le parece tan feo y se acerca para que lo acaricie.

Aunque me gustaría decir que me resisto, lo cierto es que aprecio estos escasos momentos de cariño y claudico. Pero sé que, en el fondo, Romeo está imaginándose que en lugar de rubia soy pelirroja, y que mi mano blanca como el papel está llena de pecas.

No puedo juzgarlo: yo también preferiría a Liam antes que a mí misma.



Cuando salgo de nuevo, Jordan me tiende una diadema con cuernos de reno y una nariz en lo alto. Sin esperar casi a que me la ponga, la estruja y se oye un «Meeeeec» que le arranca una carcajada. Yo sonrío. Vaya payasa.

Todos los regalos están ya colocados y se distingue perfectamente de parte de quién viene cada uno. Liam siempre los envuelve muy bien, como si fuera a exponerlos en un museo: bordes estirados, adornos a juego con el papel, los nombres en tarjetitas personalizadas... Es una delicia. Jordan, aunque no tan detallista, escoge los papeles más vistosos, con colores brillantes y dibujitos ridículos que siempre nos sacan una sonrisa, y yo..., bueno, yo me olvido de que tengo que comprar papel para envolver y acabo con las sobras de ellos, aunque pongo empeño en que mis mini-Frankensteins estén presentables.

El árbol que hemos montado es ridículamente pequeño. Si no estuviera encima de una silla, los regalos se lo comerían. Antes de que nadie abra ninguno, saco la cámara digital y hago una foto. Por lo general, los momentos así me gusta más inmortalizarlos con la vieja A1 de mi abuelo, pero dudo que vaya a acabar el carrete antes de que Jordan se marche y quiero que todos tengamos recuerdos de este día.

—Vale, me toca —anuncia ella.

Cada año nos rotamos para empezar. Y aunque no lo hiciéramos, dudo que Liam y yo tuviéramos problema con que hoy sea la protagonista.

El pequeño gorrito de elfo que corona su diadema se mueve mientras rebusca su nombre entre los paquetes. Hay uno de parte de Liam, blandito (ya sabemos que es algo de lana, la pregunta es el qué), y dos míos. Liam me mira de soslayo y con una ceja enarcada: no sabe qué es la pequeña cajita de la que no le he hablado, y eso me hace sonreír tras la cámara, que he vuelto a sacar para capturar la cara de Jordan cuando abra cada regalo.

Empieza por el mío, por el grande, que me costó Dios y ayuda cubrir con los retazos de papel que me dejaron. De todos modos, no sé por qué nos esmeramos, si Jordan es de las que arrancan todo de cuajo para llegar a la sorpresa lo antes posible.

En cuanto ve la cabeza del gato negro de Build-A-Bear, pega un grito.

—¡Soph!

Y entonces le aprieta la barriga y se me oye (más o menos) diciendo «Siempre estoy contigo» a través de las capas de algodón.

Empiezan a caer las primeras lágrimas, aunque Jordan se afane en limpiárselas con la manga del jersey.

—Si en el fondo tienes corazón, maldita rancia —dice envolviéndome en un abrazo que me ablanda por completo. Respiro hondo y le correspondo el gesto, tratando de no derrumbarme, como ella. Con el rabillo del ojo veo a Liam mirar hacia arriba, tampoco quiere sucumbir—. Me encanta, me lo llevaré a Perth.

—Es la idea —respondo con una risilla nerviosa.

Y ahí, todavía atrapada en uno de sus brazos fuertes, Jordan abre la cajita donde hay un montón de fotos reveladas de distintos rincones de Londres. Sitios importantes para nosotras, para los tres. Lugares que nos han visto crecer y que para algunos solo serán una esquina de una calle, o un pub de barrio, pero que sé que ella quiere y valora. Nuestra primera borrachera, el mejor sitio de kebabs que hemos probado nunca, la pinta que hizo a Liam vomitar, el primer trabajo de Jordan como cocinera, aquella tarde donde me esperaron en pleno invierno a que hiciera una entrevista de trabajo, la tienda de vinilos donde nos gastamos nuestros primeros sueldos a pesar de no tener tocadiscos, el local que regenta una adorable abuelita donde Liam siempre compra sus lanas... Siete años resumidos en apenas veinticuatro instantáneas.

Me da igual que se vaya solo tres meses, quiero que recuerde que Londres también es su casa.

La oigo sorber por la nariz y a Liam sonándose disimuladamente, y lo siguiente que ocurre es que otro par de brazos se unen a nosotras y los tres nos aplastamos. No hace falta que ninguno me diga si el regalo es bueno o no. Modestia aparte, sé que lo es. Y también sé que, mientras Jordan iba pasando una a una las fotografías, los tres hemos recordado momentos que quizá se nos habían olvidado.

—Así que esto hacías después de trabajar, ¿eh, zorra? —me acusa Jordan con una sonrisa aguada por las lágrimas—. Todas al atardecer.

—Es tu momento favorito del día, ¿no? —digo.

Ella asiente y se abanica mientras Liam y yo nos apartamos.

—Os odio, no pensaba llorar tan pronto.

—Mentirosa —decimos nosotros a la vez.

Jordan tuerce el gesto y coge el paquete de Liam con una sonrisilla traviesa. Aunque a mí siempre me regala bufandas, a Jordan suele tejerle las cosas más absurdas posibles: un año fueron unas bragas, pero es que al siguiente se atrevió con unas zapatillas de ir por casa. Y Jordan siempre lo usa todo (puede que las bragas no, pero por mera cuestión higiénica) y se convierte en un escaparate andante del talento de Liam.

Arranca de nuevo el papel, haciendo que Liam ahogue un grito al ver todo el fruto de su trabajo envolviendo tirado por tierra, y patalea de emoción mientras agita en el aire un gorro con orejeras de color rojo. Me acerco para tratar de ver qué son las letras blancas que lo cruzan, y entonces leo: *«All my favourite conversations always made in the A.M.»*. Sonrío. Aparte de que han quedado legibles para estar tejidas, las palabras de la canción favorita de Jordan de One Direction no podrían ser más acertadas.

—Sé que ahora no te lo puedes poner en Perth —se excusa Liam, que seguramente empezó a tejerlo mucho antes de saber que Jordan se marchaba—, pero se lo puedes poner al gato negro de peluche.

—Sophie —declara Jordan con solemnidad. Yo la miro sin comprender—. La gata negra de peluche se llama Sophie.

—¡Serás...!

—Y, sí, me lo va a guardar hasta que vuelva y necesite que algo me caliente las ideas. Muchas gracias, Liam. —Lo abraza con fuerza y la mano de este vuelve a incluirme en el abrazo. El segundo de los que, anticipo, van a ser bastantes—. Os echaré mucho de menos.

—Vale, vale. Que aún nos quedan varios regalos y tenemos que comer, ir a trabajar y prepararnos para la fiesta —digo deshaciendo el nudo de brazos en que nos hemos convertido.

Liam me mira con una sonrisa: sabe que no quiero llorar. Jordan, por su parte, está demasiado centrada en coger mi cámara para sacar una foto del bodegón en que ha convertido el peluche, el gorro y las fotos.

—Mi turno —anuncia mi amigo una vez que Jordan ha terminado.

Tiene una caja que no tengo ni idea de qué es y mi humilde tubo de cartón mal envuelto. Jordan me da un codazo en cuanto lo ve.

—Parece un dildo. —Se ríe.

—Si quieres uno, estamos a tiempo de devolver el peluche —comento con malicia—. Usaré mis contactos. Conozco a alguien que trabaja montándolos.

Mientras Liam empieza por la caja, Jordan tapa las orejas del gato Sophie y niega con la cabeza, escandalizada.

—No serás capaz de regalarme un pene a mí.

—¿Que no? Sigue así y ya veremos si...

—¡Jordan! —Liam se sube las gafas y la mira con una sonrisa—. ¡Es justo el que quería!

Alza un set de bordado para principiantes, que es un *hobby* que hace tiempo que comentó que quería empezar, y yo me río por lo bajo. De felicidad, pero también porque no podemos quejarnos de que vivimos con un abuelo si nosotras mismas alimentamos a la bestia. Estoy segura de que el año que viene las dos tendremos un bonito bastidor bordado con alguna frase motivacional.

—Muchas gracias, Jor —dice con un tono en la voz que denota lo sentimental que está y lo feliz que se encuentra—. Vamos con el dildo.

—¡Que no es un dildo! —protesto, pero mis amigos se ríen.

No los mando a la mierda porque no procede, pero sí observo a Liam con fijeza a través de la lente de la cámara. Me escondo por si no le gustan las sobrecubiertas que le he comprado. Después del regalo de Jordan, me parecen poca cosa: Ali Hazelwood es su autora favorita, y en cuanto me topé con una pequeña tienda en Etsy que vendía productos de sus novelas supe que había dado en el clavo. Pero es papel, al fin y al cabo, y Liam... Liam se merece un set de bordado, y muchos hilos, y mucha lana, y...

Sin embargo, se le ilumina el rostro justo cuando pulso el botón del obturador y lo capto con esa sonrisa que está naciendo y que, al momento, se convierte en una que le ocupa toda la cara.

—Son preciosas —admite admirando las ilustraciones de las cinco sobrecubiertas, como si no se creyera que las tiene entre las manos —. ¿Sabes que las tuve en la cesta hace tiempo? Pero pensé que eran una tontería.

Claramente, no lo son, y todas las dudas que tenía al respecto de mi regalo se disipan cuando Liam se acerca a abrazarnos de nuevo a Jordan y a mí. Consigo escabullirme a tiempo para lanzarles una foto preciosa que sé que imprimiré y colocaré en mi mesilla de noche.

Demasiados sentimientos. Demasiadas emociones.

Cuando me siento, no obstante, Liam consigue atraparme y estrujarme un segundo antes de que dé un par de palmadas y me acerque los paquetes que quedan. Me toca.

Empiezo por el de Jordan y, aunque yo no destrozo el papel ni soy tan meticulosa como Liam, lo abro resiguiendo el rastro de celo. Lo que hay dentro es blandito y lleva una etiqueta que simula el archivo de su autopsia. Sé lo que es antes de bajar la cremallera de la bolsa mortuoria y encontrarme con la cara del Deddy Bears que llevo meses queriendo: el hombre lobo.

Dejo escapar un grito y lo abrazo con fuerza. No me había fijado en que Romeo estaba con nosotros hasta que oigo como bufa y se escapa, pero poco me importa.

Me encanta, me encanta. No me salen las palabras, solo puedo ejecutar un estúpido baile de agradecimiento que hace reír a Jordan.

—Si piensas que no te escucho cuando hablas, estás en lo cierto el noventa por ciento del tiempo —reconoce—. Pero hay un diez por ciento donde te presto atención.

—Agradezco que no me ignores siempre.

Jordan me guiña un ojo y yo le doy un abrazo rápido antes de que ella lo alargue.

Miro de reojo a Liam mientras abro su paquete, que pesa más de lo normal. Eso es raro, pero me devuelve la sonrisa, así que tiene que ser la bufanda de *Scream* o algo parecido. Casi tiemblo de la emoción y de la anticipación. Definitivamente, es raro, porque sé lo que es año tras año, pero me encanta descubrir cómo me ve Liam cada Navidad. A veces escoge un momento concreto que hemos vivido para hacer de él una bufanda; otras, se ciñe a mis gustos.

Con un movimiento termino de abrir el paquete y...

No hay bufanda. Es una sudadera de los asesinos más famosos de las películas de terror, pero no...

Miro debajo, sin perder la sonrisa, pero tan solo están las mangas gorditas y negras escondidas en la capucha.

Durante unos segundos me quedo helada, sin saber qué decir. Es un regalo genial, claro. Es algo que me encanta, y yo llevo muchas sudaderas; seguramente, incluso me la habría comprado yo de haberla visto. Pero no es una bufanda.

Por primera vez desde que nos conocemos, no me ha tejido una bufanda.

Jordan me mira de reojo, y después a Liam. Es él quien carraspea y me doy cuenta de lo incómoda que he hecho la situación.

—Creo que aún se puede devolver si no...

—No, no —me apresuro a decir con un gallo en la voz. Esbozo una sonrisa que hace que me duelan las mejillas y aprieto la sudadera contra mi pecho—. Me encanta, Li. Muchísimas gracias.

Lo abrazo, en parte para que no piense que no me ha gustado y en parte para que no vea la decepción en mi cara. Es una tontería, en realidad. No tiene la obligación de regalarme nada en concreto, pero pensaba que era una especie de tradición. Fuera lo que fuese lo que vi el otro día en la bolsa de rafia del Sainsbury's, está claro que no era para mí.

Jordan se une al abrazo y me estruja contra el pecho de Liam.

—Mira que somos blanditos cuando nos lo proponemos, ¿eh?

Y con ese comentario, la tensión se disipa. Noto los músculos de Liam relajándose un poco y su cabeza se apoya en la mía como siempre. Yo, sin embargo, sigo dándole vueltas al asunto y así seguiré hasta que otra cosa capte mi atención.

Y lo odio. Odio sentirme así por una estúpida bufanda cuando mi mejor amigo me ha regalado una sudadera maravillosa, pero no puedo evitar preguntarme si he hecho algo mal; si lo he ofendido, si las bromas sobre repetir regalo al final le han calado.

—Venga, recoged todo mientras preparo algo de comer —dice Liam por fin, con la voz grave.

Al momento, siento como Jordan se despega y yo hago lo mismo. Mi amigo me mira por encima de los cristales de sus gafas y me pregunta, en silencio, si estoy bien. Vuelvo a sonreír, esta vez de forma genuina, y le doy un pequeño empujón.

—Eres el mejor —declaro, y lo digo totalmente en serio, antes de darle un beso en la mejilla.

Él se encoge de hombros mirándome a los ojos. Casi parece que solo estemos los dos, a pesar de que soy consciente de la presencia de Jordan por el ruido que hace metiendo los papeles en la bolsa para reciclar.

—O tú me haces mejor —rebate.

Hay algo en sus palabras que hace que sean demasiado íntimas y me abrumen un poco. Noto como el calor me sube a las mejillas y doy gracias al meneo que me da Jordan para que me ponga a ayudarla, porque no nos va a dar tiempo de comer antes de ir a la juguetería a por nuestro último turno juntas.

Me muevo como una autómata y llevo los regalos a las habitaciones mientras Liam enciende el fuego y Jordan pone de comer a Romeo. Cuando veo la sudadera encima de mi cama, algo vuelve a encogerme el pecho, estrujando y estrujando.

Solo es una bufanda y lo realmente importante, lo que merece la pena, son las dos personas que hacen ruido en el salón.

Entonces, ¿por qué le estoy dando tantas vueltas?

—¡Sophie, ven para la foto! —me llama Jordan.

Chasqueo la lengua y dejo atrás los regalos y las rayadas para encontrarme con que me han hecho un hueco en el centro, como si fuera su hija, frente al árbol.

—Date prisa, se me están quemando las verduras —dice Liam entre dientes.

Y aunque necesitamos tres intentos, y la única toma buena en que salimos los tres me captura cayéndome y con mis amigos riéndose, sonrío. Odio la Navidad y odio que Jordan se vaya en estas fechas, pero tengo que reconocer que es uno de los mejores días de mi vida.

Y todavía nos falta la noche.

Capítulo 6

La peor noche de mi vida (o casi)



Hay sonrisas y lágrimas, como en la película, cuando Jordan se despide de nuestros compañeros. Yo me mantengo al margen, al menos lo suficiente como para que la emoción no me alcance a mí también antes de la despedida oficial. Los que no van a la fiesta le desean mucha suerte, y los que sí ya se han ido a comprar algo de alcohol que aportar.

Miro el reloj: vamos a llegar tarde y todavía tengo que pasar a dejar el paquete de Jack y recoger a Liam de camino. Me acerco a la mujer del momento y sonrío, antes de susurrarle al oído:

—Date vida, que el alquiler del local es hasta las tres.

Eso parece encender una lucecita en la mirada de Jordan, que empieza a despachar a la gente, con su característica falta de elegancia, y a reunir a los que se han quedado para ir todos juntos al metro.

—¿Están las cervezas? —me pregunta en un susurro mientras salimos de Hamleys.

Asiento.

—¿Y hay algo para picar?

—No si has invitado a trescientas personas, pero sí.

—¿Tienes tú las llaves?

Suspiro y me paro en seco.

—Jordan, tranquila —digo—. Las llaves las tienes tú, la lista de música está preparada, ayer fuimos Liam y yo a decorarlo todo y está presentable, el baño está limpio y hay papel higiénico suficiente para que nadie se cague en los pantalones. Va a salir bien.

Jordan esboza una sonrisa y ladea la cabeza.

—¿De repente tengo que empezar a llamarte Liam?

Me encojo de hombros.

—Aprendo rápido.

Mi mejor amiga se ríe y me da un beso en la mejilla. Después palmea en el aire, sobresaltando a una señora que pasaba a su lado.

—¡Venga, parroquia, al metro! ¡Tenemos una fiesta que celebrar!

Por encima de las voces de la concurrida Regent, un coro de jugueteros con ganas de desfasar se aleja hacia el metro. Yo tomo otro desvío y la falta de turistas en las callejuelas adyacentes hace que eche de menos la bufanda que hoy no me he puesto. Encojo el cuello, dentro del abrigo, y camino rápido hacia Gosh! Comics. Sin esa barrera de lana me siento medio desnuda, pero no me he visto capaz de elegir una bufanda después de lo de los regalos.

Es una chorrada, lo sé, y aun así me pone triste. Puede que en la fiesta hable con Liam, que le pregunte si ha pasado algo o solo no le ha dado tiempo. A pesar de lo que piensan Jordan y él, soy muy capaz de enfrentarme a mis problemas. Sobre todo, con un par de copas de más.



Ivy Pemberton, una de las escritoras de romántica histórica favoritas de Liam, ha sacado un nuevo libro y la fila de personas para comprar la novela es eterna, así que mando un mensaje a mi amigo y le digo que estoy en la puerta. Espero que no le haya tocado pringar aquí hoy, que para algo ya se come todos los lanzamientos de juvenil por estar en esa planta, y tenemos prisa.

Al lado de la entrada de Waterstones, el viento no me corta tanto como antes, pero igualmente tengo el impulso de recolocarme la bufanda invisible. Es como un miembro fantasma.

«Qué dramática».

La risa de Liam se sobrepone a cualquier otro sonido. Es increíble cómo la reconocería hasta a kilómetros de distancia. Poco después, igual que el trueno que anuncia el rayo, noto su mano en mi espalda, acariciándome a través del abrigo.

—¿Has leído mi mensaje? —pregunto viendo que va acompañado de Lisa, la compañera tan guapa que hoy, además, parece que se ha arreglado.

Le sonrío y ella me devuelve el gesto.

—No —admite Liam—, pero he imaginado que no estarías dentro con la multitud. Lisa y yo nos hemos podido escapar por la fiesta de Jordan, pero casi nos la lían.

—Solo hemos tenido que recordarle a Rob, que es el que lleva la sección de novedades de la planta calle, que ya nos va a tocar lidiar con la avalancha de padres en Navidad —resuelve Lisa recogiéndose un mechón de pelo oscuro perfectamente peinado tras la oreja—. Supongo que a ti te pasará igual en la juguetería. Liam me ha contado lo que tienes que aguantar con los peluches. Mis condolencias.

Me río con ganas. Nunca habíamos hablado demasiado, más allá de los saludos de turno cuando vengo a por mi amigo, pero es muy

simpática. Y guapa. Muy guapa.

—Entonces, ¿vienes a la fiesta?

Liam no me había dicho nada, pero tampoco es que tengamos una lista cerrada. A Jordan le encanta la gente, y me juego el cuello a que más de uno va a traer a sus amigos de acoplados.

—Sí, Liam me contó que vuestra amiga se va unos meses y justo ha coincidido que llevábamos el mismo turno. No te importa, ¿no?

No lo pregunta con condescendencia. De hecho, parece genuinamente interesada en mi opinión. Niego con la cabeza, captando de reojo la sonrisa de satisfacción de Liam y...

... y Lisa se recoloca bien la bufanda.

Una bufanda en negro, con algo de blanco, como los ovillos que vi en la bolsa de rafia.

De repente se me forma un nudo en la garganta que me impide hablar. Es una tristeza muy extraña, porque ahora veo que en realidad sí hubo bufanda, solo que no para mí. Y esa certeza es la que me hunde un poquito y hace que meta las manos en los bolsillos para que no vean que me están temblando.

—¿Vamos? —sugiere Liam.

Soy consciente del aquí y ahora y fuerzo una sonrisa al tiempo que echamos a andar hacia Oxford Circus. Lisa empieza a hablar y me doy cuenta de que sabe mucho más de mi vida que yo de la suya. Me pregunta por la fotografía, por el trabajo, incluso se muestra fascinada con que Jack se fuera a Estados Unidos y comenta la suerte que tuvimos de poder ocupar su antiguo apartamento tal y como está el alquiler en Londres.

Yo asiento, respondo con monosílabos. No porque me caiga mal, porque no me ha hecho nada; realmente, ella no. Es que estoy a medias en la conversación, con la cabeza a mil por hora, barajando posibilidades como que ¿es posible que le guste Lisa? La verdad es

que Liam nunca ha hablado de nadie en esos términos. Se ha liado con alguna chica, pero hasta donde sé no ha pasado de cuatro besos tontos. No es como Jordan y yo, que no nos callamos sobre nuestros ligues. Y a lo mejor que sea tan hermético, y que yo haya dado por hecho que siempre va a estar así, soltero, ha provocado que ahora esta idea me pegue una bofetada de realidad.

—¿Soph? —Lisa está formando cola porque el lector de tarjetas no le coge el teléfono y no puede entrar en el metro. Me giro para mirar a Liam, apoyado en la pared en la que esperamos a su amiga—. ¿Estás bien?

Y sé que hace un rato estaba más que dispuesta a hablar con él sobre el asunto de la bufanda, pero ¿cómo voy a hacerlo ahora? ¿Cómo le voy a echar en cara que haya decidido tejerla para una chica que le gusta y no para mí?

Ni siquiera yo soy tan egoísta.

—Sí, sí. No te preocupes —respondo, con una sonrisa que me tironea de las comisuras de los labios.

No parece muy convencido, pero dice:

—¿Es la gente?

Y yo asiento, con un encogimiento de hombros, justo en el momento en que Lisa se nos une, maldiciendo lo mal que le va el NFC del móvil y la poca paciencia del personal.

Viéndolos juntos en el metro, charlando tan tranquilamente, tomo una decisión: esta noche me emborracharé. Por Jordan, claro, pero también, por alguna extraña razón, por Liam. Por la desazón que no sé de dónde viene ni por qué insiste en quedarse.

Con esas mismas, voy a buscar a Cody en la fiesta y a hacer caso omiso de los consejos de Liam. Total, él no parece seguirlos, así que ¿por qué no puedo divertirme yo un poquito?



Es increíble lo que puede hacerse con unas luces LED y muchos altavoces Bluetooth. Hemos conseguido convertir un garaje mal hecho, en uno de los múltiples callejones de Hammersmith que darían para una película de terror, en una sala de fiestas bastante decente. Cuando hemos llegado Liam, Lisa y yo, ya estaba casi lleno. La música de la curradísima lista de reproducción (hecha con todo el amor y el mamarracheo que hay en casa) sonaba a tope, y las cervezas y demás bebidas que ha traído todo el mundo pasaban de mano en mano como un caramelito.

De eso hace ya varias horas. O minutos, qué sé yo. He perdido la noción del tiempo después de la tercera cerveza y la segunda salida a tomar el aire, porque después de todo las multitudes me agobian, da igual que estén compuestas en su mayoría por personas que conozco. Por eso, siempre voy a la grada en los conciertos.

Jordan no para de bailar, recuerdo vagamente que hemos gritado a pleno pulmón alguna canción de One Direction y luego nos hemos abrazado como cuando vimos el videoclip de «History» (yo más por solidaridad que porque de verdad sintiera el hiatus).

Lisa y Liam se han sonreído, cómplices, mientras ella daba un sorbo a su bebida.

He salido a la calle.

Cody se me ha acercado, más borracho incluso que yo, y se ha acoplado a mi extraña danza de un tema EDM, pero me he alejado porque, de repente, me ha dado un poco de rechazo. No sé si ha sido el sudor, o su cercanía, pero en ese momento era la última persona que quería ver, a pesar de mis intenciones al empezar la noche.

Lisa y Liam se han reído de algún chiste, en una esquina, y ella ha echado la cabeza hacia atrás, provocando que la sonrisa de él se ensanchara.

He salido a tomar el aire.

Lisa y Liam se han puesto a bailar, aunque Liam nunca baila.

He vuelto a salir a la calle.

Pero esta última vez, para mi alegría, me topo de bruces con Lisa y Liam, que deben de moverse a la velocidad de la luz si hace cinco segundos estaban dentro. O a lo mejor es que yo voy más lenta. Me apoyo en la pared y aprecio lo bien insonorizado que está el local (apenas se oye nada, qué buena recomendación de Jack. Lástima que mañana no vaya a acordarme). La fachada, de ladrillo visto, está helada, y la sensación contra mi piel caliente es agradable.

—Eh, Soph —me llama Liam. Oigo sus pasos acercándose—. Mucho agobio, ¿no? —Hace un gesto con la mano indicando a la gente, el ruido, las luces.

Intento enfocarlos, pero apenas soy capaz de mantenerme erguida. Cuando abro la boca para corresponder a su saludo, con una sonrisa etílica, noto las ganas de vomitar trepando por la garganta.

Debo de tener una pinta horrible, porque oigo a Lisa decir:

—Pobrecita, voy a por agua fresca.

Y después siento la mano de Liam en mi espalda sudada, que me guía detrás de un contenedor. No hace mención de que me he pasado con la bebida y no he cenado nada, supongo que porque, en cuanto huelo la basura, lo echo todo. Él me acaricia, resiguiendo la forma de mi columna vertebral a través de la camiseta, y me aparta el pelo de la cara.

Me sobreviene otra arcada y oigo como me susurra un «Tranquila» que me da ganas de llorar. Ya la estoy liando de nuevo. Ya la estoy

liando, sin saber por qué, en la noche de Jordan.

Respiro hondo por la nariz y Liam me tiende uno de los pañuelos de papel que siempre llevo en el bolsillo trasero de los pantalones. La boca me sabe agria y soy un cúmulo de mocos, pero al menos ya no tengo más ganas de vomitar.

—Perdón —musito con voz débil, y me paso los dedos por los ojos para tratar de centrarme.

El poco maquillaje que llevo no es resistente al agua, así que debo de parecer un panda. No obstante, no me importa. Delante de Liam me da igual.

—No pasa nada, Soph. No pasa nada.

Su voz es casi como una nana. Ha quitado la mano de mi frente, pero sigue acariciándome la espalda de manera rítmica.

—Estoy bien, de verdad. No te preocupes.

Liam arquea las cejas y niega despacio.

—Permíteme dudarlo.

Suspiro y me apoyo contra él, dejándome mecer.

—¿Por qué tú no te emborrachas nunca? —pregunto contra su camiseta blanca, ahora manchada de negro a la altura del cuello.

Noto como se encoge de hombros, su voz contra mi pelo.

—Sí que me emborracho, pero pocas veces.

Aunque no lo diga, sé leer entre líneas: «No cuando estoy contigo, porque tengo que cuidarte», y me siento fatal. Solo pienso en que espero que Jordan no sea consciente de este pequeño incidente, porque bastante malo es haber arruinado la fiesta a uno de mis mejores amigos.

—Ya tengo el agua —anuncia Lisa.

Y me envaro. Primero, porque me había olvidado de su existencia. Segundo..., por su existencia.

Liam dice algo que no llego a oír; mis pies se han puesto en movimiento, de vuelta a la fiesta, hasta que su mano me frena aferrándome la muñeca.

—Eh.

—Nos vamos a casa —dictamina.

—Estoy bien —aseguro con el ceño fruncido—. Y tengo el abrigo y todo dentro.

—Lisa —dice Liam, y la chica se adelanta a su pregunta y asiente vigorosamente—, ¿puedes entrar un segundo mientras aviso al Uber? Creo que hemos dejado todo...

—En la esquina de la derecha, sí. Ahora mismo lo saco.

—Gracias. —Cuando los pasos de Lisa se alejan de nuevo, Liam me atrae hacia él y empieza a manipular su móvil—. Avisaré a Jordan cuando estemos de camino. —Entonces parece que se le ocurre algo, porque añade—: Puedes aguantar un trayecto en coche, ¿no?

—Pues claro —me defiendo, pero la voz me sale tan bajita y débil que no sé siquiera si me ha oído.

En el abrazo de Liam estoy calentita y cansada, así que cierro los ojos y me dejo hacer. Tengo algo de hambre y de sed, pero no soy capaz de pedir nada.

Cuando vuelvo a abrirlos, estoy sentada en un coche oscuro, con el abrigo y el cinturón puestos, y las luces de Londres desdibujándose a través de la ventana. Apoyo la frente en el cristal.

—Siento haberte arruinado la fiesta —consigo decir.

Liam se gira hacia mí y me da un apretón en la mano, que está a medio camino de ambos.

—No seas tonta. Tú eres más importante que cualquier fiesta.

Y es ese comentario el que hace que me sienta tonta y pequeña, porque ya tengo una edad. Sé que es culpa del alcohol y que todos

nos pasamos de vez en cuando, pero no puedo evitarlo.

El traqueteo del Uber me marea, así que cierro los ojos y mi consciencia flota para evitar que vomite aquí. Flota hasta que estamos en casa y voy directa al baño, como todas esas veces en que los tres nos íbamos de fiesta, nada más instalarnos en Londres, y teníamos las peores resacas de nuestra vida. Entonces nos reíamos porque no éramos capaces de levantarnos del suelo para ir a la cama. Hoy no me hace tanta gracia el esfuerzo sobrehumano que hago para recuperar algo de dignidad y llegar a mi habitación.

Liam ha abierto la colcha por el lado en el que duermo y me ha sacado un pijama limpio. Me sonríe antes de girarse para darme un poco de intimidad al cambiarme, pero mis capacidades motoras están tan dañadas que tiene que ayudarme a meter una de las piernas en el pantalón de ositos.

Los ojos de Romeo me observan en la oscuridad, desde su hamaca en la ventana, reprendiéndome por mi comportamiento.

«Ya lo sé, no me mires así».

—Espera —digo cuando Liam deja el botellín de agua sobre la mesilla—. ¿Puedes quedarte un ratito? Solo hasta que... hasta que me duerma.

No dice nada, pero siento el peso de su cuerpo sobre el colchón, a mi lado. Es como cuando iba a visitarlo a Dublín, antes de mudarnos. Juntábamos su cama y la mía y nos quedábamos despiertos hasta la madrugada, para amanecer al día siguiente compartiendo manta y colchón. Dormía del tirón, sin pesadillas, sin sobresaltos.

Ahora creo que es más o menos igual. Liam me da un beso en la sien y me tapa bien. Y antes de que pueda apartar la mano, la aferro con todas mis fuerzas, obligándolo a que me abrace. Emana

calor, y seguridad, y la certeza de que esta noche, igual que cuando tenía dieciséis años, volveré a dormir tranquilamente.

A pesar de que haya sido la peor noche de mi vida, Liam siempre sabe darle la vuelta a todo.

Mi mente se vacía.

Floto, pero no como antes.

Sin darme cuenta, me quedo dormida como una niña abrazada a su peluche favorito.

Capítulo 7

«Adiós» es una palabra complicada



Tengo la madre de todas las resacas.

Cuando abro un ojo, y la luz del sol me da de lleno, siento que podría morirme; que si estuviera en una de las novelas que le gustan a Jordan, de V. E. Schwab o de Mira Storm, me derretiría como un vampiro.

Me paso las manos por la cara y respiro hondo. La puerta está entreabierta y oigo a Romeo correteando por el salón como el buen gato naranja que es. Sin embargo, no es eso lo que me asusta, sino sentir otra respiración en mi nuca. Es Liam, pero está tan cerca de mi cara que puedo contarle las pecas y eso casi me arranca un grito por el susto. Entonces otro pensamiento aparece para dar por saco: «No te acuerdas de anoche y Liam está en tu cama. Dentro de tu cama. ¿Qué hace ahí?».

No, no puede ser, ¿no? Por alguna razón, siento como el pánico se apodera de mí, hasta que levanto el nórdico y veo que yo llevo el pijama de ositos y él, la ropa de ayer.

—¿Cómo te encuentras?

—¡Coño! —exclamo con una mano en el pecho. Esta vez sí que no he podido evitar el susto. Encima, él se ríe entre dientes y la resaca

me bombea en las sienes como una batería tocada por tres monos mancos—. Fatal, gracias.

Los dos sonreímos y bebo lo poco que queda en el botellín de agua. En algún punto de la noche, he debido de ventilármelo.

—¿Y tú?

Hablo bajito, para que Jordan no se despierte y para que mi cabeza no explote.

—No tan mal como tú —responde Liam, antes de bostezar—. Creo que Jordan no vino sola anoche.

En circunstancias normales, me habría levantado como un resorte por el hambre de cotilleo, pero mi cuerpo me lo impide, como un yunque que se hunde en el colchón, y solo atino a abrir la boca con sorpresa. No porque Jordan no ligue nunca, desde luego, sino porque se va en, literalmente, cinco horas a la otra punta del mundo.

—No la he oído cuando ha llegado.

—Ya, claro, porque te quedaste frita nada más echarte —dice Liam —. Tienes un don.

Me muerdo los labios con fuerza. Aunque no recuerdo todo lo que pasó anoche, sí tengo *flashes* de la vergüenza que me recuerdan que mi mejor amigo tuvo que volverse antes porque no sé comportarme fuera de casa.

—Oye, lo siento mucho. Por lo de anoche. No sé por qué específicamente, pero...

—No pasa nada, Soph —me corta Liam—. Ya imaginaba que no iba a ser tu mejor noche. Por lo de Jordan.

Suspiro. Sí, lo de Jordan. Y hay algo más que no consigo descifrar. Recuerdo a Lisa con la bufanda y se me revuelve el estómago, pero, más allá de eso, nada.

Me hago una bola en el costado de Liam, como Romeo haría si pudiera no matarlo si se quedara demasiado rato en esa posición, y le doy con el índice entre las costillas. Él se mueve un poco porque tiene cosquillas, pero no logro hacer que se retuerza del todo.

—¿Tú no estás triste? —pregunto.

—Yo tengo otras formas de estar triste —responde con las manos sobre el regazo—. Anoche no me apetecía beber, eso es todo.

—Soy una amiga horrible, ¿verdad?

Y no lo pregunto para que me lo niegue, sino porque realmente lo siento. Sin embargo, Liam me agarra de la nuca y me obliga a mirarlo. Tiene los ojos rojos, supongo que porque ha dormido con lentillas, y la urgencia de tenderle mi funda de emergencia es casi más fuerte que sus ganas de que lo escuche.

—Para. —Suspira—. Nadie iba fino anoche.

Asiento, porque discutir con Liam es una batalla perdida, y cuando ve que claudico me da un pequeño apretón y se estira cuan largo es.

—Voy a darme una ducha y a preparar el desayuno, supongo que para cuatro. —Me guiña un ojo—. Anoche te dejé un Paracetamol en la mesilla. Tómatelo.

Antes de que salga de la habitación, estiro la mano y abro el primer cajón para sacar el estuche de lentillas «por si acaso».

—Liam. —Él se vuelve frotándose los ojos—. No te quedes ciego, anda.

Se inclina tan cerca de mí para cogerlo que casi pienso que va a darme un beso en la sien.

Uno como el de anoche.

Pero no lo hace. Entorna la puerta con cuidado y yo me arrebujo en el lado de la cama en que ha dormido él. Huele al suavizante que empleamos y que siempre escoge Liam, y me relaja. Me relaja tanto

que termino quedándome dormida al lado de Romeo, que lucha conmigo por acaparar el mayor espacio posible.



Cuando llegamos a la estación de Hammersmith, hemos atraído las miradas de, al menos, una docena de personas, y no solo por el maletón que empuja Liam, ni porque Jordan y yo vayamos tan juntas que parezcamos siamesas.

Quedan escasos minutos para que mi mejor amiga se suba a un metro que la llevará a Heathrow y, consecuentemente, a Australia, y nos hemos vestido acordes a la situación: como si fuéramos a un funeral, con los abrigos oscuros, gafas de sol enormes y un montón de paquetes de pañuelos que van rulando de un bolsillo a otro. Incluso me he puesto (hoy sí) la bufanda con temática de *Crepúsculo* que me regaló Liam hace ocho años.

—Qué fuerte —no para de repetir Jordan, cada vez que cruzamos una calle—. Qué fuerte.

En cuanto Liam ha preparado el *brunch* correspondiente, ella ha tardado nada y menos en echar a su ligue y venir a despertarme. Por su energía, cualquiera habría dicho que ayer estuvo de farra hasta las tantas.

Hemos tardado demasiado poco para mi gusto, pero ya estamos en el punto D (de «Despedida»). A pesar de que mi intención era acompañarla al aeropuerto, Jordan me lo prohibió. Tampoco ayuda que tenga que entrar a trabajar dentro de apenas unas horas. Se me va a hacer raro lo de volver sin ella. Me ha hecho prometerle que le guardaré la taquilla, al lado de la mía, y que no dejaré que nadie la usurpe en su ausencia.

Los tres nos miramos unos segundos, ajenos a las personas que se quejan de que estamos en medio. Entonces, Liam le tiende la maleta a Jordan y ella me mira con un mohín.

—Sophie, el neceser.

Carraspeo y alargo el brazo, reticente. Cuando Jordan me lo arrebata, vuelvo a tener el estómago revuelto, pero ya no es por la resaca.

—Venga, que no llore nadie —dice.

Y abraza primero a Liam, que ha sido lo bastante listo como para ponerse las gafas y evitar otra irritación en los ojos. Oigo el susurro de la voz de Jordan, pero no consigo saber qué le está diciendo.

Y me golpea fuerte.

La realidad de que no voy a tener físicamente a Jordan al lado durante tres meses, cuando no nos hemos separado en más de veinte años. Duele, pero también deja una sensación de vacío. No es como cuando nos dio la noticia; en ese momento pensaba que me lo había tomado mal, pero ahora veo que ni me acercaba a lo que sentiría a la hora de la verdad.

Respiro hondo y me masajeo el pecho con disimulo.

Va a ser raro que no me despierte cuando me duermo, o entrar a trabajar sin ella. No cambiar turnos para coincidir, ni reunirnos en su habitación para chismear. No tener que escuchar sus quejas sobre la comida que hacemos Liam y yo y lo mal que empleamos las especias, o la música pop que siempre se pone cuando se está arreglando. No mirarnos y saber qué está pensando la otra sin necesidad de palabras, ni tampoco decir algo a la vez y reírnos inmediatamente después.

Quería ser la amiga estoica, sobre todo después de mi pataleta de hace diez días, pero en cuanto Jordan se separa de Liam me lanzo a sus brazos y la estrecho con toda la fuerza que tengo dentro.

—Sabía que hasta tú tendrías sentimientos —me susurra.

—Cállate y quédate en Australia para siempre, traidora —rezongo.

Jordan se ríe, pero es una risa húmeda. Yo también tengo las mejillas empapadas y no me importa. Si es por Jordan, me da igual.

—Me abandonas en Navidad —la acuso con un pequeño gallo en la voz.

—Prometo que haremos videollamadas todos los días. Ya tenemos el horario cogido.

La creo. Esta es una promesa a la que me agarro como a un clavo ardiendo, porque, si yo tengo esta vorágine de sentimientos dentro, no quiero ni imaginar por lo que está pasando ella.

Antes de que podamos separarnos, otro par de brazos se unen a nosotras y Liam hace un sándwich con nuestra amiga. La oigo sorber por la nariz y yo me limpio las lágrimas rápidamente cuando deshacemos el abrazo. No quiero hacer esto más difícil de lo que es.

Jordan mira hacia el torno y después a nosotros.

—Voy a irme ya —anuncia, como si estuviera dando el discurso más importante de su vida—. No me llaméis a gritos, ni me lo impidáis.

Me guardo las manos en los bolsillos para no agarrarla del abrigo y hacer lo segundo.

—No estamos en una película, Jordan —dice Liam, pero hasta él suena a medio gas.

—No lo decía por ti.

Jordan me mira y nos sonreímos. Otro de esos momentos en los que hablamos sin hablar.

«Cuídate».

«Y tú avisa cuando llegues, no como siempre».

Apoyo la cabeza en el hombro de Liam y veo como nuestra amiga se recoloca todos los bultos antes de dirigirse, con un último suspiro,

hacia los tornos.

Llevo la cámara encima, pero soy incapaz de sacarla. Esta imagen tendrá que vivir solo en mi memoria, como una escena final de una película de los años cincuenta.

Se gira un par de veces y abre la boca, pero no dice nada. Nosotros, tampoco. Esperamos a que su figura desaparezca, y luego un poco más. Y Liam me pasa un brazo por los hombros y me da un apretón que significa que está aquí, que no se va a marchar. Que ahora tenemos que llenar momentáneamente el enorme hueco que ha dejado nuestra mejor amiga.

—¿Vamos? —dice por fin—. Creo que ya no nos la encontraremos de camino.

Asiento en silencio, a su lado.

—La verdad es que ha sido una tontería no entrar juntos. Los tres tenemos que coger aquí el metro, de todas formas.

Pero, de haberlo hecho, la Sophie pseudoestoica habría mutado en la Sophie totalmente-dramática.



Es el trayecto en metro más silencioso de mi vida y solo se rompe cuando salimos al exterior, y, antes de separarnos en dirección cada uno hacia su propio trabajo, Liam dice:

—Ahora que no está Jordan, podemos pedir Pizza Hut.

Jordan odia Pizza Hut.

Sonrío, un poco más animada, y asiento.

—Habrá que aprovechar estos tres meses para hacer todo lo que no le gusta a ella.

Pero las palabras me saben raras en los labios y siento que, de alguna manera, la estamos traicionando al no tener en cuenta sus preferencias.

La vida sigue, supongo. Y ni un adiós puede frenarla.

Capítulo 8

Niños, niñas y los demás...



Hace cuatro días que Jordan aterrizó en Perth (y se acordó de avisarme) y la sensación de que me falta algo no desaparece. Me siento como un fantasma que va de casa al trabajo y del trabajo a casa, una rutina solo rota por los momentos que paso con Liam, pero incluso en ellos ambos sabemos que nos falta algo.

Además, hoy es Halloween. ¡Halloween! Mi festividad favorita y la única que celebro de forma voluntaria. Como a Jordan no le importa ver miembros amputados y un montón de sangre de pega, suele acompañarme al cine a alguna maratón de serie B. Hoy, sin embargo, no pienso quedarme sola y lamentarme.

Hoy voy a salir de fiesta. Lo bueno de vivir en Londres es que siempre hay algo montado en alguna parte. Lo mejor de trabajar en la juguetería más grande de la ciudad es que alguien conoce a alguien que conoce a alguien que ha preparado ese algo. Además, siento que tengo que redimirme después del bochorno de la despedida de Jordan; demostrar que, de alguna manera, soy una adulta funcional incluso cuando hay alcohol de por medio.

Sin embargo, cuando las luces de Hamleys ya están apagadas, y por la calle solo se ve a gente disfrazada, alguien aparece desde las

sombras y me sonríe, con esas arruguitas que se le forman en la comisura de los ojos y que lo hacen inconfundible incluso con una luz tan tenue.

—¿Liam? —Niego con la cabeza—. Si hoy no ibas a cierre, ¿qué haces aquí?

Se encoge de hombros y me recoloca la bufanda que me he puesto a todo correr antes de salir: la de *Doctor Who*; en mi humilde opinión, su mejor obra.

—He pensado que podríamos ir a casa y hacer maratón de películas, como con Jordan.

—Pero a ti no te gusta el terror —respondo confusa—. ¿O es que me vas a poner esas moñadas tipo *Yo antes de ti*? Porque hoy no es la noche.

Liam bufa y le da un tirón a la lana.

—Venga ya. He comprado hasta palomitas de mantequilla.

Se me hace la boca agua solo de pensarlo. Algunos compañeros, que me han dicho que iban a una fiesta no muy lejos del centro, se rezagan y me preguntan qué voy a hacer al final. Las opciones son:

Liam: noche de tranquis, con palomitas y posiblemente más Dr. Pepper del que pueda acumular mi cuerpo.

Ellos: fiesta con gente que quiere desfasar; alcohol, supongo que de garrafón, y la consecuente resaca mañana, que voy a apertura.

La respuesta está más que clara, como siempre.

Liam. Siempre es Liam.

Hago un gesto con la mano, de disculpa.

—Lo siento, chicos. ¡Pasadlo bien!

—¡Nos debes una ronda, Soph, que no se te olvide! —me grita Nora desde la distancia, al lado de Cody.

Que lo diga ella es extraño, pero tengo asuntos más importantes entre manos.

Miro a Liam y respiro hondo.

—¿Preparado para cagarte de miedo?

Él se ríe, nervioso, mientras vamos hacia el metro.

—Ya me estoy arrepintiendo.



Nuestro bloque de pisos está habitado, principalmente, por personas mayores de treinta que tienen cosas más importantes en las que pensar que en Halloween (a excepción del vecino que interrumpió nuestra Navidad adelantada con sus decoraciones), por lo que el cubo de calabaza de plástico que hay delante de nuestra puerta destaca como un elefante en una reunión de jirafas.

Liam lo ha llenado de chucherías y ha colgado un cartel encima que reza: FELIZ HALLOWEEN. ¡COGE UNA CHOCOLATINA ANTES DE QUE LA BRUJA SE LAS COMA TODAS! Estoy entre encantada porque se haya unido al espíritu festivo y ofendida por la implicación de la supuesta «bruja».

—Eh, graciosillo. ¿Se supone que la bruja soy yo?

—Solo diré —empieza, abriendo la puerta con una sonrisa— que cuando compro algo dulce para casa desaparece en cuestión de días, y no hemos sido ni Jordan ni yo.

Le doy un pequeño empujón y él se ríe al tiempo que entramos en casa. O en la casa del terror. Se nota que a Liam no le gusta demasiado Halloween, pero se ha esforzado en que haya, al menos, una telaraña de pega (espero) en cada esquina y esqueletos abrazados a las escasas decoraciones de Navidad que pusimos cuando aún estaba Jordan.

Noto su mirada sobre mí, analizando mi expresión, hasta que se me dibuja la sonrisa más sincera desde que se fue nuestra amiga.

—Eres el mejor —admito. Pero antes de que pueda felicitarse entre dientes a sí mismo, levanto un dedo—. No obstante, pienso que tendrías que haber disfrazado a Romeo.

—Créeme, lo he intentado —se lamenta con un puchero—. Pero he estornudado tan fuerte que lo he asustado.

Suelto una carcajada y le doy palmadas en la mejilla. Tiene la piel caliente, a pesar de que fuera hace frío y de que la calefacción no está muy alta.

Dejo la mano ahí un segundo de más, sin apenas darme cuenta.

—Vale, Julieta. Voy a ponerme cómoda mientras lo preparas todo.

—¿Llamas a Jordan para ver si se nos une?

Sé de antemano que no va a ser posible: Perth va ocho horas por delante y son las diez de la noche en Londres. Seguramente Jordan tendrá planes como dormir (porque son las seis de la mañana allí), comer (porque son las seis de la mañana allí, pero no aquí) o estar con su familia (bastante improbable porque son las seis de la mañana allí).

Pero asiento, porque ojalá pueda. Y, aunque no sea así, quiero que de alguna forma sea partícipe de la primera vez que Liam va a ver algo remotamente siniestro sin que ninguna de nosotras lo haya coaccionado para ello.

Mientras el móvil suena en la videollamada, esperando a que nuestra amiga lo coja en la otra punta del mundo, decido ponerme la sudadera de Navidad de Liam. Mirarla todavía me pone algo triste, pero tengo que superarlo ya. No somos críos, lo de las bufandas era una tradición que instauramos de niños y está claro que es la señal para que maduremos. Además, me queda como un guante y es calentita.

Y sigue oliendo a él, porque sé que guarda todos los regalos en su armario, junto a toda su ropa.

Cinco llamadas perdidas, y un bol de palomitas que todavía queman, más tarde, Liam y yo nos arrebujamos en el sofá con una manta que tiene más años que los dos juntos. Se la trajo de Dublín y ya entonces estaba llena de bolitas, así que ahora pide a gritos una jubilación que no va a tener. Al menos si de nosotros depende.

Me tiende una cerveza fría y baja la intensidad de las luces del salón con una sonrisa enigmática.

Cuando enciende la televisión, veo que ha elegido la primera película de *Scream* y doy un botecito en el sitio.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con el Liam que se encierra en su cuarto con el teclado cuando Jordan y yo hacemos maratón de *slashers*?

Liam carraspea y se encoge de hombros, algo avergonzado.

—Lo dices como si nunca escuchara los pódcast de *true crime* que me mandas.

El teléfono de Casey suena en la pantalla y yo me giro hacia Liam.

—Espera, ¿en serio los escuchas?

Me mira ofendido, y casi tira parte de la cerveza sobre la manta cuando me encara.

—¡Pues claro que sí! Igual que tú te escuchas las listas de reproducción de musicales que te mando.

... claaaaaro. Por supuesto que lo hago. Para nada busco reseñas en internet y leo las letras para que piense que he cambiado la voz de Andy Black por la de Idina Menzel en mi descanso en el trabajo.

Me muerdo el labio inferior y lo miro con disculpa, pero Liam solo suspira.

A mi favor diré que creía que todos nos ignorábamos en ese sentido. Lo importante es dar coba a los intereses de tus amigos, ¿no? Para eso no hace falta...

—Da igual, este momento tenía que llegar. —Me interrumpe los pensamientos.

—¿El de descubrir que tu mejor amiga es una mierda de amiga?

—El de afrontar mis miedos a los hombres enmascarados.

—A ver, depende de cómo lo afrontes, puede ser hasta sexy.

Liam se queda pálido y se vuelve hacia mí lentamente, lo que me provoca la risa.

—¿Qué?

—Es broma, Abuelo, es broma. —Le pongo una mano en el pecho, sin poder parar de reír, y lo empujo de nuevo al sofá—. Tú céntrate en averiguar quién es Ghostface, que te va a dar un ataque al corazón.

No parece muy convencido, pero me hace caso. Sube las rodillas al asiento y se dedica a comer, beber y poner caras cuando apuñalan a alguien, pero al menos no aparta la mirada de la pantalla, lo que ya es un logro.

Pensaba que ver *Scream* sin mi compañera de siempre iba a ser raro, pero resulta una experiencia totalmente distinta y especial. No creo que Liam lo esté pasando demasiado bien, pero yo, desde luego, no puedo deshacer la sonrisa de mis labios durante las casi dos horas que dura la película.

Cuando la pantalla se funde a negro, me estiro y miro de reojo a Liam. Hace rato que nos hemos terminado las palomitas y las cervezas y necesito ir urgentemente al baño.

—Oye, estás aguantando muy bien —digo orgullosa.

—Reconozco que he tenido que luchar contra la tentación de ponerme a hacer punto. Sobre todo, en el primer asesinato.

—¡Pero si eso es a los diez minutos!

Liam me dirige una mirada grave.

—Exacto.

Niego con la cabeza y le busco el pulso en la yugular de forma dramática.

—Cuidado, te va a petar el corazón —bromeo.

Pero ahora es Liam quien se toma la justicia por su mano y tironea de mí hasta colocarme encima de él y proceder a hacerme cosquillas. Si las suyas están en el costado, mis zonas erógenas (en todos los sentidos) están por todo el cuerpo, así que no tardo en hacerme una bola y retorcerme, tratando de escapar de su agarre. Creo que no se puede juzgar a nadie por lo que haga cuando lo están torturando de esta manera, pero aun así procuro no pegarle una patada en la entrepierna como he hecho varias veces con nefasto resultado.

—Para, para, para —ruego, entre lágrimas y risas que no puedo evitar.

No me hace caso.

En uno de mis intentos de huir, nos catapulto al suelo de moqueta, que ha visto días mejores y tiene alguna que otra calva, y oigo el gemido de Liam cuando se da con la rodilla en el botellín de cristal que, por suerte, no se rompe. Aprovecho la distracción para tumbarme boca arriba, con los ecos de la risa todavía doliéndome en el estómago.

Sonrío.

—Entiendo que no vamos a ver la segunda.

Liam gruñe y se coloca a mi lado. Es toda la respuesta que necesito. Bastante esfuerzo ha hecho y no quiero que tenga pesadillas esta noche. Aun así, le estaré eternamente agradecida por el plan. Me acurruco a su lado y respiro hondo. Su corazón se acelera un poco, supongo que por el esfuerzo de antes.

—Oye, Liam.

—Hum.

Cierro los ojos, de repente en paz.

—Tú no me vas a dejar nunca, ¿no?

Noto la tensión momentánea de sus músculos a través de la ropa. Supongo que quiere rebatirme que Jordan no «nos ha dejado», pero se lo calla y lo agradezco. Ahora solo necesito un poquito de seguridad en mí misma, en la estabilidad de mi vida.

—Nunca —responde, y me da un beso en el pelo.

E, igual que cuando Jordan me prometió que nos llamaríamos todos los días, lo creo. Lo creo porque Liam nunca me miente, porque es la persona más honesta y desinteresada del mundo.

Lo creo porque tengo la teoría de que nosotros dos siempre vamos unidos. No de la forma en que Jordan y yo nos convertimos en hermanas, sino que somos como un ente: si uno de los dos falta, el equilibrio desaparece.

Asiento y le doy un beso en la mejilla antes de incorporarme.

—Vamos, hay que recogerlo todo para que mañana no te dé un ataque al ver el desastre cuando te levantes.

Me mira desde abajo, a través de sus gafas, con una sonrisa. Es la mirada más bonita que me han echado nunca, pero es que todas las de Liam son así: puras. Y aunque le cuesta un poco ponerse en marcha, lo que es extraño en él, no tardamos en devolver el salón a su estado natural.

Cuando Romeo ya está encerrado en mi habitación y los dos nos hemos puesto el pijama y dado las buenas noches, me freno un segundo en el quicio de mi puerta, acariciando la madera desconchada.

—¿Liam? —Él se vuelve con un bostezo. Es tarde para él en un día entre semana. Me balanceo sobre los talones y le sonrío—. Gracias.

Y aunque no me contesta, sí corresponde a mi gesto.

Y eso es todo lo que necesito para volver a dormir del tirón, como la noche de la fiesta en que estuvo a mi lado.

Capítulo 9

Viva el vino



Cuando al día siguiente Liam viene a buscarme al trabajo más emocionado que un niño en una tienda de caramelos, se me escapa una sonrisa. Desde que nos mudamos a Londres, y fuimos por casualidad a nuestro primer encendido de luces de Carnaby Street, se ha convertido en tradición estar, año tras año, allí como un reloj. Sobre todo por Liam. A mí la multitud me abruma, y Jordan depende de cómo tenga el día. Pero Liam..., Liam brilla como las bombillas que cruzan la calle.

Antes de ponernos en marcha, saco la cámara (la digital, porque no me fío de la gente y la analógica, aunque tiene menos valor monetario, tiene muchísimo más sentimental) y echo una foto a su cara, con la boca entreabierta en la explicación que me está dando de la temática que han elegido este año: «El futuro es ahora». El año pasado («El universo de Carnaby Street») fue un desastre. Hasta Liam, que es la persona más enamorada de las fiestas que conozco, admitió que habían hecho un trabajo muy pobre con la iluminación: unas cajas blancas que cruzaban de lado a lado y... ya. Por eso me dice que confía en que hoy sea diferente y vuelvan los espectáculos de luces de colores.

La entrada a la calle está a reventar. Por suerte, Liam reservó las entradas con anticipación y podemos pasar por delante de las personas que están esperando a ver si hay alguna cancelación y pueden acceder. Aunque haya un aforo máximo, ver tantas cabezas me marea un poco.

—No te sueltes —me dice Liam, pasando un brazo por mis hombros a modo de escudo, mientras nos abre camino hacia una zona menos concurrida y donde podamos ver bien.

Me aferro a su abrigo como si fuera un salvavidas, pero, cuando extiendo la otra mano para hacer lo propio con Jordan, no es a ella a quien rozan mis dedos.

Un hombre me mira con el ceño fruncido al ver que hay alguien agarrado al bolsillo de su chaqueta.

—Lo siento —me disculpo.

Tengo estos lapsus mentales varias veces a lo largo del día. Cada vez menos, pero es complicado hacerse a una nueva rutina, sobre todo para alguien como yo, a quien le cuestan tanto los cambios.

Al final podemos colocarnos en una esquina casi al fondo. No tenemos la mejor vista, desde luego, pero respiramos, que es lo importante. Y Liam nos ha conseguido un vaso de vino caliente especiado a cada uno. Brindamos con una sonrisa y el líquido enseguida me templa y me desentumece un poco el cuerpo.

—¿Preparada? —avisa Liam sacando su teléfono mientras se oye una cuenta atrás que corean todos los asistentes.

Asiento y agarro con fuerza la cámara. Es verdad que no veo apenas, con todos los brazos alzados y las pantallas de los móviles apuntando hacia lo mismo, pero hoy no me apetece inmortalizar el encendido. Podría hacerlo si levantara yo también los brazos, porque no soy tan bajita, pero me interesa más la cara de felicidad de Liam, el juego de luces que se produce en su piel pecosa cuando empiezan

los pequeños fuegos artificiales, y la risa que se le escapa y le entrecierra los ojos en el momento en que nos alcanza el confeti.

Diga lo que diga Jordan, la verdad es que ahora mismo no veo esta salida como un castigo, sino todo lo contrario. Yo también estoy sonriendo, y aplaudiendo, y alzo las manos como si así pudiera tocar el adorno que tenemos encima de la cabeza y que forma la palabra *progreso* con colores cálidos.

En mi humilde opinión, mucho mejor que el año pasado y las cajas asépticas. Quizá demasiado obvio, pero mejor eso a no saber qué estamos viendo.

—¡Lo he grabado todo para mandárselo a Jordan! —grita Liam por encima de las voces de la multitud y de la música que ha empezado a sonar. Esta noche, al menos hasta la madrugada, la calle no dormirá—. Sé que no le gusta perderse estas cosas.

Me muerdo las mejillas con tanta fuerza que creo que voy a hacerme sangre. Si él supiera...

—¿Nos metemos en alguna parte? —propongo.

Si no lo hacemos ya, se llenarán todos los pubs y nos quedaremos en la calle. Hablo por experiencia.

Liam asiente y me coge de la mano para guiarme hacia el sitio menos concurrido que podamos encontrar, que resulta que, además, tiene una mesa libre al final del local. Hace muchísimo calor, y sigue habiendo demasiada gente en muy poco espacio para mi gusto, pero al menos la música no son villancicos puestos a todo trapo.

Dejamos los abrigos en un montoncito, a mi lado del banco, y, cuando me quito la bufanda de hoy, Liam sonríe y la acaricia un segundo. Es la que lo inició todo aquí: la primera que tejió en Londres. Con lo que ha mejorado con los años, seguramente no sería la favorita de nadie, pero para mí tiene algo especial: resume, en diferentes colores, las cubiertas de todos los libros que habíamos

leído en nuestro pequeño club de lectura particular hasta entonces. Son solo rectángulos, sin nada más, pero su significado la hace más bonita a mis ojos.

—Oye —dice Liam al cabo de un rato, cuando ya tenemos otros dos vasos de vino especiado delante—, sé que no es tu época preferida del año, y que te falta una persona más. —Hago ademán de cortarlo, pero él levanta un dedo—. Pero te prometo que no vas a notar su ausencia.

Entiendo el mensaje, aunque ambos sabemos que suplir el hueco de Jordan es complicado, sobre todo en unos meses que se basan en la familia. Esa que, de sangre, me falta. No obstante, me encojo de hombros. El tema de mis padres está más que superado; tengo a las personas a las que quiero tener en mi vida. Con eso, basta.

A veces.

No, en realidad, cuando todo el mundo se empeña en restregarme lo felices que son todos con pijamas a juego y cenas hechas por sus madres, no lo tengo superado.

—No pasa nada, Li. No tienes que ser el espíritu de la Navidad. Jordan volverá en unos meses y ya está. Simplemente, no son mis fechas. —Ladeo la cabeza y esbozo una media sonrisa sin fuelle—. Además, ya lo pasamos genial ayer con Halloween, ¿no?

Liam asiente y abre la boca un segundo, como si quisiera decir algo pero en el último momento se acobardara. Entonces niega con la cabeza y se recoloca las gafas, que están empañadas por la condensación del local.

—Ya, pero tengo muchos planes y no con quién hacerlos.

Frunzo el ceño. Los planes de Liam para Navidad son siempre: ver el encendido de luces *(check)*, darnos los regalos *(check)*, hacer maratón de películas en casa, decorar nuestro piso, visitar a su familia en Dublín y leer muchos romances navideños. Ninguno

implica salir demasiado al exterior, excepto el de irse a Irlanda y el que acabamos de tachar de la lista.

—¿Tú?, ¿planes? —Arqueo una ceja oliéndome el pastel—. ¿Desde cuándo te apetece cambiar tus mantas por la nieve de la calle, especialmente cuando es la época en que más trabajo tienes?

—La crisis de los veinticinco, ya me entenderás. —Carraspea—. Entonces, ¿me vas a dejar solo? Con lo que me apetece ir a una pista de hielo.

Hace un pequeño puchero, como un perrito abandonado. Ah, aquí está: todos esos supuestos planes, que o bien hago sola o a los que me arrastra Jordan, ahora son responsabilidad de Liam. Y aunque me gustaría decirle que estoy bien, tranquila, algo me cosquillea en el estómago al saber que está haciendo un esfuerzo para que me sienta menos sola, para mantenerme ocupada.

Me llevo un dedo a la barbilla, pensativa.

—Bueno, no. Podrías romperte una pierna patinando. ¿Has patinado alguna vez?

—Solo una —admite a regañadientes, porque romperse una pierna fue justo lo que ocurrió entonces.

—Ya. También podrías romper las bolas de nieve al colocarlas por la casa.

—¡Romeo se enredó en mis pies!

Se me escapa una pequeña risita, más animada, y Liam suspira.

—Entonces, ¿es un sí? —pregunta.

—Qué remedio —respondo poniéndome en pie. Sin darme cuenta, los dos hemos vaciado los vasos y esta ronda me toca a mí—. ¿Lo mismo?

Liam asiente y lo dejo viendo las fotos y los vídeos que ha grabado del encendido de luces. Mientras me hago hueco en la

barra, el teléfono empieza a vibrarme con todas las notificaciones del grupo cuando envía los mejores archivos.



Cuando salimos, unas horas más tarde, la fiesta sigue, pero se ha rebajado. Todavía hay gente en la calle y la música continúa sonando, haciendo eco por los rincones. Ahora solo quedamos los que no tenemos un trabajo de nueve a cinco o vamos por turnos.

Me siento ligeramente ingrávida después de varios vinos especiados, un par de pintas y demasiados nachos con queso, pero no borracha. Estoy en ese punto en el que he cedido mi cámara a Liam y me dejo llevar por las melodías que salen por los altavoces. Hace unos años, todo era diferente: la banda sonora, la masificación, las luces. Siento que, en lugar de siete, han pasado setenta inviernos. Y aun así me desinhibo bailando solo para seguir escuchando la risa de Liam detrás del objetivo. Algunos fumadores, que apuran sus cigarrillos en la calle para volver a entrar en el calor de los locales, me aplauden. Soy plenamente consciente de lo que hago, así que no puedo culpar al alcohol.

Estoy feliz, supongo. Después de pasar la tarde con Liam, de que me hablara de esos planes que le han iluminado la mirada, me ha contagiado su entusiasmo.

Así que hago una reverencia a mi público y me giro para encarar a Liam y que me devuelva la cámara.

Alguien se pone en medio y yo pierdo el equilibrio, y el cliché más grande del mundo pasa a continuación: primero, el brazo de Liam me agarra, como tantas otras veces. Me rodea la cintura y yo siento un hormigueo que empieza en las puntas de los dedos. Su aliento

huele a especias y puedo contar las pecas del puente de su nariz si quiero, porque alguien me ha dado un telescopio para observar las estrellas y las distingo de forma nítida.

Me quedo quieta, como una estatua, incapaz de actuar tampoco cuando, después, el pulgar frío de Liam me acaricia la mejilla. No entiendo nada, pero busco prolongar el contacto y ladeo la cabeza de manera inconsciente, hipnotizada por esos ojos azules que me conozco ya de memoria, pero que brillan de forma diferente en este contexto.

Y entonces se inclina. Y alguien apaga las luces de Carnaby Street porque ya no veo nada. Tan solo siento.

Siento.

Siento los labios de mi mejor amigo rozando los míos con suavidad, con tiento, y provocando que el corazón me lata a tal velocidad que creo que me va a dar un infarto. Me acaricia la espalda con la mano libre y yo alzo los brazos para colgarme de su cuello, profundizando en un beso que ya no pide permiso, ni perdón.

Es como un examen para el que me he estado preparando, del que sé todas las respuestas. Le respiro, le correspondo, me pego más a él porque su cuerpo está caliente y yo, siempre fría, y de repente necesito esto, aunque no sepa qué es «esto», ni por qué, exactamente, lo necesito.

Entonces, de golpe, el contacto se rompe y los labios de Liam forman una «o»; las mejillas se le arrebolan y enrojece hasta la punta de la nariz, pero mis brazos le impiden alejarse mucho más.

Estoy mareada, como borracha, pero feliz.

—Lo siento. Lo siento, Sophie. Yo...

Esta vez soy yo la que se impulsa para acallarlo. Me apetece, tan simple y tan complicado como eso. Y solo cuando lo beso de nuevo,

con más ganas de las que ninguno de los dos esperaba, me siento bien.

No sé de dónde viene ese sentimiento, pero ahora mismo poco me importa.

Liam sabe a nachos con queso, a vino, a cerveza, a Navidad, a casa. Sabe a todas las cosas buenas que tengo y que no aprecio lo suficiente. Sabe a él, a algo que no sé identificar y que proviene de mi pecho, donde alguien está pellizcándome para que preste atención a cualquier cosa que no sea el chico que tengo delante.

No va a pasar. No ahora.

Beso a Liam como nunca antes he besado a nadie, o como nunca antes he querido nada. Me apetece acariciarle la nuca, tironearle esa pequeña coletilla que indica que necesita un corte de pelo. Me apetece amoldar mi cuerpo al suyo, aunque los abrigos no nos lo pongan sencillo. Me apetece aprender cómo se mueve su lengua, para qué lado gira la cabeza y si tiene tantas ganas como yo de esto. Así, de repente.

Y las tiene, porque solo nos separamos, esta vez, para coger aire. Lo miro con extrañeza, con el ceño fruncido, como si acabara de descubrir un tesoro del que no quiero separarme. Pero lo más raro es que él me devuelve la mirada con añoranza y una felicidad que solo se consigue cuando llevas demasiado tiempo esperando algo.

Me da un beso corto.

Y yo, otro.

Y alguien nos vitorea como si fuéramos una atracción de feria y ya no me apetece hacer ninguna reverencia porque este momento es solo mío. Es nuestro.

Creo que yo también llevaba tiempo esperándolo. Si no, ¿por qué siento que estoy justo donde debería estar?

Capítulo 10

Houston, tenemos un problema (el problema soy yo)



Jor: Pues ya era hora, hermana.
Jor: ¿Os habéis acostado?
Jor: En mi cama no, ¿eh, salvajes?

Arrugo la nariz, todavía metida en la cama. Contarle a Jordan lo que pasó ayer con Liam parece ahora la peor idea que he tenido nunca. Todavía no me he enfrentado a él porque no sé qué decir. Anoche parecía la mejor idea, besarlo en Carnaby Street, en el metro, despedirnos con otro beso cuando cada uno se fue a dormir a su habitación. Pero esta mañana..., esta mañana siento que solo hay dos posibles salidas: o joder nuestra amistad, o joder nuestra amistad. Y no estoy dispuesta a perder a Liam, por mucho que me gustara su tacto y por mucho que quisiera que me hubiera despertado con otro beso.

Es... Liam. Nunca lo he visto de esa manera.

¿O sí y no me he dado cuenta hasta ahora?

Dios mío, qué lío llevo encima.

Jor: Sé que te estás rayando.

Pongo los ojos en blanco, porque me conoce mejor que yo misma. No le ha hecho falta ninguna respuesta para saber qué decir.

Jor: Pero léeme bien, Sophia Larissa Henderson.

Yo: Qué miedo que uses
mi nombre completo.

Jor: Tienes que hablar con Liam.
Esto no es cosa de dejarlo correr.
Jor: No quiero volver y que mis dos mejores
amigos no se hablen porque
tú seas incapaz de abrir la boca cuando
se necesita.
Jor: Y no me refiero en la cama.

Bufo y tecleo una respuesta vaga, junto a un par de *stickers* para que no sospeche que no le voy a hacer caso (pero lo sospecha), antes de tirar el móvil a la cama. Si sé que tiene razón, pero es que las confrontaciones se me dan tremendamente mal. Los asuntos serios son mi kriptonita, y pensaba que con Jordan y Liam estaba en un lugar seguro hasta que la primera decidió buscarse a sí misma en la otra punta del mundo y el otro..., bueno, para ser sinceros fuimos los dos los que nos besamos. Pero él lo inició.

Cojo la almohada y entierro la cara en ella, ahogando un grito. Casi puedo oír a Romeo chasquear la lengua con desaprobación..., si es que eso fuera posible en un gato.

Necesito tiempo. Tantear el terreno, ver cómo está Liam.

A lo mejor, me estoy rayando por nada y él también finge demencia con tal de no pisar la amistad que llevamos once años construyendo.

...

...

...

No, lo dudo. Pero, en cualquier caso, tengo que salir de la habitación. Ya no cuela que esté dormida a estas horas y lo oigo trasteando en la cocina.

Tengo miedo de que me vaya a dar un beso, pero también de que no vaya a hacerlo.

Al final, gana mi parte más cobarde y me apoyo en una de las encimeras y lo saludo desde ahí, a una distancia prudencial. Liam esboza una sonrisa tensa.

«Oh, no».

—Estoy preparando huevos revueltos. No sé, me apetecían —dice sin mirarme. «Se arrepiente, se arrepiente, se arrepiente»—. No los aderezo como Jordan, pero yo qué sé. Te he guardado un poco.

Liam no suele «no saber» tanto, a no ser que esté nervioso. Bueno, pues ya somos dos.

—Sí, eh..., gracias. ¿Quieres...?

—¿Café? —Niega con la cabeza y, entonces, me lanza una mirada de refilón—. Ya me he tomado dos tés esta mañana.

—Claro, sí, lo siento. —Me doy una palmada en la frente, con una risita nerviosa—. A veces se me olvida.

Liam tiene la delicadeza de no recordarme el tiempo que llevamos viviendo juntos como para que no sepa que él odia el café.

Nos miramos unos segundos en los que parece que hay un abismo insalvable entre nosotros. Entonces, cuando él da un paso hacia delante, con su plato de huevos en la mano, yo levanto un dedo y lo freno.

—Tengo que llamar a Donovan.

La afirmación lo pilla por sorpresa y le cuesta un poco recomponerse. Parpadea.

—Sí, claro. ¿Le ha pasado algo?

—No, es para hablar de su visita. Así, nos organizamos, ¿no?

—Sí. Es verdad, sí. Yo... —Señala con el pulgar el teclado—. Así te doy intimidad, ¿vale?

Asiento.

Dios, es muy incómodo. Es muy raro. Y lo peor es que yo huyo con el platito de huevos revueltos a mi habitación sin dar opción a nada. Sin decir ese «Vale, pero, espera, antes de irme tenemos que hablar» que haría que Jordan estuviera orgullosa.

No sé cómo salir de esta, así que marco el número de mi hermano en videollamada y espero a que responda. Oigo a Liam tocar suavemente las teclas pero, como muchas otras veces, no sale sonido del instrumento porque lleva los cascos puestos. Podría comentar el tema con Donovan, claro, y él, en su infinita sabiduría de hermano mayor, me diría que sacase la cabeza de la tierra y enfrentara la situación, pero no lo voy a hacer porque también está la opción de que se ría en mi cara como el hermano mayor que es y me recuerde que estoy actuando como una cría.

—Hum...

La pantalla está oscura y me cuesta distinguir la cara de Donovan en ella. Supongo que sigue en la cama.

—¿Estás vivo? —pregunto acercándome el teléfono a la cara—. Son las diez, ¿no trabajas o qué?

—Es domingo, Sophie. No todos tenemos un trabajo de mierda como tú —gruñe, aunque en voz baja, como si no quisiera despertar a alguien.

Frunzo el ceño.

—Si vas a ser un capullo, te cuelgo.

—¿Para qué me has llamado, de todas formas, un domingo a las diez de la mañana?

Su tonito me saca de mis casillas y voy a replicarle algo cuando oigo una voz de acento muy cerrado, y amortiguada por la

almohada, decir:

—¿Quién es, Donny?

—Esa voz me suena —digo.

Y acto seguido, apenas los dos segundos que mi hermano tarda en quitar la cámara, la cara de Callum Murphy aparece en todo su esplendor.

—¡QUÉ FUERTE!

El hermano de Liam está en la cama con mi hermano.

El hermano de Liam está en la cama... CON MI HERMANO PRESUNTAMENTE HETERO.

Me llevo una mano libre a la boca, porque con la otra sujeto el móvil y no pienso dejar que caiga y perderme un segundo de lo que ocurre.

Donovan gruñe y deja solo el audio. Yo estoy dando pequeños saltitos encima de la cama y le lanzo preguntas como: «¿Estáis juntos *juntos*?» o «Entonces, ¿lo de la tal Laura fue una tapadera?».

Por supuesto, él no responde a ninguna.

Oigo como se encierra en el baño antes de volver a poner la cámara y amenazarme como un capo de la mafia.

—Si dices algo de esto a mamá y...

—¿A nuestros padres? —lo corto—. ¿Esos con los que no hablaría ni por mil millones de libras?

Mi hermano se pasa una mano por la cara y rezonga. Todavía no me ha respondido y yo siento que me voy a desmayar del subidón de adrenalina que llevo encima.

—Te lo iba a contar.

—Sí, claro, cuando vinieras aquí con él. —Medito un segundo—. Espera, ¿Liam lo sabe?

—No lo sé.

—Como Liam lo sepa y os lo hayáis estado callando, os mato a todos.

Pero no creo que tenga conocimiento del *affaire* entre nuestros hermanos porque, aunque no lo parezca, le va el chisme.

—Bueno. Tengo que colgarte —dice Donovan—. Ya hablaremos.

—Vale, *Donny*, no querría que te despegaras de Callum Murphy, *Donny* —me burlo.

Por toda respuesta, recibo la pantalla negra.

—¡Oye!

Honestamente, me lo merezco, pero eso no hace que me pique menos que no quiera compartir conmigo su despertar bisexual.

Suelto una carcajada y me revuelvo en la cama como una adolescente que acaba de descubrir que su grupo favorito va a dar un concierto en su ciudad. Me produce una felicidad extraña que Donovan y Callum estén liados. O potencialmente liados. Es, a la vez, gracioso que justo anoche sus hermanos pequeños se liaran también.

No puedo parar de reír, ni tampoco evitar salir al salón y desenchufar de golpe los cascos de Liam, provocando que casi le dé un infarto.

—¿Qué...? —Entonces ve mi cara y arquea las cejas—. ¿Qué?

Es un «qué» diferente, ansioso de respuestas.

—¡Callum y Donovan están liados! —suelto.

—¡¿Qué?!

—¡Los he visto en la cámara de mi hermano! —Como si la imagen siguiera ahí, señalo mi pantalla—. He llamado a Donovan y ha aparecido tu hermano, te juro que era tu hermano.

—Pero si Callum está... —Y, entonces, Liam recuerda algo—. ¡No! ¡Ha aceptado el trabajo en Birmingham!

—¿Le ofrecieron un trabajo en Bir? ¿Y por qué lo cogería? —pregunto con una mueca.

No es que odie mi ciudad natal, pero cambiar Dublín por Birmingham es, definitivamente, una decisión no muy meditada.

—Por... ¿Donovan?

Los dos abrimos la boca a la vez al caer en la cuenta. Él se levanta y me coge de las manos y empezamos a saltar a la vez, como dos tontos. La conversación (o la falta de ella) de antes ha quedado en el olvido y solo somos dos hermanos pequeños que siempre han soñado con que sus familias estuvieran emparentadas. El impedimento era Donovan porque, aunque Callum siempre ha sido abiertamente homosexual, mi hermano juraba ser hetero.

Bueno, bueno, bueno. Pues parece que ahora Sophie Henderson no es la única bisexual de la familia.

Durante el siguiente cuarto de hora, mientras Liam recoge el teclado, recordamos todos los momentos en que nuestros hermanos se vieron. Es verdad que yo no he vuelto a Birmingham, pero Donovan ha venido a Londres de vez en cuando, como Callum, e incluso ha volado a Dublín conmigo para ver a los Murphy en momentos especiales. Ya entonces, Liam y yo (y, sobre todo, Jordan cuando se lo contábamos) pensamos que tenían química, pero no futuro. Parece ser que la desertora tenía razón y el mayor de los Henderson hacía ojitos a Callum.

—De todos modos, es un poco raro, ¿no? —digo todavía sonriendo.

—¿Por? —Liam se encoge de hombros—. Ellos no son hermanos.

—Ya, ya. ¿Te imaginas? —A los dos nos recorre un escalofrío que nos arranca una carcajada—. Pero son nuestros hermanos. En las películas, eso es raro. Si sale mal, tendremos que posicionarnos y no pienso ponerme del lado de Donovan.

—Ni yo del de Callum.

Me paso una mano por la cara, riendo. Es increíble que ambos creamos que, en un momento de conflicto, la sangre de nuestra sangre será la causante.

—De todas formas, si lo dices porque se conocen de toda la vida... —continúa Liam—, tú estuviste saliendo con Jordan en el instituto.

Me tenso un poco de manera inconsciente. No me gusta mucho el giro que está tomando esta conversación, pero trato de aparentar calma, como si no me hubiera removido por dentro. Como si no pensara que ya no estamos hablando de nuestros hermanos mayores, sino comparando mi pasado con lo que, posiblemente, sea mi futuro con él.

«Mi futuro con él». ¿Por qué hablo en términos absolutos? Solo fueron unos besos.

«Pero ojalá fueran más».

—Ya, pero Jordan no es mi hermana de sangre. Y duramos tres meses —aclaro.

Después, seguimos como siempre. Quizá porque las dos éramos unas crías y nos dimos cuenta de que funcionábamos mejor como amigas que como algo más. Ahora no me imagino saliendo con ella. Estaríamos todo el día a la gresca.

—Bueno, ellos tampoco son hermanos entre ellos.

Queda bastante claro a dónde quiere llegar. Jordan es él y yo soy... yo. Soy la Sophie de dieciséis años, pero nueve más mayor. Liam quiere arriesgarse y yo doy pasos hacia atrás. Puede que nunca haya ido a terapia (aunque debería), pero no hace falta que nadie me diga que mis relaciones esporádicas son fruto del miedo al compromiso.

Que atarme a una persona me aterra, sobre todo si esa persona tiene el poder de romperme el corazón fácilmente, como Liam.

—Me voy a trabajar —digo rompiendo el silencio. Liam se desinfla y asiente decepcionado—. He quedado con Nora en comer con ella y...

—Claro, tranquila. ¿Nos vemos para cenar?

—No lo sé, a lo mejor salgo con los del curro a tomar algo.

Me giro antes de ver las consecuencias de mis palabras.

Huyo, huyo, huyo, porque es lo único que sé hacer: escapar de los problemas.



Como todos los domingos, la sección de Build-A-Bear no está especialmente desierta. Es cierto que aún no han empezado las compras compulsivas de Navidad, pero estoy bastante entretenida en mi puesto de relleno de peluches.

Aunque no lo suficiente como para dejar de pensar por completo.

Es curioso: cuanto menos quieres que un tema te venga a la mente, más lo ves por todas partes. Por ejemplo, nunca me había dado cuenta de la cantidad de parejas que se regalan peluches, hasta hoy. Hoy todo son parejas. Parejas felices que se besan, que se prometen amor eterno y que hacen de un montón de felpa y algodón un símbolo de su relación.

Pongo el piloto automático, la sonrisa tirante y hago mi trabajo como un robot. Tiendo el recorte rojo en forma de corazón a la chica que está a mi lado.

¿Por qué me besó Liam?

—Aquí tenéis. ¡Junta el corazón con el tuyo para que sienta tu amor! Y piensa en algo bonito.

¿De verdad era tan obvio como me ha dicho Jordan?

«Sí», dice su voz en mi cabeza.

Cojo el corazón de vuelta y la chica se da un beso con la que, supongo, es su novia.

—Ahora podéis grabar un mensaje en este dispositivo y yo lo meteré antes de coserlo todo.

Ellas debaten sobre quién debería decir algo, yo sigo rellenando de algodón con la máquina a media velocidad.

Podría intentarlo, ¿no? Liam no es malo (todo lo contrario) y es mi mejor amigo. Pero también lo único que me queda en Londres, y si sale mal...

—Aquí tienes —me dice una de ellas—. Es nuestro aniversario, ¿sabes? Quería hacerle un regalo especial.

Asiento y sonrío.

Si sale mal, me quedaré sola.

«Y si no le dices algo, también», vuelve a decir la voz de Jordan, como si estuviera a mi lado.

—Felicidades. —Cierro por fin el peluche de Stitch que han elegido y se lo tiendo, junto a un papel con el certificado de adopción con el nombre que han elegido—. Ahora, podéis pasar a pagar por la última estación. ¡Gracias por adoptar a otro de nuestros amigos!

Sé que no se ríen de mí, sino de la felicidad de haber pasado otros trescientos sesenta y cinco días juntas, pero en cuanto desaparecen de mi vista me permito relajar un poco el gesto de la cara y suspirar.

Entonces viene otra pareja con un oso parecido al de Paddington y hablan de que quieren llamarlo Liam.

Mátame, Señor. Si de verdad existes, mátame.



Al final, no son muchos los que se apuntan a tomar una pinta después de cerrar. Apenas siete personas que nos apiñamos en la barra de un pub al que me he arrastrado por inercia. Sé que todos trabajamos juntos, pero Hamleys es tan grande que de algunos solo me sé el nombre y gracias. Los dos que sí conozco son Cody y Cassandra, qué suerte. Los dos con los que me he liado.

Bebo de mi pinta y los miro de reojo: están hablando entre ellos, con las cabezas muy juntas, como contándose un secreto. Pienso en que sería especialmente fácil liar a Cody para irnos al baño cuando Cassandra no mirase, o incluso comerle la oreja a ella para repetir lo que prometimos no repetir. Sin embargo, no me apetece.

Después de anoche, los veo desde otro prisma. Es extraño, porque son guapos, ella sabe lo que es una relación sin compromiso y ya nos conocemos, pero ahora me doy cuenta de que no tienen el pelo anaranjado, ni la piel tan pálida, ni los ojos azules, ni un montón de pecas que forman constelaciones.

«No son Liam».

Gruño y golpeo la barra con la frente. Es como si Liam me hubiera echado un embrujo, porque es imposible que haya madurado tan de golpe.

Siento una mano en la espalda.

—Soph, ¿estás bien? —pregunta Cody.

Asiento y termino de un trago la cerveza.

—No vengas mañana de resaca, ¿eh? —me advierte Cassandra.

—Siempre tan amable —replico—. Pero solo me he bebido una.

—Déjala, Cass —intercede Cody por mí.

Su melliza se encoge de hombros y se gira para unirse a la conversación con otros colegas.

—Tienes mala cara —insiste Cody—. ¿Resfriado?

No, pero asiento con gesto de disculpa y cojo mis cosas para salir de aquí.

—Será mejor que me meta bajo las mantas, creo que estoy destemplada.

—Claro. —Entonces baja la voz—. Si mañana sigues encontrándote mal, avísame a mí y se lo diré a Cassie. Por si acaso.

Es adorable y me da pena que no me guste de esa manera. Se lo agradezco con una breve sonrisa y me despido de todos con un «Hasta mañana» cuyo eco me persigue mientras salgo del local.

Cuando llego a casa, a pesar de no haber estado fuera tanto rato, todo está en silencio y en total oscuridad. Entreabro la puerta de Liam y lo veo tumbado boca arriba, como siempre que duerme solo, con el pecho subiendo y bajando de forma rítmica y relajada. La sonrisa de ahora es genuina, me desentumece los músculos de la cara, tensos de haberla forzado durante todo el día.

—Romeo —llamo al gato, que está durmiendo a sus pies, sobre la colcha—. Venga, a la cama.

El aludido levanta la cabecita y veo sus ojos brillando en la oscuridad un segundo antes de volver a cerrarse. Si pudiera, me sacaría el dedo, pero la indiferencia es su forma de respuesta.

Suspiro y dejo la puerta un poco abierta, por si quiere salir o Liam se despierta con un ataque de alergia y decide echarlo, y me meto en mi habitación. En el fondo, no puedo culpar a Romeo. Como ya dije: yo también elegiría a Liam antes que a mí.

Elegiría a Liam siempre. Por eso, no sé por qué ahora no hago frente a mis miedos y se lo demuestro.

Capítulo 11

Cabeza de serrín busca cerebro



A veces, hay que coger los problemas del pelo y zarandearlos.

Eso, y que Jordan hoy me ha dado mi sesión de regañina por videollamada en el descanso del trabajo. Me ha dicho que o hablo con Liam ya, o no solo habré perdido la oportunidad de, quizá, tener algo más con él (que no me desagrada en absoluto, pero que me da mucho miedo), sino que también lo perderé a él.

Y aunque no soy una persona especialmente valiente, lo he avisado de que lo pasaré a buscar al trabajo para ir juntos a casa.

He salido corriendo de Hamleys y, si no hubiera sido por Nora, que estaba hablando con Cody en el pasillo que lleva a los vestuarios, me habría ido con la chapa puesta y todo, una infracción terrible del código de jugueteros y blablablá. No obstante, por lo que sea no me viene bien ahora tener follón con Recursos Humanos. Por eso, he llegado a Waterstones sudando, con miedo a que mi pequeño contratiempo haya hecho que Liam ya haya salido porque se lo ha pensado mejor y no quiere compartir espacio conmigo.

No sé qué le voy a decir, pero eso nunca ha sido un problema con Liam; ¿por qué va a serlo ahora? Lo bonito de nosotros es que

jamás he tenido que preocuparme de medir mis palabras, porque siempre me ha sabido leer como el que más.

—Sophie —dice sacándome de mis pensamientos cíclicos.

Sonríe, pero veo la incomodidad a través de su gesto. A su lado, Lisa me saluda con la mano y una efusividad que al menos me deja entrever que Liam no le ha contado nada.

O eso, o es la mejor actriz del mundo.

Y entonces viene otro pensamiento intrusivo, como en la fiesta de Jordan: ¿Y si le gusta ella? Al fin y al cabo, es guapa, es graciosa, es simpática y estoy segura de que no le da tantos quebraderos de cabeza como yo. Quizá el beso fue un impulso, fruto del vino y ya está. No puedo juzgarlo porque yo también me he liado con gente sin pensarlo demasiado.

Estoy hecha un flan.

Correspondo al gesto de la chica, y antes de que pueda proponer ir a tomar algo los tres (creo que es lo más educado, a lo mejor porque quiero tantear el terreno con Liam, que parece un palo), ella se me adelanta.

—Os dejo, chicos. Mi padre ha venido de visita y hemos quedado para cenar. —Echa una mirada significativa a Liam, pero él la evita y se rasca el cuello. Qué raro. Qué raro todo—. Recuerda que mañana voy de tardes.

Liam asiente.

—Pásalo bien.

—Claro, ya te contaré. —¡¿Por qué tiene que contarle nada?!—. Nos vemos, Sophie. A ver si un día salimos los tres a tomar algo, ¿eh?

Sé que lo dice genuinamente porque en la sonrisa que me dedica no hay ni un ápice de falsedad. De hecho, creo que Lisa es una de

esas personas, como Liam, incapaces de mentir. Por eso están hechos el uno para el otro.

No sé por qué esta teoría, de repente, está ganando tanta tracción en mi cabeza. Es como si no pudiera estar tranquila ni un segundo. Como si mi cerebro tuviera que inventarse un drama para todo.

—¿Vamos? —ofrece Liam echando ya a andar hacia la boca del metro.

Y es el trayecto más deprimente del mundo, incluso peor que el que siguió a cuando dejamos a Jordan en Hammersmith. Entonces el silencio era compartido, una forma de comunicar que los dos estábamos tristes. Hoy, sin embargo, no sé muy bien cómo interpretarlo. Quiero romperlo, pero con cualquier cosa que diga en público puedo cagarla a niveles insospechados; por otra parte, sé que Liam está esperando a que yo dé el primer paso, porque fui yo la que huyó ayer de casa después de que él se lanzara la noche anterior.

Romeo sale a saludarnos cuando entramos en el piso, pero Liam solo le dice un «Hola» apagado y va a la cocina, seguramente a prepararse un té. El gato me mira, como sabiendo que soy la causa de que el amor de su vida esté así, y después, sin ni siquiera medio maullido, se recoge en mi habitación.

Suspiro.

Ahora o nunca.

—Liam... —empiezo a decir.

—No tenemos que hablar de nada si no quieres, Sophie. Solo... déjame que lo procese, ¿vale?

Parpadeo confusa.

—Que proceses ¿el qué?, ¿que me besaste pero te gusta Lisa?

No lo digo de manera acusatoria, pero igualmente sorprende a Liam y hace que la caja con las bolsitas de té de Yorkshire se le

caiga al suelo.

—¿Qué? —dice sin hacer amago de recogerlas.

Me encojo de hombros y me cruzo de brazos, como queriendo protegerme de... ¿qué? ¿Una amenaza que me he inventado para darme una excusa para no tirarme al vacío? Puede ser.

—Pues eso. Que te gusta Lisa. Lo supe desde lo de la bufanda. No pasa nada, es solo que...

La risa histérica de mi mejor amigo me corta a mitad de frase. Se pasa los dedos por los ojos y niega despacio con la cabeza.

—Estás de broma, ¿no? —Al ver mi semblante, frunce el ceño—. Pero si te besé a ti, Sophie.

Boqueo un par de veces ante la lógica aplastante de Liam. Aun así, sigo en mis trece, porque soy de las que necesitan que les digan las cosas claras. Como si mi psique no pudiera funcionar sin un manual de instrucciones detallado.

Tan espontánea para unas cosas y tan cuadriculada para otras.

—A ver, sé que no eres de los que se lían con cualquiera. —Empiezo a hablar de nuevo, con la voz pequeña. Liam asiente—. Pero estabas borracho... y, si no me correspondes, no pasa nada.

—¡Arghhh!

Creo que es la primera vez que veo a Liam perder los papeles de este modo y, en el fondo, es muy cómico. Apoya la frente en el mueble superior de la cocina y empieza a darse golpes suaves contra el contrachapado, claramente desesperado.

—Mira, olvídalo. Hagamos como que no ha ocurrido nada, ¿vale? —dice con los ojos cerrados y un tono que denota que está planteándose el suicidio—. Lo dicho: dame un par de días y todo volverá a la normalidad.

Ya, pero ¿quiero yo volver a la normalidad?

Sí.

No.

Ahora que he sacado el tema, no puedo hacer como que no ha ocurrido nada, tengo que hablarlo, llegar al fondo del asunto, así que abro el dique de mi lengua, que pocas veces se suelta de esta manera cuando hablo de lo que realmente siento y dejo de pensar.

—Ya, pero es que no puedo hacerlo, porque de repente te has metido en mi mente, ¿sabes? —me quejo—. Siempre has estado ahí, pero llevo dos días en que no paro de pensar en ti, y en el beso, y me estoy volviendo loca, porque no sé qué significa, y me da miedo. —Cojo aire, me tiemblan las manos, me siento vulnerable—. O sea, siempre pienso en ti, pero no en ese sentido. O pensaba que no. Y de pronto solo quiero volver a besarte, pero no estropear las cosas entre nosotros, porque eres demasiado importante para mí.

Ahí están todos mis miedos, todo lo que hay bajo la coraza, y que toman forma cuando los expreso.

Liam me mira de reojo, en silencio, sin mover un músculo. Sé que lo está procesando todo y decidiendo si me cree o no. Y yo no estoy segura de si hago lo correcto o le estoy rompiendo el corazón.

No sé qué hacer, pero ya no puedo parar.

—Entonces, ¿no te gusta Lisa? —musito.

Liam suspira y se mueve por primera vez en lo que parecen eones. Se pasa la mano por la cara tan fuertemente que, si llevara las gafas, ya las habría tirado al suelo.

—Qué obsesión tienes con ella, Sophie, por Dios —gruñe—. No, no me gusta Lisa.

Y eso me lo dice mirándome a los ojos.

—Y aunque me gustara, no soy su tipo.

Bufo. Sé que Liam tiene la autoestima un poco deteriorada, pero a veces me pregunto si el espejo de su habitación funciona de verdad.

No solo es guapo, sino también la mejor persona que conozco. Si ya no es por ser superficial, es por conocerlo como persona.

—No lo digas como si no valieras nada.

—Eso no es... —Se está frustrando de nuevo. Respira hondo y alza las manos, tratando de tranquilizarse—. Escucha, Lisa juega en la misma liga que Jordan.

Frunzo el ceño.

—¿Es australiana?

No sé por qué Liam se ríe de repente, aunque sea de forma histérica. Es cierto que a la chica no se le nota el acento, pero tampoco a Jordan. Quizá ha pasado toda su vida en Inglaterra, qué sé yo.

Me ofendería, pero entonces Liam dice lentamente, como si estuviera explicando un problema muy sencillo a un niño muy cabezón:

—Es lesbiana, Soph. Le gustan las mujeres. Y tiene novia, por cierto. Desde hace años. Son muy felices.

Vaya, este giro sí que no me lo he visto venir. Supongo que sí eran celos, después de todo. E infundados. Ahora me siento estúpida. Apoyo la espalda en la pared y me observo los pies, intentando pensar en qué decir a continuación. «¿Lo siento?», «¿Ya sabes que soy imbécil?».

Sin embargo, después de un rato, es Liam quien rompe el silencio. Suena más cerca de lo que esperaba; la moqueta ha ahogado el sonido de sus pasos.

—Escucha, a mí también me da miedo que la amistad se resienta —confiesa—. Después de besarte pensé que ibas a pegarme una bofetada, pero entonces me buscaste tú y..., no sé, Soph. Tuve esperanzas. —Se encoge de hombros y lo miro. Está sonriendo, esta vez de forma genuina—. Creí que querías lo mismo. Que si lo tuyo

con Jordan había sobrevivido..., bueno, lo nuestro también podría hacerlo.

Carraspeo. De repente tengo la garganta seca. Puedo ver, por el lenguaje corporal de Liam, que se está conteniendo para no decir más cosas que le pasan por la cabeza; por miedo a espantarme o a meter la pata, no lo sé, pero hay mucho más en ese discurso que me cala hondo.

—Pero ¿y si no soy suficiente, Li? Ya la cago como amiga, nunca he tenido una relación seria y seguramente te haga daño. ¿Es eso lo que quieres?

Liam me recoloca un mechón rubio tras la oreja y su cercanía me pone nerviosa, pero no en el mal sentido. Es como si mi cuerpo reaccionase y buscase el contacto prolongado.

—Podemos ir poco a poco si es lo que quieres.

¿Me está pidiendo salir? Asiento. En mi cabeza sigue habiendo dudas, susurros que me recriminan que voy a arruinar lo más bonito que tengo, pero mi cuerpo funciona por cuenta ajena y no puedo frenarlo.

—Y sobre lo de no haber tenido una relación seria... —Se encoge de hombros—. Yo tampoco. Aunque supongo que será lo mismo que ahora, pero diferente.

En realidad, siempre me he imaginado la vida con Liam a mi lado. Puede que, inconscientemente, me estuviera preparando para este momento. No lo sé y no quiero darle más vueltas. Cierro con llave las voces nocivas y alzo la mano para acariciar la mejilla con barba incipiente de Liam. Él ladea la cabeza con mi contacto.

—¿Quieres decir que vas a besarme más? —pregunto en un susurro.

—Solo si quieres.

—Sí que quiero —reconozco. Nuestras narices se rozan y vuelvo a sentir el hormigueo en la punta de los dedos—. ¿Y también vamos a tener sexo salvaje todas las noches?

Liam se tensa y se aparta un poco, mirándome con el ceño fruncido. Ha enrojecido hasta la raíz del pelo y parece un tomate.

—Cada cosa a su tiempo.

Me río bajito, como con miedo de romper la burbuja en la que parece que nada puede hacernos daño. Quiero quedarme aquí un poco más.

—Vale, pues empieza por besarme.

Se inclina y me roza con tanta cautela como la primera vez, pero hoy estoy rápida y enseguida me cuelgo de su cuello y profundizo en el beso. Quiero más, más, más. Quiero besarlo hasta que no pueda respirar, o incluso morir de esta manera.

Juntamos las frentes cuando nos separamos, apenas unos milímetros.

—Mejor de lo que recordaba.

La risa de Liam me hace cosquillas en los labios y, entonces, me doy cuenta de lo enganchada que estoy a él, a su felicidad, a todo lo que lo hace brillar.

Me levanta a pulso, como si no pesara nada, y me lleva al sofá para seguir besándome. Y yo no lo dejo apartarse, no dejo que rompa esta especie de subidón que deben de sentir los adictos.

La nueva droga de moda se llama Liam William Murphy y es solo mía.

Por fin es solo mía. Aunque antes no supiera que la necesitaba.

Capítulo 12

Gafas de color rosa



El paso del tiempo es tan relativo como la persona que lo vive. Desde que Jordan se fue, los días se me hicieron eternos, como si estuviera esperando a que volviera ya de forma inconsciente, en una cuenta atrás que obviamente no iba a terminar.

Y ahora han pasado tres días desde que Liam y yo decidimos intentar lo que sea que es esto, y han sido... un suspiro.

Nora me ha propuesto salir a comer juntas en el descanso y he aceptado. Aunque es mi compañera de trabajo favorita, yo soy de las que prefieren tirar de táper por el tema del dinero. Pero algo me ha hecho sonreír y decir que sí. Algo que me ha llevado a un Greggs cercano donde me he pedido mi rollo con salchicha de confianza y me he sentado a una pequeña mesita en la que he hecho un montón con el abrigo y la bufanda del día: una ajedrezada que sirvió para que Liam intentara un tipo de punto especial.

—No te lo tomes a mal, pero de un tiempo a esta parte estás... especialmente contenta —dice Nora desenvolviendo su mollete de huevos revueltos.

Me encojo de hombros.

—Como siempre.

—No, Sophie. Como siempre, no. —Ríe—. Tienes como un aura, no sé. Sonríes hasta a las parejas y hace nada las fulminabas con la mirada. No te creas que no me di cuenta.

Maldigo el momento en que me crearon con subtítulos en la cara y doy un mordisco a mi rollito, que se está enfriando demasiado deprisa para mi gusto.

—Tengo un buen día —resuelvo.

No hay tanta confianza entre nosotras como para que le cuente mi vida privada. De hecho, no se lo he explicado ni a Jordan. De momento, quiero que sea así: nuestro. Aunque estoy segura de que Liam se habrá ido de la lengua y el domingo, que tenemos videollamada larga programada, me va a caer una gorda.

—Me alegro, entonces. —Nora carraspea—. Por cierto, quería comentarte una cosa —suelta de sopetón.

Alzo la cabeza para mirarla con expectación. Muy a menudo me pregunto qué pinta Nora en Hamleys si tiene el perfil de profesora de preescolar: dulce, con el pelo corto y de color castaño claro y ropa siempre colorida. Ella dice que le gustan los niños, pero que no le gustan tanto, pero no he llegado a indagar más como para saber si es cierto o no.

—Hum..., vale —digo con cautela—. ¿Por qué a mí?

Quizá lo podría haber formulado de otro modo, pero ¿no tiene Nora amigas? Amigas fuera del trabajo, me refiero. ¿O es que la han mandado de sicaria para despedirme?

Ya sabía yo que no pueden pasarme muchas cosas buenas a la vez o el mundo colapsaría.

—Me caes bien —afirma Nora—. Eres la persona con la que mejor me llevo del trabajo. Te considero una amiga. ¿Tú no?

No.

Boqueo un par de veces y frunzo el ceño.

—Claro —respondo, sin embargo.

A decir verdad, con Jordan en el mismo edificio, siempre he sido más bien hermética con el resto de los compañeros. Me llevo bien con la gente, eso sí, pero no paso de ahí. Es como si no necesitara más amigos: tengo los que quiero. Sin embargo, la revelación de Nora hace que me plantee si no he sido demasiado sectaria. Si, en el fondo, hay personas con las que puedo contar en la juguetería, aunque no sea para asuntos de vida o muerte.

—Se te da fatal mentir. —Nora ríe—. Da igual, yo es que cojo cariño enseguida y siempre has sido un amor conmigo, aunque no te lo creas.

—¿Y es eso lo que querías decirme?

—No, no. —Sonríe más ampliamente, pero puedo ver las fisuras en su gesto. El nerviosismo escapándose por entre los huecos—. A ver, es que no sé cómo plantearlo.

—Me estás dando miedo —digo sintiendo yo también el nerviosismo—. ¿Es malo?

—¡No! No, no. A ver, lo siento. Buf. —Nora suspira y bebe de su agua—. Necesito tu consejo en... con... Cody.

El nombre me pilla de sopetón. Parpadeo perpleja.

—¿Con Cody?

—Sí. Tú lo conoces bien, ¿no?

Lo conozco más que bien, al menos en la cama, pero fuera de ella... no tanto. No obstante, me rasco una ceja, pensativa, y asiento.

—Supongo que podríamos decir que sí. ¿Qué pasa con él?

—Vale, pues es que nos... liamos, en Halloween.

Espero a que añada algo más, pero Nora se limita a enrojecer hasta las orejas y mirarme como una colegiala que acaba de confesar su secreto mejor guardado.

A cada segundo, va ganando más puntos la imagen de profesora de niños pequeños que es un ser de luz.

—Vale —repito lentamente—. ¿Y cuál es el problema?

—Bueno, pues, en fin, me contó que vosotros... —Hace un gesto con la mano indicando, supongo, que estuvimos liados—. Y no quiero problemas, de verdad. Cody me gusta mucho y yo...

—¿Qué? —No sé qué me sorprende más de todo lo que ha dicho —. Por partes, Nora: Cody y yo no estábamos saliendo, puede liarse con quien quiera.

Ella deja escapar un suspiro de alivio y casi parece que se relaja un poco. Pero entonces abro la boca de nuevo.

—Lo que me preocupa es que esté jugando contigo. —Nora se envara y me mira con sus enormes ojos verdes tan abiertos que parece una rana, pero no reculo. Algo me arde en el estómago, una llama pequeñita de momento—. No me molesta que sepas lo nuestro, pero ¿por qué te lo dice?

Se muerde el labio y niega con la cabeza. Esta vez no pienso que la haya cagado por hacer que Nora se cuestione cosas y pinche su burbuja de felicidad; me doy cuenta de que me preocupa genuinamente que lo pase mal, sobre todo por un tío.

—Escucha —retomo, y me inclino sobre la mesa para cogerla de las manos—, Cody es un tío muy majo, de verdad, y estoy segura de que le gustas. Solo digo que vayas con pies de plomo por si acaso.

La chica asiente y me corresponde al apretón.

—En realidad, fueron unos besos, no somos nada serio. Pero...

—Pero quieres serlo —termino por ella.

Nora se encoge de hombros, con una media sonrisa triste.

—Pues haz que se lo gane, Nora —digo—. Haz que trabaje. Por mucho que te guste, no te conformes con poco. Cuando estéis juntos, que hable de ti, no de sus líos pasados.

Respiro hondo y la libero cuando me aseguro de que está más tranquila. Es como si confesarlo todo le hubiera quitado un peso. Como si mi consejo (si es que puede llamarse así al sinsentido que he soltado) le sirviera. No lo entiendo. A lo mejor, porque mi dinámica con Jordan y Liam a la hora de solucionar sus problemas es tan natural que no tengo ni que pensar en qué hago.

Creo que es la primera vez en años que alguien de fuera de mi círculo confía en mí de esta manera. Y me gusta. Y realmente quiero que Cody la trate bien y siento una rabia extraña dentro de mí por si no lo hace y tengo que partirle las piernas.

A lo mejor, sí que somos amigas después de todo.

A lo mejor, hay muchas formas de ser amiga de una persona.

—Perdona, he hecho que se nos enfríe la comida —se disculpa. Y aunque es cierto, niego con la cabeza—. ¿Lo cogemos para llevar? Deberíamos ir volviendo.

Antes de salir con nuestra comida a medias envuelta en papel, y las bebidas metidas en los bolsillos del abrigo, Nora se gira y me da un abrazo.

—Gracias, Sophie —me susurra.

Pero es un contacto tan efímero, y unas palabras tan raras de oír de alguien ajeno, que no sé si las he soñado. Lo que sé es que me siento bien. Mucho mejor que cuando pensaba que me iban a despedir, desde luego.

Ahora sí, una persona no puede ser tan feliz, ¿verdad?

Ahora viene lo malo.

(Pero espero que no).



La relación con Liam es bastante extraña. Es decir: estamos como siempre, pero hay besos, me coge de la mano y me acaricia la mejilla más a menudo que antes. Me gusta que me dé mi espacio y, sobre todo, que no haya pronunciado las palabras *novia* o *pareja* porque sabe que me agobian.

Estamos fluyendo, pero de una forma diferente a como fluyo con otras personas, y eso me gusta.

Cuando salgo de trabajar, no lo encuentro como casi siempre en la puerta, así que echo un vistazo al móvil por si acaso tiene que quedarse más tiempo en la librería.

Abuelo: He salido antes.
Abuelo: ¿Tienes planes para esta tarde?

Sonrío, sin saber por qué, y las palabras de Nora resuenan en mi mente: «De un tiempo a esta parte estás especialmente contenta». «Sonríes hasta a las parejas».

Carraspeo. Bueno, suficiente. Me gusta sentirme feliz, aunque quizá hay algo dentro de mí que lucha contra convertirme en un bollito de crema. Respiro hondo, pero las comisuras de los labios me tiran hacia arriba.

Yo: No lo sé, ¿tengo?

Normalmente, si Liam o Jordan no estuvieran esperándome, cogería la cámara y me iría a dar una vuelta o quedaría con los del trabajo para echar unas pintas, pero ya he dejado pasar la segunda oportunidad y la primera puedo hacerla en cualquier momento.

Abuelo: Necesito tu opinión en una cosa.

El corazón me da un vuelco. Pero, como siempre, Liam me lee la mente.

Abuelo: Deja de rayarte, es una sorpresa.
Abuelo: Buena, espero.

Y me relajo. Tan sencillo como eso. Creo que necesito hablar urgentemente con Jordan a fondo, explicarle esta dicotomía que me asalta cada vez que bajo la guardia, pero de momento, como he dicho, fluyo.

Y fluyo hasta casa, y el olor a jengibre me llega desde mitad del pasillo, dándome una bofetada cuando abro la puerta principal.

La tetera silba, anunciando que está lista para preparar los tés con los que, por supuesto, Liam me recibe.

Sonríe en cuanto me ve, con las gafas empañadas por el vapor, y se acerca para darme un beso corto de bienvenida. Ha sido increíblemente fácil acostumbrarme a ellos, desearlos cuando estamos más de una hora separados.

—¿Qué tal el día? —pregunta despreocupado.

—¿Qué es ese olor? —le respondo con una sonrisilla.

Liam chasquea la lengua y hace una reverencia hacia la pequeña mesa de comedor, revelando un plato con, exactamente, tres galletas de jengibre. Están decoradas de una forma tosca: una pelirroja, una rubia, una morena. Liam, yo, Jordan. Yo en medio.

Me río.

—¿Y esto?

No me atrevo a tocarlas por si las destrozo.

—Iba a ser un bote entero, pero se me ha quemado el resto —dice Liam rascándose la nuca con gesto de disculpa.

—Me sorprende que hayas conseguido cocinar incluso tres —lo pincho.

Como toda respuesta, él me da con el índice entre las costillas y hace que me revuelva un poco, con una sonrisa.

—Me ha ayudado Jordan, sobre todo con la decoración. Es una suerte que al menos se hayan salvado tres.

—También que ella no estuviera aquí o te habría echado la bronca por destrozarle el horno.

—Como sigas así, te quedas sin ninguna, listilla.

Cojo su galleta, la pelirroja (lo cierto es que las distingo por el pelo, porque el resto es una amalgama de colores; tan talentoso para unas cosas y tan manco para otras), y me alejo, señalándolo con el dedo.

—Un paso más y te decapito.

Me imita, con la galleta que me representa.

—¿Quieres apostar a ver quién destroza al otro antes?

«Yo».

El pensamiento intrusivo no va por el derrotero de la conversación real. Me produce una punzada en el pecho y me cuesta una respiración volver a las galletas de jengibre. Para cuando lo hago, he sido demasiado lenta, demasiado evidente. Liam se ha dado cuenta y se acerca con una sonrisa comprensiva.

Liam tiene muchas sonrisas y me las sé todas de memoria.

Antes de que pueda decir nada, consolarme por algo que no ha ocurrido o disculparse por algo que no ha hecho, doy un mordisco a su cabeza de jengibre y amplío la sonrisa.

Su cara de terror es fingida, pero rompe el ambiente extraño que he creado y me imita. Y, de repente, los dos nos estamos riendo con pasta de galleta de jengibre en la boca y nuestros cuerpos dulces totalmente destrozados y convertidos en miguitas.

Me tiende una taza de té, para pasar el último bocado, y, aunque le falta azúcar para mi gusto, no digo nada. Otra vez se le han empañado las gafas, así que se las quito con cuidado y las limpio con el bajo de mi sudadera.

—Estábamos buenos —dice orgulloso.

—Eso ya lo sabía sin necesidad de probarnos, Li —replico con un guiño de ojo antes de devolverle las gafas.

Incluso ahora, él se sonroja y me provoca tanta ternura que le doy un beso en la mejilla.

—¿Sabes? Creo que he hecho una amiga.

—¿Crees? —Liam se ríe—. ¿Cómo es eso?

—Al parecer, ya éramos amigas antes pero no lo sabía. Es Nora, del trabajo; ¿sabes quién?

Liam sonríe y asiente, y me da un beso corto, dejando que su pulgar me acaricie la mejilla.

—Soph, si abrieras los ojos más a menudo, verías que lo de Nora no es la excepción, sino la norma.

A veces odio cuando se pone en plan Abuelo Sauce. Soy una persona que marca bastante bien los límites con mis compañeros y la gente en general, no es cuestión de abrir los ojos: es puro realismo.

En cualquier caso, no me apetece discutir con él, y mucho menos ahora, así que me cuelgo de su cuello y dejo escapar un sonido que ni le da la razón ni se la quita. Liam se tambalea y casi parece que estemos bailando en la cocina al ritmo de una de las canciones lentas de One Direction que ya no salen de la habitación de Jordan.

Después de un rato, en el que Liam se acaba su té y yo me lo olvido a propósito en la encimera, me pone una mano en la cintura y dice:

—¿Recuerdas lo que hablamos de los planes navideños?

Me río.

—No iba borracha.

Bufa entre dientes y entierra la cara en mi pelo, dejando que su nariz me recorra el cuello. Me produce un escalofrío que no es

necesariamente malo. Esta faceta de Liam, la que va más allá de la amistad, me está gustando demasiado.

—Pues podríamos empezar dentro de poco.

Su voz suena muy cerca, grave. Sé que le está costando hacerse el sexy y lo agradezco. Lo agradezco con la piel de gallina y unas ganas tremendas de cogerle la cara y besarlo hasta que pierda el sentido.

Por eso asiento, porque no lo pienso demasiado.

Porque, de hacerlo, volvería a entrarme el miedo al compromiso y posiblemente huiría.

En su lugar, giro la cabeza hasta chocarla con la suya y cierro los ojos. Puedo acostumbrarme a esto.

Claro que puedo.

La verdadera pregunta es: ¿Estoy dando suficiente de mí?

Capítulo 13

Terapia de choque



Reconozco que el primer domingo que libro, y Liam no, es raro. Menos mal que Jordan y yo hemos decidido por anticipado hacer la videollamada más larga hasta la fecha.

Desde que se fue, Liam y yo hemos tratado de hacer coincidir nuestros horarios al máximo, pero hoy ha sido imposible. Por eso voy paseando a una Jordan que está en la playa de habitación a habitación, como si se tratara de un juguete, mientras hablamos.

He de admitir que la echaba de menos. Echaba de menos nuestras conversaciones eternas y oír su risa durante más de tres segundos en un audio o una llamada corta.

—Son horrorosas —dice cuando le enseño por la cámara del portátil unas estrellas que he comprado para decorar la casa—. Es decir, incluso para Liam.

Bufo frustrada.

—Oye, no quedaba demasiado en Poundland. Y lo que había no me lo podía permitir.

Veo a mi amiga levantar las manos y su móvil se cae, apuntando al cielo cristalino de Perth. La cara bronceada de Jordan reaparece con una sonrisa y la melena despeinada.

—Perdona, mi trípode de arena no funciona demasiado bien. Vale, si es lo que tenemos para trabajar, creo que podrías ponerlas detrás de la televisión.

Asiento y cojo el celo para intentar hacer algo potable. Estos días he estado pensando (algo normal en mí, por otra parte) en que debía tener un gesto que demostrara a Liam que estoy en su barco, que quiero vivir estas Navidades como se merecen. Puede que aún queden decoraciones del amigo invisible con Jordan, pero todavía puedo convertir el piso en la guarida de Santa Claus si me lo propongo. El problema es que todo el ojo estético que tengo para la fotografía lo carezco para lo relacionado con espumillones, bolas y árboles de Navidad. Es decir: Si por mí fuera, una guirnalda sería suficiente, pero, claro..., es Liam.

Intento hacer un patrón en zigzag y rezo para que el celo no levante la pintura cuando quitemos las estrellas rojas y verdes.

—El otro día conocí a una chica —comenta Jordan, que está a mi espalda supervisando mi trabajo.

—Hum, ¿y qué tal?

—Bien... —responde alargando las vocales demasiado.

Miro por encima de mi hombro y arqueo una ceja.

—¿Bien o *bien*?

Ella suspira y apoya la cabeza en el brazo con el que no sujeta el teléfono.

—No, bien de verdad.

—¿Entonces?

Hace mucho que no veo esta versión de Jordan: cautelosa y poco habladora. De hecho, creo que solo ha estado así cuando salió con su primera novia (no yo, Stephanie). Después, simplemente, no ha encontrado la horma de su zapato para más de unos días de diversión.

Una parte de mí siente un poco de vértigo ante la idea de que se enamore a tantos kilómetros de distancia; es la sensación de estar perdiéndomelo en directo, pero también de que pueda ser un factor decisivo para que Jor no vuelva.

Aunque en tres meses no se toman decisiones tan fulminantes, ¿no?

—Nada, que no nos hemos besado.

—Eso sí que es raro en ti. —Me río, un poco más aliviada.

Si no ha habido ni beso, a lo mejor se queda en anécdota y ya está.

«Joder, qué egoísta soy».

—Más bien, en ella —rebate Jordan—. Quiere ir despacio. No sé, ya veremos.

No me dice ni cómo se llama antes de hacer un gesto con la mano y dejar aparcado el tema. Supongo que, si fuera más serio, estaríamos todavía hablando de ello. Será uno de los cuelgues rutinarios de Jordan y ya está. La próxima vez que salga de fiesta me mandará un audio diciéndome que ha conocido a otra y el ciclo se repetirá. A lo mejor, Australia la está ablandando y por eso la veo más sensible.

Termino con las estrellas y enseño a cámara mi siguiente adquisición: unas figuritas de galletas de jengibre que componen una banda de música. ¿Que qué tienen que ver con la Navidad? Sinceramente, no lo sé. Son galletas, llevan gorros y estaban de oferta.

—He pensado en colocarlas en una esquina de la mesa de comer —propongo.

Jordan asiente y la recoloco para que tenga un buen ángulo mientras monto una escenita. Hay hasta un pianista, seguro que a Liam le hace ilusión.

—Has pensado en que Romeo va a destrozártelo todo, ¿verdad?

Alzo la cabeza, mirando al vacío, y cierro lentamente los ojos, con las carcajadas de Jordan de fondo.

—Espero que no.

—Es un gato, Soph. Me sorprende que no esté ya dando por saco.

—Le he dejado una camiseta de Liam que estaba para lavar y se ha dormido encima, en mi cama.

—Ya veo. Y hablando del rey de Roma...

Me envaro durante un segundo, pero es una conversación que íbamos a tener tarde o temprano. Me alegro de que ella haya sacado el tema porque lo necesito, pero a la vez me da miedo tocarlo.

—¿Qué pasa? —pregunto inocente.

Ya he armado la banda de galletitas y solo estoy ganando tiempo recolocándolas.

—Pues que te gusta Liam, ¿no es obvio?

Giro tan rápido hacia la pantalla que casi siento el latigazo que no me doy en el cuello.

—¿Cómo?

Es decir: ¿supongo que me gusta Liam? Tiene que gustarme, si no no buscaría sus besos. Pero ¿por qué lo dice con tanta convicción, como si estuviera aquí y lo hubiera visto todo? ¡Lleva dos semanas en el culo del mundo!

Respiro hondo y veo a Jordan alzar un dedo para que me tranquilice. Lo hago tras darle la vuelta a una de las sillas de madera y sentarme en ella.

—Sophie —vuelve a hablar—, te gusta Liam.

—Sí —respondo. Y se me escapa una pequeña sonrisa que no puedo controlar.

Breve, pero está ahí.

—Lleva gustándote tantos años que es de risa que no te hayas dado cuenta hasta ahora —prosigue ella. Y antes de que pueda decir nada, añade—: Y a él le gustas incluso desde hace más tiempo aún.

—No, qué va.

La réplica me sale sola. Supongo que nace de ese sentimiento de no creerme suficiente para alguien tan genial como Liam. De no haber sabido ver las señales cuando es mi mejor amigo. De haberle podido hacer daño sin querer durante años.

¿De verdad me gustaba?

—Claro —bufa Jordan—. Y yo soy hetero, no te jode.

Ladeo la cabeza y sonrío a mi amiga, que compone una mueca de desagrado ante la idea de encontrarse con un «señoro», como diría ella, en actitud íntima. O en general.

Apoyo la barbilla en el respaldo de la silla y miro a Jordan. Nos quedamos así, en silencio, hablando sin palabras como siempre, y por un momento casi siento que está en la misma habitación que yo. Que estamos en su habitación, bajo sus mantas, después de una noche de fiesta, y susurramos todo lo que nos ha pasado mientras Liam se preocupa de que no nos muramos por la resaca.

—¿Y si sale mal?

—¿Y si sale bien? —Jordan me sonríe—. Os queréis demasiado como para dejar que algo así rompa lo vuestro, Soph. Y no hablo solo a nivel romántico. —No hace falta que se explique, porque la entiendo—. Puede que seas más hermética que una ostra, pero sé que antes que dejar que la relación muriera hablarías con él.

Una vez más, tiene razón. Soy una persona que se raya cuando alguien le respira un poco más fuerte de lo normal, pero si hay algo que valoro es mi relación con Liam y Jordan. Aunque me cueste, admito mis errores con ellos. Aunque me duela, me abro en canal para mostrarles lo que hay en mi pecho.

Eso no quita que siga teniendo miedo, claro, pero supongo que el hecho de que alguien como Jordan crea en mí hace que me sienta un poco más valiente.

Extiendo la mano y la pongo en la pantalla.

—¿Me chillarás si ves que me acobardo?

Mi amiga repite mi gesto y sonríe al otro lado del mundo.

—Sophia Larissa Henderson, iré personalmente a Londres a arrastrarte del pelo a la mínima que empieces a dudar de ti.

—Entonces, tendré que hacerlo a menudo —bromeo.

Los ojos de Jordan empiezan a aclararse a un marrón arena mojada, señal inequívoca de que está emocionándose. Por eso se pone las gafas de sol y los oculta.

Carraspea.

—Deja de intentar ablandarme.

—Tenía que probar —exclamo poniéndome en pie—. Lo siguiente que tengo son guirnaldas.

—Detrás del sofá.

Levanto el pulgar a la cámara, con la bolsa y el celo a cuestas.

—Y, Sophie —me llama Jordan.

—¿Hum?

—Liam te quiere por cómo eres, no por cómo crees que quiere que seas.

De espaldas al ordenador, sonrío y sigo con lo mío.

Aunque haya empezado con la decoración pensando en compensarle todo lo que está haciendo por mí, las palabras de Jordan me hacen darme cuenta de que, en realidad, aunque ella siguiera aquí, aunque los planes de Navidad fuesen cosa de tres, lo habría hecho igualmente.

Y eso me reconforta.



Para cuando llega Liam a media tarde, estoy exhausta. He aprovechado para bajar a revelar la foto que nos hicimos Jordan, él y yo con los regalos, y ahora corona el miniárbol que compraron mis amigos. También he creado un mural con todas las instantáneas de los últimos años, como un recuerdo de los momentos felices y de que aún nos quedan muchos más por compartir.

Romeo salta de mi regazo en cuanto oye la puerta, pero yo espero a Liam en el sofá, con una sonrisa orgullosa. Su cara de desconcierto al ver todo lo que he montado se transforma pronto en una de felicidad absoluta. Me mira y arquea las cejas.

—¿Has sido tú?

—No, el gato —bromeo poniéndome en pie—. ¿Tú qué crees?

En un arrebato, de esos que estoy aprendiendo que tiene pero que antes no mostraba, Liam me coge por la cintura y me besa con tanta intensidad que, cuando nos separamos, la cabeza me da vueltas y necesito unos segundos para ubicarme.

—También he quitado lo que quedaba de Halloween —anuncio en un susurro.

Pero Liam ha vuelto a centrarse en cada mínimo detalle, porque apenas hay un centímetro de áreas comunes que no haya sido inundado por el espíritu navideño. Su energía es contagiosa y me arranca una sonrisa que hace que me duelan las mejillas. Junto con su mirada, yo también repaso cada esquina, cada intento de crear formas más o menos estéticas, hasta que caigo en lo que tengo encima y que Jordan ha insistido en que colocara por las risas.

Me muerdo la risa.

—Ven un segundo —pido a Liam.

—¿Y eso?

Pero me hace caso y ahora soy yo la que lo agarra por las solapas del abrigo y lo besa. Después, miro hacia arriba y señalo el muérdago de plástico que aguanta a duras penas con un montón de celo.

No hace ningún comentario, y mejor, porque esta cursilería sacada de una peli de Hallmark es solo para él. Aunque no voy a negarme a cualquier oportunidad de besarlo cuando pasemos por debajo.

Después de depositar un beso en mi mejilla, deja la mochila y el abrigo en la entrada. Ojalá Jordan tenga razón y nunca haga que le desaparezca la sonrisa que le brilla en la cara.

—Oye, ¿te apetece ir a patinar el martes? Vas de mañanas, ¿no? —sugiere Liam descalzándose.

Pongo los brazos en jarras, con las cejas alzadas.

—¿A mí? La pregunta es si te apetece a ti, que no tienes ni idea.

Chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—Es el día que abren la pista de Somerset House y la novia de Lisa conoce a algunos de los trabajadores. Me ha dicho que nos pueden colar.

Lisa, Lisa, Lisa. El recuerdo de la última vez que nos vimos, conmigo celosa y pensando que tenía algo con Liam, me viene como un *flash* a la memoria.

—Las entradas son bastante caras —continúa él—. Sé que es apresurado, pero es el único día que pueden las dos, y así nos ahorramos...

—Sí —digo en un impulso.

¿Preferiría que fuéramos solo los dos? Puede. Pero ahora que sé que la noche de Carnaby Street solo me tenía a mí en mente, lo cierto es que me apetece conocer mejor a Lisa. Al fin y al cabo, no

me ha hecho nada. Y si es amiga de Liam, tiene que ser buena persona.

—¿SÍ? —Liam arquea las cejas sorprendido.

Esperaba que me resistiera más, lo sé. Me encojo de hombros.

—¿Ahora te arrepientes?

—En absoluto. Toma.

Me tiende un libro que saca de la mochila, con una sonrisa. Es el siguiente que vamos a leer los tres en nuestro club de lectura; como estamos casi en Navidades, ha tocado algo ambientado en la época. No estoy muy segura de la elección de Liam por Tessa Bailey, pero mi turno fue el mes pasado.

Hago una mueca que le arranca una carcajada.

—Ve empezando mientras voy a la ducha. ¡No quites mi marcapáginas!

—Pienso cambiar la foto del grupo por una tuya cayéndote el martes.

—Hazlo —Liam me sonríe, con la toalla en el hombro— y te arrastraré conmigo.

—Pero bueno —me quejo a la puerta ya cerrada.

Hojeo las primeras páginas y me entra algo de urticaria al leer, al menos dos veces, la palabra *cariño*. Respiro hondo y me hago una bola en el sofá mientras espero a que Liam salga y se me una. Para cuando lo hace, llevo leídos tres capítulos sin darme cuenta.

A ver si al final voy a cogerle el gusto a la Navidad de verdad y no solo porque se empeñe Liam.

Capítulo 14

Juegos Olímpicos de Invierno en Londres



Parece que de repente haya puesto un pie en un decorado de *Los Bridgerton* (que no es que yo la vea, pero es una de las series favoritas de Liam y, si está de fondo, pues...). Somerset House está imponente con las luces y los puestos alrededor de la pista de hielo, ya abarrotada para ser el primer día que abre.

Liam y yo hemos venido directos desde el trabajo, así que ambos llevamos las mochilas cargadas. La mía, además, con la cámara de fotos, porque, como no vengo muy a menudo por esta parte de Londres, sabía que querría capturarlo todo.

Hay mucho de la ciudad que aún no conozco por el simple hecho de haberlo catalogado como «turístico», pero tomo nota mental de subsanarlo una vez que hayan pasado las fiestas y Londres esté más transitable.

—Ah, ahí están.

Liam tironea de mí hacia donde se encuentran Lisa y la que deduzco que es su novia. Es más alta que Lisa y que yo, y roza un poco a Liam; tiene la piel dorada, con un brillo natural que se acentúa con las luces del árbol bajo el que se encuentran, y un pelo

tan largo y liso que me dan ganas de acariciarlo para comprobar lo suave que es.

Mientras Lisa abraza a Liam, yo saludo con la mano a su novia.

—Sophie.

—Anika —responde imitándome—. ¿Eres la novia de Liam?

El corazón me da un vuelco cuando lo dice, pero asiento. Supongo que, aunque no lo hayamos etiquetado así, es lo que somos.

Qué vértigo.

—¿La de Lisa? —Le devuelvo la pregunta y ella también asiente.

Entonces compartimos una sonrisa. Esa de quienes son más reservados y se reconocen entre ellos.

—Gracias por las entradas —digo.

—No ha sido nada.

Antes de que pueda añadir algo más, Lisa me abraza y me dice lo guapa que estoy, aunque comparada con ella, que siempre parece sacada de una revista, soy la hermana fea de Shrek. Por lo menos, me ha dado tiempo a cambiarme y ponerme algo decente antes de terminar el turno.

También a dejar los nervios por verla en la taquilla de Hamleys.

Se cuelga de mi brazo. Boqueo y miro hacia atrás: Liam y Anika nos siguen charlando tranquilamente.

—Liam dice que sabes patinar. —Lisa me devuelve a la realidad y asiento.

—Iba bastante en Birmingham. Luego ya no, pero es como montar en bici: nunca se olvida. Espero.

Todos los inviernos, cuando ponían la pista de hielo en el centro de la ciudad, mis padres nos llevaban a Donovan y a mí cada fin de semana. Aprendí incluso a hacer un par de trucos con Jordan, aunque dudo que ahora me salgan. Nunca he sido una persona especialmente atlética, así que encontrar algo que se consideraba

deporte y que me gustaba, aunque solo pudiera practicarlo un par de meses al año, me motivó para obsesionarme con las competiciones durante una buena temporada. De vez en cuando, todavía me salen publicaciones de los patinadores que empecé a seguir en Instagram, como Abby Langford.

—A mí me pasa igual —dice Lisa guiñándome un ojo—. Pero Anika no tiene ni idea. Solo ha aceptado por hacerme feliz.

Esbozo una sonrisa: creo que a Liam le ha ocurrido lo mismo. Cuando lo veo, batallando con los patines que nos han dado ya, sé que propuso el plan por mí y no porque tuviera especial interés en volver a romperse una pierna. Me dejo caer a su lado y le doy un beso en la mejilla.

—¿Y eso? —pregunta sorprendido.

—Nada en particular. ¿Quieres que te ayude?

—Creo que sé atar unos cordones —responde, aunque por su ceño fruncido no estoy tan segura.

—¿Te vas a animar a patinar por el centro? —Liam palidece y me mira con una mueca de horror que me arranca una carcajada—. No voy a dejar que estés los cuarenta y cinco minutos abrazado al borde, ¿eh?

—No lo estaré. Avanzaré a mi ritmo e iré con Anika. No te preocupes por mí.

—No estoy preocupada, pero vas a patinar.

Suena más a amenaza que a promesa. Quizá, por eso, antes de salir a la pista Liam mira los andadores para niños y sé que se está planteando seriamente doblar su metro ochenta por la mitad solo para no comerse el suelo. Sin embargo, antes de ver si alquila uno o no, Lisa me agarra del brazo y me saca al hielo.

Me deslizo, y es una sensación que echaba tanto de menos que me sorprende no haberlo sabido antes. Al principio voy torpe y, si no

fuera porque nos apoyamos la una en la otra, Lisa y yo nos habríamos caído nada más salir. Pero después de un par de minutos mis pies se acostumbran a la velocidad, a lo resbaladizo del hielo y a los movimientos. Echo la cabeza hacia atrás y el viento frío me corta las mejillas, la única parte que tengo al descubierto entre la bufanda morada y el gorro negro.

Es agradable y me río. Y, a mi lado, Lisa también se ríe y me agarra con más fuerza, las dos acompasándonos al ritmo de la otra.

No podemos ir muy rápido porque hay mucha gente, pero sobrepasamos a varios grupos.

De repente, suelto:

—¿Sabes? Pensaba que le gustabas a Liam y estaba celosa.

No sé por qué lo digo, quiero achacarlo a la adrenalina y la felicidad del momento. Tampoco me da tiempo de arrepentirme, porque Lisa asiente, con una sonrisa que se le refleja en la mirada oscura.

—Ya lo sé.

—¿Te lo ha dicho...?

—No, Sophie —bufa—. Tengo ojos en la cara, que es diferente.

Me muerdo el labio inferior, avergonzada. Sin embargo, la chica atrae mi atención con un pequeño apretón en el brazo.

—No pasa nada, lo entiendo. Si yo pensara que a Anika le gusta alguien, seguramente también tendría mis reservas. —Se encoge de hombros—. Así que gracias por decírmelo. ¿Ya no te sientes amenazada?

De verdad, esta chica, como Nora, es demasiado buena conmigo. Siento que no lo merezco.

Niego con la cabeza.

—Genial, porque tenía muchas ganas de conocerte bien —dice—. Liam no hace más que hablar de ti. De hecho, hice una porra con

Ani sobre cuándo te darías cuenta de lo que había.

Pongo los ojos en blanco y esquivamos por los pelos a un niño que se ha caído al suelo y que está esperando a que sus padres lo recojan.

—Todos con lo mismo —mascullo entre dientes.

—¿Sí? Bueno. —No parece afectada en absoluto por haber apostado a nuestra costa—. Me he ganado una cena, que es lo que importa.

Bufo. Cuando hemos dado una vuelta completa, vemos a Liam y a Anika hablando a escasos metros de la entrada. Él se agarra al perímetro de plexiglás como si le fuera la vida en ello (en parte, así es), mientras que ella va por detrás con tranquilidad y con una sola mano apoyada. Los saludamos al pasar a su lado, pero solo Anika nos devuelve el gesto. Puedo ver el sudor en la frente de Liam y casi oír a su mente debatiéndose entre soltarse para correspondernos o seguir como está, pasito a pasito.

Detrás de ellos, un grupo entra en la pista como una manada de antílopes. Aparto a Lisa justo a tiempo de que no se la lleven por delante. Las risas de los chavales, que tienen pinta de no estar en el instituto ya, se superponen incluso a la música navideña que ambienta Somerset House. En cuanto abren la boca para hablar, ya sé a qué categoría de personas pertenecen.

—Estadounidenses... —me quejo con el ceño fruncido—. Los odio con todo mi ser. Como turistas, digo —añado.

Siempre aparecen en Londres para la época navideña como si fuéramos una especie de parque de atracciones de invierno. Como persona que trabaja de cara al público, me toca lidiar con ellos año tras año; con sus aires de grandeza y sus «¿Qué quieres decir con que no aceptáis dólares?». Hay alguna excepción, claro, pero en mi

caso, en mi puesto de peluches y con todo el trajín que conlleva la compra de regalos, no son precisamente mis personas favoritas.

Lisa se ríe por lo bajo a mi lado y me insta a reanudar nuestro paseo por el hielo ahora que los antílopes están en la otra punta.

—Yo tampoco les tengo aprecio, pero es un poco hipócrita por mi parte porque soy parte de ellos.

—¡¿Qué?!

Ella se encoge de hombros, como pidiendo perdón por haber nacido en un sitio diferente al que nos encontramos. Lisa no tiene acento de fuera, como ya le dije a Liam en su momento; de hecho, si me apuras, podría decir que noto un poco de ese deje de internado de Ascot: algo pijo, muy refinado y delicado. Nada que ver con el *brummie* que gastamos Jordan y yo, o el irlandés del que Liam no se deshace nunca.

—Soy de Chicago —prosigue, mirándome de reojo—. Aunque me crie en Nueva York y vine aquí con siete años.

—Mi primo vive en Oklahoma —digo. Y el hecho de que Jack siga en ese pueblo perdido de la mano de Dios vuelve a provocarme una carcajada que no puedo contener—. Yo no he salido de la isla.

—Bueno, yo no he estado en Oklahoma, si te sirve —ofrece Lisa.

—¡Pero sí en Nueva York! —exclamo—. En la ciudad del MoMA. —Sonrío—. Me encantaría visitarlo.

—¿Te gusta el arte?

—Me gusta la fotografía.

Supongo que es un «sí» a medias. No le menciono nada de mi sueño de exponer en la Tate y Lisa tampoco me tira de la lengua. Tan solo comenta que Liam siempre dice que soy la mejor fotógrafa que conoce y yo le rebato que eso es porque no conoce a demasiadas.

—He visto algunas de tus fotos, Sophie —asegura Lisa, cuando hemos dado otra vuelta—. Son muy buenas. Deberías dedicarte a ello cien...

—¿Vamos a recogerlos? —la corto.

No quiero que me suelte el mismo discursito de siempre. Ese que me incita a perseguir mis sueños porque es para lo que he nacido: ya sé que no es posible. Si Liam no puede vivir de la música, siendo un pianista excepcional, lo mío está fuera de discusión. Lo he intentado, he estado compaginando dos trabajos durante años, pero necesito llegar a final de mes. Necesito estabilidad.

La cámara siempre va a estar ahí: en mi mochila, en mi hombro, entre mis manos. El dinero, por otra parte, no llueve del cielo, aunque muchos piensen lo contrario.

Para mi sorpresa, Lisa asiente y nos dirigimos, esta vez juntas pero no cogidas del brazo como antes, a por Liam y Anika, que parecen muy aliviados de vernos.

Cuando los ayudamos a salir de la pista, me aparto unos minutos mientras me quito los patines.

Lisa es tremendamente simpática, pero me he agobiado un poco. Necesito respirar, necesito mi espacio. Y después, vuelta a poner la sonrisa en los labios, que me sale sola, y a tomar algo que, al parecer, va incluido en la entrada.



—¿Cómo os conocisteis?

Anika nos ha conducido a una pequeña caseta que sirve de bar, donde nos han dado una copita de champán a cada uno. Con los

pies en tierra firme, Liam parece mucho más animado y descansa la mano libre en mi cintura.

Lisa esboza una sonrisa y mira a su novia, preguntándole en silencio si puede contestar a mi pregunta.

—Yo estaba saliendo de la universidad y Anika me dio un balonazo.

Casi me atraganto con el champán, lo que hace que los otros tres se rían. Entiendo que Liam ya conoce la historia, porque me da unas palmaditas en la espalda, así que, cuando me recupero, solo yo miro con horror a Anika, quien se encoge de hombros.

—Se puso en medio —resuelve.

—¡No es verdad! —Lisa le da un pequeño empujón juguetón—. Volvía a casa, Anika juega al fútbol; por aquel entonces, estaba echando un partido con unas amigas de la facultad y tiró demasiado fuerte.

—Bueno, llamé tu atención, ¿no?

—Y casi me rompiste la nariz, sí.

Esa misma nariz en la que Anika deposita un beso corto que provoca la sonrisa espontánea de Lisa. Me pregunto si yo también pongo esa cara cuando Liam hace eso.

Nos miramos y sé que estamos pensando lo mismo: que son tan monas juntas que a mí me sube el azúcar y a él le renueva su confianza en el amor. Choca mi copa con la suya y brindamos en silencio.

Por Lisa y Anika, por la tarde que he pasado volviendo a la infancia sobre el hielo y por esas amistades que parece que van a salir de unas entradas regaladas.

Y por nosotros, claro.

Siempre por nosotros.



A la primera copa de champán le ha seguido otra que hemos pagado. Y, después, un par de pintas. Tras haber roto el hielo (literalmente) con Lisa, he descubierto que estoy muy a gusto con ella. Quizá por eso Liam es su amigo.

Apenas he sacado alguna foto en el bar; no me he acordado de nada porque estaba muy metida en las conversaciones y en las anécdotas. En el hecho de que Lisa tampoco vea a su familia a menudo porque, como Jordan, se volvieron a Estados Unidos, o que Anika tenga cinco hermanos mayores que le hacen la vida imposible. En el relato de Liam de cómo nos conocimos (y del que no ha comentado que me eché a llorar) y en el mío de cuando adoptó a Romeo, pero tengo que cuidarlo yo por su alergia.

Hacía tiempo que mi cabeza no se callaba durante tanto rato seguido sin necesitar la cercanía de Liam. Por eso, cuando volvemos a casa no puedo quitarme la sonrisa de la cara.

Apoyo la barbilla en el hombro de Liam mientras abre la puerta, y él me da un beso en la frente antes de entrar.

—Me lo he pasado muy bien —le reconozco dejando el abrigo—. Lisa es única.

—Tú también lo eres.

Pongo los ojos en blanco y me cuelgo de su cuello.

—No tienes que regalarme los oídos cada vez que piropee a alguien.

Se encoge de hombros y su risa me hace cosquillas en la oreja.

—Es que me gusta. Y quiero que te lo creas.

El aliento le huele a alcohol, pero no es desagradable. Su respiración me recorre el cuello y cierro los ojos un segundo,

dejándome llevar.

—¿Sabes? A mí me gusta esta faceta tuya —susurro.

—¿Cuál?

Deposita un pequeño beso cerca de mi clavícula y se me eriza la piel.

—Esta.

—Tendrás que ser más específica, Sophie, porque yo soy el de siempre.

Otro beso, esta vez un poco más arriba.

Siento que me estoy derritiendo lentamente.

—No conmigo.

—No había tenido oportunidad —dice, y atrapa el lóbulo de mi oreja con los labios, pero no se atreve a dar un pequeño mordisco—. Pero siempre he querido.

Las palabras de Jordan, diciendo que Liam llevaba años enamorado de mí, me vienen a la mente y, acto seguido, la vacían.

Justo en el momento en que Liam traza la línea de mi mandíbula a base de besos.

«Yo, también», quiero decirle. Pero cuando abro la boca no sale ningún sonido.

En su lugar, acerco mi cuerpo al de Liam hasta que estamos completamente pegados, hasta que noto cada curva de su cuerpo, hasta que me acoplo a sus formas.

Y lo beso.

Y él cuela las manos por mi cintura, debajo del jersey, tentativo. Tiene los dedos fríos, pero me hago a la temperatura enseguida y correspondo a su gesto con más confianza.

Su piel es suave, me sobra la ropa. Me estorba, no me gusta.

Cuando noto como me clava las manos en las caderas y me sube a pulso al zapatero de la entrada, tironeo de su jersey verde y se lo

quito.

Y ya no podemos parar.

Capítulo 15

De primeras veces



—¿Mi habitación?

—Sí, sí.

El cerebro me funciona lo suficiente como para darme cuenta de que ir a la mía sería un suicidio para Liam con todos los pelos de gato que deja Romeo en mi colcha. Por eso, en cuanto entramos en su cuarto, y aunque estemos solos, cierro la puerta de golpe porque no quiero que le dé un shock anafiláctico en medio del polvo.

He estado aquí mil veces y me conozco cada rincón como la palma de mi mano, pero esta noche todo lo que no sea la cama es un obstáculo que no sé sortear.

Liam está jadeando cuando me quita el jersey a mí y esboza una sonrisa al verme solo con el sujetador. Es curioso, ¿no? Cómo podemos haber ido a la piscina mil veces juntos, pero la ropa interior se considera algo más íntimo. No me avergüenzo, en absoluto, sino que me abro un poco más hacia él para que tenga mejor visión. Y su «Guau» entrecortado me enorgullece. Y tironeo de él hasta que los dos acabamos tumbados en la cama. Su piel contra la mía, caliente, suave. Su boca pidiendo más, más, más.

No hace falta que diga nada, porque las palabras sobran cuando noto el bulto duro contra mi entrepierna. Ni siquiera pienso en que esta es la misma persona con la que he crecido; solo en que nunca he estado tan excitada, nunca he tenido tantas ganas de hacer algo con alguien.

Me doy cuenta de que, cuando eso ocurre, toda la experiencia se volatiliza. Encuentro las manos torpes al desabrocharle los pantalones, y yo misma busco el contacto con hambre, con prisa, como si Liam fuera a desaparecer de un momento a otro.

Sus dedos largos tienen más problemas que yo en deshacerse de otra de mis prendas de ropa. Le tiemblan las manos ligeramente, pero lo achaco a los nervios y lo ayudo, pateando los pantalones hasta que caen al suelo con los suyos.

Ahora, con solo una fina tela separándonos, no puedo evitar dejar escapar un gemido cuando me roza. Liam cierra los ojos y respira hondo, y cuando los abre y me mira veo auténtica devoción.

—Eres preciosa —susurra.

Y no es que nadie me lo haya dicho antes, pero cuando lo dice él tiene un cariz distinto. Porque sé que es verdad y no fruto del momento.

Le acaricio la mejilla y junto nuestras narices un segundo, alargando un poco el instante que pende de un hilo entre nosotros.

—Tú eres perfecto.

Si ya lo pensaba antes, ahora lo ratifico: Liam William Murphy no tiene ni una célula mala en su cuerpo, porque incluso sus defectos son virtudes si los comparo con los de otras personas.

Conmigo, por ejemplo.

Enredo las piernas alrededor de su cintura, para tenerlo más cerca, y me incorporo sobre los codos para besarlo y desabrocharme el sujetador. En muchos de mis polvos de una noche, dependiendo

de cómo haya ido lo de antes, me lo dejo porque mi pecho pequeño me acompleja, sobre todo si me acuesto con hombres. En este caso, sin embargo, estoy tan segura de mí misma que nada de mi cuerpo puede frenarme. Me da igual no haberme lavado los dientes, o que la ropa interior no conjunte.

Para Liam soy preciosa, con ropa y sin ella. Por dentro y por fuera.

—Soph..., Sophie, espera —me dice apartándose un poco.

Lo miro sin comprender, con esa confianza empezando a desvanecerse poco a poco. ¿Es por mí? ¿Voy demasiado rápido? ¿No es esto lo que quiere? ¿Cómo no he sabido leer...?

—Soy virgen. Lo sabes, ¿no?

La revelación hace que me deje caer en la cama y me tape la cara con las manos, con una sonrisa que muerde la carcajada de alivio que quiero soltar.

No soy yo. Tampoco él. Es un miedo natural.

Niego con la cabeza.

—Pero te has liado con chicas —argumento mirándolo por fin.

A pesar de que no puedo ver el tono de su piel en estos momentos, sé que se ha ruborizado.

—Pero no hemos pasado de ahí.

Asiento lentamente, sin terminar de comprender que alguien como Liam haya podido ser rechazado, hasta que dice lo siguiente:

—No estaba a gusto, ¿entiendes? No tenía... una conexión.

Debo reconocer que es un momento raro para este tipo de confesiones, pero me obligo a mantener la mente fría y me siento sobre el colchón para tratar el tema como se merece.

—¿Y conmigo la sientes? —pregunto con sinceridad.

Sería una putada que dijera que no, pero lo último que quiero es obligarlo a hacer algo que no desea. No obstante, Liam me pega un repaso con la mirada y tuerce la sonrisa.

—No sabes cuánto.

Eso me halaga e infla mi ego hasta que llena cada rincón de la habitación. De rodillas, me impulso un poco para quedar a su altura y dejar caer los brazos sobre sus hombros. Trazo círculos sobre su piel, todavía caliente, con los pulgares.

—¿Quieres seguir?

Lo miro a los ojos cuando hago la pregunta que él responde con un beso que me deja claro que la respuesta es un «sí» rotundo. Sonrío contra sus labios y le doy un pequeño mordisco antes de separarme lo suficiente de él para poder hablar.

—Entonces, iremos poco a poco.

No es la primera persona virgen con la que me acuesto, pero hace mucho de la última vez. Liam me hace sentir como si yo tampoco tuviera experiencia, especialmente porque quiero que tenga todo lo que falta cuando te acuestas con alguien por primera vez en tu vida. Yo no disfruté, no del todo; dolió, fue incómodo, y la chica con la que ocurrió me confesó a posteriori que tampoco guarda gran recuerdo de ese día.

De los errores se aprende.

—Enséñame, Soph —susurra Liam, y me parece lo más erótico que nadie me ha dicho nunca—. Yo te sigo.

Cojo una de sus manos y la acerco a mí. Lo guío, hasta que sus dedos están por dentro de mi ropa interior y el mero roce hace que vuelva a activarme. Él sigue el camino con cuidado, sin saber muy bien qué hacer, hasta que lo aguanto con la muñeca en el punto exacto donde quiero que se quede.

—Ahí —digo—. Presiona un poco y muévela... despacio.

Aligero el agarre cuando me hace caso, rectificándolo de vez en cuando. Más atrás, más fuerte, no tanto, acarícíame, acarícíame, acarícíame.

Mi cuerpo se ha ido pegando de nuevo al de Liam de forma inconsciente, y el bulto de sus calzoncillos se hace más que evidente, así que, con la mano libre, lo imito y lo toco. En cuanto lo rozo lo más mínimo, sus dedos se frenan, apenas un segundo, y deja escapar un siseo entre dientes.

—¿Te gusta así?

La pregunta le roza el oído y le eriza la piel mientras asiente con la respiración entrecortada. Y aunque noto que su mano no está tan centrada en mí como antes, ver como sus músculos se contraen con cada una de mis caricias es suficiente. Ya habrá más ocasiones en las que yo sea la protagonista, pero hoy va sobre él.

Va sobre Liam.

Deposito pequeños besos por su cuello, por su clavícula, por su mandíbula, y, cuando vuelvo a sus labios, su mano me agarra la muñeca.

—Para, para, no quiero... acabar así.

Suena a ruego, a una plegaria dicha en la quietud de una iglesia. Asiento con la cabeza.

—Vale.

Me levanto con rapidez para ir a mi habitación, pero Liam me frena con delicadeza y saca un paquete de preservativos a estrenar de su mesilla de noche.

Arqueo las cejas divertida.

—Me prometiste sexo desenfrenado —susurra tironeando de mí para que vuelva a la cama—. ¿Recuerdas?

—No esperaba que te lo tomaras tan en serio.

—Ya te he dicho que quería acostarme contigo.

Pega los labios a mi hombro, mi espalda contra su pecho, y siento sus ganas de rozar mi cuerpo. Echo la cabeza hacia atrás y atrapo el lóbulo de su oreja con los dientes.

—Pues demuéstramelo.

Los nervios hacen que le cueste un poco más abrir la caja y el sobrecito. Antes de que se desespere, cojo yo misma el condón y, con manos expertas, se lo coloco. Cuando vuelvo a tocarlo, Liam deja escapar un suspiro de satisfacción.

—Túmbate —ordeno.

A muchos tíos les molesta que sea la chica quien esté al mando, pero Liam obedece sin dejar de mirarme, con una sonrisilla que descubro nueva: ávida de aprender, impaciente por experimentar, sin poder creerse lo que está pasando.

Con prisa, me deshago de las dos únicas prendas de ropa que nos quedan (y que casi estaban ya por las rodillas), y me coloco a horcajadas sobre él.

Tengo muchas ganas, demasiadas, pero quiero ir despacio. Quiero alargar el momento lo máximo posible a pesar de saber que hoy no va a durar tanto.

Recorro con los dedos de una mano el camino desde su ombligo hasta su cuello, pasando por el abdomen y el esternón. La otra me sirve de anclaje al colchón para no tumbarme del todo sobre Liam.

—¿Preparado? —pregunto juntando nuestros cuerpos a propósito en anticipación a lo que va a pasar.

Él asiente y pone las manos en mis caderas, aunque, cuando me dejo caer y me llena por completo, se le resbalan al trasero. Gime, y yo con él, y le pido que me agarre más fuerte conforme me muevo primero despacio, después más rápido. Son las ganas que no sabía que tenía, pero también las expresiones de Liam, que parece que esté viendo a una deidad cuando me mira.

Clava las uñas en mí y trata de atrapar mis labios, pero se lo impido porque quiero verlo bien, no perderme ni un segundo de la

experiencia. Se frustra, intenta obligarme a llevar otro ritmo, pero se lo impido con una pequeña risita.

El corazón le va a mil por hora, lo noto a través de la piel, latiendo contra la mano que descansa en su pecho. Y entonces explota. Primero susurra mi nombre, como si creyese que advirtiéndome va a durar más, y luego su cuerpo se relaja.

No le doy opción a que se disculpe. Estoy tan pero tan cerca que dejo atrás las formalidades y la delicadeza y apuro esos últimos segundos hasta que yo también me deshago, con la espalda arqueada y la boca entreabierta.

Me recorre un escalofrío y la mano de Liam me acaricia la piel sudada antes de dejarme caer a su lado, exhausta pero feliz. Él me da un beso en la frente y yo me acurruco a su lado, entrelazando nuestras piernas.

—¿Te ha gustado? —logro murmurar.

Asiente y me acaricia la cara con el pulgar, recorriendo la curvatura de los labios. Atrapo su dedo un segundo, antes de que sea capaz de alejarse.

—Ha sido mejor de lo que me imaginaba —reconoce con voz ronca—. Quiero que sigas enseñándome.

Y aunque debería ser la norma, no es algo que la mayoría de las personas digamos, así que sonrío y le doy un beso que sella el pacto y promete más momentos como este.

—Voy al baño, y después deberías ir tú a limpiarte.

Otro día le explicaré que tiene que llenar el condón de agua para ver que no hay fugas, pero por hoy ya ha tenido suficiente y no quiero asustarlo, así que lo haré yo.

Mientras lo espero, me adueño de una de sus camisetas, como tantas veces antes. Pero esta es diferente. Todo es diferente. Esta noche su olor es más intenso y me abraza; la cama es más cómoda

y me acoge como si fuera una nube; mi lado del colchón parece que me ha pertenecido siempre.

Son las pequeñas cosas, esas que aunque haya hecho un millón de veces ya tienen un cariz distinto.

Incluso cuando Liam se acuesta, a mi lado, y me abraza como siempre que dormimos juntos, hay algo que lo hace especial. Me besa en el cuello y me desea buenas noches, y enseguida caigo rendida.

Hoy no solo ha sido su primera vez acostándose con alguien, ni nuestra primera vez haciéndolo juntos.

Hoy también ha sido la primera vez que me he valorado a mí misma y he sentido que estaba con la persona correcta.

Y, sobre todas las cosas, la primera vez que he sabido que me querían de forma genuina.

Capítulo 16

Confesiones entre poliéster y algodón



Hay una larga lista de cosas que me han devuelto la confianza últimamente, pero una de ellas es, sin duda, la tarde que pasamos patinando con Lisa y Anika, donde me di cuenta de que había gente tratando de conocerme y yo no me dejaba. Saber que a pesar de tus reticencias hay personas a las que les interesas es un chute de adrenalina.

Por eso he pedido a Nora que me acompañe a Primark después del trabajo. Por eso y porque, después de que declarara que me considera su amiga, yo también quiero poder decir lo mismo de ella. Casi siempre compartimos turno porque estamos en el mismo equipo, pero en los tres años que llevo trabajando en Hamleys apenas nos habíamos parado a hablar bien hasta hace poco.

Al menos, yo no lo había hecho.

La marcha de Jordan me ha abierto los ojos: realmente, quiero ser amiga de Nora.

—Me sorprende que te apetezca venir aquí —comenta la susodicha, después de que hayamos cogido un chocolate caliente en Costa y hayamos entrado en el bullicioso Primark de Oxford Street—. No me pareces el tipo de persona a la que le gustan las multitudes.

Chasqueo la lengua, pero no puedo no darle la razón.

—Es que necesito un jersey y no tengo mucho presupuesto —respondo.

Lo cual es cierto. Que lleve un tiempo haciendo más planes fuera de casa es lo raro, no la norma. Vivir en Londres es caro y nuestro sueldo da para lo que da.

—¿Para ti? —Niego con la cabeza. Los ojos de Nora se iluminan—. ¿Para Liam?

No ha hecho falta que dijera nada, porque hace un par de días Nora se me acercó y me informó de que «Hay un chico pelirrojo esperándote en la puerta». Y cuando le di las gracias, preguntó con voz pequeñita, de quien no quiere molestar: «¿Es tu novio?». Le dije que sí, el «sí» más sencillo hasta ahora, y Nora me dio un abrazo rápido y me susurró al oído: «Siempre he pensado que hacéis muy buena pareja».

Porque Liam lleva viniendo a buscarnos a Jordan y a mí años, la diferencia es que antes no lo besaba en los labios y ahora..., ahora sí, siempre.

—Sí —le contesto terminando el chocolate, que me quema la garganta. Tiro el vasito en una papelera de la entrada—. Para el club literario que tenemos con Jordan a final de mes. Podríamos ponernos el que compramos cuando nos dimos los regalos, pero Jordan no se lo ha llevado a Perth y han decidido que es mejor sorprendernos con unos nuevos. Así que yo compro el de Liam y él, el mío.

Me encojo de hombros.

Nora se muerde las mejillas, pero no puede evitar que le salga una sonrisilla mientras esquivamos a gente con carritos hasta arriba de ropa.

—Me parece muy cuqui que os elijáis los jerséis el uno al otro. No pensaba que fueras tan romántica.

Ya, yo tampoco.

Siento como las mejillas me arden y carraspeo, como si eso hiciera desaparecer el rubor.

—Es que..., no sé. De repente me siento...

Callo, porque ni siquiera he hablado de esto con Jordan. Se lo admití a Liam y ya entonces me pareció un mundo, pero Nora me mira con sus enormes ojos verdes y siento que estoy segura con ella. Me aflojo la bufanda ajedrezada y la ato a la mochila.

—Me siento como si fuera un algodón de azúcar enorme —confieso en voz baja.

Nora se ríe, pero me pone una mano en la espalda y me da un par de palmaditas.

—Ay, Sophie... Bienvenida al club de los enamorados.

Sé que ya lo había pensado antes, pero que te lo diga otra persona es..., buf. Niego con la cabeza y me centro en lo primero que encuentro, que resultan ser pantalones de chándal de colores vibrantes. Algo que Liam jamás se pondría.

—¿Nunca te había pasado antes? —oigo a Nora.

—¿El qué? —Me finjo distraída, aunque la conversación no me está disgustando del todo.

Nora sabe cómo conducirla para que yo no sienta que estoy hablando de más, pero soltar lo que llevo dentro aun así.

—Estar enamorada.

Ella también finge que está muy interesada en los pantalones, especialmente en unos verde fosforito que son un atentado a la vista y al gusto, una verdadera aberración.

Lo pienso durante unos segundos, en silencio. ¿Me he enamorado antes? No lo sé. No como ahora. Si el amor, *per se*, es sentir que

confías tanto en una persona que pondrías tu vida en sus manos, no. Si es querer pasar cada segundo de tu existencia juntos, no. Si es vivir para ver cada una de sus sonrisas y entristecerse porque un día no aparecen, no.

Si es tener miedo de romper lo más bonito que has tenido nunca..., no.

Niego despacio con la cabeza, acongojada de repente. Me siento tan vulnerable... Pensaba que lo máximo que podría pasarme en la vida era que alguien tratara de hacerme daño por medio de mis mejores amigos, pero me he dado cuenta de que, ahora, Liam también tiene ese poder. Y aunque sepa a ciencia cierta que no va a emplearlo, me da miedo.

Me da miedo no tener una coraza, pero esa es otra de las definiciones de *amor*, supongo.

—Yo, sí. —Nora rompe el silencio y se mueve al siguiente perchero, que tiene sudaderas igual de horribles que los pantalones de antes—. Dos veces.

No me hace falta preguntar qué pasó, porque, hasta donde sé, no estaba con nadie antes de lo de Cody.

—Pero está bien —prosigue—. No fueron los mejores meses de mi vida, pero de todo se aprende.

«Nadie se muere por un corazón roto —parece querer decir—. A veces, hay que arriesgarse para intentar que funcione».

Casi oigo su voz en mi cabeza; la voz de la razón. Y me alegro de habérselo contado, porque Jordan está en medio y nunca me va a mentir, pero tampoco puede ser imparcial. Nora, sin embargo, no le debe nada a Liam (ni a mí, si nos ponemos), y su visión desde fuera es más sincera.

—Espero que no haya una tercera —aporto mirándola con una sonrisa.

Ella se ríe y niega. Lo pilla al momento.

—Va todo genial, Sophie, no te preocupes.

—Más vale, o Cody sufrirá las consecuencias.

La mano de Nora me toca el brazo, en un agradecimiento silencioso, y me guiña un ojo.

—Pobrecito, si no ha hecho nada.

—Y que siga así.

Ahora ya hablo por hablar, para seguir haciendo reír a Nora y devolverle un poquito de esa sabiduría que me ha dado.

En cuanto dejamos atrás la ropa deportiva, cambio de tema. Le pregunto por sus planes para las fiestas, por si se ha cogido vacaciones y por si celebra la Navidad. No me sorprende que diga que sí a lo último (de hecho, me habría decepcionado lo contrario), pero sí que lo más que piense hacer sea salir con los del curro de vez en cuando (y con Cody, claro) a tomar algo.

Después de pagar un jersey bastante decente de renos y arbolitos, me cuelgo de su brazo como hizo Lisa conmigo en la pista de patinaje y echo a andar hacia la cafetería más cercana.

—¿Te apetece si nos tomamos algo más?

A Nora se le ilumina la cara y asiente entusiasmada.

—Podemos hacerlo cuando vayamos de mañanas. Terminar el día con un chocolate, digo. A lo mejor... —Suspira—. Bueno, quizá tú tengas ya planes.

—No te preocupes. —Me río—. Mis planes pueden esperar un rato. Además, en nada será diciembre y estaremos muy agobiadas con las compras de última hora. Nos vendrá bien para no llevarnos el estrés a casa.

Estoy segura de que Liam y Cody lo agradecerán.

Y, si no, al menos Nora y yo pasaremos un buen rato quejándonos del consumismo y de la madre que parió a los peluches que

vendemos. Yo más que ella, seguro.



La casa huele a pan tostado cuando llego, al cabo de unas horas. Liam no me pregunta dónde he estado, ni me echa en cara que haya pasado tiempo sin él, como he visto a lo largo de los años que hacían las parejas de gente que he conocido. Sé que es lo mínimo, pero no puedo evitar sentir que me ha tocado la lotería.

—Perdón por el retraso —digo antes de darle un beso—. Te estaba comprando el jersey de las narices.

La risa de Liam inunda el pequeño salón y hace que Romeo alce la cabeza, desde su trono en el respaldo del sofá, con curiosidad.

—Si lo dices así, me da miedo lo que hayas elegido.

Pero abre la bolsa y, entonces, su carcajada es más fuerte, hasta el punto de espantar a Romeo, que corre a mi habitación. Liam se dobla sobre sí mismo y yo me cruzo de brazos.

—Venga ya, no es tan feo. Es decente. Nada que ver con el que me hicisteis llevar en...

—No, espera.

Una parte de mí quiere enfadarse, pero otra, la que ve las lágrimas de risa correr por las mejillas de Liam, se lo impide. Entonces él me tiende una bolsa idéntica de Primark que contiene...

Un jersey idéntico al que le he comprado yo.

—No puede ser. —Yo también me río con ganas—. Dios, qué asco damos.

Liam me coge por la cintura y me da un beso que sabe salado, pero también feliz.

—O nos conocemos demasiado bien.

Siento que me va a explotar el pecho de todo lo que guardo dentro. Qué bonito es estar enamorada de tu mejor amigo, aunque el miedo siga ahí, latente.

—¿Quieres huevos con la tostada? —pregunta Liam, una vez que nos hemos separado y yo observo los dos jerséis, uno al lado del otro.

No puedo esperar a que Jordan los vea y nos llame de todo a través de la pantalla.

—Ajá —asiento.

Decido que los voy a guardar en la habitación de Liam para que Romeo no los llene de pelos, pero entonces vuelvo a oír su voz desde la cocina.

—Por cierto, ya me he comprado los billetes a Dublín. Me voy del 27 al 29.

De diciembre, claro. Porque Liam se va todos los años a ver a su familia, generalmente unos cuantos días más, pero imagino que con lo de Jordan ha creído que era mejor acortar la estancia para no dejarme sola. La culpabilidad me trepa por la garganta cuando pienso en que le estoy estropeando una época que le encanta celebrar con los suyos solo porque yo no tengo a mi familia cerca, pero también siento una punzada en el pecho que se traduce en la palabra *abandono*, a pesar de que nunca haya sido así.

Liam tiene unos padres, hermano y primos que lo quieren y a los que no ve demasiado a menudo por culpa del trabajo. ¿De verdad soy tan egoísta como para priorizar mi miedo tras lo de Jordan a su felicidad?

No.

—Genial —respondo dejando los jerséis en su pulcra cómoda—. Recuerda traer pudin de tu madre como compensación.

—Seguramente me llene la maleta de comida para ti. —Su voz suena demasiado cerca y doy un respingo. No lo he oído entrar. Cada día se parece más al gato—. Y tenemos que preparar la habitación para Donovan y Callum.

Asiento con la cabeza y cierro el cajón.

La semana que viene nuestros hermanos nos visitarán. No he vuelto a tocar el tema de su relación con Callum y él no sabe nada de la mía, así que la reunión va a ser graciosa.

—Llenaré la nevera de cervezas y luego le pasaré la factura a Donovan. —Sonrío—. ¿Cómo les vamos a decir lo nuestro?

Liam se encoge de hombros.

—Como nos lo han dicho ellos.

—O sea, que no lo vamos a decir.

—Sophie —se inclina para quedar a mi altura, con una sonrisa—, dudo mucho que se sorprendan de lo que hay. La única que no lo veía eras tú.

Me hace gracia que diga eso él, que es la misma persona que, al parecer, llevaba años detrás de mí y no se atrevió a hacer nada hasta hace unas semanas.

Niego con la cabeza y le doy un pequeño empujón, escondiendo la forma en que las comisuras de los labios me tironean hacia arriba.

—Vamos, se nos va a poner el pan blando.

La carcajada de Liam resuena por el corto pasillo y se cuela en mi pecho.

Capítulo 17

Gracias por la música



—¡¿Cómo?!

El grito de Jordan, aun a medio mundo de distancia, me taladra los oídos. Hoy está en su casa, en la habitación que sus padres le han dejado durante estos tres meses, y la pantalla del móvil muestra su techo durante los segundos en que se le cae encima de la cama.

Sí, le he contado lo que pasó con Liam.

Sí, se lo he estado insinuando durante días a base de mensajes ambiguos porque quería ver su cara.

Sí, sé que me odia por ello.

Respiro hondo. No puedo reprimir la sonrisa amplia que me cubre la cara. Creo que no es buena idea decirle que, desde que nos acostamos hace una semana, hemos repetido varias veces y Liam va ganando confianza en lo que hace. De hecho, ya ha tomado la iniciativa en una ocasión que fue...

«Madre mía».

—O sea, que me alegro, ¿eh? —se apresura a aclarar Jordan—. Y sabía que iba a pasar, pero, zorra, tendrías que haberme llamado de urgencia en cuanto se quedó dormido.

Suelto una carcajada.

—Claro que sí, y despertarte ahora que no tienes *jet lag*. Me habrías matado.

—¿Más de lo que quiero matarte ahora porque me he enterado con una semana de retraso? No creo.

Me abrazo las piernas, sentada en el sofá y con Romeo acurrucado en mis riñones. Ahora que Liam y yo hemos consumado lo nuestro, como si de una pareja de la Edad Media se tratara, parece que él me reconoce como su legítima madre.

Desconozco cuánto tiempo tenemos a solas Jordan y yo antes de que Liam vuelva del trabajo (solo sé que hoy había evento y se iba a retrasar), pero me recreo un poco en su sufrimiento y digo:

—¿Quieres los detalles o qué? Porque puedo contarte muchas más cosas.

Jordan hace una mueca de disgusto y finge una arcada.

—Sabes que me encanta que me detalles tus polvos, pero Liam es como mi hermano. Solo de imaginármelo desnudo quiero sacarme los ojos.

—Pues no decías eso cuando me acosté con Cassandra.

Mi amiga medita unos segundos y encoge los hombros.

—Ya, pero eso me interesaba a nivel sociológico por si luego iba yo. Con Liam nunca voy a tener nada.

Siempre he sabido que Jordan era homosexual y ella asegura que es imposible que alguien piense lo contrario, porque quería salir con Lauren Jauregui y no con Zayn Malik (en su opinión, que debe ser tomada como un axioma, las dos personas más «canónicamente guapas y atractivas de Fifth Harmony y One Direction»), así que, cuando conoció a Liam, sabía que no le iba a interesar en ese sentido ni un ápice. Tampoco es que entonces me sintiera amenazada: solo compartimos el cincuenta por ciento de los gustos romántico-sexuales.

—Entonces —Jordan rompe el silencio cómodo que ha seguido a la bromita; tiene las cejas arqueadas y cara de algo parecido a la preocupación—, ¿Liam te lo ha contado?

Frunzo el ceño, sin comprender muy bien a qué se refiere, pero antes de que pueda añadir nada, respondo:

—¿Que era virgen? Sí, claro. —Me río—. No es como si lo pudiera esconder: el pobre no sabía qué hacer con las manos.

Jordan abre la boca, como a punto de decir algo, y después sonríe. Supongo que querría pedirme que no fuera por ese camino, que me ahorrara los detalles, que Liam blablablá. ¿Que me sorprende que ella lo supiera y yo no? Un poco. Pero ahora entiendo que Liam haya sido tan hermético con estas cosas: si yo le gustaba desde hacía tiempo, en su mente no sería la mejor táctica para que llegáramos a lo que tenemos ahora. Jordan, sin embargo, es terreno neutral. Es Suiza. Es la consejera amorosa por excelencia aunque sus relaciones, como las mías hasta hace dos semanas, fueran efímeras.

—Bueno, pues yo... también tengo que contarte algo —prosigue mi amiga, alargando tanto las palabras que parece que esconde un secreto inconfesable.

La miro de reojo, con una sonrisa impaciente y cotilla. Echo muchísimo de menos su dramatismo shakespeariano y que se queje del mío telenovelesco. Echo de menos sus «Tengo que contarte algo» susurrados en persona para que Liam no se despierte.

Pero lo llevo mejor, y me doy cuenta de que es gracias a Liam. A Liam y a su habilidad para sacarme de mi zona de confort, aunque eso suponga salir él también de la suya.

A lo improvisado que está siendo todo esto y a la incertidumbre de qué ocurrirá mañana que llevaba años sin vivir.

Hago un gesto con la mano, invitando a Jordan a que continúe.

—Dawn y yo nos hemos liado.

Me cuesta un par de segundos vincular ese nombre y el rubor que tiñe las mejillas de Jordan con la chica de la que me habló hace unas semanas. Es la vergüenza lo que la delata, y una punzada de culpabilidad y de egoísmo se me clava en el pecho.

Porque me alegro por ella, claro, pero al mismo tiempo...

Al mismo tiempo, es en Australia. Y cuando ella se lía con alguien, lo dice tan ancha, no con timidez.

Trago saliva y compongo mi mejor sonrisa, que enmascara los miedos que se me están formando en la boca del estómago y que luchan por salir en forma de «¡¡¡NO TE QUEDES AHÍ, POR FAVOR!!!» y «NO TE ENAMORES, TE NECESITO», y que sé que están mal.

Me siento la peor amiga del mundo.

—Qué guay —digo, un poco con cautela porque no sé si su cara es de felicidad o culpabilidad. Tengo poca experiencia con la Jordan reservada y que no es explícitamente abierta con estos temas—. ¿Me vas a contar más o...?

—No, claro, claro. —Carraspea y se echa la melena morena hacia atrás. Está más enmarañada que de costumbre y estoy segura de que es por el salitre que inundará el aire. Ahora vive al lado de la playa y está más morena—. Es que es... raro.

—¿Raro?, ¿por qué?

—Porque... ¡Argh! No lo sé. —Oigo el sonido de su cabeza cayendo sobre el colchón, aunque solo veo su coronilla a través de la cámara—. Me gusta bastante.

Asiento y aprovecho que no me ve para respirar hondo y hacer un llamamiento a mi Liam interior, que siempre se alegra por los demás y no guarda rencores ni miedos.

—Pero eso es bueno, Jor. Hace muchísimo que no te veía así con nadie.

Jordan levanta la cabecita y sus ojos marrones me miran como cuando teníamos catorce años y buscábamos en la otra las palabras de consuelo que no podíamos decirnos a nosotras mismas.

—No sé si me gusta esto de sentir cosas —rezonga—. ¿Sabes que ya nos conocíamos? Su hermano mayor fue al mismo colegio que yo.

Arqueo las cejas.

—¿A preescolar o qué? Te mudaste con tres años.

—Ya, sé que no tengo recuerdos de entonces —reconoce—, pero siento que hay como un vínculo. Como si, de alguna manera, la reconociera de las veces que acompañó a sus padres a buscarlo.

Vale, esto se está poniendo demasiado extraño. Niego con la cabeza y decido dejarla con sus movidas holísticas y trascendentales, porque si algo es Jordan es cabezota, y si se mete en un estado de ánimo concreto es complicado sacarla de ahí.

—Entiendo —digo asintiendo lentamente—. Y, aparte de eso, ¿sabemos algo más de Dawn o solo que te gusta mucho y os conocisteis en otra vida?

Pilla al segundo la ironía de mis palabras y pone los ojos en blanco.

—Qué poco romántica eres, Soph. —Yo me encojo de hombros—. Seguro que Liam me entiende.

—Seguro, pero eso no responde a mi pregunta.

Y casi me arrepiento de haberla formulado cuando Jordan empieza a hablar de Dawn como si me contara un libro que acaba de terminar: la chica es ilustradora, tiene el pelo entre rojizo y rosado y siempre lleva una flor a juego en el pelo; le gustan los colores pastel, las puestas de sol y el té; siempre huele a cítricos y cuando se pone nerviosa juguetea con uno de sus mechones, retorciéndolo hasta que se le hace un tirabuzón.

No es lo que me dice, sino cómo lo dice. Lo dice con una delicadeza que casi me hace preguntarme si yo sueno así cuando hablo de Liam. Eso me provoca un escalofrío, porque nosotros estamos..., yo lo quiero y...

Y Jordan parece que quiere a Dawn.

«Qué serio es eso, la conoce de hace dos semanas. Y a mí, de toda la vida».

Es esa posesividad innata de los mejores amigos cuando eres adolescente, ese pensamiento de «Si la elige a ella, me deja de lado a mí».

Me escondo un poco más tras las piernas, porque no me apetece que se note que quiero que se calle, que estoy volviendo a hacerme pequeña por las inseguridades.

—... y ayudo en la cocina del restaurante de sus padres. Estoy sin contrato, claro, pero me pagan las propinas y aprendo muchísimo. Dios, hacía tiempo que no experimentaba tanto con la comida.

Tengo la garganta seca y carraspeo para no cortarla y que mi boca hable antes de que mi cerebro procese lo que va a pronunciar.

—Jordan, vas a quedarte.

No es una pregunta, es una afirmación, pero Jordan frunce el ceño descolocada cuando pierde el hilo de su discurso, y parpadea. Entonces niega con la cabeza.

—No, Soph, no voy a quedarme —dice con voz suave—. ¿Es eso lo que te preocupa? ¿Que por hacer todo esto no vuelva?

Asiento, incapaz de decir nada más, y Jordan, santa de la paciencia, esboza una pequeña sonrisa. Sé que está cansada de mi negatividad, pero tiene el tacto de no echármelo en cara, lo cual aviva la llamita de que estoy comportándome como una gilipollas integral.

—Lo siento —me apresuro a decir—. Me tiene que venir la regla, es todo. En realidad, me alegro mucho por ti. Aquí estamos subsistiendo a base de congelados.

Aunque sé que no se lo cree, Jordan asiente y se ríe. Cada pequeña carcajada se me clava como un alfiler, pero es cierto: me alegro y, a la vez, no me alegro.

Es complicado de explicar.

Jordan cambia de tema y procede a hablar de una serie a la que se ha enganchado y que es su nueva obsesión. El ambiente cambia, deja de estar enrarecido, y yo elijo, otra vez, creerla en su promesa de que va a volver.

Pero cada día es más complicado quitarme de encima el presentimiento de que Australia es su nuevo hogar.



Liam llega una hora más tarde, cuando la batería del portátil se me está quedando a cero y he tenido que enchufarlo a la corriente y, por consiguiente, moverme a la mesa para que llegara el cable.

Tiene cara de cansado, pero sonríe cuando ve a Jordan y la saluda con ganas, como cada vez que entraba en casa y nos veía esperándolo para hacer algún plan. Me da un beso en la mejilla y Jordan hace un ruidito mientras agita las manos.

—¡Idos a un hotel!

Pero se está riendo, se alegra, y me pregunto por qué no puedo yo alegrarme así de que ella esté tan colgada de la tal Dawn.

—Jordan, tienes que ayudarme —dice Liam, una vez que se ha puesto ropa cómoda y está montando el teclado en el escaso espacio que queda en el salón—: llevo días insistiéndole a Soph para

que haga más fotos del Londres navideño, pero se niega a sacar la cámara.

Chasqueo la lengua.

—No es verdad. Es que las luces son iguales en todas partes, no le veo la gracia.

Me gusta mucho capturar momentos, rincones y personas que me inspiren. Los adornos de Oxford Street son bonitos, pero esa misma instantánea ya la han tomado cien personas antes. No tiene alma.

—Pues hazlas del suelo, a mí qué me cuentas —replica Jordan—. Solo sé que no me estás mandando el informe que prometiste y echo de menos las masificaciones de la gran ciudad.

Suspiro y me paso los dedos por los ojos, cansada. Noto las miradas de ambos encima de mí, presionando para que deje de dormirme en los laureles y cumpla uno de los propósitos que me marqué cuando empezó el año: montar, por fin, un porfolio decente de mi trabajo.

—Vale —cedo entre dientes. Jordan y Liam vitorean—. Pero no prometo nada.

—¿Me das permiso, entonces, para presionarte cuando estemos paseando? —susurra Liam cerca de mi oído.

Jordan vuelve a hacer una mueca por la forma en que actuamos, pero esconde la sonrisa.

A mí se me eriza la piel.

—Sí.

—Genial entonces —resuelve Liam apartándose tan rápido como se ha inclinado—. Tendremos colección de Navidad este año.

—Iré pidiendo informes semanales, a ver si este no te lo guardas en secreto —apunta Jordan, con la pullita por lo del polvo con Liam entre líneas.

Le saco la lengua y ella me enseña el dedo antes de estallar las dos en carcajadas.

A mi espalda, Liam hace un gesto para llamar nuestra atención, que se refleja en la cámara, y hace que me gire hacia él.

—Me voy a poner a tocar. —Se coloca los cascos para no molestarnos—. Jordan, ¿hablamos pronto?

—Espera —digo mirando de reojo a mi amiga—, ¿por qué no nos tocas algo? Hace mucho que no te escuchamos.

Liam parece pensarlo unos segundos, pero el asentimiento efusivo de Jordan, que hasta se ha sentado en la cama y se ha inclinado sobre el móvil, como una espectadora ávida de asistir a su representación favorita, parece inclinar la balanza.

—Vale —accede. Nosotras, sus mayores fans, empezamos a gritar —. Pero solo un ratito. Luego tengo que ensayar.

Nunca pregunto el qué, exactamente, porque sé que le gusta improvisar. Dice que es para no perder la costumbre, por eso todos los días se pone una hora mínimo y se pierde en su mundo. No lo culpo, porque yo también necesito mi espacio. Supongo que por eso hemos funcionado siempre tan bien.

Sin embargo, hoy no arranca con una pieza que va inventando sobre la marcha, ni con algún musical *underground* que ni Jordan ni yo conocemos. Cuando sus dedos se mueven por las teclas, empieza a sonar «Thank You for the Music», de ABBA, y, más concretamente, una de las canciones principales de la película favorita de Jordan: *Mamma mia!*

Aunque ni ella ni yo somos buenas cantantes, mi amiga se arranca con la letra mientras Liam sonríe y me mira, invitándome a que me una. He perdido la cuenta de las veces que ambos me han obligado a ver el musical de Meryl Streep solo porque la protagonista se llama como yo, así que me sé cada palabra de la canción, muy a mi pesar.

Jordan se lleva la mano al pecho, como si fuera el personaje principal de la película, y entona la primera estrofa. A regañadientes, me uno a ella en un susurro y luchando contra la sonrisa que pugna por salir contra mi voluntad.

—¡Dale, Soph!

Miro de reojo a mi mejor amiga y me animo a cantar más alto, a mezclar mi voz con la suya, hasta que no soy consciente de lo que hago y ambas nos metemos tanto en el papel que empezamos a bailar por la habitación, con las risas de Liam de fondo y las notas flotando en el ambiente.

Durante los casi cuatro minutos que dura el tema, volvemos a estar los tres en casa una tarde cualquiera, rogando a Liam que toque esta o aquella canción como si fuera nuestro pianista particular.

Volvemos a estar juntos.

Volvemos a ser invencibles.

Y, como dice ABBA, todo es por la música y por las personas tan maravillosas que tengo a mi lado.

Capítulo 18

De tal palo..., ya se sabe



Se hace extraño estar cenando aquí los cuatro, en Londres y no en Dublín. Se me hace raro porque Donovan no me ha visitado más de un día seguido en los casi siete años que llevo viviendo en la capital y porque Callum suele estar de paso. Si nos vemos, siempre es celebrando algún cumpleaños o fiesta de guardar en casa de los Murphy en Irlanda.

Además, está el pequeñísimo detalle de que ahora mi hermano y el de Liam están juntos. *Juntos*. Y eso hace que me pregunte si las veces que me acompañó Donovan a ver a la familia de mi mejor amigo era por algo más que porque tiene mucho cariño a los Murphy.

Supongo que ya tenemos algo más en común además del apellido.

Liam ha preparado una cena sencilla mientras yo he ido a buscar a Callum y Donovan a la estación. Jordan nos ha dado su bendición para dejarles su cama, aunque ha argumentado que tenemos un sofá de lo más cómodo para las visitas.

—En fin, ahora que estamos todos —digo con los platos ya vacíos y la copa de vino de Donovan a medio terminar—, ¿nos vais a contar qué ha pasado aquí o...?

Hago un gesto que los abarca a ambos, porque no han soltado prenda, pero la pregunta sobre Liam y yo ha caído en cuanto han cruzado la puerta. Donovan, el muy cotilla, me ha acusado de guardar secretos cuando le he dicho, en el metro, lo que había solo para que no se generara ninguna situación incómoda.

Y luego él no dice ni pío. Tendrá valor.

Callum abre la boca para hablar, pero Donovan se adelanta, inclinándose hacia mí con una sonrisa divertida.

—Nos besamos, nos acostamos y ahora estamos saliendo. Lo que pasa con todas las parejas, Soph —explica—. ¿O es que Liam y tú practicáis el sexo tántrico? Mira —dice antes de que pueda responder, y luego niega con la cabeza—, prefiero no saberlo, gracias.

Me río y miro a Liam, que tiene el brazo alrededor de mis hombros. Me da un pequeño apretón y sonríe ampliamente. Callum suspira y Donovan se acaba el vino, como si la imagen de su hermana pequeña con el hermano pequeño de su novio le produjera repulsión absoluta.

Bueno, yo tampoco quería enterarme de que él estaba en una relación viendo en la cama a Callum, y aquí estamos.

—Entre eso y no contestarme, ninguna diferencia —me quejo echando la cabeza hacia atrás, exasperada.

—Lo que Sophie quiere... queremos —se corrige Liam a tiempo, y me dirige una sonrisa rápida de disculpa— saber es cómo empezó todo. A nivel de sentimientos, claro.

Parece que Donovan va a volver a responder con su ironía habitual, pero Callum pone una mano en la pierna de mi hermano y toma el relevo.

—Fue un poco como tú, Liam —le dice a su hermano, y entonces me doy cuenta de que es posible que hablara con Callum de mí, de

sus sentimientos. De lo que tenemos ahora antes de que fuera nada. Me muerdo los carrillos para que la sonrisa que pugna por aparecer no sea tan amplia y me delate—. Hacía mucho que me había fijado en Donovan, pero pensaba que él me veía solo como a un amigo. Entonces, cuando cogí el trabajo en Birmingham, me quedé en su casa mientras buscaba piso y, bueno...

—Nunca se marchó —termina Donovan, echándose de nuevo vino en la copa.

Le doy una palmada en la muñeca, amonestándolo.

—¿Qué? —protesta.

—Deja que hable Callum.

—Pero si es la verdad. La primera noche lo besé mientras comíamos pizza en el suelo porque a mí también llevaba tiempo gustándome.

Miro a Liam de reojo, a quien le brillan los ojos de felicidad. Todo él resplandece y me atrae hacia su cuerpo para darme un beso en el pelo que arranca un bufido por parte de mi hermano.

—Supongo que los Murphy y los Henderson estamos destinados a vivir las mismas historias —susurra.

Y es cierto que los paralelismos son sobrecogedores, con la gran salvedad de que Donovan se tiró a la piscina y yo no sabía lo que estaba sintiendo hasta que Liam dio el paso.

—Ya verás cuando se lo digamos a mamá. —Callum ríe—. Será su mejor regalo de Navidad.

—¿No sabe lo vuestro? —pregunto.

—Lo vuestro, Soph —responde Donovan—. Nosotros tuvimos una videollamada la primera semana y fuimos a Irlanda a los dos meses.

—Espera. —Pongo las manos sobre la mesa con tal fuerza que los platos tintinean—. ¿Cómo meses? ¡¿Se puede saber cuánto lleváis?!

Donovan me sonríe detrás de su copa de vino y coge la mano de Callum, con cariño.

—Unos seis meses, ¿no, Cal?

Cuando el aludido asiente, intercambio una mirada con Liam (que, menos mal, está igual de sorprendido que yo) y después con nuestros hermanos. ¡¿Seis meses y no nos dijeron nada?!

—¡¿Y me he tenido que enterar por una llamada que cogiste sin darte cuenta de que estabas con Callum?!

—Relájate, hermanita —canturrea Donovan—. No es como si tú me mandaras una circular cuando empezaste con Liam, ¿a que no?

—¡Eso fue hace veinte días!

—Vaya, cómo llevas la cuenta.

Sé que Donovan lo hace para sacarme de quicio cuando las risitas de los Murphy sirven de banda sonora a la discusión que empiezo con mi hermano. Le encanta picarme y antes lo odiaba. Lo odiaba porque Donovan siempre era «el mejor estudiante», «el hijo más obediente», «el niño más bueno», y yo era... yo. Era la que iba detrás, la que nunca llegaba a alcanzarlo.

Ahora me da igual. Ya no tengo que impresionar a nadie.

Hace tiempo que hice las paces conmigo misma y con mis estándares conforme a Donovan y a mis padres.

—¿Sabes qué, Donovan? —digo al cabo de un rato, después de haber sido el mono de feria de Liam y Callum y con la mesa ya recogida—. Que iba a pasar la noche en mi habitación para no incomodarte durmiendo con Liam, pero ahora me da igual.

—Y haces bien, Soph. —Me pasa un brazo por los hombros. Los otros dos están en el baño, lavándose los dientes—. No seré yo quien te impida estar con Liam. Solo te pido que no hagáis ruido, porque sigues siendo mi hermana pequeña.

—Pues a lo mejor lo hago.

—Pues a lo mejor mañana apareces muerta.

Ambos sonreímos y, en un arrebato de cariño fortuito, Donovan me abraza y me revuelve el pelo.

—Te echaba de menos, hermanita.

—Yo nada de nada.

—Mentirosa.

La risa de Donovan le reverbera en el pecho y me saca una sonrisa. Se mete en la habitación de Jordan con un saludo militar, pero antes de que pueda cerrar la puerta digo:

—Eh, no hagáis ruido.

Él niega con la cabeza y hace su mejor imitación de mí:

—Pues a lo mejor lo hago.

—Pues a lo mejor mañana apareces muerto.

Soy yo la que cierra la puerta ahora. Lo último que veo es como me saca el dedo corazón en un gesto insufrible.

—¡Cada día te pareces más a Jack!

Oigo su carcajada de orgullo dentro de la habitación.

Vaya dos días les esperan a Liam y Callum. Lo peor es que no lo siento en absoluto.



El tiempo en Londres ha llegado a ese punto en el que cada día hace mucho más frío que el anterior. El final de noviembre ya huele a las Navidades que espera todo el mundo y nosotros, como vamos con dos turistas, hemos tenido que visitar muchos monumentos cubiertos de adornos para las fiestas. El sol ya hace tiempo que ha caído (algo que a Jordan le deprimía mucho de los inviernos, pero que a mí me encanta) y tengo frías partes del cuerpo de las que no

era consciente hasta ahora. Sin embargo, a pesar de mis protestas, los tres hombres con los que voy me arrastran hasta Oxford Street para ver las luces.

Que conste en acta: ya las he visto, paso por aquí a diario. Pero reconozco que hay algo mágico en verlas con tranquilidad, aunque no se lo vaya a reconocer a Liam.

Al menos, han tenido la decencia de permitirme coger un chocolate caliente para entrar un poco en calor mientras recorremos las calles.

Llevo todo el día haciendo fotos, pero el juego de luces sobre los rostros pecosos de los Murphy es mucho más bonito ahora que a plena luz, así que les robo alguna que otra instantánea mientras caminan por delante de Donovan y de mí.

Su pelo es más naranja bajo las bombillas amarillas que conforman regalos gigantes, y los ojos azules, casi iguales (porque los de Liam son más claros que los de Callum, aunque solo sea medio tono. Me los conozco de memoria), reflejan la felicidad de haberse reunido tras meses sin verse.

—A ver si me voy a tener que poner celoso porque saques fotos a mi novio, Soph —masculla Donovan, que se ha autodesignado como el que me sujeta el vaso de chocolate cada vez que cojo la cámara —. ¿Me las pasarás cuando las edites?

Asiento y extiendo la mano para coger la bebida caliente. El pequeño trago que le doy me reconforta al instante.

—No las retoco demasiado, por eso hago todo el trabajo previo.

—Ya sabes que no entiendo de fotografía.

—Pensaba que tú entendías de todo —lo pico con una sonrisa de soslayo.

Él me la devuelve.

—Pues ya ves que no. No soy perfecto como te dijeron. Mucho menos, ahora.

El comentario me deja mal sabor de boca. Intuyo que puede referirse a cuando dijera a nuestros padres lo suyo con Callum, y aunque en un primer momento me alegró ver que no encajaba en el molde que le habían autoimpuesto, ahora no estoy tan cómoda.

Caminamos en silencio unos metros más, siempre detrás de nuestros guías pelirrojos e irlandeses, que no paran de hablar entre ellos porque a Callum y Liam sí les han enseñado lo que es ser familia de verdad.

—¿Fue muy duro? —pregunto, con la vista fija en mi vasito y la cámara colgándome del pecho.

Donovan se encoge de hombros a mi lado. Lo veo en su reflejo sobre la calzada.

—¿Quieres realmente que te lo cuente?

Sí.

No.

No lo sé.

Trago saliva y lo miro.

—Solo si quieres.

Él chasquea la lengua y me da un pequeño empujón en el hombro que rompe con la tensión que siempre se instala entre nosotros cuando nuestros padres están presentes en la conversación.

—No hace falta. Yo estoy bien y sé que tú también.

Entiendo a la perfección a lo que se refiere: no a que la vida nos vaya mejor o peor, sino a que él ha aceptado su papel en la farsa de familia que nos ha tocado y yo decidí desligarme, y así estoy perfecta. A veces, me dan ganas de preguntarles si ya se les ha pasado la pataleta, pero entonces recuerdo que no los quiero en mi

vida, que no les debo nada y que fueron ellos los que me cerraron la puerta de casa cuando escogí no quedarme en Birmingham.

A veces, las historias no siempre acaban en reconciliación, y está bien.

De todas formas, ya no son mi familia. Esa palabra, todas las veces que pienso en ella, me evoca a otro puñado de personas por las que lo daría todo; entre ellas, Liam y el idiota con el que sigo compartiendo apellido a pesar de todo.

—¿Sabes? —Donovan corta el silencio. Suena nostálgico, nunca lo había visto así porque siempre, de manera inconsciente, tratamos de competir por lo que sea: atención, logros... Y ahí apenas hay lugar para ser vulnerable—. Estoy muy orgulloso de ti.

¿Qué?

Si estuviera bebiendo algo, lo habría escupido de inmediato. Nunca, en mis casi veinticinco años de existencia, habría imaginado que Donovan diría algo así.

«Estoy muy orgulloso de ti».

Creo incluso que lo he soñado.

—Ah, ¿sí? Nunca me lo habías dicho —logro articular.

Siento que estoy viviendo una experiencia extracorporal, pero necesito que lo repita para saber que ha sido real.

—Hasta hace poco no había visto lo valiente que fue lo que hiciste —dice acercándose más a mí, supongo que porque le da vergüenza admitir todo esto y ya es bastante difícil hacerse entender con las riadas de personas que tenemos alrededor—. Pensaba que había sido una pataleta.

—¡¿Yo?!

Mi hermano niega con la cabeza y trata de tranquilizarme. Joder, mira que se nos da mal a los dos esto de expresar nuestros

sentimientos, pero estoy a nada de tirarle lo poco que queda del chocolate caliente por encima como no se explique rapidito.

Por suerte para ambos, porque he pagado cinco libras que no quiero desperdiciar, abre la boca para arreglarlo.

—Ya sé que no, Sophie. Sé que solo quisiste ser tú, y papá y..., nuestros padres —se corrige entre dientes— son demasiado cuadriculados. Tienes que seguir su plan de vida, tienes que hacer todo lo que quieren. Pero cuando eres tú quien desea vivir... —Se ríe entre dientes, bajito. Yo guardo silencio y lo miro.

Nos hemos ido quedando rezagados, pero no le meto prisa para alcanzar a Liam y Callum. Debajo de uno de los adornos enormes, los dos estamos parados, como si la gente que va con prisa no nos dijera que nos quitáramos de en medio.

No sé qué decir; Donovan, tampoco.

Hasta que lo hace.

—Siento no haber sido el mejor hermano del mundo estos años.

Siempre he sentido envidia de la relación de Liam y Callum, pero tampoco podía quejarme de la mía porque, aunque con nuestras diferencias, Donovan nunca se fue de mi lado.

Ahora veo que podría haber dado más de sí mismo, y yo también.

Con cuidado, me coloco la cámara cruzada sobre el pecho y rodeo el cuerpo larguirucho de mi hermano con los brazos. Un gesto torpe y corto, porque ni siquiera de pequeños éramos especialmente cariñosos el uno con el otro, a diferencia de lo que me ocurre con Liam y Jordan. Es mi forma de decirle que no pasa nada, que pensara lo que pensase, está olvidado. Perdonado. En el pasado.

Cuando me aparto, los dos desviamos la vista. Dios nos libre de admitir que nos queremos en público.

—Cal me ha escrito —dice con la voz ronca. Finjo que no me doy cuenta—. Nos esperan en la boca del metro de la tienda de Nike.

Con un asentimiento, echamos a andar. Antes de cruzar al lugar de encuentro, le doy un codazo y le guiño un ojo.

—Siempre me pareció raro que fueras hetero.

Donovan bufa y extiende la mano para retorcerme la oreja, pero me aparto a tiempo con una risa y lo único que agarra es la bufanda de la bandera bisexual, que tanto nos define a ambos.

—Te voy a matar —sentencia.

Y, así de fácil, todo vuelve a la normalidad.



Por la noche, mientras yo trabajo en las fotos que he tomado durante el día en el portátil, en el suelo y con la espalda apoyada en las piernas de Liam, hay maratón de películas navideñas. Romeo dormita en el regazo de Callum porque ha debido de ver a alguien pelirrojo, y que huele un poco como Liam, y ha decidido hacer de él su cama. Liam y Donovan, por otra parte, comentan entre susurros cada escena clavada de todas las películas navideñas que hemos visto ya: la chica, con dinero, por fin se da cuenta de que su vocación es reconstruir ese pequeño hotelito en medio de los Alpes y se queda con el constructor sexy que la ha ayudado.

Miro de reojo a Callum, que me dedica una sonrisa de comprensión.

—Qué bonito —dice Donovan con un suspiro—. Estas películas son muy reconfortantes.

—¿Porque eres una heredera rica que ve su futuro reflejado? —inquiero con una ceja arqueada.

—Porque tengo corazón —ladra mi hermano—. Lo sabrías si tuvieras uno.

Pero justo cuando voy a replicarle, o a lanzarle a Romeo a la cara, Liam toma control del mando y se para en otra película más: *Last Christmas*.

—Venga, la última —promete, dándole al *play*.

Vuelvo a mirar a Callum y, aprovechando que los otros dos no nos ven, hace un gesto de pegarse un tiro que me arranca una carcajada.

Por una parte, quiero que sea la última película. Por otra, no me apetece que se acabe el tiempo y Callum y Donovan se vayan mañana, antes de que entremos a trabajar.

Estoy a gusto aquí.

Estoy en casa.

Capítulo 19

Abajo con los ricos, pero no con todos los ricos



Ni en mil vidas habría esperado recibir los mensajes que recibí ayer por la tarde.

> **Lisa:** ¿Estás libre mañana por la tarde? Necesito comprar el regalo de Anika para Navidades.
> **Lisa:** ¿Me acompañas?

Me quedé mirando el móvil unos buenos cinco minutos antes de responder que sí, que hoy estoy libre, con una sensación que me calienta el pecho cada vez que pienso en el plan. Aún no he estado a solas con Lisa, así que también tengo esa pequeña ansiedad por si no empastamos a pesar de que desde la tarde en la pista de hielo hemos ido hablando más.

Como yo salgo antes de Hamleys, paso a buscarla a la librería que tan bien me conoce. Liam y ella no tardan en aparecer, justo cuando me estoy recolocando la bufanda que me tejió mi mejor amigo («mi ahora novio») el año de *Barbenheimer*. Es en tonos rositas y pone

«I'm just Sophie» con parches brillantes. En aquella época aún no sabía hacer letras con la lana.

Liam me recibe con un beso corto y frunce el ceño, descolocado.

—¿Habíamos quedado?

Lisa se adelanta a él, con una sonrisa triunfante, y se engancha de mi brazo con confianza.

—No, viene a buscarme a mí. —Yo asiento, conteniendo una risita —. Te robo la novia durante la tarde. No te importa, ¿verdad?

Miro fijamente a Liam, a la espera de su respuesta, y no me decepciona: se ríe y niega con la cabeza.

—Y aunque me importara, Sophie podría hacer lo que quisiera.

—Ese es el espíritu —dice Lisa dándole una palmada en el hombro —. Dejo que os despidáis mientras aviso a Anika de que no me espere para cenar.

Me hace gracia que lo diga como si nos fuéramos a la guerra y no a Westfield, que está al lado de nuestra casa, pero le doy un poco de intimidad mientras llama a su novia y me acerco a Liam. Le doy un beso en la mejilla, todavía caliente de la calefacción de Waterstones.

—No te enfades, Soph —empieza a decir, en voz baja y con su brazo rodeándome como una manta—, pero me alegro de que te estés abriendo a más gente.

—Uy, ¿eso es que te agobio? —bromeo.

Y juro que no lo digo en serio. Juro que, por una vez, no lo siento de verdad. Y Liam lo sabe, porque mantiene el tono ligero cuando responde:

—Un poco. Pero me gusta verte feliz, es todo.

Le doy un suave golpe en el hombro y él me atrapa en un beso que solo cortamos porque Lisa carraspea a nuestro lado y, cuando la miramos, está moviendo las manos frenéticamente.

—Venga, Liam, deja de acaparar a Sophie. Ya te he dicho que esta tarde es mía.

Así que, como buena chaquetera que soy, me alejo de él y me engancho del brazo de Lisa. Liam hace un gesto como si le hubiera clavado una daga en el corazón, dramático, y después se despide de nosotras y se marcha en sentido contrario a la boca del metro donde siempre cogemos el transporte a casa.

No me da tiempo a preguntarme a dónde va, porque enseguida Lisa se pone manos a la obra para sacar el máximo partido de esta tarde de chicas.

—Qué ganas tengo, Sophie. Nunca he estado en ese Westfield.

—A mí me encanta. Me gustan los centros comerciales. Son como parques d...

—... de atracciones —decimos a la vez.

Sonrío con ganas y Lisa lanza un pequeño gritito.

—Sabía que nos llevaríamos bien. Tú me guías —propone.

Y allá que vamos a nuestro parque de atracciones del consumismo.



En primera instancia, Lisa ha dicho que es igual que el de Stratford, lo que la hace sentir en casa. Después, se ha maravillado con algunas de las tiendas que no comparten ambos centros comerciales, a pesar de que pertenecen al mismo grupo empresarial.

—A veces, está bien cambiar de ambiente —comenta después de que nos hayamos comprado un pretzel de canela en Mr. Pretzel, mis preferidos—. Desde hace un tiempo solo salgo del este cuando voy a trabajar o a alguna cosa puntual.

—Hum —respondo, disfrutando de cómo la masa se me deshace en la boca y deja un poso azucarado—. ¿Dónde vives exactamente?

Por la forma en la que viste, espero que me diga que en alguna casita cara del Shoreditch, y, aunque no me alejo mucho, no es en la zona hípster donde está su piso que digamos.

—Bethnal Green. ¿Sabes dónde está?

No me conozco todo Londres, pero al menos las tres primeras zonas las tengo localizadas, sobre todo por las excursiones que nos pegábamos Jordan, Liam y yo cuando llegamos a la ciudad. El barrio que dice es sobre todo obrero, una buena zona para vivir, pero que no exuda dinero precisamente. Nosotros mismos estuvimos mirando pisos por ahí antes de que Jack nos ofreciera donde estamos ahora; otra zona residencial, pero más familiar que la del este de Londres.

Asiento con la cabeza y, mientras nos acabamos la merienda y paseamos por las galerías de Westfield como si de un parque se tratara, me cuenta que se mudó allí con Anika hace cuatro años, porque así están cerca de la familia de ella, que regenta un restaurante indio bastante conocido en la zona. Y «Tenéis que venir un día», y «Seguro que te encanta el *bhelpuri* que hacen, yo estoy obsesionada». Y yo digo que sí, aunque no tenga ni idea de lo que está hablando, porque, aun así, vivir tanto tiempo con Jordan me ha hecho apreciar la gastronomía de los sitios. Puede que no hayamos salido demasiado de Inglaterra (por no decir casi nada, solo a Irlanda a ver a los Murphy), pero cuando tenía tiempo solía tratar de recrear platos típicos de distintos países. «Para practicar», decía, y Liam y yo éramos unos conejillos de Indias de lo más agradecidos en ese aspecto.

—En fin —dice Lisa, después de un buen rato mirando escaparates y hablando de esa hipotética comida que tenemos que organizar con

nuestras parejas—, me dijo Liam que habían venido vuestros hermanos a pasar el finde. ¿Ellos también viven en Estados Unidos?

Quiero decirle que cómo iban a venir solo dos días si vivieran al otro lado del océano, pero lo que me sale es:

—¿También?

Y frunzo el ceño.

Lisa me sonríe y vuelve a colgarse de mi brazo, un gesto que parece que ya ha adoptado como costumbre y que no me molesta en absoluto.

—Me dijiste que tu primo vivía allí, ¿no? ¿En Oklahoma?

Me sorprende la capacidad que tiene para recordar esos datos tan insignificantes de alguien a quien apenas conoce. Sonrío.

—Sí, Jack. Pero no, él se mudó hace siete años con su novia. Nosotros cogimos su piso, por eso vivimos donde vivimos.

Porque, si no, probablemente compartiríamos casa con otras cinco personas para poder costearnos el alquiler. Por suerte, la casera de Jack nos mantuvo su precio y entre tres no sale tan mal.

—Mi familia también vive fuera, no sé si te lo dije la otra vez. —Lisa suspira—. En Nueva York. Regresó primero mi padre y, luego, mi madre cuando yo fui mayor de edad. Ahora están divorciados y solo viene mi padre a veces.

—Guau.

Se me escapa solo y no es por la sobrecarga de información, sino por el hecho de que... bueno, los viajes transoceánicos son caros. Miro de reojo a la chica y ahora lo comprendo todo: la ropa, el acento tan cuidado del sur de Inglaterra... La tía es rica.

Parece que Lisa me lee la mente, porque frunce el ceño y se aparta de mí como si quemara, negando con la cabeza.

—No es lo que piensas.

—No estaba pensando nada —me defiendo.

—Pues claro que sí. Todos creéis que vivo de las rentas de papi y mami y no —dictamina con un tono de voz cortante—. Me mantengo sola, ¿vale? Sí, fui a un buen colegio porque ellos quisieron, pero soy económicamente independiente desde los dieciocho. Llevo diez años partiéndome el lomo a trabajar y...

—Lisa, vale, lo entiendo.

—No, Sophie. No lo entiendes y está bien —replica con un suspiro. Se pasa los dedos por los ojos—. Lo siento, es que bastante me ha costado deshacerme de la sombra del éxito que tienen mis padres. Estoy cansada de que todos penséis que soy una mantenida solo porque me gusta cuidar mi aspecto y ahorro para comprarme ropa bonita. No quería que mis padres me pagaran nada cuando entré en la universidad, y sigo sin querer ahora.

La entiendo perfectamente. Extiendo la mano, dubitativa, y no se aparta cuando la coloco en su brazo y le doy un pequeño apretón.

—No creo que una mantenida viviera en Bethnal Green —concedo, con una pequeña sonrisa que busca enterrar el hacha de guerra.

Parece que funciona, porque Lisa me mira y copia mi gesto.

—No, la verdad es que viviría en Mayfair, ¿no? —Ríe—. Aunque el barrio no está mal. Es acogedor.

El cariño con el que habla de la zona me hace entender que le gusta tanto porque ha hecho del lugar su nueva casa, como yo del apartamento que comparto con Liam y Jordan; que está contenta donde está porque Anika es ahora su hogar e, intuyo, la familia de ella es ahora la suya.

—Yo no tengo relación con mis padres.

Lo digo porque creo que es justo: ella se ha abierto y yo siento que debo corresponderle con algo a cambio, otra confesión que le haga ver que confío en ella.

Abre la boca, sorprendida, y luego frunce el ceño.

—Pero tu hermano...

—Es el único, junto con mi primo, claro.

Lisa asiente y no indaga más en el tema, cosa que agradezco. Tan solo me ofrece su brazo doblado, como antes, para que me cuelgue de él y retomemos nuestro paseo. Al fin y al cabo, hemos venido a que compre el regalo de Navidad de Anika, no a psicoanalizarnos.

De alguna manera, cuando volvemos a caminar, me siento un poquito más ligera. Como si contarle lo de mis padres, aunque de manera superficial, me hubiera quitado una carga de encima. No es que me moleste que la gente hable de su familia (de hecho, quiero a los padres de Jordan como si fueran míos, igual que a los de Liam), pero si esto va a crecer hasta ser una amistad de las de verdad, de las que no solo se reducen a verse en pareja para hacer alguna actividad, es una parte importante de mi vida que Lisa merece saber.

—Ya le he comprado una mochila de senderismo —dice Lisa mientras pasamos por una tienda de artículos de aire libre—. Quiere que hagamos alguna ruta por Seven Sisters, aunque yo no soy demasiado de naturaleza. Pero si le hace ilusión...

La verdad es que la visión de Lisa visitando los famosos acantilados me hace gracia. Me recuerda un poco a un animal fuera de su hábitat, pero de eso trata el amor, ¿no? De hacer pequeños sacrificios para ver sonreír a la otra persona.

—¿Y en qué más estabas pensando?

Lisa se lleva un dedo a los labios, dándole vueltas.

—Alguna película. Le encantan las cosas retro: colecciona cedés, deuvedés... De hecho, tuve que chantajearla para que accediera a cogernos a medias una cuenta de Netflix. Imagina. —Suspira y yo me río—. Tanteé alguna otra plataforma de *streaming*, pero creo que no me toca hasta dentro de unos años.

Yo, que soy hija legítima de mi generación y de la necesidad de tenerlo todo en un catálogo digital, encuentro fascinante la pasión de Anika por tenerlo todo en físico. Aun así, eso hace que la búsqueda del regalo sea más sencilla: vamos a HMV y Lisa se pierde entre los lineales de deuvedés mientras yo ojeo las novedades musicales. No tengo dinero para comprar nada, ni tampoco algún aparato para escuchar *nada*, ya puestos, pero me gusta la forma en que los vinilos están ordenados, como en una tienda antigua. Los lomos de colores, las cajas de madera simulando esas tiendas *vintage*...

Cuando no me ve nadie, saco una foto. Puede que no sea navideña, pero quiero tenerla igualmente. Es una suerte que hoy lleve la analógica y que, en película, esta instantánea vaya a quedar mucho mejor.

—Listo —me avisa Lisa, al cabo de unos minutos que se me han hecho cortísimos, con una bolsita en la mano—. A partir del mes que viene, Ani tendrá la colección de *A todo gas.* Es su última obsesión.

La novia de Lisa es una persona muy peculiar. De repente, tengo muchas ganas de esa cita en el restaurante de su familia. Hacía mucho que no se despertaba en mí el deseo de conocer a alguien a fondo, pero en estas semanas es un patrón recurrente: con Lisa, con Nora, con Anika.

Y me gusta. Me gusta esta Sophie que afronta su miedo a abrirse y que la dejen sola, aunque en el fondo de mi mente siempre haya una vocecilla que me susurra que, eventualmente, todo el mundo vuela.

Hoy la acallo; o, más bien, Lisa la acalla con su charla sencilla mientras salimos del centro comercial y la acompaño a la estación de metro.

El sol ya se ha puesto, aunque no es muy tarde, y la iluminación navideña de Westfield arranca destellos morados del pelo oscuro de la chica. Mientras caminamos, y ella habla de algo que le ha pasado hoy en el trabajo, saco la cámara y me paro un instante para capturar esos reflejos que, contra su piel pálida, contrastan más y le dan un aire etéreo.

Lisa se gira en cuanto oye el sonido del obturador y me sonríe, y yo aprovecho para inmortalizar también esa sonrisa relajada y alegre.

—Si te haces famosa a mi costa —comenta, como si nada, cuando la alcanzo—, espero que me regales algo de AleXis.

No sé de qué me habla y mi confusión le hace gracia. Cuando llegamos a los tornos de Shepherd's Bush y se inclina para darme un abrazo de despedida, me susurra al oído:

—Te he dicho que me gusta vestir bien, Soph. Procura volverte rica porque mi imagen no se mantiene sola.

Es ya cuando se ha marchado, y yo voy a pie a casa para disfrutar de unos minutos a solas, que busco la marca que me ha nombrado y casi me caigo redonda en medio de la calle. Se trata de una firma de ropa de lujo emergente; justo el tipo de cosas que, pensaba, Lisa compraba habitualmente.

Supongo que conocer a alguien es lo que tiene: que te sorprendes porque las ideas preconcebidas que tenías de esa persona resultan ser falsas.

Al fin y al cabo, ya se sabe que no se puede juzgar un libro por su cubierta. Lisa es una novela de colores brillantes y puede que hasta con el título dorado, pero entre sus páginas hay una historia que habla de trabajo y cambio de vida. Una historia en la que me veo reflejada, y eso me gusta.

Me gusta que seamos amigas.

Capítulo 20

Salseo literario y del que no es literario



El ordenador descansa sobre la silla, parte del círculo, y la cara de Jordan está casi a nuestra altura cuando dictaminamos que da comienzo el club de lectura de noviembre.

—Quiero decir dos cosas. —Jordan, con su camiseta de tirantes navideña, levanta los dedos—. La primera es que... ¡Es la primera vez que Sophie consigue leerse un libro de romántica! Enhorabuena, estamos muy orgullosos de ti.

Mis amigos aplauden como si hubiera hecho algo magnánimo y yo gruño y miro hacia otro lado.

—¿Y la segunda? —farfullo entre dientes.

—Que me dais mucho asco con los jerséis a juego. Ya sois de esas parejas.

Quiero decirle que cuando estaba ella íbamos los tres con la misma ropa en momentos importantes, pero entonces Liam me agarra de la cintura y tira de mí para darme un beso de lo más fogoso. Durante unos instantes, me olvido siquiera de que estamos delante de Jordan y le acaricio la nuca con intimidad, hasta que unos

carraspeos, cada vez más audibles, me hacen separarme. Liam está rojo como un tomate y yo siento que también.

—Está muy feo eso —nos amonesta Jordan—. ¿También lo hicisteis cuando estaban Donovan y Callum?

—Ellos fueron peores —rezonga Liam.

—Bueno, *mi hermano* fue peor —reconozco.

—¿Donovan? ¿El mismo Donovan que siempre lleva un palo de escoba metido por el culo? —Jordan se sorprende. Asiento con la cabeza—. Vaya, sí que han cambiado las cosas. Ahora, pedidme perdón.

Liam y yo bufamos, pero nos miramos de reojo y entonamos un «Lo sientooooo» que hace feliz a nuestra mejor amiga.

—Vale, cortad el rollo de hacerlo todo a la vez —dice negando con la cabeza—. Empieza a ser inquietante. Os dejo solos un mes y mirad cómo estáis.

Liam se ríe entre dientes y se coloca a mi lado, los dos delante de la silla donde está el portátil y no en un círculo, como nos pondríamos normalmente. Bajo la cámara, en la zona que no pilla la imagen, entrelazamos los dedos.

—Entonces —empieza a decir Liam—, ¿te ha gustado mi elección de este mes?

—La verdad es que sí. Me sorprende, porque sueles tener mal gusto para la romántica, a pesar de que es tu género —responde Jordan.

—Oye —se queja Liam.

—Pero esta novela tenía un *je ne sais quoi* que la ha hecho disfrutona. Demasiado sexo hetero para mi gusto, no obstante.

—Tranquila, Jor, la siguiente te toca a ti —intervengo.

—Y vamos a volver a Elfhame, queridos.

Dejo escapar un pequeño chillido de alegría. De lo que me gusta de fantasía, *Los habitantes del aire* es mi saga favorita. Sabía que, habiendo salido un nuevo libro no hace mucho, Jordan lo escogería como el último del año.

Cuánto la quiero por eso.

Liam carraspea, con el ceño fruncido. Odia que los meses de romántica no nos centremos en el tema y lo entiendo, pero... ¡es Elfhame!

—A ver, vamos a hablar de los personajes —gruñe—. ¿Qué os han parecido? Yo creo que hacían buena pareja.

Jordan y yo nos miramos y nos dedicamos una sonrisa torcida. Cuando ella responde, lo hace con mucho más interés que antes, recalcando que, aunque sea una novela bastante estándar, le ha encantado la dinámica. Yo también aporto, aunque me centro más en lo que rodea la historia; esa Navidad que estoy empezando a descubrir yo misma. Esa que Liam me hace ver a través de sus ojos.

Lo miro de reojo mientras habla, con las mejillas arreboladas, y me doy cuenta, una vez más, de lo guapo que está cuando es feliz, cuando habla de lo que le gusta, cuando brilla con luz propia.

No volvemos a nombrar Elfhame, ni el libro que Jordan va a escoger, y dedicamos una buena parte de la videollamada a la novela de Tessa Bailey.



En algún momento de la tarde, Liam ha sacado las agujas de tejer y se ha puesto a hacer cuadraditos de colores, pero se niega a decir para qué es. Jordan esconde una sonrisa que me indica que sabe

algo. No obstante, me quedo calladita y apunto mentalmente preguntarle sobre ello llegado el momento.

—Y, ahora que ya hemos dejado los salseos de nuestros protagonistas de lado..., ¿algo en el flanco de las personas reales? —quiere saber Jordan, con una bolsa de patatas entre las piernas.

Doy un sorbo a la cerveza que me he abierto y me encojo de hombros.

—Nora me ha dado una noticia.

Liam asiente, en reconocimiento, pero Jordan frunce el ceño apremiante.

—¿Y nos lo vas a decir o tenemos que torturarte?

—Qué ansias estás hoy, Jor —rezongo. Después me aclaro la garganta—. Sí, me ha dicho que Cody y ella están saliendo oficialmente.

—Qué buena noticia, me alegro por ellos —dice Liam distraído.

—¿Y qué tal te ha sentado? —dice Jordan a la vez.

Me envaro al segundo.

—¿En qué sentido?

—Bueno, Cody y tú os liasteis —recuerda Jordan—. Y ahora él está con una compañera de trabajo.

Una parte de mí quiere corregirla y decir «amiga», pero la otra se calla porque no quiero que piense que he rehecho la vida sin ella aquí tras tan solo un mes de ausencia.

Hago un gesto con la mano, restándole importancia.

—Eso me da igual. —Aunque no había dicho nada, Liam se relaja a mi lado y le doy un pequeño apretón en la pierna para que sepa que me he dado cuenta—. Lo único que me preocupa es que él no pueda mantener una relación seria.

—En realidad —apunta Jordan—, fuiste tú la que no quiso nada serio.

Frunzo los labios. Eso es cierto. Aun así, eso no impide que me inquiete por Nora.

—De todas formas —prosigue—, creo que quizá deberías hablar con él.

—¿Por...? —Pero Liam y Jordan me miran con esa mirada que quiere decir «No escurras el bulto, esto tendrías que haberlo hecho antes» y claudico, con un suspiro—. Está bien, sí. Tengo que hablar con él.

—Estupendo. Y ahora, Liam, ¿qué noticias nos traes tú?

Mientras el chico habla de sus compañeros, a los que conocemos de alguna salida, y una movida que han tenido en la planta de ficción adulta, yo saco el teléfono y escribo un mensaje a Cody.

Borro, escribo, borro, escribo.

No quiero que parezca lo que no es, especialmente si los llega a leer Nora. Al final opto por ir al grano y que no haya lugar a malinterpretaciones.

Yo: ¡Hola! Nora me ha comentado
lo vuestro (es una chica maravillosa)
y creo que tú y yo tenemos
una conversación pendiente.
Yo: Ya sabes, para aclarar algunas cosas que
pasaron, otras que no...
Yo: Nora es mi amiga y no quiero que haya
malentendidos entre nosotros.

Tarda un poco en contestarme, casi cuando Jordan se está despidiendo y Liam va por el quinto cuadradito de colores.

Cody: Hola, Sophie. Sí, creo
que es lo mejor.
Cody: Mañana libro, pero creo que tú
vas de mañanas. ¿Quedamos a la salida

en el mercadillo de Trafalgar Square? ¿Debajo de uno de los leones?

Estoy tecleando que allí estaré cuando entra un último mensaje que me desconcierta.

Cody: No le digas nada a Nora de momento, ¿vale? Por favor.

Respiro hondo y respondo.

Yo: Vale. Pero no pienso ocultárselo toda la vida.

Si vuelve a contestarme, no lo leo porque dejo el teléfono a un lado y me despido en condiciones de mi mejor amiga, recojo todo y ayudo a Liam a hacer la cena. No me da muy buena espina que quiera mantenerlo en secreto, así que voy dispuesta a ponerle las cosas claras: si todo esto es un juego para él, que deje a Nora ya mismo. Si no...

Bueno, no lo está gestionando de la mejor forma.

Liam llama mi atención poniendo la cuchara de la sopa delante, para que la pruebe. Es de sobre, pero me sabe a gloria en un día de invierno como hoy. Y aunque Cody quiera secretismo con su pareja, yo no voy a tenerlo con la mía, así que le cuento lo del plan de mañana con total sinceridad.

Como toda respuesta, Liam arquea las cejas y asiente, con gesto grave. Durante un segundo creo que está enfadado conmigo, hasta que habla.

—Me parece raro. ¿Por qué no quiere que se lo digas a Nora?

Siento que el alivio me inunda y sé que he hecho bien en decirle lo de la conversación.

—Ya, no lo sé. Pero te juro que como quiera algo más...

—No creo que sea eso tampoco —comenta Liam dando vueltas a la sopa—. En fin, estaré atento al móvil. Recuerda que tenemos entradas a las ocho, pero me gustaría estar un poco antes.

Esbozo una sonrisa y le doy un beso en la mejilla.

—Para *SIX*, sí. ¿Estás nervioso?

Liam lleva queriendo ver ese musical desde que lo estrenaron en el West End. La risilla que me confirma que sí le retumba en el pecho.

—Solo de que no te guste.

—Me va a gustar. Me gusta hacer cosas que te gustan.

—Entonces, lo tienes bastante fácil para hacerme feliz, porque me gusta compartir esas cosas contigo.

Lo abrazo por detrás y me apoyo en su espalda mientras termina la cena. Canturrea entre dientes una canción que no reconozco, pero que imagino que será del musical de mañana, y yo cierro los ojos mecida por la vibración de su cuerpo con cada palabra, como una cueva que acusa el eco.

Lejos queda el asunto de mañana con Cody; solo Liam, la sopa y sus canciones de musicales que le encantaría interpretar en el escenario.

Capítulo 21

SIX



Hoy ha sido un día de trabajo de lo más tenso. Sabiendo que hay algo que no puedo decirle a Nora, mi cara ha vuelto a activar los subtítulos y ella ha notado que algo iba mal o, como mínimo, era raro.

Y la pobre ha puesto voz a lo que yo misma habría pensado de haber sido al contrario.

—¿He hecho algo?

Quiero gritarle que no, que simplemente es porque el imbécil de su nuevo novio tiene problemitas de confianza, pero no puedo hacerlo y, a la vez, estaría siendo una hipócrita porque, de estar en la posición de Cody, habría hecho lo mismo.

Soy ambos al mismo tiempo.

Esbozo una sonrisa de disculpa y le doy un pequeño apretón en el hombro.

—No, tranquila. Hoy me he levantado un poco rara —miento—. Pero mañana te lo compenso con un chocolate caliente de jengibre. —Al ver su cara, dudo—: Era tu favorito, ¿no?

—Sí, sí, claro. Es solo que... no me esperaba que te acordaras. Solo lo nombré una vez.

Me encojo de hombros. Puedo no ser la mejor persona del mundo (ni amiga, ya puestos), pero al menos me quedo con los pequeños detalles de las personas. Cosas tontas que llenan mi mochila, literal y figuradamente, para cuando las necesiten o se sientan bajos de moral.

Si no puedo ofrecer palabras, al menos lo supliré con actos, supongo.

—Hasta mañana, Nora. Y no te rayes, de verdad.

Ella asiente y me despide con la mano.

Ya puede Cody tener una buena excusa para esta encerrona, porque, si nos pilla Nora, no se lo voy a perdonar en la vida.



El mercadillo de Trafalgar Square, justo a los pies de la National Gallery, está a rebosar. No es de los más grandes, pero sí de los más céntricos. A estas alturas del año, con diciembre a la vuelta de la esquina, las luces de los puestos artesanos, y las que iluminan el gran árbol que hay en el centro, brillan como el mismísimo sol.

Huele a vino especiado, a gofres con chocolate y al incienso que han encendido en algunas casetas. Vadeo como puedo el mar de gente, que se apelotona para ver las bolas de cristal o los adornos de madera, y enseguida veo la figura de Cody iluminada por la pantalla de su móvil bajo uno de los leones. Se ha apartado del bullicio y, por ende, está expuesto al frío. Se encoge dentro de su chaqueta oscura y yo me subo la bufanda roja hasta que me tapa las orejas.

—¿A qué viene todo esto? —digo nada más alcanzarlo.

Bloquea el móvil y me mira con el ceño fruncido.

—Hola a ti también, Soph.

—Me siento como una espía, Cody. No hay saludos si no me explicas qué narices hacemos escondidos cuando trabajamos juntos casi todos los días.

—Ya, pero ahí somos compañeros de trabajo —objeta él.

—¿Y aquí no?

Cody claudica y suspira, señalando con un brazo el mercadillo con una invitación a que nos mezclemos con la multitud. Mientras subimos las escaleras de Trafalgar, me doy cuenta de que he sido demasiado cruel con este chico. Jordan hizo bien en pedirme que arreglara las cosas con él y hacer de voz de mi conciencia.

Después de unos minutos en silencio, solo roto por las voces de los transeúntes y los villancicos que salen de los altavoces que hay en cada esquina, Cody carraspea.

—Siento mucho haberte puesto en esta situación —dice al fin.

—La verdad, no estoy nada cómoda ocultándole esto a Nora. —Suspiro—. O cualquier cosa, al parecer.

Él se ríe y me mira, asintiendo.

—Tiene ese poder, ¿eh? Es demasiado buena.

—«Demasiado» es quedarse corto —bufo—. Hay pocas personas tan altruistas como ella.

—Ya.

Nuestros pasos nos llevan a uno de esos puestos con bolas decorativas de cristal, que representan distintos paisajes nevados o lugares icónicos de Londres en Navidad. Recuerdo el fiasco de las que compré en Poundland y sopeso la posibilidad de coger una para Liam. Sé que le haría ilusión, aunque no estoy muy segura de que Romeo no la vaya a romper, y valen quince libras, que no es poco para...

—No quiero que Nora piense que todavía tenemos algo. —Cody interrumpe mi hilo de pensamientos.

Me vuelvo hacia él tan rápido que casi noto como me cruje el cuello.

—Pues entonces sé sincero con ella. No tenemos nada.

—¿Sincero como lo fuiste tú conmigo?

Abro la boca, entre sorprendida y ofendida. Cody alza las manos en señal de arrepentimiento. Pero tiene razón. Es decir: sí, le dije que no íbamos a salir como pareja, que lo nuestro era solo sexo, pero cuando vi que él se estaba encariñando no fui capaz de hablar con él. Lo ignoré, esperando a que se desencantara, y ahora que lo ha hecho tengo que afrontar sus palabras.

Vale, no actué del mejor modo. Liam me lo advirtió y odio decir que tenía razón, como siempre.

Esta es otra de las disculpas que debo. Liam, Lisa, Cody...

Suelto el aire que no sabía que estaba aguantando.

—Lo siento. —Soy sincera. Echando la vista atrás, estaba tan cegada por mi pensamiento de que Cassandra se estaba vengando de mí con Jordan por lo de Cody que no quise ver que él lo estaba pasando mal. Solo me sentía aliviada. Y eso es muy cruel—. Debería haber hablado contigo antes de que todo —hago un gesto con la mano— se fuera de madre.

Cody asiente, con una pequeña sonrisa.

—Gracias. Disculpas aceptadas.

Siento como me quito un peso de encima que no sabía siquiera que estuviera cargando. Jordan me conoce mejor que yo misma, así que me apunto darle las gracias por empujarme a enviar el mensaje al chico ayer. Cody se pasa la mano por el pelo oscuro, despeinándoselo, y señala las bolas.

—¿Vas a comprar una?

Y en ese momento decido que sí. Son quince libras que podría ahorrar, y ya le he dado mi regalo de Navidad a Liam, pero me apetece tener un detalle con él, que abra algo el día 25. Así que elijo una en tonos blancos y con varios guardias reales pintados a mano, y el señor que las fabrica me cuenta que es una de sus preferidas. Supongo que lo dirá a todo el mundo, pero hace que me sienta especialmente importante, sobre todo cuando la mete en una cajita acolchada de raso y me tiende la bolsa que meto en la mochila *ipso facto*. No quiero que Liam la vea cuando acuda al teatro luego.

Después de la primera (y única) compra por mi parte, paramos en un puesto de comida y nos pedimos unos vinos especiados para entrar en calor.

Y continuamos andando en silencio, cada uno con sus pensamientos.

Empiezo a preguntarme si Cody me ha citado aquí solo para que me disculpara sin posibilidad de escapatoria, pero nuevamente me sorprende parándose en una caseta de adornos de madera y coge una casita con algo de musgo pegado al techo.

—Me gusta mucho Nora —suelta de repente.

Casi me atraganto. No porque no lo crea, sino porque esperaba cualquier cosa menos eso en este instante. Así, de repente.

—Vale —digo arrastrando las vocales y dándole pie a que continúe.

—Es demasiado buena —repite—. Demasiado para mí. No sé si me la merezco.

Parpadeo. No sé qué le ha dado últimamente a la gente con sincerarse conmigo, pero de primeras siempre me siento incómoda. Es como si estuviera escuchando algo que no debo. Sin embargo, Cody me echa una mirada de reojo, a la espera de mi intervención.

Supongo que Nora tenía razón y transmito algo de confianza.

—Claro que te la mereces —le rebato. Y me siento tan pero que tan identificada con él... Me paso los dedos por los ojos y decido abrirme yo también—. Mira, Cody, cada vez que me levanto al lado de Liam pienso en qué hace conmigo. Por qué se fijó en mí, pudiendo tener a quien quisiera. Y aunque muchas veces me vea demasiado pequeñita a su lado, sé que, de alguna manera..., me lo merezco. —Me encojo de hombros y sonrío—. Me merezco a una buena persona, a alguien que me hace ser mejor. Así que si Nora está contigo es por algo. Es porque te la mereces —apunto dándole con un dedo en el pecho.

Cody se ríe, pero la risa no le llega a los ojos.

—Es complicado de creer. Me cuesta.

Lo entiendo.

Asiento pesadamente y me encojo de hombros.

—Pero es la verdad. Todo el mundo merece ser feliz.

Cuando lo digo, no me lo aplico demasiado. Sigue habiendo momentos en los que creo que voy a cagarla, en los que el miedo me inunda y pienso en que debería haber rechazado a Liam aunque eso, a la larga, me hubiera hecho daño a mí también. Porque no sé vivir sin él, nunca he sabido.

Pero luego hay instantes en los que me siento merecedora de sus caricias, de sus palabras bonitas y de sus besos. De cada detalle que tiene conmigo. Siento que me he ganado la felicidad que me produce verlo cada mañana al despertar y saber que, más allá de la amistad, es la persona con la que quiero pasar el resto de mi vida.

No es un problema de Liam, o de Nora. No tienen que esforzarse más en demostrar nada: somos Cody y yo; nosotros somos los que hemos de querernos un poquito más para dejar que los demás nos quieran como les apetece.

—¿Sabes? —dice Cody dejando la casita en su lugar y continuando el camino—. Si no me hubieras roto el corazón, no me habría liado con Nora en Halloween y no habría tenido la oportunidad de conocerla bien.

Dejando a un lado que lo de «romperle el corazón» me parece algo dramático, haber sido la precursora de esta relación, aunque lo haya hecho de forma inconsciente, me parece estupendo. Sobre todo, después de saber que Nora llevaba tiempo haciéndole ojitos a Cody.

—Vale. Bueno, pues no le hagas daño. Ahora ella es mi amiga y me tomo muy en serio lo de proteger a los míos.

Por primera vez en toda la tarde, la carcajada de Cody es genuina. Y en esta ocasión es él quien me señala con el dedo.

—Y tú no le hagas daño a Liam. —Voy a decirle que lo intento diariamente, pero continúa—: Era consciente de que yo no te gustaba así, ¿sabes? Pero no sabía que era por Liam.

Bufo. Qué intensa está siendo esta conversación y qué perro es Cody por ponerme contra la pared constantemente. Se lo dejo pasar como pago por el supuesto daño irreparable que le hice, pero después de esta tarde no le perdonaré una.

—Ya, bienvenido al club. Por lo visto, todo el mundo lo sabía menos yo. Y tú, al parecer.

Pongo los ojos en blanco y me termino el vino de un trago. Cuando miro a Cody, tiene la mano adelantada para que le dé el vaso de poliestireno y tirar ambos a la papelera.

—Hacéis buena pareja —admite un poco a regañadientes—. Me alegro de que estéis juntos.

—Cody...

—Bueno, ahora sí me alegro —se defiende él alzando las manos—. Total, yo tengo a Nora.

—Entonces, cuéntale que hemos quedado esta tarde, por favor. Cuéntaselo todo. Ella te va a entender.

El chico lo medita unos segundos y, finalmente, asiente y me tiende la mano. Yo la miro, sin comprender.

—Las paces. Por lo que pasó y por la encerrona de hoy.

Así que sí era una encerrona después de todo. Chasqueo la lengua y le doy el apretón prometido.

—Estamos en paz.



El teatro Vaudeville no está muy lejos de donde he quedado con Cody y, aun así, estoy resollando cuando llego a la puerta. Liam está guapísimo. Se nota que él ha podido pasar por casa y arreglarse un poco. Hoy lleva las lentillas y un abrigo de paño que le he visto solo un par de veces, en ocasiones especiales. A su lado, yo, que voy con vaqueros, mochila y el abrigo de diario, parezco recién sacada de la basura.

Lo saludo con un beso en la mejilla que lo sorprende. No es de estar mucho con el móvil, pero lo he encontrado absorto en lo que fuera que tenía en la pantalla. No quiero mirar, por si acaso estaba acordándose de mis ancestros con Jordan por llegar tan justa.

—Perdona, se ha alargado la cosa. Pero ha ido bien —digo de carrerilla—. Quería que le pidiera disculpas por lo que hice y aconsejarlo con Nora. Y ya iba con intención de lo primero, así que...

Liam arquea las cejas y pone una mano en mi cintura mientras me guía al interior del teatro.

—Guau. Vale. ¿Y has hecho todo eso?

—Todo, todito —replico orgullosa—. Incluso la parte de las disculpas.

—Vaya. —Liam silba y me guiña el ojo—. Quién te ha visto y quién te ve, Sophia Larissa Henderson.

Le doy un golpe en el hombro que le arranca una carcajada.

—Basta de llamarme por el nombre completo. No sé qué os ha dado a Jordan y a ti, pero me perturba.

Cuando nos escanean las entradas, Liam me atrae hacia él y me da un beso en el pelo como compensación. También me invita a palomitas y a beber algo. Insiste en tomar un par de copas de champán, pero con el vino de antes, y el estómago vacío, prefiero algo que no lleve alcohol. Los musicales no son mi terreno y odiaría quedarme dormida en algo tan importante para Liam.

Tiene las entradas desde hace meses, y me rogó ya en verano que lo acompañara con un «Por favor, Sophie, fregaré los platos una semana si hace falta».

No hizo falta. Vengo porque quiero, pero me gustó un poco que se pusiera de rodillas.

Estamos arriba, en la penúltima fila, y el escenario queda muy pequeño desde nuestra posición. Me da pena no tener mejores asientos para que Liam pueda disfrutar, así que apunto mentalmente volver en un futuro, cuando pueda permitirme dos entradas en platea.

Aun con todo, las torres de luces que enmarcan la escena son impresionantes. Parece que hayamos venido a un concierto de rock.

—¿Dijiste que el musical iba de...? —pregunto inocente mientras Liam hojea el programa que se ha comprado y que sé que va a guardar como un tesoro junto a los otros pocos que tiene.

—De las seis esposas de Enrique VIII. Es una producción muy interesante. Creo que te va a gustar la música.

No le digo que no sé yo si una clase de historia es lo que necesito un viernes por la noche.

—Bueno —apoyo la cabeza en su hombro y señalo una fotografía de la orquesta, justo en la página del libreto que está mirando ahora —, un día tú estarás ahí, tocando sobre juglares, y yo seré la persona más orgullosa de todo el teatro.

La mirada de Liam se ensombrece apenas un segundo. Sé que no cree en su sueño, pero yo sí. Tiene talento y, sobre todo ahora que ensaya con tanto ahínco todos los días, también la resiliencia para estar en el mundo del espectáculo.

—Ya veremos —se limita a contestar, y me da un beso en el pelo que me sabe a poco, pero que viene justo antes de que se apaguen las luces y una voz anuncie que la actuación va a dar comienzo.

Me recoloco en el asiento y sonrío a Liam, que esta vez sí me devuelve el gesto.

He visto pocos musicales en mi vida y, desde luego, ninguno basado en un momento tan famoso de la historia de Inglaterra, pero lo que se desarrolla ante mis ojos la siguiente hora y media no se parece a nada. Sí que es una especie de concierto de rock, pero sin perder la esencia que tanto enamora a Liam de los musicales. Cuenta una historia, hace partícipe al público, tiene un vestuario que me encantaría robar y me mantiene al borde del asiento hasta que me duele la espalda.

Casi me olvido de que estoy aquí por Liam y no porque yo misma haya querido venir. Tampoco pasa nada, porque él también está absorto. Tiene la boca entreabierta y la cara iluminada, no solo de ilusión, sino también por las luces estroboscópicas de cada número. Con disimulo, saco el teléfono, le quito el brillo y capturo el momento. Alguien me chista y me guardo la peineta que me

gustaría hacerle. Sé que está prohibido, pero quiero poder recordar este instante para siempre.

A Liam tan feliz que parece que va a explotar y a mí, a su lado, nutriéndome de esa felicidad.

Como con Jordan cuando fuimos a ver *Luna nueva* antes de que se marchara, soy más yo cuando las personas que me rodean son más ellas. Cuando hacen lo que les gusta, cuando me hacen partícipe de ello.

Sobre todo, eso: cuando formo parte de su felicidad.

Capítulo 22

Conversaciones (in)cómodas



Entrar en Kew Gardens es como entrar en un cuento de hadas o en uno de esos escenarios navideños que se inventan para las películas de Hallmark.

Por eso no habíamos venido hasta ahora. Por eso y porque vale una pasta y la vida está muy mal como para gastarte treinta libras en un billete hacia «Villa Luces y Adornos». Que sí, que es precioso, pero que, si no hubiera sido porque en Waterstones han llegado a los objetivos de noviembre y han ofrecido a sus empleados un 2 × 1, ahora no estaríamos aquí.

Ninguno de los siete.

A decir verdad, me sorprendió que Liam propusiera invitar a Nora y Cody para que vinieran con nosotros y Lisa y Anika, pero a la vez me hizo ilusión. Sin embargo, invitar a Cody y no a su hermana me parecía feo, así que también se lo dije, quizá con la esperanza de que se negara porque, como yo (pero más que yo), es alérgica a socializar en grupo.

Y dijo que sí. Me miró a los ojos, esbozó una sonrisa triunfal y dijo, con un tono más parecido a la amenaza real que a la gratitud: «Por supuesto, pero espero que no os pongáis ñoños porque soy la

única sin pareja y siempre llevo una navaja encima. Gracias». Reconozco que, cuando cerré la puerta de los vestuarios femeninos de Hamleys, dejándola dentro, me recorrió un escalofrío. El crecimiento de personaje que he dado en los últimos meses, pasando de tener algo con ella a salir con Liam, que es todo lo contrario a Cassandra, es digno de mención.

Por si acaso, lo máximo a lo que me he atrevido hasta ahora es a coger de la mano a mi pareja y a darle un beso furtivo en la mejilla.

Incluso habiendo entrado en los jardines a la hora en que abrían, disfrutamos de la oscuridad más absoluta y de las formas e ilusiones de las luces. Se supone que son dos horas de visita, pero sé que, si aguantamos tanto tiempo a la intemperie, con el frío que hace, es solo porque las diecisiete libras con cinco peniques que hemos gastado nos duelen en el bolsillo.

Por lo menos, no ha llovido, ni nevado.

—¡Mirad!, parece un túnel —exclama Cody, señalando el efecto que hacen unas luces largas sobre una medialuna por la que tenemos que pasar para seguir con el recorrido.

—Me recuerda a *Regreso al futuro* —apunta Anika, que frota los brazos de Lisa con fuerza para que no se congele.

Cody asiente y sonríe a la chica; entonces, se gira hacia mí. Llevo la cámara digital fuera de la mochila y ya hemos llenado unos cuantos gigas de la tarjeta de memoria. Hablo en plural porque he permitido a todos sacar, al menos, una foto bajo mi supervisión. Es un bien demasiado caro y preciado como para jugar con él, sobre todo si no vemos más allá de nuestras narices en los tramos donde no hay decoración.

—Soph, ¿nos haces una foto?

No me da tiempo ni a negarme ni a acceder. Cody tira de Nora, que se ríe, y Anika y Lisa se unen a ellos con paso rápido. Hasta

Liam se coloca en medio, mientras todos hacen una pose que parece imitar a unos viajeros del tiempo siendo absorbidos por un vórtex.

—¿Tú no quieres salir? —pregunto a Cassandra, que los observa a mi lado.

—No, yo...

—Cassie, ¡no seas así! Ven a hacerte la foto.

Se nota a la legua que Cody es el talón de Aquiles de la chica, porque, en cuanto su hermano mellizo la llama, acude. Y aunque no hace el tonto como los demás, al menos me regala una media sonrisa que no tardo en capturar con la cámara.

—¿Y tú? —me pregunta Nora, después de enseñarles la foto.

Anika ha dicho que tengo mucho talento y que parece de verdad que la haya editado para obtener el efecto de túnel temporal. En realidad, es todo jugar con la exposición y la velocidad de obturación. No es sencillo dar con la tecla, pero por algo he estado tantos años de curso en curso aprendiendo el arte.

—Sophie prefiere estar detrás de la cámara. —Liam viene a mi rescate y me pasa el brazo por los hombros antes de depositar un beso en mi pelo—. Si la queremos pillar, tendrá que ser sin que se entere.

Chasqueo la lengua.

—¿Quién os haría, si no, las fotos de recuerdo?

Liam me sonríe, pero Nora no parece convencida.

—Te juro que al final de la tarde saldrás en, al menos, tres fotos.

—Pero llevo yo la cámara.

—Sophie —interviene Lisa con las cejas arqueadas. Levanta su móvil y lo sacude un poco—, ¿sabes que los teléfonos de hoy en día tienen lo mismo que tú en las manos? Bienvenida a 2025, abuela.

Gruño por lo bajo y me separo un poco del grupo, que ha vuelto a echar a andar, para captar el arcoíris de luces que proyecta un jardín

hecho de papel y bombillas. Las risas de los demás se van alejando, pero ya los alcanzaré. Ahora solo necesito un momento a solas: la cámara y yo, como me gusta.

Cuando salgo a hacer fotos en invierno, siempre llevo unos mitones que me tejió Liam después de que destrozara tantos pares de guantes porque me molestaban el índice y el pulgar. Son negros, sencillos, y estoy segura de que hoy en día podría hacerlos mucho mejor, pero para mí son perfectos, como la bufanda con borlas que me sobresale del abrigo: la segunda que me regaló.

Navego por el menú de la cámara con rapidez, probando ajustes en un par de instantáneas, hasta que doy con la tecla que hace los colores más vívidos y con un aura que, en mi opinión, te transporta a un cuento. Esto es lo que me gusta de la fotografía: hacer de lo cotidiano algo extraordinario.

—Es bonita —dice una voz demasiado cerca.

Doy un respingo y me llevo la mano al pecho, con el corazón bombeando sangre a toda velocidad.

—Joder, qué susto.

—Doy miedo, pero no tanto, Soph.

Cassandra me sonríe, con su piel pálida y su pelo largo y decolorado hasta conseguir un blanco casi fantasmagórico. Realmente, si no la conociera y me la encontrara de repente, pensaría que es la niña de la curva o algo parecido. Sobre todo cuando, como hoy, se maquilla los ojos con un ahumado oscuro.

—Pensaba que estabas con los demás —explico.

Hace muchísimo tiempo que no estoy a solas fuera del trabajo con Cassandra. Hace mucho que no mantengo con ella una conversación que no tenga que ver con problemas con el proveedor de algodón para el relleno o con la venta masiva del mismo modelo de peluche.

Manoseo la cámara, nerviosa, sin saber bien qué decir. Así como con Nora o Lisa solo me sentí rara cuando quedamos a solas, con Cassandra estoy incómoda, y no tiene nada que ver con que compartiéramos cama.

Supongo que me impone. Siempre lo ha hecho. Va por la vida como si fuera la reina del lugar y lo peor es que los demás nos lo creemos.

Imagino que, en realidad, la envidio.

—Deberíamos...

—¿Me vas a decir de una puta vez qué te pasa conmigo? —me corta ella.

Joder. Esto sí que no me lo esperaba.

Cojo aire y centro la mirada en el campo que acabo de fotografiar, tratando de poner en palabras el batiburrillo de pensamientos que me cruzan la cabeza a toda velocidad. Son como cartas voladoras que van de un lado a otro, ideas inconexas, razones sin sentido.

—Jordan —digo al fin, con voz pesada y resentida.

Y no hace falta que incida más, porque Cassandra lanza una carcajada y niega con la cabeza. Me cabrea que se esté riendo de mí, y ya anticipo que me va a llamar «niñata».

No sé ni para qué he dicho nada. Debería haber soltado algo como: «Tía, no te flipes, no me pasa nada» y haber continuado con mi vida, pero desde que Liam me besó parece que abrió las compuertas que cerraba con tanto mimo en mi pecho y, de repente, me he convertido en alguien que habla sobre lo que siente. Tarde y mal, pero lo hago.

Supongo que el hecho de no haber aceptado antes que estaba enamorada de mi mejor amigo tiene algo que ver con que tratara de negar todo tipo de sentimientos. No sé, es una conclusión al aire que lanzo.

—¿Crees que le di a Jordan la excedencia por ti? —pregunta Cassandra con las cejas arqueadas—. ¿De verdad eres tan egocéntrica?

—Gilipollas —mascullo.

—No, en serio. ¿Me estás diciendo que llevas dos meses rehuyéndome porque tu mejor amiga hizo uso de su pleno derecho como trabajadora y yo, su superiora, di el visto bueno porque si no era ilegal? ¿Es eso?

Puesto así, lo mío suena fatal.

Y, en realidad, en el fondo, no lo pienso. Pero es más sencillo echar la culpa a la persona que tengo delante que admitir que Jordan necesitaba cambiar de aires, porque eso sería admitir que había algo en Londres que no le acababa de encajar. Y eso siempre lleva a lo mismo: quizá el problema era yo.

Respiro hondo, notando como la bola del pecho que se formó cuando Jordan me dio la noticia vuelve a coger peso, después de semanas dormida, como una bestia.

Mi silencio es toda la respuesta que Cassandra necesita. Supongo que mi cara es un poema, porque relaja la expresión y casi hasta puedo ver lástima, lo que es incluso peor que llamarme «egoísta».

No quiero su compasión, así que echo a andar, porque a estas alturas los demás deben de estar preguntándose dónde estamos. Sin embargo, la voz de la chica vuelve a frenar mis pasos.

—No pensé en ti, Sophie. Ni siquiera cruzaste mi mente para tenerte un poco de pena porque sé lo unidas que estáis —dice. Oigo como sus botas hacen crujir las piedrecitas del camino—. Sé que es duro, pero hice mi trabajo, nada más. —Y entonces, a mi lado, suelta un suspiro resignado—. Mira, si quieres culparme a mí en lugar de aceptar que tienes un grave problema de apego, que así sea. Pero sabes que no hice nada malo.

Cassandra es brutalmente honesta. Tanto que sus palabras me pegan una bofetada tal que siento como me arden las mejillas en el lugar en que tendría que haber estado su mano. Me giro hacia ella, boquiabierta.

Lo peor de todo es que casi agradezco que se haya sincerado y no haya edulcorado la realidad. Tendré que proponerle a Liam probar el BDSM, porque me parece que soy masoquista.

Cuando por fin logro encontrar el alma que se me ha escapado con la hostia de realidad, asiento despacio y digo:

—Guau.

Todo elocuencia.

Cassandra, sin embargo, parece que después de haber soltado lo anterior está un poco menos tensa y a la defensiva. Imagino que mi reacción le habrá dado a entender que ha clavado sus suposiciones, pero también que es demasiado pronto para que asimile bien todo su pequeño discurso.

—Y yo que pensaba que era porque me estaba tirando a tu hermano... —susurro, todavía sin ser yo misma del todo.

Ella se encoge de hombros y arruga la nariz.

—Eso ayuda a que yo tampoco busque hablar demasiado contigo.

Bueno, al menos no estaba tan desconectada de la realidad. Una pequeña victoria para Sophie, aunque a estas alturas me da bastante igual.

—Vale —digo con voz monótona—. ¿Quieres también desahogarte con eso o lo dejamos para el siguiente combate?

Entonces Cassandra se ríe, pero no como antes. Ahora se ríe porque le ha hecho gracia lo que he dicho, lo que no deja de ser irónico cuando estamos hablando de que me ha dejado KO en menos de treinta segundos.

—Reconoce que fue una jugada sucia. Acostarte con mi mellizo y todo eso —expone—. Somos idénticos en todo menos en el sexo.

—Ya, en eso no os parecéis en nada.

Cassandra suelta un gemido de disgusto y ahora soy yo la que sonríe un poco porque la situación es rara de cojones pero, al menos, se está estabilizando.

—Por favor, no quiero imaginarme nada de eso. Me refería a...

—Ya sé a lo que te referías —la interrumpo—. Y puede que fuera sucio, pero no fue por ti, ni nada —reconozco. Me paso una mano por la cara y suspiro—. Aun así, lo siento.

Es todo lo que voy a ofrecerle por ahora y ella lo sabe. Por eso, asiente.

—Cody ahora está muy feliz —apunta.

La conversación con él en el mercadillo me viene cristalina a la mente. Esa forma que tuvo de decirme que lo jodí bien y que yo no me creí demasiado porque nos acostamos dos veces contadas y nunca hubo nada más. Sin embargo, no tengo ganas de discutir, así que me callo.

Mi gentil acompañante, no.

—No jodas lo suyo con Nora, por favor.

Y aunque me lo ha pedido de buenas, estallo. Con el ceño fruncido, me vuelvo para encararla y ahora soy yo la que va a la yugular.

—Pero ¿tú quién coño te crees que soy? ¿Piensas que voy por la vida intentando arruinar las vidas de la gente? ¡Que tengo novio, Cassandra! Tengo novio —agrego, esta vez más seria que enfadada —. Nunca les haría eso a Nora y a Cody, pero mucho menos se lo haría a Liam, ¿entiendes?

Por extraño que parezca, Cassandra sonríe como si acabara de conseguir justo lo que quería. Bufo confusa. Me está empezando a

doler la cabeza ya con tantas idas y venidas y tantos cambios de humor.

—Creo que eres, exactamente, la persona que acabas de ser. —No parece ir a elaborar más, hasta que añade—: Me gusta la Sophie que tiene garra.

Y dicho eso, empieza a caminar, dejándome no solo atrás, sino también con un montón de dudas encima. ¿Toda esta conversación ha sido para... nada? Es decir: ¿Qué narices quería sacar Cassandra de todo esto?

Supongo que aclarar un poco las cosas, pero no hacía falta arrastrarme por el fango de esa manera. ¿Y ahora parece que todo era para que me cabreara? Yo...

—¿Vienes?

La ira se ha esfumado con la misma rapidez con la que ha llegado. En cuanto Cassandra me ha respondido, ha dejado paso a la confusión y a un vacío extraño. También al cansancio físico y mental.

De repente, ya no me apetece tanto seguir haciendo fotos.

De repente, solo necesito que Liam me abrace y me dé un beso para que las cosas vuelvan a estar bien.



Hemos encontrado un pub no muy lejos de los jardines. Se llama The Cricketers y tiene ese aire tan inglés que ya empieza a echarse de menos en los nuevos locales. Aquí hay visitantes de la atracción de las luces navideñas, pero también parroquianos que deben de pasar todos los días después de trabajar.

Nosotros nos hemos hecho con una mesa al fondo, donde la calefacción pega más fuerte y tenemos más posibilidades de frenar

el posible trancazo que amenaza con dejarnos a todos para el arrastre.

La mezcla de las voces, los olores y la conversación de antes con Cassandra hace que me sienta un poco sobrepasada. Llevo desde que hemos vuelto con el grupo agarrada a la mano de Liam como si fuera un salvavidas y, aunque ya no estoy a punto de echarme a llorar como antes, sí que me siento algo agitada.

Ni siquiera la pinta ayuda.

—Soph —me susurra Liam muy cerca del oído; su aliento me acaricia el cuello y, por extraño que parezca, me relaja un poco—, ¿estás bien? No me has soltado la mano desde que has vuelto con Cassandra.

Esbozo una sonrisa de disculpa y lo libero, pero él vuelve a entrelazar nuestros dedos.

—Sí, sí. Es el frío —me excuso negando con la cabeza—. Ya estoy mejor.

En eso no miento. Sobre todo, cuando recibo su beso en el pelo y siento una sacudida que me quita de encima algunas de las palabras de antes. Y es que al lado de la conversación con Cassandra, que Lisa lleve la bufanda oscura que inició toda la debacle sentimental, y que terminó con Liam y yo juntos, me parece hasta gracioso.

—Oye —le digo mirando cómo la chica se la recoloca para tapar cada centímetro de piel que pueda quedar expuesto mientras habla con Nora—, ¿por qué este año no me regalaste una bufanda?

La pregunta pilla por sorpresa a Liam, pero después parece como si hubiera estado esperando a que se la hiciera meses.

Suspira.

—Pensé que ya no te hacían ilusión.

Así de simple. La persona que mejor me conoce con diferencia pensaba que el único regalo que espero año tras año ya no me hacía

ilusión.

Vivir para creer.

—¿Por qué? —pregunto, tan confusa que me asombra que pueda incluso hablar de forma coherente.

Liam tan solo se encoge de hombros y juguetea con mis dedos, algo nervioso.

—No sé, Soph. Como siempre dices que todas las Navidades es lo mismo, creí que te aburrías y era tu manera sutil de decirme que querías algo diferente.

Miro al techo, como buscando la cámara oculta del día de hoy, y después niego con la cabeza y vuelvo a fijarme en Liam.

Si es que soy imbécil. Para qué abriré el buzón que tengo por boca, Dios mío.

—Liam, nunca, y lo digo en serio —recalco apretándole la mano y mirándolo a los ojos—, me voy a cansar de tus regalos. Y mucho menos de tus bufandas, porque son lo más especial del mundo; ¿ha quedado claro?

Él sonríe de soslayo y asiente.

—Si alguna vez hago algún comentario, solo... —Suspiro—. Mira, no me hagas caso nunca y así es más sencillo.

—¿Ni cuando me dices que soy guapo unas cuarenta veces al día?

—No, en ese caso tienes el deber contractual de creértelo a pies juntillas.

Le devuelvo la sonrisa y atrapo sus labios un segundo, apenas un roce para que nadie nos eche en cara haber roto el pacto de nada de arrumacos para no hacer sentir mal a Cassandra. Lo que sí me permito hacer es dejar descansar mi frente contra la suya unos instantes.

—La verdad es que se me da bien tejer —susurra Liam haciendo que rompa la burbuja de intimidad con una carcajada.

—Vale, Abuelo; ¿y cuál me tejerías ahora mismo si fuera Navidad?

Se lleva una mano a la barbilla, pensativo, y observo como sus ojos escanean el pub en busca de inspiración, como si la idea estuviera escondida en la televisión que proyecta fútbol o en la espuma de la cerveza que se derrama de los vasos.

—Una bufanda amarilla —dice al fin—. *Muy* amarilla.

—¿Qué?

Liam se ríe ante mi cara de incredulidad. No suelo vestir con muchos colores, pero los pocos que hay en mi armario, y en mi vida en general, no son nada brillantes. No son amarillos.

—¿Es por la cerveza? Qué poco original —bufo.

Y doy un trago a la pinta, que ya se me ha quedado caliente.

—No. —Liam arrastra la vocal y mueve nuestras manos para llamar mi atención—. Es porque Jack te llama «Estrellita», ¿no? Y últimamente estás brillando con luz propia. Si no, dime cómo has conseguido juntar a toda esta gente que no tiene nada en común.

Su explicación me toca bastante la fibra y me saca una sonrisa. Hago lo que me dice y miro. Miro a Lisa, hablando con Nora como si fueran amigas de toda la vida. Miro a Cody, que agita mucho las manos mientras explica algo a Anika, quien lo mira con una sonrisa. Miro a Cassandra, que sonríe porque cree que nadie la está viendo disfrutar de la felicidad de su hermano. Así, parece casi hasta humana.

Ensancho la sonrisa y asiento.

—Me gusta el amarillo —decreto.

Y sé que Liam me entiende, a pesar de que lo único de ese color que me pondría nunca sería esa hipotética bufanda tejida por él.

Capítulo 23

Build-A-House



Odio mi trabajo, odio a la gente, odio los peluches.

(Lo último solo es aplicable a veces).

Todo aquel que trabaja de cara al público en Londres sabe que hay varias fechas que hacen que quieras suicidarte de la forma más dolorosa y pública (para hacer de la vida de los demás un tormento parecido al que estás sufriendo tú) posible: cualquier vacación escolar, Navidades y los puentes nacionales.

Soy consciente de que me mudé a una ciudad muy turística y que no trabajo en una tienda de barrio precisamente, pero ¿es eso razón para que Hamleys se llene cada 6 de diciembre, sin falta, de familias españolas que no tienen ni idea del idioma y que me sacan de mis casillas? Con el paso del tiempo hemos aprendido que allí es festivo por estas fechas, por lo que miramos el calendario de la sala de descanso como si se tratara de la cuenta atrás de una bomba a punto de explotar.

Esta mañana, cuando Liam y yo nos hemos separado para ir cada uno a su respectivo trabajo, me ha dado un beso especialmente largo y me ha susurrado un «Buena suerte, Soph. Tú puedes» que casi hace que me eche a llorar.

No sé en qué momento los minutos se han vuelto horas, solo sé que el ruido de la zona de Build-A-Bear me está atontando y que me duelen las manos de rellenar peluche tras peluche. Siento la cara agarrotada de mantener la sonrisa de «Bienvenidos al lugar más feliz de Londres, gracias por pagar parte de mi sueldo» y tengo la voz algo ronca de tratar de hacerme oír por encima del gentío.

Necesito un descanso, pero ni tiempo me ha dado de mirar el reloj. Por eso, cuando Nora se acerca a mí y me dice, con pinta de que alguien le haya arrebatado la ilusión y felicidad que la caracterizan, que es mi hora de comer, vuelo de mi puesto dejando a una familia a punto de atender.

Durante los próximos cuarenta minutos, no son mi problema.

En realidad debería ser una hora, pero se nos pide con amabilidad que acortemos los tiempos de descanso en días tan concurridos como hoy y, aunque no me compensa que me paguen los veinte minutos extra, lo hago para que mis compañeros tengan también la opción de respirar.

Suspiro aliviada cuando la puerta de incendios se cierra detrás de mí, en la zona de empleados. El ruido queda casi totalmente silenciado y tan solo se oye la televisión de la sala de descanso con las reposiciones de *Friends* que tenemos a esta hora.

Me dejo caer ante una de las mesas, casi vacía. Los pocos a los que nos ha tocado librar ahora nos saludamos con la cabeza, ávidos de silencio o, al menos, de poca conversación. Cuando abro la tartera, veo una nota que ha debido de meterme Liam esta mañana sin que me diese cuenta: «Hazlo por ellos», y la foto que hicimos el día del intercambio de regalos, con Jordan. Dejo escapar una carcajada que se me corta cuando veo quién se sienta a mi misma mesa.

Cassandra me dedica un gesto de cabeza y yo le correspondo. Aún tengo fresca la conversación del otro día en Kew y no me hace especial ilusión compartir mi espacio con ella.

Voy a sacar el teléfono para mandar un mensaje a Liam mientras me como los macarrones, cuando me percato de que me lo he dejado en la taquilla.

Suspiro.

«Mierda».

Supongo que debería hablar con ella, ¿no? Más por educación que por otra cosa, pero no sé qué decir. No le guardo rencor; de hecho, creo que la veo desde otro prisma más positivo desde entonces. Aprecio su honestidad, pero poco a poco.

Carraspeo.

—¿Qué te has traído de comer?

—Oye, Sophie, siento...

Las dos hablamos a la vez y nos quedamos unos segundos en silencio antes de soltar una pequeña risita. Hago un gesto con la mano, invitándola a que vaya ella primero. Por lo que sea, Cassandra se revuelve en el asiento y se quita un mechón blanco de la cara antes de retomar la conversación que estaba a punto de iniciar.

—Decía que siento cómo me puse en Kew. —Arqueo las cejas, sorprendida. Definitivamente, no esperaba este giro de los acontecimientos. No estoy acostumbrada a que la gente se disculpe conmigo—. He estado reflexionando y soy consciente de que me pasé. Me duele que duden de mí como profesional, ¿sabes? Me ha costado ser supervisora.

Lo sé. Las dos entramos juntas en Hamleys, con Jordan, y, aunque está en la misma planta que mi mejor amiga, he sido testigo de lo muchísimo que se ha partido el lomo para ir ascendiendo y que reconocieran su trabajo.

Asiento despacio y dejo el tenedor, manchado del tomate de los macarrones, encima del táper.

—Lo entiendo.

Parece que Cassandra está esperando un «pero» que no llega, porque es así de simple: todos tenemos ciertos temas con los que saltamos. A mí me da igual mi trabajo, pero, si alguien me acusara, no sé, de no querer a Jordan o a Liam, seguramente me pondría hecha un basilisco.

Echo un vistazo a la televisión, donde Ross y Rachel se están dando un beso por quincuagésima vez en lo que va de serie, y después decido hablar de nuevo.

—Yo siento haberte culpado de lo de Jordan. Tenía miedo de que quisiera...

—Irse —termina Cassandra por mí. Me encojo de hombros y remuevo los macarrones, sin mucha hambre—. Escucha, Sophie, te entiendo.

«Ah, ¿sí?».

—Cuando Cody empezó a estar triste después de que os acostarais... Bueno, te culpé a ti.

—Qué bien —mascullo con los ojos en blanco.

—Ya. Era más fácil que admitir que mi hermano se había encariñado y había interpretado vuestra relación como le había dado la gana. Porque Cody es mi mellizo y siempre me pondré de su parte.

Me mira y asiento. Sé a lo que se refiere. Es ese sentimiento de «Si matas a alguien, siempre pensaré que la persona hizo algo para merecerlo» que, en realidad, no es del todo sano, pero que no podemos evitar tener cuando queremos mucho a una persona.

De todas formas, prefiero dejar el tema aparcado. Lo que tenía que decir sobre Cody ya se lo dije a él, y remover la conversación va

a hacer que acabemos como el otro día. Así que sonrío y Cassandra me devuelve el gesto.

Durante un instante siento una especie de conexión entre nosotras; parecida a la que sentí aquella noche en que acabamos en su cama, pero diferente. Supongo que siempre he sabido que en el fondo no éramos tan distintas, pero precisamente por parecernos tanto nos empeñamos en hacernos opuestas.

El capítulo de *Friends* termina y miro el reloj: es hora de relevar a Nora. Sé que Liam me echará la bronca por no haber comido casi nada, pero el estrés y la conversación con Cassandra me han cerrado el estómago.

Recojo todo y me pongo en pie. A ella todavía le quedan unos minutos de paz.

—Tengo que volver —anuncio echándome la bolsa con la tartera al hombro—. Que aproveche.

Ella me sonríe y me despide con un gesto de la mano.

Puede que nunca conectemos como lo estoy haciendo con Nora o Lisa, pero me conformo con saber que hemos enterrado el hacha de guerra.

Cassandra es una luchadora nata y yo no me dejo pisotear, pero las dos sabemos que hay que elegir las guerras que disputas para no acabar herida. Después de lo de hoy ha quedado claro que ninguna somos el enemigo.

Voy a tener que dar la razón a las películas navideñas: estas fechas, realmente, obran milagros.



Después de un turno demencial, decido que me merezco todo el chocolate del mundo (o todo el que mi bolsillo pueda permitirse), así que paro en un Tesco de camino a casa. Liam ha terminado antes y no he querido hacerlo esperar, porque para él las próximas semanas también van a ser fechas estresantes en el trabajo.

Yo: En Tesco. ¿Necesitamos algo?

Abuelo: ¿Ganas de vivir para ti?

Pongo los ojos en blanco, con una sonrisa.

Yo: No sabía que habías comido payaso en lugar de macarrones.
Yo: Lo tomaré como un no.

Liam se limita a mandarme un *sticker* de un perro sonriendo como respuesta y yo lleno la bolsa de dulces de Cadbury, Mars, Twix y un montón de Milky Way: mi barrita favorita y también la que peor me sienta, pero hoy estoy dispuesta a correr el riesgo de ponerme mala. Es más, sería hasta un regalo inesperado si mañana no pudiera ir a trabajar.

De camino a la caja, veo un expositor lleno de cajas coloridas que están a mitad de precio: 4,99. Si comprara dos, serían diez libras que no estaban en mi presupuesto, pero que harían muy feliz a Liam...

Miro la selección de chocolatinas y dejo solo los Milky Way.



Oigo el sonido del teclado desde el pasillo que lleva a nuestro apartamento y sonrío. Por una vez, Liam no está con los cascos, lo

que me pone muy contenta. Supongo que habrá visto al vecino pesado irse y estará aprovechando los escasos momentos en los que puede inundar el edificio de música. Por eso, entro despacito en casa y me quedo escuchando en el quicio de la puerta del salón.

Romeo levanta la cabeza para mirarme, desde su posición encima de uno de los radiadores, y yo me llevo un dedo a los labios para que no maúlle. Como si fuera a entenderme. Su única respuesta es encontrarme poco emocionante y volver a tumbarse, con la nana de la pieza que está tocando Liam de fondo.

No la reconozco, pero eso no es inusual. Supongo que es alguna de sus composiciones, esas que empiezan siendo una improvisación y acaban plasmadas en una partitura como la que descansa en el atril barato que tiene delante.

Es imposible leer el nombre desde donde estoy, así que miro a Liam. No sé si ocurrirá también con otros músicos, pero siempre pone una cara específica cuando se pierde en las notas. Está serio, con los ojos recorriendo cada línea del pentagrama tras las gafas que se encuentran ya en equilibrio sobre el puente de la nariz. Frunce un poco el ceño y algunos mechones de pelo naranja se mueven al compás de su cabeza, que sigue la música. Es como si bailaran una danza de lo más extraña.

Si no fuera porque me delataría, iría a mi habitación a por la cámara y capturaría esta imagen, porque, aunque la he visto muchas veces a lo largo de mi vida, me doy cuenta de que nunca la he inmortalizado; como si no tuviera la importancia que tiene.

Como si Liam no estuviera arrebatadoramente guapo en su propio mundo.

Hunde los hombros cuando termina y yo aplaudo con ganas. Sé que lo he asustado cuando me mira y se lleva una mano al pecho, azorado.

—Soph. —Arranca la partitura del atril y la mete a toda prisa en la carpeta donde guarda sus composiciones—. No te he oído.

No me gustaría hacerme ilusiones, pero que no quiera que vea lo que estaba tocando me revoluciona la imaginación: ¿Y si es algo que me ha escrito a mí? No es mucho mi estilo (excepto Taylor Swift, mi banda sonora es más el metal), pero lloraría si Liam me dedicara una pieza.

Me río y lo abrazo para plantarle un beso que condensa todo el orgullo que siento.

—No quería molestarte, mi pequeño Moffat.

—Mozart —me corrige Liam agarrándome de la cintura. Se recoloca las gafas—. Moffat es el guionista de *Doctor Who.*

Chasqueo la lengua, fingiendo que me molesta su aclaración. En realidad, sé perfectamente quién es Mozart y quién es Moffat. Es decir: el segundo escribió mi serie de televisión favorita y el primero está hasta en la sopa, como para no conocerlo. Solo quería que relajara un poco la expresión después de haberme visto.

Sacudo la bolsa de tela, raída ya de tantos usos, delante de su cara.

—¿Quieres ver lo que he comprado?

—¿Las ganas de vivir que te he pedido? —pregunta extendiendo la mano para arrebatarme la bolsa.

—Alguien está tocacojones hoy, ¿eh? —mascullo.

Pero Liam ya no me está escuchando, porque, después de haber dejado a un lado las chocolatinas que he traído a casa, ha sacado una de las cajas de colores y ha abierto tanto la boca que Romeo podría entrar por ella y hacerse una casa.

—¡¿Has comprado una casa de jengibre?! —chilla, sin poder creer que yo, la que renegaba de la Navidad, haya cedido a sus encantos.

—No —lo corrijo yo ahora. Doy un golpecito sobre su nariz, sonriente—, he comprado dos casas de jengibre para que las montemos esta tarde... si quieres.

Liam se ríe y me acerca más a él, hasta que quedo sentada en su regazo, con cuidado de no golpear y tirar el teclado que todavía no ha guardado. Acaricia con el pulgar la zona de mi cintura, por debajo del jersey, y me cuesta mucho concentrarme en él y lo que dice y no en lo que me gustaría estar haciendo en su lugar.

—¿Quieres que hagamos un concurso? —propone.

—¿Y quién lo va a juzgar?, ¿Romeo? Ni siquiera tiene pulgares oponibles para darnos el visto bueno.

—Prometo ser totalmente imparcial —dice Liam con una mano en el pecho.

Pero no en el suyo.

Me río y le doy un golpecito.

—¡Oye!

Entrelazo nuestros dedos y le doy un beso corto antes de levantarme.

—Confío en tu criterio. El que gane, elige premio.

—Eso es muy vago, Soph. Podrías pedirme cualquier cosa.

—¿Y tú no? —contraataco desde el pasillo, de camino a ponerme ropa cómoda.

Liam calla durante unos segundos y, después, vuelvo a oír su voz desde el salón.

—Vale. Tienes razón. Haría cualquier cosa que me pidieras, aunque no ganaras.

He de enterrar la cara en la sudadera vieja que tengo en las manos para no gritar por el vuelco que me da el corazón al oír sus palabras. Últimamente siento que estoy a punto de explotar de felicidad siempre que estoy a su lado (y cuando no, también). Parece

que, desde el beso, los diques que estaban conteniendo mis sentimientos hacia Liam se han roto y ahora la riada inunda cada centímetro de mi cuerpo.

¿Y lo mejor? Que me da igual. Me da igual estar más blandita, o más sensible, o ceder más. Me da igual porque sé que, con Liam a mi lado, puedo ser vulnerable y no va a pasar nada.

Cuando vuelvo al salón, ya está todo preparado para ponernos a jugar a ser *Bob el Constructor.* En cuanto Liam se gira hacia mí, lo abrazo con fuerza y escondo la cara en el hueco de su cuello, aspirando su colonia favorita, que todavía permanece en su piel.

Sí, si estoy con Liam, nada puede ir mal.

Él me devuelve el abrazo preguntando, en voz baja, si ha pasado algo.

Niego con la cabeza y le pido unos segundos así, en esa posición. Me los concede de buen grado y mi corazón se acompasa al ritmo del suyo, aprendiendo que esta va a ser la melodía que tocará hasta el resto de mis días.

Capítulo 24

Muchas formas de querer a alguien



Es la segunda vez en menos de cinco días que Liam puede tocar sin los cascos puestos. La canción del otro día llena el pequeño apartamento y disfruto de cada nota porque no sé cuál será la última antes de que pase el vecino y se queje del ruido.

Supongo que, a veces, trabajar por turnos tiene sus ventajas. Hoy los dos vamos de tardes y, siendo martes, lo más seguro es que todos los demás inquilinos estén en sus respectivos curros.

Romeo se ha tumbado en mi pecho, imagino que porque es lo más cerca que va a poder estar de Liam, en el mismo sofá, sin que él muera o lo eche porque le molesta al tocar. El gato pesa y me constriñe los pulmones, pero también está calentito y yo, muy vaga. Tengo las piernas en alto, apoyadas sobre el respaldo, y voy dando *likes* a diestro y siniestro en Instagram. No sigo a demasiada gente, así que ponerme al día es rápido.

Lisa ha subido un carrusel en el que sale posando con un abrigo y unas gafas que la hacen parecer una modelo (estoy segura de que las fotos se las ha hecho Anika).

Mi hermano ha subido una foto de una mano pecosa, que imagino que será la de Callum, cogiendo un *croissant*.

Jordan ha subido una foto con una chica bajo el usuario de @dusktildawn, con el pelo entre rojo y rosa.

Me congelo en esa publicación. Mi mejor amiga es, posiblemente, la persona que más use Instagram de las que conozco (aunque Lisa le está disputando ese puesto), pero desde que se fue a Perth, hasta ahora, todo habían sido selfis, paisajes y su familia. Y hoy ha subido a Dawn con el pie de foto *«This time I'm ready to run. Escape from the city and follow the... dawn»*, su peculiar giro a una canción de One Direction.

Siento que algo me impide respirar y no es Romeo. Las dos salen muy guapas, con Dawn mirando a cámara con una sonrisa y Jordan mirándola a ella de un modo que no le he visto nunca antes.

Bajo las piernas en un movimiento, con cuidado de no dar a Liam en la cabeza, y Romeo salta de mi pecho malhumorado y ofendido.

La música se para.

—¿Estás bien? —pregunta Liam mirándome a través de sus gafas, con el ceño ligeramente fruncido.

—Sí, sí, es que Romeo me estaba agobiando —miento con una sonrisa mientras señalo hacia mi habitación—. Voy a llamar a Jack, me olvidaba de que habíamos quedado, ¿vale?

—Vale. Si quieres que me ponga los cascos...

—No. —La respuesta me sale más brusca de lo que pretendo, pero precisamente escucharlo es una de las cosas que más me calman del universo—. No, no te preocupes.

Aunque preocuparse es justo lo que creo que ha hecho, Liam retoma la pieza y yo cierro despacio la puerta de mi cuarto. Son las diez de la mañana en Londres, lo que significa que en Oklahoma serán... las cinco de la mañana. Hago los cálculos rápido y mal, pero

necesito hablar con alguien y Jordan no es una opción ahora mismo. ¿Qué voy a decirle: «Oye, qué narices significa esa foto que has subido», como si no tuviera derecho a hacer lo que quisiera?

La videollamada da cinco toques antes de que la pantalla muestre una oscuridad solo rota por la luz del móvil en la cara de mi primo.

—¿Qué pasa? —exige con voz pastosa—. ¿Se ha muerto alguien?

—No, no. Necesito..., ¿puedes hablar?

Jack me mira unos segundos y, después, suspira y deja el teléfono en la mesilla de noche. Oigo como susurra a Kate que vuelva a dormirse y apenas un minuto más tarde ya puedo verle la cara de dormido, el pelo despeinado y unas ojeras que hacen que me sienta un poco culpable.

Pero, si le cuelgo, será peor. Ya que lo he despertado, voy con todo.

Deja el móvil apoyado en alguna parte de la cocina y espero pacientemente a que me dé la señal de que puedo hablar. No es hasta que se ha preparado un café, y se sienta en la isla de contrachapado malo, que me hace un gesto con la taza y yo dejo escapar el aire que estaba conteniendo.

—Perdona, no te llamaría si no fuera necesario —digo.

—Bueno —responde Jack dando un sorbo al café—. Define *necesario*.

—Me estoy... agobiando. Sí, agobiando —explico haciendo gestos con las manos—. Y Liam está tocando en el salón y no quiero..., no puedo...

—Sophie, eh, tranquila. Respira conmigo —oigo que me pide Jack —. Venga. Inspira, espira. Inspira, espira.

Hago lo que me indica, siguiendo las directrices de su voz, y ya me encuentro un poco mejor.

Asiento a la pregunta muda que me hace con la mirada.

—Perdón. No quiero contárselo a Liam porque no me gustaría que pensase mal de mí —explico, poniendo en palabras el torbellino de pensamientos que es complicado ordenar—. Y no es de eso de lo que quiero hablar.

A pesar de no tener sentido, Jack asiente despacio y solo añade:

—La sinceridad es la clave de una relación.

Ya lo sé. Lo sé muy bien. Pero ¿cómo va a reaccionar Liam si le cuento que siento que me está dando un ataque de pánico por ver una foto de Jordan con la chica que le gusta? Seguramente me dirá que no pasa nada, por supuesto, porque en el fondo sé que es así. Y también sé que yo me sentiré como una mierda porque, una vez más, le haré ver que no he cambiado en absoluto. Que estas semanas sin Jordan en Londres, saliendo y pasándolo bien, no han hecho que la añore un poco menos o que mis miedos desaparezcan del todo.

Y Liam no se merece a una persona así a su lado.

Por eso he llamado a Jack: porque quiero quitarme esto de encima y solucionarlo.

—Jordan ha subido una foto a Instagram.

—Cuánto me alegro por ella —comenta mi primo con las cejas alzadas—. ¿De esto va la conversación?

—No. O sea, sí —me corrijo—. Va de que ha subido una foto con la chica que le gusta. Va de que está trabajando en el restaurante de sus padres de tapadillo. No sé, son muchas cosas.

Me paso los dedos por los ojos y respiro hondo.

—Bueno, Estrellita, pues ya que me has despertado, cuéntamelas una a una, ¿no?

No sé qué haría sin Jack, la verdad. Es como mi hermano, pero sin las barreras que nos ponemos Donovan y yo para saber de la vida del otro. Así que le suelto todo lo que tengo en la cabeza y que no

he dicho a nadie. Le hablo de las videollamadas, de la forma en que me habló de Dawn aquel día y de cómo le brillaba la mirada cuando lo hacía. Le hablo de esa creencia que tiene de que se conocieron en algún plano astral, a pesar de que Jordan es lo más antirrelaciones del mundo, y de que me describió su primer beso como si fuera lo más preciado que le ha pasado nunca.

Le hablo de todas las dudas antes, durante y después de que se fuera a Australia.

Le hablo hasta de la promesa que me hizo y de lo mal que me siento por dudar de ella.

Y solo cuando acabo, con la garganta seca y una canción nueva colándose por debajo del hueco de la puerta, Jack deja escapar un suspiro.

—¿Quieres la verdad o quieres que te mienta para que seas feliz?

El sol ha empezado a inundar la cocina donde mi primo va ya por su segundo café e imagino que Kate no tardará mucho en levantarse para ir a trabajar.

—Quiero que me trates como a una persona normal, Jack —digo notando cada latido del corazón en los oídos.

Sé lo que va a decir antes de que lo diga:

—Entonces, Estrellita, creo que Jordan no va a volver.

Asiento despacio, sintiéndome un poco más ligera y extraña. Supongo que necesitaba que alguien confirmara mis sospechas; alguien que, como Cassandra, me diera mi dosis de realidad.

A lo mejor Jordan no tenía intención de quedarse en un principio, pero las situaciones cambian y allí se le están abriendo caminos que no podrá recorrer en Londres. Creo que tal vez ni ella misma sabe a ciencia cierta que no va a coger el vuelo de vuelta, pero por algo somos mejores amigas: porque nos conocemos. Porque igual que

Liam y ella son quienes más calada me tienen, incluso mejor que yo misma, ocurre lo mismo al revés.

Desde que éramos pequeñas, podía anticipar los movimientos de Jordan antes de que los diera. Sabía quién le iba a gustar, qué grupo le iba a dar por escuchar y hasta qué helado iba a pedir. Eran cosas pequeñas, detalles con los que me quedaba solo por el mero hecho de observar y escuchar. Ella, a su vez, me proponía ver películas que luego se convertían en mis favoritas, hacía sus pinitos en la cocina con recetas que luego le pedía una y otra vez y me dejaba la ropa perfecta para los momentos correctos. Siempre ha sido así: la una siendo la extensión de la otra.

Ahora no será diferente.

Una lágrima me llega hasta los labios y me limpio la cara rápidamente con la manga de la sudadera, aunque dudo que Jack no lo haya visto. En cualquier caso, no menciona nada.

—Gracias —le digo—. Es lo que necesitaba oír.

—Que conste que no significa que no te quiera.

Esbozo una sonrisa triste. Eso ya lo sé. Sé que Jordan me quiere muchísimo, y yo a ella, pero si algo he aprendido en las últimas semanas es que querer a alguien es también querer que sea feliz aunque sea lejos de ti. Y si ella lo es en Australia..., bueno, no tengo nada que decir al respecto.

Por mucho que duela, no puedo enfadarme con Jordan como hice cuando me dio la noticia.

Tengo muchas cosas que rumiar, no obstante. Siento que he madurado a base de abrirme un poquito más a la gente, pero en el fondo soy la misma Sophie de siempre.

Cuando colgamos, apenas unos minutos más tarde, me asomo al salón y veo que Liam no se ha movido del sitio, tan solo ha llenado de partituras mi lado del sofá y continúa tocando. Aprovecho para ir

al baño y echarme agua fría en la cara, algo hinchada de las cuatro lágrimas que he soltado y de todas las que me he guardado.

Me sorprende no volver a sentir el agobio en el pecho, sino solo vacío. Como si tuviera un agujero en la parte de mi mente donde está el asunto de Jordan.

Decido ponerme a editar algunas de las fotos que me quedan de Kew Gardens, para mantener la cabeza ocupada y mandar, por fin, la selección a todo el grupo. El problema es que la tarjeta SD no está en la cámara y, por más que pongo patas arriba mi habitación en su busca (no recuerdo haberla sacado, pero a lo mejor lo hice. «Qué tonta, Sophie, qué tonta eres»), no aparece. Tampoco está en el ordenador, ni junto a las otras que tengo de recambio.

Estoy a punto de echarme a llorar (y sé que no es por esto, sino porque es la forma que tiene mi cuerpo de reaccionar a la conversación con Jack: encontrando otro problema y magnificándolo) cuando la veo en la mesilla de noche de Liam, junto al cargador de su móvil y el libro que está leyendo ahora mismo. El alivio que siento hace que ni siquiera cuestione qué hace ahí. Seguramente haya querido pasarle a Lisa alguna para que la suba a sus redes y se le olvidó comentármelo. Aun así, voy de camino al salón con la determinación de pedirle que, por favor, me avise de estas cosas, cuando empieza a tocar la misma canción que el otro día y el pensamiento se desvanece de mi mente.

Puf. Adiós.

Como el día de las casitas de jengibre, me quedo escuchando, con la tarjeta de memoria en la mano. Cuando termina, me mira. En esta ocasión no recoge rápido la partitura, lo que tomo como una señal para poder preguntarle sobre la pieza.

—¿La has escrito tú? Es muy bonita.

Liam niega con la cabeza y no da muchas más explicaciones. Antes de que las páginas desaparezcan en su carpeta, leo el título de la canción: «In My Dreams». Me siento a su lado, dispuesta a insistirle porque no me creo mucho que no sea suya, sino que simplemente está siendo humilde, pero el muy bellaco me ignora y sus dedos se mueven por las teclas con rapidez tocando «Children of the Sea», de Black Sabbath.

Mi grupo favorito, mi canción favorita.

La de veces que Liam me ha tocado la versión de piano de este tema hasta que, al final, se la ha aprendido de memoria.

Arrugo la nariz y él me sonríe abiertamente, sabiendo el efecto que tienen los de Birmingham, y esa pieza en concreto, sobre mí.

—Eres malo, Li.

—Sé jugar mis cartas —responde ufano.

Es curioso que entre los tres tengamos gustos musicales tan dispares. Jordan ama todo lo relacionado con el pop, yo comparto con ella a Taylor Swift, pero me va el metal, y Liam escucha casi en exclusiva bandas sonoras de musicales y grupos indie. Sin embargo, a estas alturas nos sabemos la discografía completa de los artistas favoritos de los demás.

Apoyo la cabeza en el hombro de Liam y hoy no canto. Hoy solo disfruto de la melodía que me lleva de vuelta a casa, a las tardes escuchando por audios interminables los aciertos y errores de Liam al piano, a las noches en que Jordan durmió conmigo y vio vídeos de mala calidad de los conciertos a los que nunca iría.

Cuando las últimas notas caen con fuerza, como en la versión original a guitarra, yo también estoy sonriendo hasta que me duelen las mejillas.

Liam me envuelve con los brazos, a sabiendas de que me pasa algo pero sin querer presionarme, y entonces lo digo:

—Te quiero.

Levanto la mirada y veo como frunce el ceño, desconcertado.

—Lo sé, Sophie, ya me lo has dicho antes.

El pecho me da un pellizco cuando no lo comprende, así que me incorporo, con cuidado de no deshacer su abrazo, y le cojo la cara entre las manos.

—No, Liam. He dicho que *te quiero*.

La comprensión llega poco a poco a sus ojos azules. Cuando lo hace, creo que no puede caber más felicidad en su cuerpo, ni tampoco más amor en el mío. Hacia él, ahora mismo. Hacia Jordan, antes. Y ambos duelen a veces, pero son lo mejor que me ha pasado nunca.

Me acaricia la nariz con la suya y cierro los ojos.

—Yo también te quiero.

Acto seguido lo beso. Porque yo no tengo canciones que pueda componerle, o aprenderme, ni tampoco más palabras que dedicarle. Yo soy la de los gestos, la de las pequeñas cosas.

La que, en silencio y desde hace algún tiempo, también está eligiendo un camino diferente al de Jordan. Y eso, a pesar de todo, no va a hacer que ella me quiera menos, así que yo tampoco a ella.

Quiero a Jordan, por eso deseo que sea feliz.

Quiero a Liam, por eso deseo hacerlo feliz.

Estoy aprendiendo a quererme a mí misma, por eso soy feliz.

Capítulo 25

A tres cuartos de la centena



A riesgo de pecar de egocéntrica, mi cumpleaños es, sin lugar a dudas, mi día favorito del año. Y, además, es un número muy bonito: el 12 del 12.

Puede que lo espere con tantas ansias porque es una de las pocas festividades que el mundo no percibe con subtono familiar, sino que puedo pasarlo con quien quiera y ser feliz sin necesidad de que me recuerden constantemente que no he brotado de una seta.

Desde la conversación con Jack, he compartimentado todo lo relacionado con Jordan y Australia, y he decidido dejarlo en una esquinita de mi mente hasta que mi mejor amiga me saque el tema. Sigo sintiendo alguna que otra punzada en el pecho cuando, después de un rato hablando con ella, recuerdo que no va a volver (al menos, no de la misma forma que antes), pero enseguida me centro en otra cosa y la tristeza pasa. Es increíble la capacidad que he adquirido de autodistraerme en un período de tiempo tan corto.

Supongo que Liam ayuda. Liam, que para cuando me despierto hoy, más tarde de lo normal porque ambos nos hemos cogido el día libre, me sonríe con una bandeja de desayuno en las manos. Me ha hecho tortitas (él también ha adquirido una increíble capacidad de

cocinar en ausencia de Jordan) y ha exprimido naranjas para ofrecerme un zumo natural. Eso y el café hacen que me estire bajo la funda nórdica y emerja de muy buen humor.

—Buenos días —digo sentándome en el colchón.

—Buenos días, cumpleañera.

Deja con cuidado la bandeja de plástico a mis pies y Romeo salta a la cama y lo olisquea todo. Maúlla cuando lo aparto para que no meta la cabeza en el zumo, y también cuando cojo el plato de tortitas para que no me las robe.

Maúlla incluso cuando doy un beso de agradecimiento a Liam, que sabe al sirope de chocolate que ha comprado para la ocasión.

—Qué guapo estás con el delantal. —Río, sin dejar que se aleje demasiado.

Liam bufa flojito y se recoloca las gafas. Es de esas personas a las que no les gusta mancharse la ropa, ni siquiera si esta es de ir por casa; de las que aborrecen meterse en la cama con los mismos pantalones con los que ha estado en el sofá, pero que ha aprendido a aguantarse porque yo no me cambio y prefiere dormir conmigo a discutir.

Sé que espera hacerme cambiar de opinión un día y organizarme los pijamas, pero no va a ocurrir.

—¿Y mi regalo? —pregunto, cuando ya me he zampado las tortitas y estoy con el café. Él se ríe—. Venga, no te hagas de rogar. Te he dado la mitad de mi zumo.

—No lo tengo aquí.

—¿No? —Bajo la mirada a su entrepierna—. Pues yo creo que sí.

—¡Sophie!

Suelto una carcajada tan fuerte que casi me tiro lo que me queda de café por encima. Para evitar posibles accidentes, Liam lo aparta todo y lo deja en la cómoda.

—Venga, Li, que a partir de hoy estoy más cerca de los treinta que de los veinte —digo con un puchero—. ¿No te doy pena?

—No —responde él con una media sonrisa—. Pero es verdad, no tengo tu regalo aquí. Te lo daré esta noche.

Arqueo las cejas.

—No es eso. Sophie, por Dios.

—Vale, vale. ¿Entonces...?

—Es un plan. Por la noche. —Se cruza de brazos y me mira con un brillo de emoción en sus ojos—. Creo que te va a gustar.

No le digo que cualquier cosa me gustaría viniendo de él porque no quiero que se lo crea demasiado. Tampoco le repito lo guapísimo que está, ni confieso que, en realidad, los regalos siempre han sido lo de menos porque lo que más me gusta de mi cumpleaños son los planes con mis personas favoritas. En lugar de todo eso, le hago una señal para que me dé un beso y, cuando se inclina, tironeo de él hasta que queda encima de mí sobre la cama.

Suspira contra mi piel, cuando ya me ha quitado la camiseta del pijama.

—Sigues siendo igual de terca que con veinticuatro —susurra, y yo alzo las caderas para presionar sobre esa parte de su anatomía que ya está dura.

—Y lo que te gusta —digo sin urgencia.

Pero él sí la tiene, así que su respuesta viene en forma de dedos que se clavan en mis muslos, sábanas que se arremolinan alrededor de un cuerpo y su lengua deseándome, una vez más, un feliz cumpleaños mientras mi cuerpo le corresponde arqueándose con cada sílaba.



Para cuando suena el teléfono, he vuelto a dormirme. Apoyada en el pecho de Liam, mientras escucho los latidos de su corazón, me encuentro en la gloria y casi me olvido de que justo hoy es cuando debería estar más pendiente de mi móvil.

—Es Jordan —anuncia Liam pasándomelo—. No descuelgues sin ponerte antes una camiseta.

No me da tiempo a pedirle que me pase una, porque mientras habla ya me tiende una de las suyas. La mía debe de estar por el suelo y no hay tiempo que perder.

La cara de Jordan aparece en la pantalla justo cuando estoy recolocándome un poco la maraña rubia que tengo por pelo.

—Hola —saludo con una sonrisa.

Al otro lado de la cámara, Liam se muerde la suya al tiempo que se viste. Espero que Jordan no me pida que me ponga en pie, porque no llevo bragas.

—Te diría que felicidades por tu cumpleaños, pero siento que debo dártelas por otra cosa —comenta mi mejor amiga con las cejas arqueadas.

—No seas cerda.

—No, si las cerdadas ya las habéis hecho Liam y tú, por lo que veo.

Estalla en carcajadas y me contagia la risa. Niego con la cabeza y miro a Liam, fuera de cámara, que ya lleva por lo menos ropa interior y camiseta. Tiene las manos en la espalda y las comisuras elevadas.

Los nervios por saber qué esconde me afloran, haciéndome cosquillas en las puntas de los dedos y en la boca del estómago.

—En fin, como ya sé que has empezado bien el día...

—¡Para!

—... solo me queda darte mi regalo prometido. Ayudante, por favor —dice con una palmada.

Al instante, Liam deja en mi regazo una caja demasiado bien envuelta (vamos, que ha sido él) y hace una reverencia a la cámara. Doy un par de botes en el colchón, emocionada, y casi rompo el papel para desvelar lo que esconde: una caja de Lego para construir una cámara fotográfica antigua. Estoy a punto de pegar un salto y descubrir que voy desnuda de cintura para abajo, pero me contengo a tiempo. Es difícil, porque el regalo es impresionante y está muy bien pensado. Nunca me he comprado nada de la marca porque no me da el dinero, pero hace algún tiempo que comenté que tenía curiosidad y ahora voy a poder saciarla.

—Jordan... —musito. Levanto la caja y la muestro a cámara, como si ella no supiera ya de qué se trata—. Es genial, muchísimas gracias.

—De nada. —Como no estoy yo para darle un beso en la mejilla, ya se da ella unas palmaditas en la espalda—. Dale también las gracias a mi ayudante, que lo ha guardado a buen recaudo desde octubre.

Octubre. Ella se fue en octubre.

Descarto el pellizco en el corazón y me centro en el hecho de que no haya visto la caja en todo este tiempo, dado que ahora prácticamente me he mudado a la habitación de Liam.

—Creo que he estado un poco distraída y he perdido facultades —digo.

—Pues que siga así —interviene Liam entrando en el encuadre de la cámara para que Jordan lo vea—. No tiene gracia cuando vas buscando los regalos.

—Y además es violación de la privacidad de nuestras habitaciones —añade Jordan.

Ambos asienten a la vez y yo gruño.

Bueno, no es que haga una búsqueda *per se*, pero es verdad que echo un vistazo si alguno se deja los armarios abiertos o si me mandan coger algo de un cajón. En el fondo, no es culpa mía si no saben esconder las cosas.

Además, que solo busco co sas envueltas en fechas señaladas. El resto de sus secretos ni los huelo. Si no, habría sabido...

—Si llego a saber que tirártela serviría para que Sophie dejara de meter las narices donde no la llaman, te habría empujado a ello antes, Liam. —Jordan interrumpe mi línea de pensamientos y arranca una maldición del aludido y un grito ahogado de mí.

Ella, en cambio, lo observa todo con una sonrisa orgullosa en el rostro.

—En fin, felicidades, mi Soph. Ya podemos decir que los tres tenemos un cuarto de siglo.

De forma inconsciente, apoyo la cabeza en el hombro de Liam y sonrío, después de asentir.

—Gracias, Jor —digo. Y entonces me permito añadir—: Te echo de menos.

Jordan suspira y se ablanda. Frunce los labios y admite que ella también nos echa de menos y que nos quiere antes de colgar porque tiene que ir al restaurante a cubrir el turno de cenas.

En cuanto la llamada se corta, Liam y yo nos quedamos en silencio. Sé que sabe que voy a empezar a darle vueltas a la marcha de Jordan (como siempre) y, por eso, no me deja más que dos segundos de respiro antes de preguntarme qué quiero hacer hoy.

—Es tu día —añade acariciándome el pelo con cariño—. Haremos lo que te apetezca.

Hay un sitio al que llevo queriendo ir bastante tiempo, pero nunca me he atrevido porque es el epítome de la Navidad y, por tanto,

comprende todo lo que no me gusta de las fechas: Winter Wonderland.

Sin embargo, este año hay muchas cosas que están cambiando y creo que puedo disfrutar de las atracciones de otra manera; que la curiosidad gana a mi reticencia. Al fin y al cabo, si no me gusta, siempre podemos volver a casa y ponernos a ver películas de miedo con la excusa de ese «Haremos lo que te apetezca».

—¿Ir a Winter Wonderland?

Liam sonríe de una forma extraña, como si ya supiera de antemano mi respuesta, pero no dice nada. Tan solo asiente y coge algo de ropa limpia para ir a ducharse.

—Será mejor que vayamos pronto. No sabemos si habrá mucha cola —razona desde la puerta de la habitación—. Y luego ya tenemos otro plan.

Esquiva con bastante elegancia la almohada que le lanzo para borrarle la sonrisa pilla de la cara. Estoy muy intrigada por saber qué narices me ha montado, pero me resisto a indagar. En su lugar, cojo de nuevo el teléfono y respondo a los mensajes de felicitación de Callum, Jack y mi hermano.

Y a la publicación de Instagram de Jordan. Porque, pasen los años que pasen y aun a miles de kilómetros de distancia, siempre subirá nuestra peor foto juntas con un texto que me recuerda por qué es parte de mi familia.



En algún momento del trayecto de metro, Liam ha empezado a mirar el móvil con el ceño fruncido y se ha quejado de la hora. No sé a qué viene tanta prisa, y tampoco quiero hacerme ilusiones, pero...

Bajamos en Marble Arch y prácticamente me arrastra hasta la plaza, a pesar de mis intentos de llevarlo de vuelta a por un chocolate caliente porque me imagino que comer y beber en el recinto será prohibitivo. Cuando llegamos al arco, me planto.

—Oye, no sé qué mosca te ha picado, pero es mi cumpleaños y tenemos tiempo hasta la noche, así que será mejor que te...

—¡Sorpresa!

—... relajes. ¿Qué?

Liam se pone rojo y se rasca el cuello, con una sonrisa de disculpa, cuando la persona a la que pertenece la voz me abraza. El olor a perfume sofisticado de Lisa me deja un poco mareada. Lo suficiente como para no procesar del todo qué hacen ella, Anika, Nora, Cody y Cassandra saludándome y felicitándome y dándome abrazos y tirones de oreja.

No sé qué decir, me cuesta comprender que están aquí para celebrar mi cumpleaños, y no es hasta que Cassandra pasa una mano por delante de mis ojos y dictamina que estoy en estado catatónico que reacciono.

—Pero ¿vosotros no estabais trabajando?

Es mi primera reacción. Ni siquiera me había planteado que a lo mejor tenían libre, la verdad. Estoy tan acostumbrada a pasar el cumpleaños con Liam y Jordan que no había contado con nadie más. Por suerte, Anika me saca de toda duda.

—Por la tarde. Liam nos dijo de venir a Winter Wonderland por la mañana y celebrarlo.

Creo que es lo máximo que la he oído hablar seguido. Sin embargo, no es eso lo que me descoloca. Me giro hacia Liam y él se encoge de hombros, sin perder la sonrisa.

—Te oí comentar que habían abierto ya el recinto y supuse que este año te apetecería venir. Ya sabes, por eso de hacer cosas

navideñas.

Niego con la cabeza. Dios, me conoce mejor que yo misma.

Y entonces, todo me cae encima. Me doy cuenta, de golpe, de la magnitud del gesto, no solo de mi novio, sino de todos los que están aquí. Me doy cuenta de que han cambiado turnos solo para pasar conmigo unas horas de mi primer día con veinticinco años. Me doy cuenta de que Liam ha estado organizándolo todo para que fuera feliz, que sabía ya qué iba a pedirle que hiciéramos y a quién iba a echar de menos si estábamos los dos solos.

Me doy cuenta de que todo esto es por mí y, aunque no es la primera vez que alguien me prepara algo bonito (sin ir más lejos, Liam ha tenido muchos detalles en las últimas semanas), me toca de forma especial y me pinzo el puente de la nariz para no llorar, pero no surte efecto.

—Ay, no, Sophie —oigo que dice Lisa.

Y al segundo siguiente la vuelvo a tener abrazada a mí. Junto a ella, varios pares más de brazos que me agobian un poco, pero de los que no me deshago porque, al mismo tiempo, me encuentro a gusto.

—Me tiene que bajar la regla —me excuso cogiendo aire por la boca como puedo, entre tanto lío de personas a mi alrededor—. Pero no estoy triste, ¿eh?

Nadie señala que se puede llorar también de felicidad. Poco a poco, me van dejando espacio hasta que solo queda la mano de Liam sobre mi espalda. Me pregunta, con la mirada, si ha hecho bien. Veo las dudas en sus ojos, así que, sin importarme que Cassandra siga soltera, se las disipo con un beso que arranca silbidos y ovaciones.

También un gruñido de la susodicha.

—Idos a un hotel, que ya tenemos una edad.

Le saco el dedo y Cody me jalea. Casi puedo imaginar los ojos en blanco de Cassandra antes de separarme, ya solo con el rastro de las lágrimas y una sonrisa enorme, y coger a Liam de la mano.

—Habrá que celebrar el cuarto de siglo, ¿no?



Winter Wonderland es aún más impresionante de lo que me imaginaba. Llevamos ya un rato caminando y no se ve el final, entre atracciones de feria, puestos de artesanía y de comida y adornos navideños por todas partes. Realmente es como haber entrado en una bola de nieve donde siempre es Navidad.

—Mis veinticinco fueron los mejores —comenta Lisa, que como de costumbre se ha colgado de mi brazo y va parloteando conmigo y con Nora—. Os lo digo en serio: sentí que algo dentro de mí cambiaba. ¿Tú has sentido eso, Soph?

Me río y niego con la cabeza.

—Bueno, todavía es pronto. Y los sagitarios sois bastante tercos, así que ahora, por haberlo dicho, vas a empeñarte en no cambiar ni un ápice.

No le digo que ya he comenzado a hacerlo, aunque no por cambiar de dígito en la edad, sino por las circunstancias.

—Liam nos explicó que no habías venido nunca —comenta Nora recolocándose el gorro—. ¿Qué te ha hecho...?

—¡¿Que no habías estado en Winter Wonderland?! —exclama Cody detrás de nosotras—. Pero si te mudaste aquí hace mogollón, ¿no?

—Sí, pero es... un tópico, ¿no? Sería la definición de Navidad si la buscaras en el diccionario. Tienes la nieve falsa...

—Anoche nevó, pero no cuajó —apunta Cassandra.

—... las casitas que parecen de jengibre, las familias, los villancicos. —Hago un gesto con las manos, intentando abarcar lo que nos rodea—. Todo lo que odio.

—*Odiar* es una palabra muy fuerte, pero me gusta —vuelve a decir Cassandra.

—Bueno, pues ahora nos tienes a nosotros, que te cantamos lo que tú quieras —argumenta Lisa—, además de un novio que te está comprando el boleto para montar en la montaña rusa. ¡Eh, Liam! Espera, que nosotras también nos apuntamos.

La voz de Lisa se pierde conforme se acerca a Liam, que efectivamente ha sacado la tarjeta y está haciéndose con tickets para todos. El corazón me da un vuelco cuando veo el precio que pone en taquilla: nueve libras una vuelta.

Mientras hacen cuentas para pagar cada uno su parte a Liam, Anika aguarda a mi lado. Noto su presencia incluso cuando no habla. Supongo que es el aura que emana, que hace que me sienta tranquila con ella en esos silencios que Lisa, y a veces Liam, necesitan llenar con conversación porque les parecen incómodos.

—A mí tampoco me gustaba este sitio —confiesa sin mirarme, con los ojos clavados en la figura de su novia. Esboza una sonrisa—. Un año acompañé a Lisa porque estaba muy pesada, y ahora venimos siempre.

Correspondo a su gesto y yo también sonrío. La verdad es que no está siendo horrible para nada, sino todo lo contrario. A lo mejor esto también puede ser una pequeña tradición para mí. Para nosotros.

Para todos los que estamos aquí esta mañana.

Los gritos de Cody, instándonos a ponernos con ellos en la cola, nos hacen movernos hacia la multitud que espera frente al torno que

da acceso a la atracción. Yo me coloco al lado de Liam, claro, y me hundo un poco en su abrigo antes de darle un beso en la mejilla.

Está fría y tiene algo de escarcha en las pestañas claras.

—Gracias —le digo, sintiendo que podría explotar de felicidad ahora mismo.

—¿Por qué? No te he dado todavía mi regalo.

La forma en que lo susurra me arranca una risita y hace que le dé un golpe en el hombro.

—Da igual, me has dado mucho más.

Y sé que me ha entendido, porque su respuesta es también un beso que sabe diferente a los que nos damos más a menudo.

Es el beso que sella que el año que viene volveremos a venir con la misma gente, o puede que con otra diferente, con más personas, con más nuevas amistades, pero siempre estaremos nosotros. Liam y Sophie.

Un cuarto de siglo y todos los que vengan detrás.

Capítulo 26

La primera cita oficial



La única pista que me ha dado Liam, cuando hemos llegado a casa, exhaustos y congelados pero llenos de energía, ha sido:

—Vamos a un sitio para el que querrás ponerte tus mejores galas.

Y, acto seguido, se ha retirado a su habitación.

Como nunca tengo oportunidad de vestir mis «mejores galas», estas no existen en mi armario, así que me he tenido que poner un poco creativa y, por qué no decirlo, asaltar el armario de Jordan, porque entre las dos hacemos a tres cuartos de persona estilosa.

A pesar de lo poco que tenía para trabajar, estoy bastante orgullosa del resultado, aunque espero que Liam no me lleve al Ritz, o algo así, porque nos echan. Tanto Jordan como yo somos de pantalones, pero he conseguido rescatar un vestido burdeos de hace años que todavía me vale. Eso, junto a unas medias gorditas y negras, las botas y una americana de Jordan que me viene algo grande (ella me saca, por lo menos, sus buenos casi diez centímetros de alto y de espalda, porque yo no hago deporte ni aunque me vaya la vida en ello y Jordan tiene genes de surfista frustrada que suple corriendo y yendo al gimnasio tres veces a la semana), hace el conjunto.

Y accesorios, que de eso sí tenemos en casa. Siempre que veo a Lisa, pienso que está recién sacada de una revista, y un día al comentárselo me confesó que es todo por los accesorios. «Puedes ponerte una sudadera andrajosa, Sophie, pero si la combinas con unas cadenitas monas y unos pendientes vistosos, parecerás otra persona». En casa no gastamos oro, pero a todos nos encantan las gangas y cuando uno de nosotros hace un pedido por AliExpress siempre nos sumamos los demás y añadimos algo. A mí me pirran los cachivaches raros de casa y los collares, así que, como lo primero no puedo ponérmelo, hago uso de lo segundo y sigo el consejo de Lisa. Y, sí, parezco otra.

Aunque toda la confianza que tenía en mí misma se desvanece cuando salgo al salón y veo a Liam con el único traje que posee (y, por mi salud, mejor así), una camisa sencilla y blanca y el abrigo de paño que llevó al musical.

Si no le arranco todo para pasar por la cama de nuevo es porque me he esmerado mucho en el maquillaje y el semirrecogido, pero no por falta de ganas.

—Por favor, que alguien llame a la policía de la belleza, se ha escapado el más guapo de la cárcel —murmuro echándole otro vistazo de arriba abajo sin tapujos.

Liam se sonroja y chasquea la lengua.

—Exagerada. Tú sí que estás guapa. —En dos zancadas, se planta frente a mí y delinea mi figura con el dedo hasta llegar al bajo del vestido. Supongo que los dos pensamos lo mismo—. Qué dura va a ser la noche.

Sonrío y me encojo de hombros, inocente.

—Nunca lo he hecho en público.

—Ni lo vas a hacer hoy —corta Liam con un carraspeo—. Venga, o llegaremos tarde.

Hago un puchero pero lo sigo a donde quiera llevarme. Ya veremos si al final me salgo con la mía o no.



Por alguna razón que desconozco, nos bajamos en Canary Wharf. El sol hace rato que se ha puesto y la zona, mucho menos concurrida y más abierta que nuestro barrio, hace que el frío se cuele hasta en los huesos. Liam me pasa un brazo por los hombros y yo camino lo más metida posible en mi abrigo y bufanda (hoy tocaba una poco llamativa), maldiciendo el viento de invierno que anticipa una nevada histórica, cuando frenamos de golpe justo antes de girar la esquina que da a una de las salidas al Támesis.

Liam sonríe, delante de mí, y saca un pañuelo con estampado vaquero que recuerdo de su juventud como pseudohípster.

—Cierra los ojos —canturrea.

Y le hago caso, claro. Le hago caso porque sé que no va a lanzarme al río y, aunque lo hiciera, seguramente le daría la razón por matarme. Estoy tan borracha de felicidad y lo quiero tanto (me da vértigo la palabra *enamorada*, pero supongo que llevo tiempo con ella escrita en la frente) que todo raciocinio sale de mí con él a mi lado.

Sé que nos acercamos a un grupo de gente por el murmullo de las conversaciones, pero nada me prepara para lo que veo cuando Liam me quita por fin el vendaje: en el río hay unas barcas redondas, con un iglú de plástico a modo de cúpula, navegando. Me cuesta un poco relacionar el concepto de estar en un muelle con ir a montarme en eso.

Nos señalo, después a los iglús, con la pregunta en la mirada.

Liam asiente nervioso.

—Pensé que era original. Me dio la idea Lisa, que al parecer...

No lo dejo terminar, porque para cuando quiere darse cuenta ya lo he besado y lo he agarrado de las solapas de su abrigo para que no se aleje demasiado. Ni sabía de la existencia de esto, pero ahora tengo unas ganas enormes de montarme en uno y pasar un rato con mi persona favorita a mi lado.

—¡Hola! —saluda una voz, haciendo que recuerde que estamos en público y, por ende, no puedo estar físicamente pegada a Liam todo el rato—. Hola, chicos. Me llamo Violet; ¿teníais reserva?

Mientras Liam se acerca para darle los datos, yo me fijo en los pequeños iglús, con no más de seis personas dentro, que parecen pequeños luceros en medio del universo oscuro en que se ha convertido el Támesis. Lamento no llevar encima más que la cámara del móvil, que no hará justicia a la imagen, y, a la vez, me alegro de que este recuerdo vaya a ser solo mío.

Y de Liam. De los dos.

Violet nos guía hasta una de las barcas, esta solo para nosotros, que nos espera. Dentro hace calor (supongo que tendrán algún sistema de calefacción y el plástico de la cúpula hará el resto), así que dejamos los abrigos a un lado y ambos nos sentamos en la parte trasera, a la espalda de la chica. La barcaza me recuerda un poco a las que hay en los rápidos de Alton Towers: apenas un círculo que se mantiene a flote sin mucho peso encima, pero este tiene además un motor.

El brazo de Liam me rodea casualmente y no se mueve ni cuando Violet nos tiende un par de copas de champán que, al parecer, van incluidas en la experiencia.

No quiero ni imaginar lo que se ha gastado Liam en esto.

—Vale, chicos, os explico. ¿Es vuestra primera vez? —Ahogo una risita y Liam me da un codazo y asiente por los dos. Violet sonríe y niega con la cabeza—. Primero navegaremos media hora por el río, podemos ir a donde queráis. Después, os traeré de vuelta al puerto y tendréis una hora para disfrutar de la cena. ¿Qué habéis...?

—¿Que también hay comida? —exclamo mirando a Liam.

Él ensancha más la sonrisa, tanto que parece que se le va a salir de la cara, y tan solo se encoge de hombros.

—No te voy a traer a la otra punta de Londres solo para ir en barca, Soph. Es tu cumpleaños.

—¿Es tu cumpleaños? —pregunta Violet—. Ay, muchas felicidades.

—Te has pasado —mascullo, sin querer alargar la discusión que no nos llevará a ninguna parte.

Pero yo también sonrío porque me siento una de esas princesas de las novelas de Jordan; esas que viven en castillos y luchan por su reino y, al final, consiguen salvar a todos y de paso también a una pareja. Me siento la protagonista de las historias de romance que lee Liam, a la que le salen las cosas mal para luego encontrar al amor de su vida y vivir feliz en su infinito desorden.

Al final decidimos navegar sin un rumbo fijo. Le pedimos a Violet que nos dé una vuelta por el barrio y ya está. Con eso me basta.

Las luces de Canary Wharf parecen estrellitas. Apoyo la cabeza en el hombro de Liam y señalo un edificio que seguramente sea incluso de oficinas, pero que ahora mismo para mí tiene apartamentos que nos podemos permitir.

—Viviremos ahí —dictamino.

Los dedos de Liam me acarician el brazo y, a pesar del calor, arrancan un escalofrío.

—¿Y cómo piensas pagarlo exactamente?

—Con mis fotos, claro —digo chocando nuestras copas de champán y bebiendo lo poco que queda en la mía—. Un día, un galerista de la Tate me descubrirá y dirá que tengo un talento innato.

—No hace falta que nadie de la Tate venga a decirte eso: es que tienes un talento innato.

—Tú no cuentas —protesto.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque me conoces de toda la vida, y me quieres, y me ves con otros ojos.

Farfulla algo entre dientes que no distingo porque sigo con mi ilusión en la cabeza. La mano de Liam pasa a acariciarme el pelo despacio, tal y como sabe que me gusta, pero con cuidado de no deshacerme el peinado.

Retira un mechón rubio de mi mejilla.

—Bueno, que tengo mucho dinero. Y tú también, claro. Tú has conseguido trabajo en un musical del West End como pianista principal. —Noto como sus músculos se tensan momentáneamente bajo mi cuerpo, así que me río y lo beso en la mandíbula—. ¿Qué? Yo también te escucho.

Liam no responde, tan solo niega con la cabeza y abre la boca para decir algo, supongo que para rebatirme que también tiene un talento innato, pero me adelanto y pongo un dedo sobre sus labios antes de besarlos brevemente.

—Ya tenemos el dinero, ahora compramos el apartamento. No vamos a tener la conversación de los niños tan pronto...

—No, por favor. —Liam ríe.

—... pero habrá que comprarle a Romeo un árbol más grande para que escale. A lo mejor le dejamos una habitación; la que no sea ni mi cuarto de revelado ni tu sala del piano.

—Exactamente ¿cómo de grande es ese apartamento?

Lo medito unos instantes, asintiendo para mí misma.

—Claro, mínimo debe tener tres habitaciones...

—Claro.

—Y si quiero añadir la de Romeo, que mejor para tu alergia —razono—, entonces ya son cuatro. Más la cocina, grande para cuando venga Jordan de visita; el salón, que ha de tener espacio para todos nuestros libros y una mecedora de abuela para cuando tejas...

—Oye.

—... dos baños mínimo... Sí, creo que nos ponemos en unos doscientos metros cuadrados.

—Casi nada. Calderilla —dice Liam.

—Para nosotros, una pareja de artistas de renombre, un paseo por el Támesis.

Se ríe de mi broma con más ganas de las debidas, porque no es tan buena, pero imagino que lo he pillado desprevenido con mi futuro soñado. Que aunque me quiera, aunque siempre me haya querido de esa forma (según Jordan, según él mismo), comprarse un piso son palabras mayores. Y, sinceramente, a mí me da igual. Podría vivir en un cuarto oscuro con el espacio justo para respirar, que, mientras estuviera con él, me valdría.

Volvemos al muelle poco después. Violet parece haber oído nuestra conversación, a pesar de no haber dado indicios de ello en todo el viaje, porque puedo ver como se muerde la sonrisa que pugna por salir cuando nos indica que la *fondue* de queso y las dos cervezas, que le acabamos de pedir, estarán listas enseguida.

Hago un pequeño baile de celebración.

—Cerveza, queso y buena compañía. Y tú tampoco estás mal, supongo —bromeo mirando a Liam.

Él me da una pequeña patadita por debajo de la mesa redonda, pero los dos nos callamos en cuanto nos sacan la comida. He sido previsora y, pensando en que Liam me iba a regalar una cena, apenas he comido en Winter Wonderland, por lo que noto el vacío en el estómago tan pronto como huelo el pan y, sobre todo, el queso caliente.

Durante unos minutos, cuando ya nos han dado intimidad, lo único que se oye en el iglú es el sonido que hacemos al engullir. Y entonces pienso en que debería estar disfrutando más de la experiencia, aunque la comida sea también muy buena, y levanto la pinta de cerveza que ya he empezado.

Liam me imita, después de limpiarse la comisura de los labios con la servilleta de tela que nos han dado.

—Por nosotros —digo.

—Por ti —me corrige él.

Niego despacio y choco los vasos. La cerveza sabe ahora mejor, igual que la *fondue*. Es como si me faltara esto para hacerlo todo redondo.

—Me siento como una estrella —confieso con un pedazo de pan untado en queso goteando al extremo del largo pincho.

—Sophie —Liam me agarra la muñeca con delicadeza—, empieza a creerte que mereces esto y más. Todo lo que puedas.

Me mira con una intensidad que hace que me sonroje. A estas alturas, yo, con Liam, como si no lo conociera de nada y esta fuera nuestra primera cita. Aunque, a efectos prácticos, así es.

Comienza a nevar mientras acabamos la cena, con una mano entrelazada por encima de la mesa. Los copos blancos resbalan por las paredes del iglú y caen sobre el río en un manto blanco que mañana se convertirá en hielo. Miro hacia arriba, cómo en la cúspide

se amontona un poco de nieve y lo extraña que es la sensación de no sentirla realmente sobre la piel pero tenerla a mi alrededor.

Es un momento mágico.

Cuando bajo la mirada para decirle a Liam que mire, me encuentro con un pequeño pastel, apenas de dos raciones, que tiene encima una vela a estrenar.

—Por lo que sea, no puedo encenderla con fuego —se excusa Liam.

—Por lo que sea.

—Así que he pensado en algo.

Y cuando creo que no podría sorprenderme más, por supuesto que lo hace: de un bolsillo de la americana, Liam saca una pequeña llama roja tejida. Es tan minúscula que apenas son unos cuantos puntos, pero la forma puntiaguda, junto a cómo la pone en la vela, no dejan lugar a dudas.

Lo miro.

—¿Quieres que sople?

—Claro, es tu cumpleaños. Tienes que pedir un deseo.

Me muerdo las mejillas por dentro, feliz y nerviosa sin razón, y cierro los ojos para seguirle el juego. Pero cómo le digo que mi deseo es esto: estar con él en nuestro espacio, oírlo hablar de las cosas que más le gustan, ver como su rostro se arruga un poco más cada año que pasamos uno al lado del otro.

Soplo despacito y Liam deja caer la llama de lana antes de aplaudir.

No sabe que no he pedido nada, que nunca pido nada porque todos los cumpleaños me siento la persona más afortunada del mundo.

Me deslizo por el asiento, hasta quedar a su lado, y parto el pastel por la mitad.

—Imagina que ahora nos quedamos encerrados; que la barca se congela y tenemos que pasar aquí la noche, hasta que deshiele —sugiero.

—No hay persona con la que me gustaría más quedarme encerrado que contigo —responde Liam.

Le tiendo su mitad y los dos volvemos a hacer una especie de brindis con el postre.

Por alguna razón, no puedo dejar de mirarlo a los ojos. Ni siquiera para dar el bocado que me corresponde de mi propia tarta de cumpleaños.

—¿Incluso con mi mal humor cuando tengo sueño? —susurro, muy bajito, como si fuera un hechizo.

Liam deja escapar una risa entre dientes.

—Especialmente, con tu mal humor cuando tienes sueño. —Alza las cejas y se come su porción del pastel, y lo imito—. Te quiero.

Y a pesar de que me lo ha dicho ya antes, de que no se esconde cuando le apetece decírmelo, de que se lo he oído decir hasta tatuármelo en la mente, esta vez suena diferente.

Sonrío y rozo su nariz con la mía un segundo. Un beso de esquimal.

—Yo también te quiero, Li.

El beso de verdad, el de las películas, viene después y sabe dulce y esperanzador. Puede que nunca tengamos el dinero para un apartamento en Canary Wharf, pero me vale con imaginarlo si es con él en el futuro.

Y nunca me he imaginado un futuro en el que Liam no esté presente, así que brindo por mi primer cuarto de siglo y todos los que vendrán.

Ese es mi deseo.

Capítulo 27

Nuestra canción



—¡Feliz cumpleaños, Taylor Swift! —digo tirándome en la cama.

Ocho horas por delante, a las dos de la mañana, Jordan jalea bajito para que sus padres no la oigan. En la pantalla, además de su cara, está la película del Eras Tour, nuestra elección desde hace dos años para celebrar un día como hoy.

Y pensar que, de haber nacido menos de veinticuatro horas más tarde, podría haber compartido cumpleaños con la reina...

—Venga, ¿tienes ya la Coca-Cola y las palomitas? —Enseño mis víveres por la pantalla y Jordan hace lo mismo, asintiendo en aprobación—. ¿Y Liam?

—Lo he dejado viendo *Los Bridgerton* mientras teje. Me ha dicho que ya me avisará cuando pueda volver al salón.

—Estupendo, pues dale cuando estés.

Gracias a una aplicación, las dos podemos ver lo mismo a la vez. Ha sido muy útil durante estos meses separadas, pero sobre todo hoy, 13 de diciembre, que es nuestra festividad extraoficial favorita.

Empezó cuando Jordan y yo fuimos a ver la película de los Jonas Brothers: *Jonas Brothers, The 3D Concert Experience*, que era..., bueno, un concierto de los Jonas Brothers. Teníamos nueve años y

Jordan me compró con una tableta de chocolate para que la acompañara. En un momento de la actuación, una chica rubia salió al escenario y empezó a cantar. Mi mejor amiga y yo abrimos la boca, alucinadas por lo guapa que era, por lo estilosa que nos parecía (recalco que teníamos nueve años) y por la voz que se gastaba. Yo quería su pelo, Jordan la quería a ella y ambas nos hicimos fans de Taylor Swift con «Should've Said No».

Eso fue una espiral. Para Jordan supuso entrar en el fascinante mundo de las *boybands* y el pop más bailable y para mí, admirarla un poco en secreto porque mis padres, y sobre todo Donovan, escuchaban otro tipo de música y me daba vergüenza.

Cuando descubrimos que Taylor Swift cumplía años un día después de mí, decidimos celebrar el nacimiento de ambas con una maratón de sus videoclips, primero, y sus documentales, después. De eso hace ya quince 13 de diciembre y ahora, con varios conciertos a las espaldas, yo revivo lo que fue el Eras Tour en Londres y Jordan, lo que pudo haber sido si no le hubieran jodido el plan en el trabajo.

—Sigo sin poder creerme que quitara «The 1» del *setlist* —mascullo con un puñado de palomitas en la mano—. Fui robada.

Jordan me fulmina con la mirada.

—¿Hablamos de a quién robaron más de las dos, bonita?

—Vale —accedo con una risita—. Lo siento. Pero que conste que Liam grabó todo el concierto para ti.

—Ya, pero para verlo en una pantalla de móvil ya tengo TikTok, no sé si me entiendes —gruñe.

Todavía sigue agraviada y la comprendo. Las entradas estaban carísimas y conseguimos las nuestras de pura suerte y tan lejos que incluso con el zoom, y las buenas intenciones de Liam, los vídeos son una porquería.

Los cánticos empiezan, después de la introducción que nos aprendimos primero por tiktoks movidos y, después, por verlo en la pantalla grande. Sé que hoy Jordan no puede hablar muy alto, no como el año pasado, cuando nos desgañitamos mientras Liam nos servía bebidas y comida tan pronto como se terminaban.

Jordan tararea la introducción al concierto en un susurro, moviendo la cabeza.

Extiendo la mano y la pongo en la pantalla; en cuanto ve lo que pretendo, me imita y ambas sonreímos. Taylor Swift sale al escenario, como si de una flor que se abre se tratara, y yo chillo por las dos «Miss Americana and The Heartbreak Prince», mientras ella hace *playback* con la mayor de las pasiones.

Da igual el tiempo que pase: disfrutar de estas experiencias con mi mejor amiga siempre va a ser como la primera vez. Como si no hubiera visto este espectáculo en vivo, o no me supiera el *setlist* del concierto que grabaron de memoria.

Nos pegamos las tres primeras canciones atentas a la pantalla, reviviendo los 13 de diciembre juntas, y, para cuando Miss Swift coge la guitarra, Jordan me mira.

—¿Qué tal fue lo de los iglús?

Lanzo una palomita a la pantalla, lo que hace que mi mejor amiga se ría al otro lado del planeta.

—Lo sabías —acuso.

—Pues claro que lo sabía. Liam no da un paso contigo sin consultarlo conmigo antes —gruñe, pero no se la ve afectada en absoluto. Parece que hasta le hace gracia—. No hay nada en vuestra relación que no sepa, porque los dos cantáis siempre como pajaritos.

Lejos de ofenderme, me parece adorable. Parecemos dos quinceañeros que no saben relacionarse con otra persona y necesitan de la validación externa para seguir adelante.

—Fue perfecto —resumo.

Me parece una coincidencia preciosa que justo esté sonando «Lover» mientras relato a Jordan una de las mejores noches de mi vida, punto por punto. Desde lo que llevábamos cada uno a los planes de futuro a bordo de una barcaza. Desde el paseo, hasta la cena, hasta la velita, hasta cuando llegamos a casa, un poco borrachos por las cervezas y el cansancio, y nos dormimos abrazados en la cama.

No me da vergüenza compartir estos detalles con Jordan porque lo sabe todo de mí y, además, me encanta que me corte de vez en cuando, en momentos en los que comento las mil formas en que se lo habría agradecido todo a Liam, porque no quiere imaginárselo de esa manera.

Nos reímos, comentamos lo guapísima que está Taylor con el vestido de «Evermore», hablamos de ella en Australia, aunque de puntillas y no por mí. Es como si Jordan no quisiera entrar en detalles porque Australia es otro mundo y, ahora, nosotras estamos en Londres, en un sofá desvencijado, compartiendo espacio con un chico y un gato pelirrojos.

Termino las palomitas, también la Coca-Cola. Ambas estamos medio tumbadas en nuestras respectivas camas para cuando las canciones más movidas de todo el concierto hacen bailar al SoFi Stadium.

—¿Qué tal con Dawn? —me atrevo a preguntar directamente.

Miro a Jordan de reojo, que se encoge de hombros, con los ojos fijos en la pantalla.

—Bien.

Y no elabora más.

Una parte de mí quiere dejarlo correr por el miedo a lo que me pueda decir, pero la otra no puede dejarlo pasar. Ese «bien» puede

esconder un «ha salido mal» o un «ha salido bien», y en ambos casos sigo siendo Sophie, su mejor amiga.

Por eso, ignoro la punzada en el pecho e insisto.

—¿Solo «bien»?

Y Jordan suspira y se pasa una mano por la cara. Yo me incorporo ligeramente, sobre el codo, en alerta. Empiezo a preocuparme cuando no responde hasta después del final de «Bad Blood» y el cambio de vestuario para las canciones sorpresa.

Pero cuando lo hace...

—Estamos saliendo.

Suenan las primeras notas de «Our Song» y me recorre un escalofrío.

Jordan se muerde el labio y me mira, como con miedo a mi reacción.

Es como un mazazo que me cuesta gestionar, pero que me tomo mejor de lo que esperaba, quizá porque ya había dado por supuesto que acabaría pasando. Asiento despacio y me siento en la cama.

—Me alegro —digo genuinamente—. ¿Tú estás... feliz?

—Mucho, la verdad —suelta Jordan.

Suspira y sé que acaba de quitarse un peso de encima, aunque esté nerviosa. Al final, las dos sabemos lo que significa esto, ¿no? Aunque no lo digamos, el mensaje es el mismo que me dio Jack: no va a volver. Jordan se ha labrado una vida en Perth, ha conocido a una persona maravillosa, tanto que es la única con la que se ha planteado tener una relación seria en veinticinco años, y nadie en su sano juicio querría renunciar a ello.

Abro la boca para decir algo, lo que sea, pero Jordan se me adelanta y lo agradezco, porque el nudo de la garganta dudo que dejara que emitiera algún sonido coherente.

—Siempre vas a ser mi persona, Sophie.

Yo asiento y encojo un hombro.

—Y tú la mía, Jor.

Nuestras voces están húmedas, pero las dos mantenemos la compostura, al menos, mientras una de nuestras canciones de la infancia nos recuerda todo lo que hemos vivido juntas.

—Pase lo que pase —asegura, con la cara cerca de la cámara, como si eso la acercara un poco más a Londres—. Dawn es muy especial y no me había sentido así con nadie. Es... mágico —admite con una sonrisa feliz—. Pero tú eres tú. Tú siempre vas a estar ahí.

La entiendo, porque me pasa lo mismo con Liam. Sorbo por la nariz y dejo escapar una risita nerviosa, pero no por la situación, sino por la conversación.

Extrañamente, y como cuando lo hablé con mi primo, siento cierta paz al saber qué va a ser de su vida. Al tener la certeza de que es feliz y, sobre todo, que la culpa no es mía. Que yo no la he empujado a querer encontrarse en otro huso horario, sino que era parte de su destino.

Yo no creo mucho en esas cosas, pero Jordan sí. Ella ha pasado por todos los estados posibles del espíritu y es fiel seguidora del horóscopo o de la creencia de que todos tenemos un camino marcado.

—Jordan, yo...

Mi amiga alza la mano para cortarme y mira por encima del ordenador. La voz amortiguada de su padre le pide que, por favor, deje la conversación para otro momento porque los está despertando todo el rato. Ella asiente y respira hondo antes de volver a dirigirse a mí.

Todavía se ve la luz del pasillo, así que sé que su padre está a la espera de ver que le hace caso.

—Soph, lo siento, tengo que colgar.

—No pasa nada, no te preocupes —le aseguro.

—Pero... hablaremos, ¿vale?

Sé que no se refiere a nuestras conversaciones de diario, así que asiento y ella se disculpa de nuevo antes de dejarme sola en un estadio lleno de fans congelados en el tiempo.

Me tumbo en el colchón, mirando al techo. Los primeros acordes de un piano me envuelven y yo cierro los ojos, sintiendo otra vez ese vacío que no sé catalogar.

¿Cómo se llama al sentimiento de cuando estás feliz por tu mejor amiga y, a la vez, es como si te faltara una parte importante de tu vida?

La melodía de «You’re on Your Own, Kid» me arranca una sonrisa triste.

Como siempre, Taylor Swift tiene una canción para eso, así que dejo que me meza con ella.

Capítulo 28

Un brindis por la vida



Dicen que la rutina mata la creatividad; yo pienso que lo que mata es todo, y después de la conversación (o la falta de ella) con Jordan, matar todo lo que me devuelva a la espiral es lo que necesito.

Voy de casa al trabajo y del trabajo a casa, con turnos extra por ser Navidad y necesitar el dinero para poder vivir en nuestro piso. Entre medias, Liam y yo nos damos ánimos, nos hacemos la comida y la cena y, en definitiva, continuamos con nuestra nueva rutina hasta ahora.

El estrés hace que se olvide de la funda de las lentillas más a menudo que antes y, como pago por llevar siempre una de repuesto, yo pido un extra de caricias para hacerme sentir bien.

Porque, sí, el agobio de las compras de última hora para Navidad, en Hamleys, hace que apenas tenga tiempo de respirar, pero eso no quita que cada casilla del calendario que tacho sea un día más que pasa con conversaciones a medio gas con Jordan. Estamos como siempre, al menos sobre el papel, pero las dos hemos optado por dar un paso hacia atrás hasta poder hablar en condiciones.

Se nota. Liam no dice nada porque en el chat grupal apenas hay diferencia (Jordan tampoco para entre el restaurante y su familia, y

el huso horario hace el resto) e imagino que no quiere sacarme el tema, aunque lo he pillado echando un vistazo por encima de mi hombro cuando contesto a Jordan.

Se lo agradezco porque es algo que he de sobrellevar sola, pero debo hacer las paces de forma definitiva y no tener esos momentos de angustia en los que paso de la tristeza al resentimiento sin ningún motivo.

De todos modos, he cerrado la puerta de la habitación de Jordan porque no quiero flaquear y allí hay siete años de recuerdos. Las palabras de Jack cuando le conté esto por mensaje fueron: «Sophie, no se ha muerto», pero no se da cuenta de que, de alguna manera, sí se ha muerto una parte de nuestra relación. Para dejar paso a otra, claro, pero sigue siendo incómodo hasta que me acostumbre al cambio.



—Sophie —dice Nora un día, en nuestro descanso de la comida; hoy nos ha tocado a la vez, pero estamos tan cansadas que apenas hemos hablado en la primera media hora—, ¿al final te han dicho algo Lisa y Anika de lo de la fiesta?

Hamleys monta una todos los años por Navidad. Invita a los trabajadores de todas sus sucursales a bebida y comida, y podemos llevar a una persona cada uno. Normalmente yo siempre he llevado a Liam y Jordan a alguna de sus ligues, pero este año Nora sugirió usar las invitaciones de todos para que vinieran también Lisa y Anika, y a los demás nos pareció bien.

Asiento, dando vueltas a las verduras que hemos cocinado esta mañana a las prisas.

—Sí, acudirán directamente.

—¡Genial! —exclama Nora. Ella ya se ha terminado su sándwich—. Me caen genial. Cody y Ani juegan muchas noches juntos *online*.

Alzo las cejas. No sabía que a Cody le gustaban los videojuegos, aunque lo cierto es que no me molesté demasiado en conocerlo. Noto una pequeña punzada de culpabilidad.

—¿Sí? Cuidado, Nora. Aunque estéis juntos, no dejes que te robe internet para jugar a... *lo-que-sea*.

Ella se ríe y hace un gesto con la mano.

—Juegan al *LoL*.

Abro mucho la boca, sorprendida, y Nora asiente, comprendiendo al momento lo que estoy pensando.

—No les pega nada —confieso—. Al menos, a Anika.

—Oye, que Cody no es un niño rata —lo defiende entre risas.

—Es un hombre, Nora. Un hombre que juega al *League of Legends*.

Chasquea la lengua y echa un vistazo a su reloj. Con un movimiento de cabeza, me indica que es hora de que volvamos a nuestro infierno particular.

Ya debe de ser malo si Nora está al límite de aguantar a niños.

Ya debemos de estar necesitadas de dinero para, aun así, seguir viniendo día a día.



Si hay algo positivo que se pueda decir de trabajar en Hamleys, además de los descuentos de empleado que tenemos, es que saben cómo montar una fiesta.

A cuatro días de Nochebuena, nos han reunido en un espacio en el corazón de Camden y nos han dado música *mainstream* y dos palmaditas en la espalda.

—¡La comida es mejor que la del año pasado! —grita Cody, para que lo oigamos por encima del ruido. Tiene un montón de minihamburguesas en un plato que coloca en el centro de la pequeña mesa alta que nos hemos agenciado—. Pero la bebida...

Los demás asentimos. A los organizadores se les ha ocurrido poner nombres raros a cócteles muy básicos, y pedir una simple cerveza ha sido toda una odisea. Aun así, hemos conseguido hacernos con unos botellines y los estamos apurando al máximo para no repetir la experiencia. De todas formas, a todos nos toca pringar mañana, y si hay algo peor que trabajar en Navidades es, definitivamente, trabajar en Navidades con resaca.

—Oye, Soph, me encanta ese jersey —me dice Lisa acercándose a mi oído para no tener que alzar demasiado la voz.

Que justo ella halague mi ropa, aunque suene estúpido, me produce una satisfacción que hace que conteste al momento.

—Gracias, me lo regaló mi hermano hace dos años. Creo que es de Zara.

Lisa se ríe y me da un golpecito en el hombro con confianza.

—¿Te has dado cuenta de que las tías siempre sentimos la necesidad de dar detalles de lo que llevamos cuando alguien nos piropea?

Asiento. Es verdad. Incluso yo, que no soy precisamente un icono de la moda, salto con las especificaciones de cada prenda. Seguro que hay una explicación sociológica detrás, pero me gusta pensar que es porque no podemos resistirnos a que otras mujeres encuentren gangas si está en nuestra mano.

Toco con un dedo la boina que Lisa no se ha quitado ni en el interior de la nave, y hago un gesto con la cabeza.

—Tú vas muy francesa.

—¿Te gusta? —pregunta contenta. Creo que estaba esperando a que alguien se diera cuenta de su esfuerzo, a pesar de que siempre va como salida de las páginas de una revista—. La compré en una tienda de segunda mano. Es mágica.

Arqueo las cejas.

—¿Mágica?

Anika, que a pesar de estar hablando con Liam ha oído la respuesta de su novia, echa la cabeza hacia atrás e interviene.

—Es un cuento que se inventó la dependienta para que la comprara.

—No es verdad —rebate Lisa—. Bueno, es cierto que todavía no le ha crecido la visera para darme la sombra prometida...

—Lisa, estamos en medio del invierno —aporta Liam con las cejas arqueadas.

—... pero yo creo en estas cosas. A lo mejor solo es un poco tímida. La dependienta me dijo que quizá tardaba en coger confianza conmigo y desplegar sus poderes.

Miro a Anika y Liam, que se encogen de hombros, desentendiéndose de lo que acaba de decir la chica, y asiento lentamente.

—Vale. —Arrastro las vocales, escéptica—. ¿Has bebido mucho?

—¡Sophie! —Lisa me da otro golpe en el brazo, esta vez más fuerte, y niega con la cabeza—. No tanto, un par de cervezas.

—Cariño, deberías comer algo —sugiere Anika tendiéndole una hamburguesa enana.

—La moraleja de la historia —sigue hablando Lisa, aunque ahora entre masticaciones— es que comprar de segunda mano es muy

buena opción. Un día vamos juntas, ¿vale? Seguro que a Nora también le apetece. Nora...

Niego con la cabeza y doy un trago a mi cerveza, con una sonrisa en los labios. La última fiesta a la que fui fue muy diferente a esta y, a la vez, bastante parecida. También estaba bebiendo con el «adiós» de Jordan en la cabeza, pero entonces creía que mi mundo iba a terminar y hoy veo que solo estaba comenzando.

En estos dos meses desde que Jordan se fue a Australia, he hecho amigos (cosa que ni contemplaba por aquel entonces) y me han enseñado, cada uno a su manera, que no estoy sola por mucho que me empeñara en reducir mi vida a las cuatro personas que sabía que no me iban a fallar. También he aprendido que parte del lujo de vivir es, precisamente, arriesgarte; a confiar en la gente, a abrirte, a querer.

Liam brilla bajo las luces de colores, enfrascado de nuevo en su conversación con Anika.

En estos dos meses desde que Jordan se fue a Australia, he aceptado que llevo mucho tiempo (quizá demasiado) enamorada de mi mejor amigo, y que besarlo, y acariciarlo, y poder imaginar un futuro juntos en el que somos algo más, es la mejor sensación del mundo.

Quién le iba a decir a la Sophie de hace dos meses, esa que estaba emborrachándose en un local viejo de Hammersmith porque Jordan se iba y Liam miraba de más a Lisa, que hoy estaría feliz y querría, por primera vez en años, que llegara la Navidad para poder pasar un día encerrada en casa viendo películas nav...

Bueno, igual eso ya es pasarse.

—¿Estás bien? —me pregunta Liam con una sonrisa.

Está guapísimo. No. *Es* guapísimo.

Asiento con la cabeza y lo atraigo hacia mí para besarlo. Como por inercia, él pone una mano en mi cintura y me acaricia con el pulgar.

Unos vítores hacen que nos separemos. Estoy a punto de mandar a la mierda a Cody, cuando veo que no son para nosotros, sino que el chico está señalando a una pareja que anda liándose en una esquina. Parecen dos chicas y una de ellas tiene el pelo decolorado de blanco.

Hago un escaneo rápido de la mesa que me confirma que, sí, que se trata de Cassandra.

—¡¡¡Vamos, hermanita!!!

—Cody, déjala, pobre. —Nora se ríe.

—¡¡¡Folla mucho y no vengas a casa, que estaré con mi novia!!!

—¡¡¡Cody!!!

Todos nos reímos cuando Nora se pone roja hasta la raíz del pelo y Cody la agarra para besarla. También jaleamos, aunque de manera más discreta, a Cassandra, hasta que ella misma nos enseña el dedo y le damos toda la privacidad que podemos en una nave llena de gente.

Cuando Anika y Liam vuelven con una nueva ronda de cervezas, que solo les ha llevado la friolera de veinticinco minutos conseguir, Lisa alza su botellín y nos mira. Casi espero que proponga brindar por su boina mágica o incluso por que la única soltera del grupo hoy no está sola, pero no es eso lo que ocurre.

—Por Liam —dice, en cambio, mirándolo con una sonrisa—. Estoy muy orgullosa de lo que has conseguido.

Frunzo el ceño, perdida, y a juzgar por el silencio que sigue al brindis no soy la única. Miro a Liam, curiosa.

—¿Y eso?

Pero el aludido solo boquea y niega con la cabeza, sin saber muy bien qué decir.

Entonces Lisa me responde:

—¡Por declararse, claro! Me hace muy feliz que estéis juntos.

Supongo que el alcohol le ha sentado peor de lo que ella misma piensa si está divagando de esta forma, así que decido seguirle el rollo y choco su botellín. Los demás me siguen y en cuestión de segundos ya estamos brindando porque Anika consiguió el otro día una *pentakill* (sea lo que sea eso), porque Cody se ha hecho él mismo la comida toda la semana y porque Nora el otro día mandó a un cliente a la mierda.

Con este último brindis, me recreo más que con los anteriores.

Todavía riendo, me apoyo en Liam y me doy cuenta de que parece algo triste y cansado. Supongo que estar con el grupo le recuerda también a Jordan, como a mí. No le he preguntado cómo lo lleva porque yo misma no quiero hablar de ello, no todavía, y pienso en que estoy siendo una egoísta al respecto. Al fin y al cabo, Jordan también es la mejor amiga de Liam.

—¿Estás bien? —tanteo.

Su cara cambia al momento y me sonríe al tiempo que asiente, pero es un gesto que no le llega a los ojos.

—Sí, solo cansado. —Suspira. Él no tiene ni un día libre hasta el 25 por los que se coge para ir a Irlanda—. Pero aguanto, ¿eh?

—Claro que sí, abuelo.

—Oye —se queja, pero puedo ver que la tristeza desaparece un poco de su mirada.

Señalo a Lisa con el botellín ya casi vacío.

—¿Crees que está bien?

Liam respira hondo y me abraza por detrás, apoyando la barbilla en mi hombro.

—Claro, solo se pone un poco intensa cuando bebe.

—Así que por eso estás saliendo conmigo —lo pico torciendo la sonrisa. Él arquea las cejas, perdido—: porque somos iguales cuando nos emborrachamos —aclaro.

Niega con la cabeza y me da un beso en la base del cuello que me provoca un escalofrío demasiado agradable.

—Qué pesada eres con Lisa —gruñe—. No es mi tipo.

—Ah, ¿no? ¿Y cuál es tu tipo?

—Rubias de pelo largo, ojos azules, que les guste la fotografía...

—Te avisaré si encuentro una —susurro riendo.

—Vale. Y de paso le dices que la quiero.

—¿Sí? —Echo la cabeza hacia atrás—. ¿Cuánto la quieres?

Liam me roza la nariz con la suya y está tan cerca que todo lo demás se desdibuja y solo puedo ver el azul claro de sus ojos.

Su aliento me acaricia la cara cuando responde.

—Mucho más de lo que vale un apartamento con cuatro habitaciones en Canary Wharf.

Acto seguido, me pierdo en nuestro futuro.

Capítulo 29

En casa



Son las cinco de la tarde cuando, el día de Nochebuena, llego a casa exhausta, harta y con ganas de morirme.

Como Londres se paraliza a partir de las seis, hemos cerrado la juguetería a las cuatro, lo que ha hecho que a las tres ya tuviéramos clientes quejándose porque, y cito textualmente, «Mi sobrino Timmy se va a quedar sin regalo por vuestras pocas ganas de trabajar». Por desgracia, me pagan para aguantar a imbéciles así, por lo que solo he podido esbozar una sonrisa y murmurar varias disculpas que ni sentía, ni siento, ni sentiré.

Romeo se restriega contra mí, estirando la cola a su paso entre mis piernas, cuando pongo la tetera a hervir para hacer un té para Liam. No preparo la cafetera porque si tomo cafeína es posible que salga disparada por el techo.

Respiro hondo y trato de relajarme un poco, con el sonido del agua hirviendo de fondo. Ya tengo experiencia en esto (y tampoco es mi primera Nochebuena de cara al público, ya puestos), pero nunca resulta sencillo. Desde que Liam y yo hemos salido de casa, el mundo se ha empeñado en ponernos la zancadilla: metros llenos que hemos tenido que dejar pasar, gente que no se ducha, ruido de

sirenas porque alguien se ha caído en medio de Oxford Street y tenía que venir una ambulancia... Horroroso.

Pero ya estoy en casa. Hasta el viernes a las ocho de la mañana, lo máximo que puedo salir es hasta donde aguanten mis piernas. Un día y medio sin comunicaciones y, por ende, sin obligaciones más allá de existir.

El silbido de la tetera me rompe los nervios y doy un respingo. Sigo ansiosa por el trajín del trabajo y Liam va a tardar un poco en llegar porque pasará por Tesco a por nuestra cena de hoy.

Inevitablemente, vuelvo a caer en la espiral de todos los años: Donovan pasará la noche con nuestra familia y yo, no. Aunque mis padres me la sudan, o eso digo siempre, no me gusta sentirme relegada, ser la oveja negra, la que sobraba. Por lo general, Liam y Jordan se encargan de quitarme esas ideas de la cabeza recordándome que ellos son mi familia a base de tradiciones que hemos forjado con el paso de los años, pero hoy falta la segunda, y eso solo le da más razones a mi mente para seguir dando vueltas.

Cojo aire por la boca y saco la taza favorita de Liam porque pienso que concentrarme en algo tan automático como preparar un té me ayudará a tranquilizarme. Sin embargo, para cuando oigo la puerta, y el familiar tintineo de las llaves, sigo igual de agitada.

—He cogido lo que he podido. Estaba casi todo vac... ¿Estás bien? —se interrumpe Liam.

Debo de tener un aspecto horrible, porque me mira preocupado y se acerca a mí en dos zancadas. No me toca porque sabe leer cuándo necesito espacio, incluso con él.

—Perdona, me he agobiado en el trabajo —me excuso. Respiro hondo otra vez y esbozo una sonrisa que me tira de forma poco natural de las comisuras—. ¿Qué has conseguido, al final?

No cuela. Liam deja la bolsa detrás de mí y me obliga a mirarlo. Tiene los ojos un poco rojos, pero sé que es de llevar las lentillas durante todo el día y en sitios con la calefacción alta, y no por llorar. No sé cómo estarán los míos, pero supongo que no mucho mejor, porque, aunque no haya derramado ni una lágrima, no me han faltado las ganas. Por una o por otra razón.

—Sophie, sabes que puedes llorar, ¿no? —dice con suavidad; me acaricia la mejilla y yo asiento de manera automática—, que no tienes que fingir conmigo.

Suena un poco dolido; supongo que, aunque crea que puedo engañarlo, nunca voy a hacerlo. Siempre sabrá ver a través de mí, incluso las cosas que ni yo misma sé que experimento. Así que le concedo mi vulnerabilidad y suspiro, dejando caer la cabeza en señal de derrota.

Al momento, noto el sabor salado de las lágrimas en los labios, aunque no soy consciente de que hayan empezado a caer.

Liam me conduce al sofá y me abraza. Y es contra su pecho, en mi lugar seguro, donde me abro en canal por primera vez desde que le confesara mis miedos y dudas con respecto a él hace lo que parece una eternidad.

—Estoy bien, pero me encuentro un poco mal. —Liam tiene la delicadeza de no señalar que lo que digo es contradictorio. Tan solo me acaricia el pelo y me insta a seguir. No sé por qué me cuesta tanto poner en palabras lo que en mi mente suena como un discurso coherente—. He aceptado que no va a volver, ¿sabes? Jordan. Y estoy contenta, de verdad, estoy muy feliz por ella —aseguro, como si necesitara que viera que no soy tan mala persona como me siento —. Pero la echo de menos. La echo muchísimo de menos.

Mi cabeza sube y baja al ritmo de la respiración de Liam. Oigo como su corazón late con tranquilidad; un tambor que, en lugar de

guerra, lo que anuncia es la paz.

—Y me siento mal por echarla de menos, no sé —añado con la voz líquida.

—¿Por qué? —pregunta con suavidad.

—Porque siento... siento que echarla de menos es egoísta; que le estoy cortando las alas.

Liam se toma unos instantes antes de hablar y cuando lo hace su voz resuena en su pecho y hace que aterrice un poco; que me centre en el aquí y ahora: en él y en mí, en Romeo maullando porque quiere atención, en las Navidades en que he probado cosas nuevas.

—No es egoísta, Soph. La quieres mucho y todos necesitamos tener cerca a la gente que queremos —explica—. A veces no es posible, pero la necesidad sigue ahí y es normal. Es humana.

Lo miro y sorbo por la nariz. Liam me está sonriendo con tanto cariño que creo que no me lo merezco. A él y a sus palabras. Pero asiento, claro. Asiento porque es Nochebuena y porque, a pesar de todo, sus palabras están colándose entre las grietas de mi resistencia a pensar bien de mí en situaciones delicadas.

—Lo siento —musito limpiándome las lágrimas con la manga del jersey que llevo desde esta mañana—. Vaya tela...

Me río bajito, sin ganas, pero él niega con la cabeza y me agarra de la barbilla para poder besarme. Un beso corto, una caricia apenas, pero es suficiente.

—No pidas perdón. Gracias por confiar en mí.

Puedo notar el alivio en su voz al haberme abierto para que me comprenda mejor. Desde ahora, me digo, voy a hacer un esfuerzo mucho más consciente en ser vocal con Liam en relación con mis sentimientos. Si hay una persona que quiere lo mejor para mí, sin duda es él. Y no sé por qué me empeño en negarme el bálsamo de

sus palabras y su cercanía cuando claramente es lo que más me calma.

Respiro hondo y el aire que me llena los pulmones también relaja mi corazón. Las comisuras de los labios siguen sabiéndome saladas, pero al menos es por esas lágrimas que no he conseguido eliminar y no por unas nuevas. Romeo clava las uñas en mis piernas, pidiendo atención, y cuando lo acaricio se sube a mi regazo y observa a Liam, que de repente tiene una bolsa enorme de plástico sobre las rodillas.

Frunzo el ceño.

—¿Y eso?

Él se encoge de hombros y rodea al gato para que pueda cogerla.

—Es mi regalo de Navidad —dice simplemente.

Boqueo, sin mirar todavía en el interior. Es verdad que yo le he comprado una bola de cristal para el árbol, pero... No sé, esto... Esto parece grande y...

—Pero ya me regalaste algo.

—Ya, pero esto es diferente. Míralo —me insta, y puedo notar el nerviosismo y la ansiedad en su voz.

No es una bufanda (es demasiado grande para eso), pero sí algo tejido. Me cuesta sacarlo de la bolsa por lo mucho que abulta, y si no digo nada no es porque no me guste, sino porque no puedo creer que Liam me esté regalando una manta hecha de pequeños cuadrados de colores diferentes. Hay cientos, miles, los suficientes como para taparnos a los dos y llegar hasta el suelo. Esto no es trabajo de unos meses porque yo me pillara un rebote por lo de la bufanda: esto viene de lejos. Y aunque no comprendo bien el significado, puedo apreciar el cariño que hay puesto en el trabajo.

De hecho, yo misma le he visto tejer alguno.

La acaricio. Hay lanas ásperas y otras más suaves, de la misma forma que hay recuadros a los que les faltan puntos y otros que

parecen hechos con regla.

Esbozo una sonrisa, la primera sincera de hoy, y lo miro. Sin darme cuenta, me he llevado la manta al pecho, como si así pudiera calentarme por dentro.

—¿Qué significan?

No pregunto «¿Significan algo?», ni tampoco «¿Por qué tantos cuadrados pequeños?», porque sé de antemano que Liam nunca me regala nada que no haya pensado concienzudamente antes.

Se relaja en cuanto ve la ilusión que me ha hecho volver a tener algo tejido por él. Entonces señala las filas, a veces deteniéndose en un cuadrado en concreto, y dice:

—Son momentos felices a tu lado. —Carraspea—. Cada uno es... No sé, es el color que he asociado al recuerdo.

Abro la boca, impresionada, pero él continúa con la explicación sin darse cuenta de que ya no miro la manta, sino a él.

Me ha regalado nuestra historia como si de las esferas de *Del revés* se tratara.

—Las que son amarillas son de cuando estaba feliz porque tú estuvieras feliz —dice deteniéndose en una que se parece mucho a cómo tejía las primeras bufandas—. Las rosas son por eventos, como cuando fuimos a la Comic-Con y te tocó un autógrafo de Cillian Murphy en ese juego, ¿te acuerdas?

Dejo escapar una carcajada y asiento, centrándome yo también en los diferentes tonos rosados que han visto el paso del tiempo.

—Sí, se quedaron pasmados con que supiera más de *Peaky Blinders* que ellos. Como si no fuera de Birmingham y los tuviéramos hasta en la sopa.

—Y luego el chico me preguntó si era familia de él, por el apellido.

—Y casi le da un infarto cuando le dijiste que sí —recuerdo entre risas—. Se lo tragó de lleno.

Liam sonríe ampliamente y también se ríe.

—Tendría que usar esa baza más a menudo. No creo que mucha gente pueda decir que comparte nacionalidad y apellido con él.

—Además, no saben diferenciar Cork de Dublín.

Él asiente y me mira. Yo ladeo la cabeza.

—¿Cuándo empezaste con esto?

Se muerde el labio y veo un brillo pícaro en sus ojos azules.

—Hace años. Pero quería tener los suficientes recuerdos como para hacer una manta en condiciones.

Entonces vuelve a acariciar los primeros cuadrados, seguramente recordándose en su habitación de Dublín cuando los tejió.

—¿Y por qué me la das ahora?

Liam se encoge de hombros, distraído.

—Supongo que porque es el momento.

Hay algo en su respuesta que me aguijonea la piel. Quizá que no haya dicho un «Porque a partir de ahora todo van a ser momentos felices», o algo así que indique que el futuro solo puede ser brillante si estamos juntos. O quizá sea el hecho de que juntar todos los recuadros le habrá llevado días y sabía de antemano que me la iba a dar hoy.

Sea como sea, no quiero que esas inseguridades manchen también este instante, así que las aparto de un plumazo y me acerco a él para darle un beso. Y también me doy cuenta de que este gesto, hace un año y con Jordan aquí, habría sido inimaginable. Supongo que, a pesar de todo, salgo a ganar.

—Me encanta, muchísimas gracias.

—De nada —susurra Liam haciéndome cosquillas con su aliento.

Romeo se ha escabullido en cuanto he hecho el movimiento brusco, por lo que muevo sin miedo la manta hasta hacerme un burrito con ella.

—Al lado de esto, mi regalo es una mierda.

Liam niega con la cabeza y me asegura que no será así. Es más, cuando le tiendo la cajita de raso, que tenía escondida para dársela mañana, puedo ver que la ilusión de su cara es genuina. Mira los colores y las formas pintadas y, aunque él también coincide en que ponerla en el árbol con Romeo por casa sería un suicidio, me promete que la colgará de algún sitio alto incluso cuando no sea Navidad.

Sé que lo dice en serio. Tan en serio que sale corriendo hacia su habitación y yo lo sigo, con la manta arrastrando tras de mí como la cola de un vestido desigual de lana, para ver como aprovecha un gancho libre de la pared para colocarla.

—Rompedor —admito entre risas.

Liam me sonríe y pasa a mi lado para salir, no sin antes darme un beso en el pelo.

—¿Te pones cómoda mientras hago las pizzas?

—¿Y luego vemos alguno de los...?

—¿... capítulos de Navidad de *Doctor Who* como siempre? —decimos a la vez.

—Sí —añade él—. Tenemos que prepararnos para el de mañana.

Esta es una de esas tradiciones que instauramos con Jordan. Sin embargo, su ausencia no duele tanto ahora. Será la manta que me arropa, llena de buenos recuerdos en los que me he sentido tan feliz que otra persona ha querido plasmarlos en lana, o será que ver nuestra serie favorita hace que la sienta aquí con nosotros.

Sea como sea, cuando un rato más tarde Liam y yo nos acurrucamos en el sofá (Romeo de por medio y pastillas para la alergia mediante), todo el agobio de antes se ha desvanecido y ha dado paso a esa sensación que siempre aparece cuando llegan estas

horas de la Nochebuena: la sensación de que estoy donde tengo que estar.

Estoy en casa.

Capítulo 30

Luces de vida



El inconfundible acento cerrado irlandés me despierta el día de Navidad. No es Liam susurrándome cosas bonitas al oído (aunque eso lo hace a menudo), sino su familia a través del ordenador. Está en el salón, pero parece que haya hecho la videollamada en la habitación: los días como hoy se reúnen todos los Murphy y la casa de sus padres se convierte en el lugar en que convergen varias generaciones.

Lo sé porque yo también he estado ahí.

Después de desperezarme y ponerme una sudadera, salgo con él. Su brazo se estira de forma instintiva para acercarme cuando nota mi presencia, pero no me hace falta. Con toda la confianza que solo un buen Murphy puede insuflar, aparezco en el campo de visión de la cámara y se produce un poco de revuelo en Dublín.

—¡Sophie, cariño! —exclama Donna, su madre—. Feliz Navidad.

—¡Feliz Navidad! —correspondo con una gran sonrisa—. ¿Qué tal se están dando las fiestas?

—Ay, cariño, bien, pero ya sabes todo el trabajo que es esto. Espera un segundo. ¡Ed! —Donna se gira para llamar a alguien y, al

instante siguiente, la afable cara del padre de Liam se materializa a su lado—. Ed, mira, es Sophie.

—Feliz Navidad, Sophie —dice él. Siempre me ha fascinado el modo en que Liam y Callum son versiones más jóvenes de Edward Murphy—. ¿Te veremos este año?

Liam me da un pequeño apretón en la pierna, sin que sus padres se den cuenta, y yo le sonrío.

—No, no. No me he podido pedir los días. —Donna empieza a quejarse del sistema capitalista y de que seamos unos esclavos de nuestros trabajos poco remunerados—. Pero iré pronto de visita.

—Eso espero, cariño. Sobre todo ahora que..., bueno. —Donna esboza una sonrisilla y guiña un ojo a su marido—. Ya era hora, ¿eh, chicos?

—Mamá —protesta Liam, que no había abierto la boca hasta ahora —, por favor.

—¿No puedo estar contenta? Tu padre y yo lo hablábamos el otro día, que estábamos perdiendo la esperanza...

Y empieza a contar como, al parecer, todos los Murphy habían apostado a nuestra costa sobre cuándo empezaríamos a salir..., si es que eso ocurría. Por lo visto, Danielle, la prima pija de Liam, que está a punto de empezar su residencia en cardiología en el hospital más importante de Dublín (por supuesto), es quien más se ha acercado. Dijo que, de darse el caso, Liam se lanzaría en Navidad. Edward asegura que lleva sin callarse desde que tuvieron que darle diez euros por cabeza y pudo comprarse su primer estetoscopio con lo recaudado, lo que dice bastante de la cantidad de personas que conforman la familia.

No sé cuánto tiempo pasamos así, con el portátil de Liam en las rodillas, Romeo intentando subirse al teclado y los Murphy apareciendo y desapareciendo en un desfile de personas infinito,

pero cuando colgamos ya me he acabado el café que me había hecho al poco de levantarme y tengo el corazón un poco más lleno.

—Adoro a tu familia —afirmo, todavía con la sonrisa en los labios.

—Qué suerte que ahora seas parte de ella —me dice Liam, antes de darme un beso.

Me abrazo a su cuerpo para impedir que se levante para ir a la ducha y terminamos hechos un lío de piernas y brazos en el suelo, entre risas. Se nota que los dos estamos mucho más relajados y felices después de hablar con los Murphy, porque no parece que tengamos prisa por hacer absolutamente nada.

Apoyada en su pecho, abro el grupo con Jordan (que ahora se llama «De dragones y mazmones»; estamos en la era de fantasía) y reproduzco el mensaje de voz que nos ha mandado cuando aquí estábamos en el quinto sueño.

—¡Feliz Navidad, mis pequeños traidores! Sé que no me vais a esperar para ver el capítulo de *Doctor Who* en videollamada...

—No —asegura Liam, sin pizca de arrepentimiento.

—... así que me lo voy a descargar y supongo que lo comentaremos en unos días. Espero que, al menos, me deis eso. —Jordan se ríe y oigo como sus padres también nos felicitan de fondo —. Bueno, me voy a la playa, que aquí no estamos a bajo cero y este cuerpo no se pone moreno solo. ¡Sophie, deja poner villancicos a Liam! ¡Liam, no pinches a Sophie si no quiere ponerse el gorro de Papá Noel!

Cuando su voz se apaga, tengo una sonrisa en los labios. Debajo de mí, Liam coge su propio teléfono y escribe un mensaje en respuesta.

> **Abuelo:** Puedes engañarte todo lo que quieras,
> pero sabes que preferirías poder ver el episodio

de *Doctor Who* sin usar
un VPN que ir a la playa.
Abuelo: Feliz Navidad a ti también, Jor.

Yo le mando un *sticker* de Romeo rodeado de corazones y otro de ella misma vestida de elfo, de hace unos años, y bloqueo el móvil.

—¿Estás bien? —pregunta Liam acariciándome el pelo.

Asiento con la cabeza, y soy completamente sincera.

—Se la oía feliz, ¿verdad? —Liam no responde, supongo que porque no sabe si tiene que hacerlo, y yo tampoco espero a que diga nada—. Pues eso es lo que importa.

Y me doy cuenta de que lo digo muy en serio.



Ese 25 de diciembre comemos sopa de letras y tratamos de deletrear palabras, traicionamos a Jordan para ver el episodio especial navideño de este año de *Doctor Who* y leemos un poco del libro de Holly Black que vamos a comentar a finales de año. Permito que Liam ponga villancicos sin quejarme, estreno un conjunto de ropa interior de encaje roja y acabamos en la cama regalándonos un orgasmo.

O dos.

El caso es que, cuando llega la hora de dormir, siento que el día no podría haber ido mejor. Termino de desenredarme el pelo, todavía húmedo de la ducha, y cierro la puerta para que Romeo no se cuele por la noche. Hoy Liam ha estado estornudando más de lo normal porque lo hemos dejado rondar a sus anchas y no quiero que se muera por la noche.

—¿Y esto?

Encima de la almohada, en mi lado del colchón, hay un sobre blanco con mi nombre escrito en el anverso. Reconozco la letra como la de Liam, que tan solo se encoge de hombros.

—Ábrelo.

Niego con la cabeza y suspiro.

—Li, ya me has regalado la manta, esto es pasarse.

—Ábrelo, venga.

Sea lo que sea, Liam ya se ha gastado el dinero, pero tendré que ponerme seria a partir de ahora, porque, si no, siento que yo no llego a cubrir toda su atención. No lo hace a malas, desde luego, pero...

Cojo el sobre y, sin decir nada, lo abro. Soy consciente de cómo me cambia la expresión cuando leo lo que hay en él, incluso sin necesidad de oír la risa de Liam de fondo.

Impresa en una cartulina de color crema hay una invitación que claramente ha sido diseñada con Canva. Reza así:

Lights of life

Exposición del trabajo de la fotógrafa Sophia L. Henderson

18:00 horas en The Clapham North

Y abajo está la dirección del pub donde solía trabajar antes de Hamleys, con Jordan. No me percato de lo que me tiemblan las manos hasta que la imagen de una Nora iluminada por las luces de los jardines de Kew empieza a desdibujarse ante mis ojos. Supongo que es la pieza que han elegido para la invitación y, por tanto...

—¿Esto es real? —pregunto con la voz estrangulada—. ¿Esto es en serio?

Liam asiente y yo me llevo una mano a la boca para evitar los sollozos que amenazan con sacudirme. Me siento sobre el colchón y

niego con la cabeza, hiperventilando.

Siento como los brazos de Liam me rodean, sus labios sobre mi coronilla húmeda.

—¿Cómo...? Yo no...

Ni siquiera soy capaz de elaborar un discurso coherente. Estoy hecha un flan y no sé si es por el hecho de que mis fotografías vayan a estar en una pared que no es la de mi casa, por la exposición en sí o porque alguien se haya tomado las molestias de montarlo todo. Todas las emociones posibles se arremolinan en mi interior y luchan por salir, pero yo solo puedo temblar y temblar, y llorar y llorar.

—Fue cosa de Jordan —murmura Liam—. Se le ocurrió a ella hace meses y yo he tomado el relevo para organizarlos a todos.

—¿A todos?

Liam asiente.

—Anika, Lisa, Cody, Nora y Cassandra.

—¿Cass...? ¿Incluso ella?

—Incluso ella.

Rodeo su torso con los brazos y me refugio en el hueco de su cuello, dejando que me meza mientras me cuenta que Steve, mi antiguo jefe, accedió sin preguntar a que las fotografías estuvieran todo el fin de semana. Que han conseguido colar un pequeño anuncio en la sección de cultura de *The Guardian* (ahogo un grito que no sé si es de pavor o de emoción) y que hace semanas que lo tienen todo impreso y enmarcado, pero que era una sorpresa.

—No os merezco —gimoteo sorbiendo por la nariz—. No te merezco.

Liam me acuna la cara y limpia los restos de lágrimas con los pulgares. Me siento tan querida, tan valorada... No es que me haya faltado amor en estos años, porque si algo puedo decir de mi

pequeña familia encontrada es que siempre me han demostrado lo mucho que me quieren, pero esto es... diferente. De repente hay más personas que han hecho un esfuerzo que para mí es titánico solo por el hecho de verme feliz.

Sigo sin acostumbrarme a ello, a tener nuevas personas tan sumamente valiosas. No sé qué hice en otra vida para merecerlos, pero lo repetiría una y mil veces.

—¿Sabes? Tienes una forma preciosa de ver a los demás —susurra Liam juntando nuestras frentes y sin dejar de acariciarme las mejillas—. A mí siempre me haces sentir especial, y a los demás también, Sophie, es... —Suspira y cierra los ojos un instante—. Sabes captar la esencia de la gente. Ojalá pudieras verte a ti misma como tú me ves a mí a través de la lente.

Para cualquier otra persona, a lo mejor el piropo no tendría tanta importancia, pero para mí es un mundo. Hace años que expreso mejor lo que siento a través de las fotografías que de las palabras, y guardo a buen recaudo todos esos momentos capturados que Liam traduce en cuadraditos de lana.

Siento la garganta seca cuando hablo.

—No te merezco, Liam William Murphy —repito, pero esta vez con toda la convicción que cabe en mí.

—Yo creo que sí —responde él dándome un beso en la nariz—. Créeme, he leído más romántica que tú. De esto sé un rato.

Nuestras risas se entremezclan y bailamos un poco en el borde de los besos que nos damos. Cuando hemos quedado tumbados en el colchón, uno enfrente del otro, extiendo la mano y entierro los dedos en su pelo del color del amanecer.

—Gracias por quererme como soy —digo con voz pequeña, porque no deseo romper el momento entre ambos.

Liam cierra los ojos bajo mis caricias y entrelaza nuestras manos.

—No te vayas nunca de mi lado, por favor.

Lo que se rompe un poco, ahora, es su voz cuando lo ruega. Sin embargo, no hay nada en el mundo que pudiera hacer que me alejara de él, para bien y para mal.

—Nunca —aseguro.

Y sello el pacto con otro beso.

Capítulo 31

Captura el momento y recuérdalo para siempre



Hacía mucho tiempo que no pasaba la noche en vela. Concretamente, desde que tomé la cama de Liam como propia y él comenzó a relajarme hasta el punto de caer en coma hasta que suena el despertador.

Pero esta noche..., esta noche no he pegado ojo dándole vueltas a lo de la exposición: por si las fotos serán lo suficientemente buenas y no ha sido un acto de bondad de mis amigos, por si han escogido las mejores instantáneas y no hay alguna borrosa, por si, por si, por si. A pesar de que Liam me asegura por la mañana que todo está bajo control y que no me preocupe, lo hago y meto en la mochila la ropa y el maquillaje para prepararme en el trabajo y llegar al pub lo antes posible. Que no es que no me fíe, a ver, pero que ha sido todo tan de improviso que me dan ganas de vomitar por la ansiedad.

Aunque ahora entiendo lo de la SD en su mesilla, claro. Maldito Liam.

Por suerte (o desgracia, se mire como se mire), Boxing Day es uno de los días más ajetreados del año en la juguetería. Si en Nochebuena quería morirme, hoy no va a ser menos. La única

diferencia es que dentro de mí, luchando por sobreponerse a los nervios, se encuentra una alegría que cada hora que pasa me parece más complicada de contener.

Como no me cuide, acabaré gritando a alguien, sí, pero el mensaje será que tengo una jodida exposición al sur de Londres y un anuncio en *The Guardian* que lo atestigua.



Es curioso cómo funciona la amistad: si alguien me hubiera dicho hace unas cuantas semanas que tendría a Nora y a Cassandra ayudándome a arreglarme, me habría reído en su cara. Pero aquí estamos, en el vestuario femenino, con la primera dándome los últimos retoques y la segunda esperando apoyada en una taquilla.

—Sin presiones, Sophie, pero Cody me ha dicho que unos colegas de la uni van a pasarse luego —comenta mientras guarda el teléfono en sus vaqueros negros—. Y Anika va a traer a gente de su curro, ¿no, Nora?

Tengo que respirar hondo para que el *eyeliner* no me salga tembloroso, y dejo escapar una especie de gemido ahogado cuando veo que he perdido el pulso.

—Cass... —la amonesta Nora trenzando uno de mis mechones rubios para darme más forma al pelo—. La estás poniendo nerviosa.

—Solo estoy dando buenas noticias —se queja la otra, pero sé que está sonriendo sin necesidad de mirarla.

Les he dado las gracias mil veces, así que dejo pasar la forma que tiene Cassandra de dar buenas noticias para no parecer, de repente, una ingrata. Y sé que ella se aprovecha de eso.

Gruño por lo bajo y termino el maquillaje, que no es gran cosa, pero al menos esconde las ojeras provocadas por esta noche en blanco. Cuando Nora también acaba, me aliso la camiseta blanca que me he puesto y me miro al espejo: no parezco una persona que va a su propia exposición, pero ya me compraré ropa bonita para eventos si termino en algún museo.

—Estás genial —apunta Cassandra—. Pero cambia la cara, que parece que te estemos llevando al matadero.

Vuelvo a soltar un gemidito y me siento en el banco porque el mundo empieza a girar a mi alrededor.

—Sophie, va a salir todo bien —me dice Nora arrodillándose a mi lado. Le da un pequeño apretón a mi pierna y yo asiento—. Y nosotras estaremos a tu lado, no te preocupes.

Eso me arranca una sonrisa y miro a Cassandra, con ese aire de estrella del rock en la cresta de la ola que no parece muy por la labor.

—Lo sé —contesto, sin embargo—. Solo son los nervios. Nunca he enseñado mis fotos a nadie.

—Pues deberías —me sorprende apostillando Cassandra; suspira cuando lo dice, como si le costara la vida ser amable—: son muy buenas.

Nora no puede contenerse y se acerca a la hermana de su novio a darle un abrazo mientras esta lucha por deshacer el contacto. Sin embargo, que lo diga ella tiene, de alguna manera, más impacto que si lo dice alguien que me conoce desde siempre (como Liam).

Me pongo en pie de un salto que me cuesta apoyarme un segundo en las taquillas, y cojo la mochila del trabajo.

—¿Vamos?

Nora me sonríe y se cuelga de mi brazo como suele hacer Lisa. Echa una mirada significativa a Cassandra y ella suspira y claudica,

colocándose a mi otro lado pero sin tocarme.

—Vamos —dice al fin.

Y las tres salimos a la calle dispuestas a celebrar mi trabajo.



The Clapham North sigue exactamente igual que como lo recordaba: la pintura azul cerúleo de la fachada, las mesas en la terraza cercadas por vallas del mismo color y los farolillos que a estas horas, y aunque hemos llegado pronto, ya iluminan la calle oscura.

Volver se me hace extraño, y también el hecho de que Steve, que siempre trataba de racanearme las propinas, salga a recibirme como si fuera su hija perdida. En cuanto puedo deshacerme de su abrazo, veo las fotografías enmarcadas en las paredes, dispuestas como si fuera un museo, y las tarjetas de color crudo que hay a su lado. No sé cuánto tiempo paso así, mirándolas desde lejos y siendo consciente de que ya hay clientes que las han visto aunque todavía no sea la hora oficial; que hay personas ajenas que han podido juzgar mi trabajo de forma positiva o negativa.

Me da vértigo, pero también me despierta un pequeño cosquilleo en las puntas de los dedos parecido al que me invade cuando siento la necesidad de coger una cámara.

Me acerco a una de Nora, la que estaba en la invitación que me preparó Liam, y veo que en las tarjetitas color crema están todas las especificaciones habituales: cámara empleada, lugar, año, mi nombre...

Mi nombre.

«Foto tomada por Sophia L. Henderson».

Quiero chillar.

—Oye, hijo, ¿eres tú el de esa foto?

La voz de una mujer mayor me saca de la ensoñación donde, en lugar del pub, me encuentro en la Tate y tengo que dar una visita guiada a unos galeristas interesados en la colección. Para mi sorpresa, está hablando con Liam, que se encuentra a unos pasos de mí, seguramente dándome mi espacio para que asimile lo real que es todo esto.

Él sonríe con amabilidad, siempre tan correcto.

—Pues sí. Fue tomada en Carnaby Street —explica.

—¿Y está a la venta? Me ha gustado mucho...

Pero antes de que Liam pueda responder, me adelanto y me coloco a su lado, frotándome las manos con nerviosismo.

—De momento, no —respondo, porque de repente quiero quedarme todas y cada una de ellas y, si eso, ofrecer otras diferentes.

Sé que no es el mejor movimiento para un artista incipiente, pero...

—Qué pena —dice entonces la mujer. Detrás de ella aparece una adolescente que parece totalmente avergonzada—. A mi nieta le has gustado mucho.

Normal, es el chico más guapo del planeta.

—¡Abuela!

Liam se ríe y yo siento un pellizco en la boca del estómago que deshace el nudo que lleva formándose desde la mañana. Mientras abuela y nieta se marchan («Me parece mucho más guapo que los chicos descamisados que te cuelgas en las paredes, Carrie»), yo saludo por fin a Liam como se merece: con un beso y manteniéndome medio abrazada a su cuerpo cuando nos separamos.

Una palmada hace que dé un respingo, y la cara sonriente de Lisa aparece de pronto en mi campo de visión. Como siempre, está espectacular; parece que, de verdad, va a la inauguración de una exposición y no a un evento en un pub de barrio.

—En fin, ¿qué te parece?

Miro a mi alrededor y niego con la cabeza, sin terminar de creerme que todo esto sea por mí.

—Es perfecto, no sé qué decir. Muchísimas gracias, Lisa.

Ella hace un gesto con la mano, como quitándole importancia.

—Ha sido trabajo de todos. Yo he escogido la decoración —explica, y entonces me percato de que todas las fotografías cuentan con una serie de luces que les dan protagonismo y que, sobra decir, no estaban cuando yo trabajaba aquí—, Anika ha impreso las fotografías en un sitio que hace trabajos para el restaurante de sus padres, Nora ha diseñado las tarjetitas que las acompañan, Cassandra ha conseguido el anuncio en *The Guardian*...

Miro a la aludida con los ojos como platos y ella se encoge de hombros y me guiña un ojo.

—¿Qué?, ¿pensabas que toda mi vida era Hamleys? Por favor, Sophie, que compartimos cama...

—... y Liam lo ha puesto todo en marcha —concluye Lisa orgullosa.

—¿Y Cody? —pregunto, porque no lo ha incluido.

Anika pone los ojos en blanco cuando se acerca a nosotros.

—Cody no ha molestado, que ya es bastante.

El comentario arranca una oleada de risas contagiosas que me quitan de encima los pocos nervios que me quedaban. Aun así, no suelto a Liam, por si de repente me voy al suelo. Pero me doy cuenta de que me da igual si no viene nadie (de hecho, hay una

ínfima parte de mí que casi lo prefiere) porque hoy va a ser una tarde para recordar.



A las seis, empieza a llenarse el pub. No sé hasta qué punto la gente que entra viene por el sitio en sí o por la exposición, pero Steve no da abasto con las bebidas. Algunos de los clientes que ya estaban antes se acercan a ver mejor las fotografías e incluso se interesan por quién es la tal Sophia L. Henderson.

De momento, sin embargo, yo me mantengo en el anonimato y dejo que Lisa y Cody, que ha hecho honor a su palabra y ha traído a un buen puñado de amigos, les digan que la conocerán pronto, cuando dé comienzo la inauguración.

Inauguración, qué palabra tan grande para una persona que se siente tan pequeñita, como yo.

—Soph —me llama Liam con el móvil en la mano—, mira esto antes de que des tu discurso, anda.

—¡¿Discurso?!

Supongo que es lo normal en este tipo de actos, claro, pero no sé qué decir. ¿Debería haberme preparado algo anoche? Estaba tan nerviosa con todo que no caí en la cuenta y ahora voy a hacer el ridículo más absoluto.

Por suerte, Liam siempre está ahí para salvarme. Me tiende sus cascos y el ruido de fondo desaparece al tiempo que la cara de Jordan ocupa toda la pantalla del teléfono que Liam sostiene. Es un vídeo, claro, porque en Perth es demasiado tarde para que haga una videollamada, pero consigue el efecto deseado y centro toda mi atención en la cara de mi mejor amiga.

—Bueno, Soph —dice sonriente, en esa cama que ya conozco de memoria por haberla visto a través de la webcam—, por fin es la exposición. Solo quería mandarte todo mi ánimo y decirte que te mereces esto; que ojalá estuviera ahí para ver como te vuelves totalmente loca de nervios, pero Liam va a grabarlo todo y me lo mandará, y así parecerá que lo he vivido también. —Hace una pausa y coge aire. Yo también estoy emocionada, pero consigo mantener la compostura a duras penas—. Que sepas que las fotos las he escogido yo, así que espero que te parezcan bien. Son mis favoritas y yo... —Se estira fuera de cámara y aparece de nuevo con un marco de madera en el que ha colocado una instantánea de ella. La pega a su pecho, con cariño—. Tengo un pedacito aquí. Te quiero mucho. ¡¡¡Mucha mierda!!!

El vídeo se termina inmediatamente después y yo devuelvo los cascos a Liam mientras él bloquea el teléfono.

—¿Y bien? —pregunta.

Me cuelgo de su cuello y esbozo la sonrisa más amplia de la historia.

—Vamos a dar ese discurso.

—Eso es lo que quería oír —me anima colocando una mano en mi espalda—. Adelante, Sophie: es tu momento.

Carraspeo, pero solo los que están justo a mi lado se giran para mirarme. Liam tampoco es una de esas personas a las que les guste ser el centro de atención, por eso oigo como Anika suspira y se lleva los dedos a los labios para silbar. El efecto es inmediato: decenas de cabezas se centran en mí y yo me siento, de nuevo, pequeñita, pero con un foco en la cabeza.

Así que decido hacerme grande.

—Eh..., hola —digo, y Nora me alienta a alzar más la voz con un gesto de la mano—. Hola —repito, esta vez más alto—. Soy Sophi...

a —me corrijo a tiempo—, la autora de estas fotografías. Quería daros la bienvenida a *Lights of life*.

Sonrío a Liam, que me está grabando como bien ha prometido a Jordan. Y es ese gesto, junto con la mirada orgullosa que tiene tras la pantalla, lo que me da el impulso para seguir.

—Me encantan los retratos y me encanta jugar con la iluminación de cada momento del día. Todos los que vais a ver son de personas a las que quiero, son la forma en que yo los veo —explico con una sonrisa—. Así que muchas gracias a ellos por hacerlo posible y a vosotros por venir.

Menos mal que sobreviene una ola de aplausos, porque no sabía qué más decir. Varias personas se acercan a darme la enhorabuena y yo empiezo a repetir las mismas cosas todo el rato: «Gracias», «Estoy muy emocionada» y «Ha sido toda una sorpresa, sí». Las voces se entremezclan y empiezo a agobiarme un poco, hasta que entre el gentío oigo un acento que conozco demasiado bien.

—A ver, paso, que soy el hermano de la artista, por favor. ¡Quita, coño!

Donovan aparta de malas maneras al chaval que lo ha ignorado y llega hasta mí con una sonrisa, un ramo de flores y Callum. No sabía lo mucho que quería que mi hermano estuviera aquí hasta que lo veo, y entonces me lanzo a darle un abrazo, aunque nosotros no somos de demostrarnos el cariño en exceso.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto pasando de él a Callum y, después, cogiendo mi ramo de flores y oliendo las violetas que han escogido.

No tengo flor favorita, pero son moradas y ese sí es mi color favorito.

—¿Cómo íbamos a perdernos esto, Soph? —Donovan chasquea la lengua.

—Liam nos avisó cuando vinimos a visitaros y reservamos el día —añade Callum.

—Espera, ¿hace más de un mes? —Ambos asienten y yo busco a Liam con la mirada; lo encuentro hablando con un grupito, así que decido no molestarlo, pero me apunto darle las gracias de todas las formas que me quedan cuando lo tenga a solas—. ¿Y os quedáis el finde?

Callum niega con la cabeza.

—Hacemos noche en un hotel cercano. —No me da tiempo a protestar, porque entonces prosigue—: Mañana salimos muy pronto de vuelta a Birmingham.

—Tenemos entradas para un *escape room* con unos amigos —explica Donovan, y aunque sé que seguramente sea mentira y lo que tengan sea algo de nuestra familia, agradezco el gesto.

—Entonces, tendremos que aprovechar la noche —digo—. ¿Queréis unas cervezas?

—¡Invitas a la primera ronda! —grita mi hermano.

De camino a la barra, los pierdo porque otro grupito de personas me para y me preguntan por alguna de las fotografías, así que les hablo sobre el proceso que hay detrás, sobre mi equipo, sobre los ajustes que empleo. Alguien me pone una cerveza en la mano y voy bebiendo a sorbitos cuando puedo. Aún no he terminado de hablar con ellos y ya están los colegas de Cody esperándome, con este hablando maravillas de mí como solo un amigo podría hacer.

Y después de ellos vienen otros.

Y luego otros.

Y hay más cerveza, pero no la suficiente para emborracharme. Simplemente, estoy ebria de felicidad. No hago más que sonreír, que reírme, que hablar, hablar, hablar, hasta que la garganta seca me pide beber y termino mi segundo botellín.

El sonido de las voces me abruma y llega un punto en el que ni siquiera hablar de lo que más me gusta en el mundo es suficiente excusa para mantenerme dentro del pub: necesito aire, recargar las pilas. Si pudiera, me iría a casa, pero hay algo que me ancla a quedarme y es que me he vuelto adicta a la sensación de que lo que hago gusta a la gente.

Espero no acostumbrarme nunca a ella.

He buscado a Liam por todo el pub, pero cuando no lo veo decido que le mandaré un mensaje desde la calle por si él también quiere tomarse un respiro y, así, contarle todo lo que ha pasado hasta ahora. Sin embargo, en cuanto la puerta se cierra a mi espalda, y el ruido de la gente queda amortiguado, veo que está justo aquí, apoyado contra la pared y con un botellín de cerveza entre las manos, cabizbajo.

Me mira tan pronto como capta mis pasos. Quizá debería preguntarle si está bien, pero doy por supuesto que él también se ha agobiado, así que me acerco riendo. No quiero que piense que estoy borracha, porque no es así, por lo que me concentro en caminar recto a pesar de que tengo la cabeza dando vueltas.

—Te estaba buscando —comento cuando llego a su lado—. Ha venido un grupito de chicos que vieron el anuncio que alguien puso por redes sociales. Creo que fue Cody, aunque a lo mejor es cosa de Lisa. En cualquier caso, ha sido genial y uno de ellos quiere publicar un pequeño artículo en la revista de su facultad. —Hago un gesto con las manos, como si me explotara la cabeza—. Ah, y ya he visto a Callum y a Donovan. Muchísimas gracias, Li, me ha hecho mucha ilusión. Ahora que lo pienso, no sé dónde he dejado el ramo...

—Me marcho.

La verborrea se me corta al instante, justo cuando me giro hacia Liam con tanta rapidez que siento de nuevo un mareo.

—¿Qué? ¿A dónde? —Y lo comprendo—. Espera, ¿te encuentras mal?

Busco su cara, preocupada, porque a lo mejor sí le pasa algo y por eso no me ha avisado. Liam siempre me sobreprotege, no querría que nada me arruinara la noche, pero su bienestar siempre va a estar por encima de todo esto, así que, sea a donde sea, iré con él.

—No, Sophie. Me marcho, ¿entiendes?

Niego con la cabeza, sin comprender. Entonces Liam me agarra de las muñecas para que deje de intentar buscar alguna dolencia inexistente y veo que ha estado llorando. Sus ojos azules parecen manchas de acuarela demasiado aguada, y las pecas de su cara dibujan constelaciones unidas por líneas de agua salada.

No sé qué está pasando. Siento que me falta el aire.

—No, no. ¿Es una broma? —Estoy histérica de repente, yo también tengo ganas de llorar—. Porque no me hace gracia, Liam. Vamos a casa, venga. —Intento tironear de él para entrar en el pub, coger nuestros abrigos y llamar a un Uber, pero él no se mueve, solo me mira con toda la pena del mundo concentrada en esos ojos tan bonitos que ahora me dan tanto miedo—. No pasa nada, vamos a casa.

Respira hondo y puedo notar lo mucho que le duele hacerlo, el sollozo que le sobreviene antes de decir:

—Me voy a Estados Unidos, Sophie.

De pronto estoy en una cámara de vacío. Sin ruido de voces, sin nada. Solo Liam y yo. Solo su figura iluminada por uno de los farolillos que ha instalado Steve desde que no trabajo aquí y la mía en la más absoluta oscuridad.

—¿Qué...?

—Me marcho —repite, y cada una de esas dos palabras se me clava en el pecho como una daga—. Y lo mío sí que es para siempre.

Algo cae al suelo y se rompe. Suena a cristal, pero es mi corazón.

Capítulo 32

El duelo



—¿Y te lo dijo así, sin más?

Llevo desde anoche funcionando en piloto automático, por lo que apenas soy consciente de que asiento a la pregunta de Nora. Tampoco de que ella pone una mueca de preocupación.

Extiende la mano para coger la mía y me da un pequeño apretón. Estamos en nuestra hora de la comida, en el Greggs donde me dijo que éramos amigas, y apenas he tocado el rollo de salchicha que he pedido. No tengo hambre y dudo que vaya a tenerla en algún momento próximo.

—Ay, no...

Respiro hondo y cojo un pellizco de pan, aunque sea por mantener las manos ocupadas. Sé que Nora espera algún tipo de explicación exhaustiva, pero lo cierto es que la conversación con Liam (si es que se le puede llamar así a lo de anoche) no fue muy esclarecedora. En cuanto dijo esas palabras que no se me van a olvidar en la vida, disocié. No es algo que me ocurra a menudo, así que ha sido Nora quien ha puesto nombre a la sensación que tuve de estar viéndolo todo desde fuera de mi cuerpo. Como si le estuviera ocurriendo a otra persona y yo tan solo captara retazos.

Me paso la lengua por los labios, que siguen sabiendo salado a pesar de que no he llorado desde que esta mañana me he despertado en una cama vacía.

—Dijo que había logrado que lo cogieran en un musical en Nueva York —explico, con la garganta tan seca que cada palabra me duele. Hoy estoy en caja porque Nora ha insistido en que otra de nuestras compañeras me cambiara el puesto y, así, no tuviera que hablar demasiado ni fingir ser feliz con la parafernalia habitual—, que el padre de Lisa es el productor y le consiguió la audición.

Es todo tan surrealista...

Nora me tiende el botellín de agua y yo cambio el trocito de pan por el plástico fresco, pero no bebo. Sigo hablando de todo como si no lo hubiera vivido y, a la vez, fuera la que sufre todas las consecuencias.

—Me dijo que no sabía cuándo contármelo —inconscientemente, dejo escapar una carcajada seca que creo que también resonó en mi pecho anoche—, que se va a principios de enero.

Oigo el sonido de una silla arañando el suelo y, al segundo siguiente, Nora está sentada a mi lado y me ha abrazado. No me quejo, ni intento deshacer el contacto a los pocos segundos como ocurriría de normal. No tengo fuerzas y, además, es agradable.

Me dejo hacer.

—Cassandra vio que tardabas mucho en entrar y nos dijo de salir a buscarte por si te había pasado algo.

Qué sorpresa está siendo la encargada. Supongo que de eso va la vida: de sorpresas. Unas buenas y otras muy malas.

—Liam estaba contigo y tú estabas hiperventilando —explica Nora tratando de unir las piezas de lo que, *a priori*, iba a ser una noche perfecta—. Nos asustamos mucho, así que fuimos contigo en el Uber

a casa mientras Cody, Lisa y Anika se quedaban a despedir a los invitados.

Dejo escapar un bufido ante la mención de Lisa, y Nora lo nota, porque me da un pequeño apretón en el brazo en respuesta. No dice nada de dónde estaba Liam y se lo agradezco: descubrir que se quedó atrás me dolería, pero, si estuvo pendiente de mí, me dolería aún más.

Vuelvo a coger aire por la boca y me incorporo poco a poco, con una sonrisa de agradecimiento sincero, aunque ahora mismo tenga pocas cosas por las que estar agradecida. Nora, sin embargo, no vuelve a su sitio, sino que permanece a mi lado y puedo ver como los mecanismos de su cabeza están trabajando. Puedo anticipar que va a hacer de abogada del diablo incluso antes de que hable, porque así es ella: incapaz de ver la maldad en los demás.

—Seguro que ha sido algo repentino, Soph —dice asintiendo—. O le han adelantado la fecha y se ha visto arrinconado.

—Sí, seguro.

Pero no estoy convencida. Hace unas semanas, horas, incluso, habría jurado por lo más sagrado que Liam no podría hacer nada mal en esta vida. Ahora, no obstante, soy la prueba fehaciente de que algo ha fallado en el sistema.

Sea lo que sea lo que pasó por la cabeza de Liam anoche, o en todo este tiempo, ya puestos, hoy no estoy dispuesta a averiguarlo. Es una suerte que a estas horas esté ya en Dublín con su familia y no vaya a tener que verlo en los siguientes tres días.

Una suerte y una maldición, porque una parte de mí, la más masoquista, quiere que le diga a la cara por qué escogió una noche en la que había puesto tanto empeño para soltar la bomba.

La otra, la más grande, todavía está recomponiéndose y busca los trocitos que perdió en la entrada de The Clapham North.

Capítulo 33

Negación



—Me voy a Estados Unidos, Sophie. Me marcho. Y lo mío sí que es para siempre.



No he comido nada en todo el día y no tengo hambre. Cuando llego del trabajo, a una casa vacía, voy directa a la cama que comparto (¿compartía?) con Liam y me meto bajo las mantas con Romeo a mi lado, en uno de los pocos momentos que debe de sentir empatía hacia mí.

Lo entendí mal. He llegado a esa conclusión después de darle muchas vueltas: Liam quería decir «por un tiempo», pero los nervios le jugaron una mala pasada. Es eso, ¿verdad? Le ha salido una oportunidad y tiene que ir a Nueva York, pero va a regresar, ¿no?

Tiene que serlo. Nora estaba en lo cierto: ha sido todo precipitado y seguramente no sepa toda la historia.

Cojo el teléfono para preguntárselo, pero veo que no tengo ningún mensaje suyo, ni siquiera para avisarme de que ha aterrizado sano y

salvo en Irlanda, y decido dejarlo estar por el momento. Silencio tanto su conversación como la de Jordan, que está a rebosar de mensajes sin respuesta.

No, Liam nunca me haría eso. Nunca se iría de forma tan repentina, él no es así.

«¿O sí lo es?».

Cierro los ojos con fuerza y me abrazo el pecho, sintiendo que, si no ejerzo presión, voy a romperme hasta que no haya forma de reconstruirme.

Capítulo 34

Tristeza



—¿Y por qué me la das ahora?

Liam se encoge de hombros, distraído.

—Supongo que porque es el momento.

[...]

—Soph. —Arranca la partitura del atril y la mete a toda prisa en la carpeta donde guarda sus composiciones—. No te he oído.

[...]

—Bueno, un día tú estarás ahí, tocando sobre juglares, y yo seré la persona más orgullosa de todo el teatro.

La mirada de Liam se ensombrece apenas un segundo.

—Ya veremos.



Siento que me ahogo y que solo consigo respirar cuando llego a casa. Me deshago de la bufanda que me constriñe el cuello, de la ropa que me molesta, y por segundo día consecutivo me meto en la

cama después del trabajo y me tapo hasta arriba con la funda nórdica.

Hoy, sin embargo, no puedo dejar de llorar. Todo lo que me he aguantado las ocho horas de mi turno y todo lo que he ido rumiando en el metro de vuelta a casa.

Siento que realmente nunca he sido suficiente para Liam y él lo sabía, por eso ha decidido ocultármelo todo hasta el último momento; que yo no entro en sus planes, en su idílica vida como pianista de éxito.

No fui lo bastante buena para Jordan, no soy lo bastante buena para Liam, nunca seré lo bastante buena para nadie.

Sophie, la que sobra.

Sophie, la que la caga.

Sophie, la egoísta, la celosa, la que se queda atrás.

Romeo se cuela bajo el nórdico y se apoya en mi pecho, en el hueco que forman mis rodillas. Su cercanía, lejos de tranquilizarme, solo me recuerda la presencia de alguien que no está y que pensaba que nunca iba a faltar.

Y lo único que puedo hacer es llorar.

Capítulo 35

Ira



—Entonces —Jordan rompe el silencio cómodo que ha seguido a la bromita. Tiene las cejas arqueadas y cara de algo parecido a la preocupación—, ¿Liam te lo ha contado?

—¿Que era virgen? Sí, claro.

[...]

—Por Liam —dice Lisa—. Estoy muy orgullosa de lo que has conseguido.



Hace horas que estoy despierta. Después de llorar toda la pena que cabe en mi cuerpo, me quedé dormida durante un rato y me desperté sintiendo que me estaba dando un ataque al corazón. El dolor en el pecho era tan fuerte que hasta Romeo se asustó.

El ataque de ansiedad ha decidido reproducir en mi cabeza cada momento de estos meses en que creo que Liam podría haberme contado lo de Nueva York. Poco a poco, como una película a la que le cuesta arrancar, he dejado de estar triste y he pasado a estar

furiosa. El punto de no retorno ha sido recordar el brindis de Lisa, ese que estaba claro que no era porque Liam se hubiera lanzado conmigo.

Qué puta ilusa, si estaba cantado.

¿Y la pregunta rarita de Jordan? En el momento no le di mayor importancia, pero ¿por qué la formularía de esa manera y no me diría, directamente, que qué tal enseñándole en la cama? Ella no es así, no se anda con rodeos. Si tiene que decir algo, lo dice.

Cuando quiero darme cuenta, estoy volviendo a sentir el dolor en el pecho y solo hay una forma de aplacarlo: gritar. Hundo la cabeza en la almohada y grito hasta que me duele la garganta, hasta que creo que me voy a quedar sin voz. Grito y grito, y después me levanto de un salto y arranco la manta de lana de la cama, cojo las pocas cosas que he trasladado a la habitación de Liam y las tiro a mi cuarto, de donde nunca deberían haber salido.

Siempre he estado a salvo en estas cuatro paredes, no sé por qué me empeñé en pensar lo contrario.

Cierro los ojos y respiro hondo, tratando de aplacar la adrenalina que me corre por las venas. El reloj del móvil marca las seis de la mañana y no tengo ningún mensaje de Liam cuando me meto en su conversación.

«Cobarde de mierda. Cobarde, cobarde, cobarde».

Da igual cómo tratara de pintarse organizándome exposiciones y haciéndome regalos sentimentales, es un cobarde que me ha dejado en la estacada de la peor manera: haciendo que fuera la última en enterarse de una decisión vital que me afectaba directamente.

Esta vez en mi mente, vuelvo a gritar.

Capítulo 36

(Paréntesis para una conversación que no quiero tener)



Ha sido idea de Cassandra. De algún modo, ha alineado nuestros descansos para que Cody, Nora, ella y yo los tuviéramos a la vez y ha sugerido ir a tomar unas cervezas a la salida. Irónicamente, no es lo que más me apetece en el mundo, a pesar de que siempre me apunto a un bombardeo y, sobre todo en los últimos meses, me estoy abriendo a planes nuevos. Lo que me gustaría es volver a casa y seguir descargando mi rabia hasta que no pueda más y me quede dormida y me dé cuenta de que todo esto es una pesadilla.

Pero Liam vuelve hoy de Irlanda, así que «casa» también significa «verlo», y de eso aún tengo menos ganas. Por eso agradezco que mis amigos ignoren mis quejas y me engatusen para acompañarlos (aunque sé que solo salen por mí) un ratito.

Sin embargo, cuando por fin acaba nuestro turno infernal, entre los transeúntes de Oxford Street hay una persona a la que reconozco de inmediato. Aunque, claramente, acaba de salir de trabajar y ha venido corriendo, sigue pareciendo una modelo.

Noto la presencia de Cassandra a mi lado, como un perro guardián, cuando Lisa se acerca a mí, lo cual me parecería cómico

en cualquier otra situación.

—No me va a morder —le digo.

Pero la chica no se mueve ni un milímetro.

Ahora que está más cerca, puedo ver las ojeras que luce Lisa, algo que pensaba que era genéticamente imposible en ella, además de algunos mechones oscuros despeinados en su perfecto corte por debajo de las orejas.

Otra novedad de Lisa es que nunca la he visto tan contenida como cuando me saluda con un gesto de la mano. Ese huracán que solo habla, pregunta y se cuelga de mi brazo parece que ha desaparecido y yo no puedo evitar preguntarme si no era una fachada.

—No quiero hablar contigo —digo, antes de darle la oportunidad a ella—. Estoy muy cabreada.

—Lo entiendo. Pero si me dieras la oportunidad de explicarme, por favor...

Mi carcajada seca la corta.

—¿Para qué? Si ya te lo has tenido que pasar superbién a mi costa, sabiendo que Liam iba a dejarme en nada.

—No, Sophie, por favor. —Lisa se adelanta y me agarra de las manos, pero yo doy un paso hacia atrás, como si su contacto quemara, y veo como sus ojos castaños se tiñen de dolor. Una parte de mí se siente mal al instante—. Entiendo que estés enfadada, pero solo quiero hablar. Media hora, como mucho, te lo prometo.

No sé qué es lo que me impulsa a asentir sin que mi cabeza lo procese todo por completo. Quizá es que sigo queriendo comprender qué llevó a Liam a decirme que se marchaba de forma tan repentina, o que, pese a estar enfadada con ella, aún siento cariño por Lisa y llevo muy mal lo de desprenderme de las personas, aunque crea que tengo motivos para ello.

Sea como sea, suspiro y me giro en dirección a Cassandra, que tiene las cejas arqueadas, y le pido que vayan ellos al pub y ya los pillaré.

—¿Seguro? —inquiere fulminando a Lisa con la mirada. Pero Cassandra no es de los que interfieren en asuntos ajenos, así que acaba cediendo—. Cualquier cosa, nos avisas.

Nora y Cody no dicen nada, la primera solo me da un apretón en el hombro antes de marcharse y eso es suficiente para sentir que, si la situación no es del todo cómoda, o no quiero estar en ella, tengo una vía de escape.

Cuando por fin nos dejan solas, me cruzo de brazos en una especie de mecanismo de defensa.

—Habla —pido, aunque más bien parece una exigencia.

—Vamos a un sitio más tranquilo, Soph. —Ante la reticencia que puede leer en mi mueca, añade—: No creo que en mitad de la calle sea el mejor sitio. Puedes irte cuando quieras, de verdad.

Y, aunque me cueste, tengo que darle la razón. No sé muy bien qué tiene que contarme, ni tampoco cómo me lo voy a tomar, así que prefiero cierta intimidad y una cafetería es un lugar lo bastante público como para quitar la incomodidad del cara a cara, pero no tanto como para sentir que todos a nuestro alrededor están escuchando la conversación.



Acabamos en un Costa, resguardadas del frío y con un chocolate caliente y lleno de nata delante. Está a tope, pero la gente, o está trabajando en silencio, o mantiene sus asuntos en susurros. Lisa y yo llevamos un rato calladas, yo jugueteando con la larga cuchara

que me han dado hasta que la nata se ha disuelto con el chocolate y ella mirándome, supongo que a la espera del momento idóneo para hablar, o a lo mejor aguarda a que yo diga algo.

Sea como sea, ni hay un momento que vaya a ser mejor que otro ni yo voy a iniciar la conversación, y ella parece darse cuenta cuando suspira y apoya los brazos en la mesa para quedar más cerca de mí, ligeramente inclinada.

Nuestros asuntos también van a mantenerse en susurros.

—Me enteré de que Liam tocaba el piano hace poco más de medio año. —Empieza a hablar, pero yo no alzo la vista de mi chocolate, terca. No sé qué tiene que ver eso con nada—. Aunque llevábamos tiempo trabajando juntos, cuando me movieron a su planta comencé a conocerlo mejor. Ya sabes que a Liam le cuesta coger confianza, así que fue toda una sorpresa saber de su sueño de formar parte de un musical.

Me dan ganas de decirle que ni siquiera con más de once años de amistad la cosa cambia, pero me contengo y Lisa toma mi silencio como una invitación a continuar.

—Mi padre trabaja, justo, como productor de obras de teatro. Musicales, sobre todo.

—¿Por eso no me lo dijiste cuando hablamos de tu familia? —la corto, y sé que la pregunta la ha pillado por sorpresa cuando parpadea confusa.

—No —responde, con el ceño fruncido y los hombros tensos—. Simplemente, no lo vi relevante. Ya sabes que no me gusta hablar de mi familia demasiado; sobre todo, cuando estoy conociendo a otra persona.

Tengo que concederle el hecho de que cuando fuimos a por el regalo de Anika fue la primera vez que quedamos a solas y ya me dejó claro que odia los prejuicios.

Asiento para que continúe. Lisa se relaja un poco y se pasa una mano por el pelo, despeinándoselo. Creo que nunca la había visto así y no puedo evitar que, como antes, me desarme un poco.

—El caso es que yo sabía que estaba inmerso en un nuevo proyecto de Off Broadway. ¿Sabes lo que es? —Niego con la cabeza —. Son producciones para un público menor, con menos presupuesto. Hay muchos musicales que empezaron por ahí, como *Hamilton*. Digamos que a veces se emplea de campo de pruebas. No sé mucho más.

Liam me ha hablado tanto de *Hamilton*, y ha puesto tan a menudo sus canciones mientras nos tocaba zafarrancho de limpieza, que a estas alturas no me hace falta ver la obra para saber de qué va y conocer su éxito.

Me lo imagino ahí, al lado de grandes nombres y haciendo historia, y una oleada de orgullo hace que me revuelva en la silla, porque a pesar de todo sigue doliendo.

—Lo de mi padre no es una obra ya conocida, como digo, y de hecho los creadores querían sangre nueva para la producción, así que pedí a Liam que se grabara tocando una de las canciones para enviársela al director de orquesta, como una audición.

—¿Qué canción? —la interrumpo.

—¿Cómo...?

—Que qué canción le pediste que tocara —repito.

—Es original, parte del musical. Se llama «In my dreams».

Puedo leer en los ojos de Lisa que no entiende el porqué de la pregunta, pero para mí tiene todo el sentido del mundo: es el título de la partitura que pensaba que era para mí. Me autoconvencí de que la había escrito Liam, pero él nunca dijo nada al respecto.

Al final, veía lo que quería ver.

Asiento para mí, con una sensación extraña en el cuerpo, y le hago un gesto con la mano para que siga. Sé que Lisa se debate entre preguntarme o acabar la conversación de una vez por todas, pero ambas sabemos que es mejor que haga lo segundo. Al menos, por ahora.

Carraspea y se remueve en la silla.

—Al director de orquesta le encantó y pidió que Liam se uniera a los ensayos inmediatamente, pero él dijo que necesitaba pensarlo todo. Al principio creí que estaba loco por dejar pasar una oportunidad así, pero entonces me habló de Jordan y, sobre todo, de ti, y lo comprendí. Yo también estaría reticente si mi sueño pasara por alejarme de Anika —explica.

Cojo aire por la boca, con la vista fija en la condensación del vaso de chocolate que todavía no he tocado. Quiero acabar con esto cuanto antes, porque las palabras de Lisa están revolviendo algo dentro de mí que no sé si voy a ser capaz de aguantar durante mucho tiempo.

—Al cabo de unas semanas, el director de orquesta exigió una respuesta y convencí a Liam de que aprovechara la oportunidad. —Se produce un silencio y alzo la cabeza para mirar a Lisa, que se está mordiendo el labio con tanta fuerza que casi puedo ver las heridas al formarse—. Pero no fue para alejarlo de ti, Sophie, tienes que creerme. Es una oportunidad única, el trabajo con el que siempre ha soñado... ¿No querrías tú misma verlo brillar?

Pues claro que me gustaría. Claro que siempre lo he imaginado siendo parte de una compañía. Joder, si hace unas semanas le estaba diciendo que sería la persona más orgullosa de la sala si un día veía su nombre en el libreto de un musical.

—Sigue —pido, con un hilo de voz y escondiendo las manos bajo las piernas, para evitar que me tiemblen más de lo que ya lo hacen.

—Después de aceptar, Liam me dijo un día que no podía mudarse todavía. Fue cuando Jordan consiguió la excedencia —relata Lisa, y yo recuerdo ese momento como si fuera ayer—. Para ti había sido un palo y quería hablar contigo y tratar de convencerte para que te marcharas con él y buscaras trabajo de fotógrafa.

El hecho de que Liam lo atrasara todo por mí me da ganas de vomitar. Soy consciente de que, en perspectiva, me tomé demasiado a pecho que Jordan se fuera a Australia, pero no sabía que, por otra parte, mi mejor amigo, mi posterior novio, estaba tratando de hacerme el menor daño posible.

Al menos, al principio.

La voz de Lisa, ahora, suena como ruido blanco de fondo mientras me dice que la producción decidió darle hasta final de año y pusieron de fecha para unirse físicamente en enero. Mientras tanto, Liam ensayaría en remoto.

—Cuando empezasteis a salir, supe que la cosa se estaba complicando. —Lisa suspira.

—Pero podría habérmelo dicho antes —intervengo, y esta vez sí la miro a los ojos—. Desde octubre a ahora...

—Lo sé —me corta Lisa asintiendo—. Llevo meses pidiéndole que te lo cuente. Cuando fuimos a la fiesta de Hamleys pensaba... No sé, os veía tan bien que me convencí de que tenías que saberlo y lo habías apoyado, porque él también estaba reluciente. Por eso sugerí el brindis.

Las piezas del puzle acaban por unirse con esto último que dice. Tiene sentido, ¿verdad? Y, en realidad, no puedo echarle la culpa de nada: Lisa solo ha sido una buena amiga que quiere ver a Liam crecer. Ella no tiene la culpa de cómo él lo haya gestionado todo.

O de cómo yo haya gestionado la marcha de Jordan y todo lo que ha provocado, sin yo saberlo.

El chocolate ya está frío cuando doy un sorbito que sirve para ganar algo de tiempo mientras me recompongo del terremoto que han supuesto las palabras de Lisa.

—Digamos que te creo —suelto, y sé que Lisa es consciente de que estoy tratando de reconstruir la coraza de antes—. ¿No debería ser él quien me lo explicara?

Ella asiente, rápido.

—Sí, claro. Pero necesitaba que vieras que no queríamos hacerte daño, ni él ni yo. —Vuelve a morderse los labios un segundo, en un silencio breve—. Sé lo mal que lo has pasado por Jordan, pero, Sophie, es su sueño.

No hace falta que me lo recalque porque soy dolorosamente consciente de ello. Respiro hondo y miro al techo para impedir que las lágrimas, que han ido cayendo intermitentes estos días, hagan acto de presencia ahora.

—Deja que hable contigo, por favor. Dale la oportunidad que me has dado a mí —me pide Lisa.

—No puedo —respondo al momento, y me encojo de hombros—. Ahora mismo, no puedo.

Sé que me comprende, o que al menos me respeta, cuando no me rebate, sino que extiende la mano para coger la mía, como hizo Nora cuando se lo conté todo. Sin embargo, se refrena en el último momento y la deja sobre la mesa, entre las dos.

—De verdad que te considero mi amiga, Sophie —dice, y son palabras que no me esperaba en este momento, pero que suenan totalmente sinceras y vulnerables—. Siento mucho haberte hecho daño de alguna manera, pero quiero que sepas que, pase lo que pase, yo estaré aquí.

Aparto la vista, incómoda de repente. Estoy tan cansada que ni siquiera puedo soltar algún comentario mordaz al respecto; nada de

lo que esta mañana me inundaba las venas y amenazaba con destruir a todos y todo lo que me rodea.

Porque en el fondo sé que tiene razón. El problema es que sigo dolida y no sé cuándo voy a dejar de estarlo.

Capítulo 37

Negociación



—Al principio creí que estaba loco por dejar pasar una oportunidad así, pero entonces me habló de Jordan y, sobre todo, de ti, y lo comprendí. Yo también estaría reticente si mi sueño pasara por alejarme de Anika —explica Lisa.



Por primera vez en tres días, Romeo no ha salido a buscarme cuando he llegado a casa, pero sí me llama en cuanto oye las llaves.

Sé perfectamente dónde y con quién se encuentra, y el corazón se me salta un latido cuando veo la maleta de mano que ha quedado olvidada en la entrada. Cierro los ojos un segundo y cojo aire antes de pasar al salón.

Liam parece cansado, pero sigue siendo el chico más guapo que he visto nunca. También el más kamikaze, a juzgar por cómo se ha resignado a acariciar a Romeo. No sé si es su penitencia por todo, pero...

—¿Cuándo te vas? —pregunto con los brazos cruzados sobre el pecho.

De nuevo, la coraza que he levantado con Lisa al principio; esa que impide que me eche a llorar solo por tenerlo a unos centímetros de distancia que me gustaría recortar. Hay muchas cosas que me gustaría haber hecho diferente, pero ni él ni yo podemos cambiarlas porque el resultado siempre sería el mismo: Liam seguiría yéndose a Nueva York mientras que yo me quedo en Londres.

—El 7 de enero.

No puedo evitarlo: su respuesta me arranca una carcajada seca, irónica, algo sorprendida.

—O sea, que ya lo has tenido que avisar en el trabajo hace tiempo —razono. Él tan solo asiente—. Pues muy bien.

Lo oigo moverse en el sofá, pero yo ya he salido.

—Espera, ¡Sophie!

Doy un portazo y sé que se encuentra al otro lado, sin esperar a que salga, pero deseando que lo haga, de la misma forma que una parte de mí reza para que llame.

No lo hace.

Yo, tampoco.

Cuando me tiro en la cama, no estoy triste como ayer, ni enfadada como esta mañana. Ahora, estoy vacía.

Y ese sentimiento me da incluso más miedo que los anteriores.

Capítulo 38

(Segundo paréntesis para una conversación necesaria)



Hace una semana, no pensaba que pasaría mi primer día libre desde Navidad encerrada en mi habitación. Creía que Liam y yo lo aprovecharíamos (porque él tampoco trabaja) haciendo algo juntos. Que quizá quitaríamos las decoraciones, o que iríamos a hacer la compra. Que nos prepararíamos para Nochevieja, o que nos encerraríamos en casa recuperando los días que ha estado en Dublín.

Pero la realidad es que no me he movido de la cama ni al despertarme después de las escasas horas que he dormido, ni cuando he oído el sonido de la ducha pared con pared. No me he movido cuando mi estómago se ha quejado del hambre por culpa de haberme saltado ayer la cena, ni cuando Romeo ha rascado la puerta pidiéndome entrar.

Tampoco me muevo cuando oigo como Liam llama, con una educación que resulta rara entre nosotros.

—¿Puedo pasar? —pregunta.

Al cabo de unos minutos, sin embargo, y a pesar de mi falta de respuesta positiva, termina entrando en la habitación y oigo como

deja una taza y un plato en mi mesilla de noche.

Siempre tan atento, excepto cuando tuvo que serlo.

El colchón se hunde bajo su peso, sentado en un extremo de la cama, el más alejado de mí porque yo misma no dejo que se acerque. Tampoco lo miro, dándole la espalda. Las horas de insomnio han dado para mucho, sobre todo para admitir la derrota y la realidad de que, pase lo que pase, sigo queriéndolo muchísimo. Y como ocurrió con Jordan, lo quiero feliz, incluso si eso pasa por mudarse a la otra punta del planeta.

Pero, como también ocurrió con Jordan, necesito tiempo para asimilarlo y una conversación que comienza cuando creo que el silencio se va a estirar hasta que no demos más de nosotros mismos.

—No sabes la de veces que he estado a punto de decírtelo —oigo a Liam entonces, su voz áspera, como si no la hubiera empleado en mucho tiempo—. Pero con lo de Jordan tan reciente y tú superándolo... Sophie, sé lo duro que ha sido para ti.

Respiro hondo y me llevo una mano al pecho, tratando de controlar al corazón que amenaza con salir si no lo contengo.

—Cuando reunía el valor, siempre pasaba algo: o tenías una recaída con lo de Jordan, o resurgías de las cenizas más brillante que nunca, y no me sentía capaz ni de hundirte más ni de apagar tu luz, Soph.

Aprovecho que no me ve la cara para llorar en silencio las lágrimas que no derramé ayer. Me duele tantísimo existir que no sé cómo he podido hacerlo estos días.

Tampoco sé cómo seré capaz de hacerlo de ahora en adelante.

Y, sin embargo, esto es exactamente de lo que trata vivir, tal y como lo ha descrito Liam: de hundirme y volver a la superficie una y otra vez. Aprender de los errores, ser mejor.

Creo que soy mejor.

Quiero pensar que soy mejor.

Cuando vuelve a hablar, su voz suena húmeda y sé que él también está llorando. Tengo que reprimir el impulso que me empuja a abrazarlo, a recomponerlo con los trocitos que quedan de mí.

Me cuesta toda la fuerza de voluntad del mundo, pero no me muevo.

—Las únicas que lo sabían eran Lisa y Jordan. Lisa porque...

—Ya lo sé —lo corto, porque no quiero volver a escuchar la misma historia, sino que me cuente la suya.

Quiero que Liam se abra como yo he hecho tantas veces durante estos meses, cuando le he confiado cómo me sentía con respecto a él, con respecto a Jordan y con respecto a mí.

Lo oigo coger aire de manera entrecortada y lo imagino asintiendo para sí como cada vez que tiene que hacer algo importante.

—Lo de Jordan fue cuando ya estaba en Australia —continúa—. Necesitaba su consejo y ella se enfadó mucho.

Esbozo una sonrisa triste cuando la visualizo en su habitación de Perth, tan soleada y agradable, usando todos los insultos posibles para Liam a través de una videollamada bastante más oscura e incómoda. Me parece increíble y, a la vez, tremendamente irónico que las dos personas a las que más quiero en la vida se hayan propuesto protegerme y, sin quererlo, me hayan hecho daño de la misma manera.

Aunque meter en el mismo saco a Jordan y a Liam es injusto y hasta yo me doy cuenta.

—¿Por qué no me contaste lo del proceso de audición? —le pregunto, con la vista fija en la pared—. Pasaron meses, Liam.

Él se calla durante tanto tiempo que empiezo a dudar que me conteste, pero entonces suspira y se mueve, y mi lado del colchón

también se mece.

—No quería hacerme ilusiones. —Tan simple y sincero como eso; parece que no admitir que algo bueno nos puede pasar a nosotros es una de las mil cosas que tenemos en común—. No sabía si iba a salir y tampoco quería hacerte pasar por... esto si no era nada seguro —concluye.

Sorbe por la nariz y oigo el sollozo que, aun así, se empeña en acallar. Quiero incorporarme y abrazarlo. Quiero hundir la cara en su cuello. Quiero, quiero, quiero...

—Después, no supe gestionarlo. Me vi hasta las cejas y... —Deja la frase inconclusa y vuelve a moverse en el colchón—. Lo siento muchísimo, Sophie. Si pudiera volver atrás en el tiempo...

—Me besaste —lo acuso, incorporándome de golpe y con una fuerza que hace que me maree. Pero ahora, cara a cara, siento como ese resentimiento inicial que me ha llevado a sacar el inicio de nuestra relación se evapora y deja paso a la necesidad de saber el porqué. Por qué se lanzó si sabía que lo nuestro iba a tener fecha de caducidad cuando como amigos teníamos todo un futuro por delante a prueba de distancia—. Me besaste y yo pensé...

—Lo sé —dice, y ahora en sus ojos azules de acuarela aguada veo algo que hace mucho que no brillaba: determinación, fiereza—. Pero a riesgo de sonar capullo, de eso es de lo único que no me arrepiento. Porque, Sophie, decirte lo que llevaba años guardando, y que me correspondieras, ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.

Noto la garganta seca, la cabeza ingrávida.

—Te quiero, joder. Te quiero muchísimo. —Poco a poco, de forma involuntaria, nuestros cuerpos han ido inclinándose hacia el otro, como dos imanes que no pueden repelerse; dos fuerzas que es imposible separar—. Y la he cagado mucho, pero eso no quita que te

quiera y que, por tratar de protegerte, haya terminado haciéndote más daño del que podría perdonarme.

Asiento despacio y me doy cuenta de que ya no estoy llorando tanto como antes. Como si mi reserva de lágrimas se estuviera agotando poco a poco.

Liam adelanta la mano y casi noto el roce de sus dedos contra los míos, pero, como ayer Lisa, él también se retracta y la deja caer a mi lado. Tan pegada que sería muy sencillo establecer contacto: solo tendría que estirar el meñique y lo estaría acariciando.

Pero no puedo. Por mucho que quiera, seguimos en medio de una conversación llena de verdades incómodas y confesiones que arañan el alma.

—Lisa me dijo que querías que me fuera contigo —logro decir. Él asiente, con pesadumbre—. ¿Y por qué no me lo pediste?

—Porque primero teníamos que pasar por esto —explica haciendo un gesto que nos abarca a ambos, a la cama, a la situación en que nos encontramos.

—¿Y por qué no me lo pides ahora, Liam?

No soy consciente de que estoy conteniendo el aliento hasta que responde, con una sonrisa tan triste que duele:

—Porque no vas a venir.

Lo dice con una convicción que me sorprende, pero tiene razón. Una vez más, Liam sabe leerme de forma tan sencilla que es casi insultante.

No, no voy a ir a Nueva York. Tampoco lo sabía hasta que lo ha dicho.

Maldito Liam, siempre un paso por delante de mí, anticipándose a mis movimientos. Hasta ahora pensaba que era una virtud, pero precisamente por anticiparse estamos aquí ahora.

Lo miro una última vez y vuelvo a tumbarme en la cama de espaldas a él, exhausta.

—Necesito estar sola, Li. Por favor.

No hace falta que lo repita, porque, apenas un par de latidos después, oigo como la puerta se cierra con cuidado y sé que estoy sola de nuevo. Casi, porque sigo teniendo a mis pensamientos. Esos que me susurran que, aunque Liam lo ha hecho mal, está genuinamente arrepentido; que es la oportunidad de su vida y, como me dijo Lisa, ¿no me gustaría a mí verlo feliz mientras hace lo que más le gusta?

Como pasó con Jordan, solo quiero que se quede conmigo, pero, a diferencia de aquellas semanas de octubre, ahora odiaría ser la razón que le impide brillar, aun a miles de kilómetros de distancia y donde su luz no me alcanza. No soy la única que merece disfrutar de su talento. Ni siquiera yo soy tan egoísta.

Me limpio la cara con las mangas de la sudadera y busco a tientas la manta que me regaló Liam en Nochebuena. Cuando me envuelvo con ella, casi parece que sea él quien me está abrazando con todos esos recuerdos felices que componen nuestra historia.

Por primera vez en días, cuando cierro los ojos lo siento a mi lado y me encuentro en paz. Entonces sé que, de alguna manera, he terminado este duelo extraño que empezó la noche del 26 de diciembre a las puertas de una exposición en mi honor.

Capítulo 39

Aceptación



Si esta fuera una Nochevieja normal, estaría segura de que esta noche tendría el plan de siempre.

Pero no es una Nochevieja normal, así que dudo que siga en pie la tradición de ir hasta Primrose Hill a la salida del trabajo, a ese rinconcito que hemos reclamado como nuestro después de seis 31 de diciembre, y ver los fuegos artificiales mientras comemos sushi y bebemos cerveza que sabe a pis y de la que luego nos quejamos.

Sé que ya estoy sola en casa porque he oído a Liam irse al trabajo hace rato. Aunque puedo salir a la cocina sin miedo a cruzármelo, no lo hago. Da igual que lo único que lleve en el cuerpo en las últimas veinticuatro horas sean el sándwich que me entró ayer y el café que ya estaba helado cuando me lo tomé.

Respiro hondo y me estiro, notando cada músculo agarrotado en el proceso. Por primera vez en lo que me parecen semanas, entro en el móvil y abro la conversación con Jordan. Las notificaciones están en los dos dígitos, pero sé que no podría haberles hecho frente antes.

Al principio, son mensajes normales:

Jor: Tía, qué guapa vas y vaya ramo el de tu hermano. ¡¡¡Cuéntame todo cuando acabes!!!
Jor: Por cierto, Liam me ha mandado todos los vídeos, dile que se compre un trípode porque le tiembla el pulso.
Jor: Tía, ¿qué tal fue?
Jor: [imagen]
Jor: Hoy hace un día genial, qué mierda que tenga que trabajar.

Después, mientras Liam estaba en Dublín, se nota la preocupación de mi mejor amiga por mi falta de respuesta:

Jor: Oye, Sophie, ¿estás bien?
Jor: ¿Ha pasado algo? Solo dime sí o no.
Jor: Tía, ni Liam ni tú respondéis, ¿qué ha pasado?

Supongo que, en algún momento, hablaría con Liam o con Donovan, porque el resto son variaciones de un «Llámame, por favor» que sé que la ha mantenido en vilo. Me muerdo los labios, culpable por haberla tenido así tanto tiempo, y estoy a punto de responder cuando recibo otro mensaje:

Jor: A riesgo de sonar creepy, ahora que te veo conectada, ¿podemos hablar?

Una parte de mí, esa que es cada vez más pequeña pero que sigue picando como una herida mal curada, quiere decirle que no porque continúa enfadada, pero la otra ha admitido que Jordan no tiene la culpa. Ni Lisa.

Ni tampoco Liam.

De algún modo, sé que hablar con mi mejor amiga va a ayudarme, como siempre. Por eso, me incorporo y presiono el botón

para llamarla porque no pienso mantener esta conversación por mensaje, ni siquiera por audios interminables de los que nos gustan a nosotras y que nos ponemos de fondo mientras hacemos cosas.

Descuelga al momento; está en una cafetería bulliciosa y me hace un gesto para que espere mientras se pone los cascos.

—¿Me oyes?

—Sí, sí.

—Genial.

Ha llegado la hora de tener La Conversación.

Aunque soy consciente de que tengo un aspecto horrible (no me he duchado en dos días y, ya puestos, tampoco me he movido demasiado de la cama), Jordan tampoco se ve mejor. Está limpia, al menos, pero se le nota la preocupación.

—¿Cómo estás? —pregunta.

Agradezco que no empiece echándome en cara los días desaparecida. Supongo que cuando alguien la puso al día de lo que había pasado supo que aparecería cuando quisiera, como un mago que no llega pronto ni tarde, sino cuando se lo propone.

Sin embargo, el vaivén de estados anímicos de estos días me ha dejado para el arrastre y no puedo darle una respuesta concreta, así que me limito a encogerme de hombros.

Jordan asiente, comprendiendo la situación.

—Escucha, siento muchísimo...

—No, Jordan —la corto cansada—. No es culpa tuya. Esto era algo que Liam y yo teníamos que gestionar. Los dos solos.

Estoy harta de buscar culpables donde no los hay: al principio, Cassandra era la mala porque Jordan quisiera visitar a su familia; después, Lisa y Jordan por ocultarme lo de Liam... Es agotador, pero creo que todo esto me ha servido para darme cuenta de que

necesito dejar de idealizar a las personas y, sobre todo, hacerlas el centro de mi vida cuando ellas mismas tienen la suya.

—No estoy enfadada, ¿sabes? Con ninguno de los dos —digo entonces—. Creo que saber que no vas a volver a Londres para quedarte me produce cierta paz. —Me encojo de hombros—. A lo mejor ya hice el duelo antes de que te marcharas y lo que necesitaba era una confirmación para poder pasar página.

Es la primera vez que pongo en palabras este sentimiento. Cuando lo hablé con Liam, todavía estaba rumiándolo todo y no creo que fuera lo suficientemente clara. Ahora, sin embargo, siento que de verdad me he quitado un peso de encima. Me noto más ligera y también un poco mejor conmigo misma.

Al otro lado del mundo, Jordan esboza una pequeña sonrisa.

—A decir verdad, yo no sabía que querría quedarme cuando lo planifiqué todo —confiesa—. Fue paulatino, conforme conocía más a Dawn y veía que echaba mucho de menos a mi familia de aquí.

Y la entiendo.

Y, por supuesto, no puedo culparla de ello.

—Pero te debía una conversación, Soph. Te debía decírtelo directamente y quería hacerlo bien, no por mensaje.

Al decir eso, el silencio de Liam mientras estaba en Dublín cobra sentido: él tampoco querría decir nada de esa manera; esperaba poder hablarlo en persona, estaba dándome mi espacio y yo me cerré en banda cuando entró en mi habitación.

A mi favor diré que tres días no fueron suficientes: con Jordan tardé mucho más en hacer las paces con la idea de su marcha.

—Gracias —le digo sincera—. Y perdona por no haber estado disponible.

Jordan chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—No seas imbécil, lo entiendo.

Las dos nos reímos y sé que, también, ambas nos estamos aguantando las ganas de llorar. Ella porque está en un sitio público y yo porque bastante he llorado ya esta semana. Y porque, qué narices, al final esto no es un adiós definitivo, sino un «hasta luego». Como dijo Jordan: yo siempre seré su persona y ella la mía, como Christina Yang y Meredith Grey, como Marissa Cooper y Summer Roberts, como el Doctor y su acompañante.

—Piensa —suelta Jordan de repente— que ahora tienes casa en Australia.

—Y cerca de la playa —añado.

—Sí. Sé que es un concepto extraño para ti, pero las playas existen y no están hechas de piedrecitas.

—Oye, que he estado en una playa de arena.

—Sophie, tus sueños no cuentan.

Si la tuviera delante, ahora mismo le daría un golpe en el hombro. Sin embargo, tengo que contentarme con sacarle la lengua y estallar en carcajadas. Me alegra ver que nunca vamos a perder nuestra esencia, que era algo que me preocupaba.

—Bueno —digo, al cabo de un rato y cuando lo único que queda de las carcajadas es ese dolor en la barriga que te recuerda el buen rato—, ¿me vas a contar qué tal con Dawn o tengo que preguntarle a ella misma?

Jordan bufa, pero se nota que le encanta hablar de su novia y de los planes que han hecho en Navidades: una barbacoa, ver a Papá Noel, llenar de nieve artificial el restaurante donde, ahora sí, la han contratado legalmente (menos mal)...

—¡Ah! ¿Te he hablado alguna vez de la canción típica de aquí?

—¿Un villancico? —aventuro, pero por la cara que pone Jordan sé que no.

—No de los que escuchamos allí.

«No de los que nos pone Liam», ha querido decir, pero agradezco que no lo haya sacado a colación, sobre todo ahora que estamos teniendo la mejor conversación en semanas entre nosotras.

—Se llama «Six White Boomers» —me explica.

Honestamente, no sé ni qué decir.

—*Boomers* como... ¿el insulto?, ¿«qué *boomer* eres»?

—Son una generación, Sophie, no seas tan irrespetuosa.

Le dedico una peineta que la hace reír y, entonces, carraspea y, ni corta ni perezosa, se arranca a cantar en medio de la cafetería. Al principio, bajito. Luego, cuando un coro de voces le siguen el rollo (qué raros son los australianos, yo ni muerta hago eso), con más confianza.

Al final, lo que iba a ser una demostración para que conociera sus costumbres se ha convertido en un *flashmob* improvisado.

—*Six white boomers, snow white boomers, racing Santa Claus through the blazing sun. Six white boomers, snow white boomers, on their Australian run...*

Hay personas que se colocan detrás de Jordan y hacen algún baile que, seguro, tiene sentido en Australia, pero que a mí me deja alucinada. Cuando terminan, oigo un montón de aplausos a los que me uno con ganas, atrayendo la atención de Romeo, que, por primera vez en lo que va de día, se cuela por la puerta entreabierta y busca un hueco entre las sábanas para echarse a dormir (no sin antes lanzarme una mirada cargada de rencor por haberlo privado de su hamaca y por estar haciendo ruido). Lo acaricio, distraída.

—Entiendo que *boomer* no se refiere a nuestros padres —razono con las cejas arqueadas.

—Ah, no, claro. Es como llamamos aquí a los canguros. Ya te acostumbrarás.

Sonrío. A Jordan se le ha ido pegando el acento *aussie* paulatinamente, pero ahora, después de haber cantado lo que allí consideran una canción navideña, se le nota más que nunca.

—Ha sido una conversación muy educativa, pero tengo que prepararme la comida e irme a trabajar —anuncio.

Jordan asiente y, entonces, pone voz a esa pregunta que me he hecho cuando me he levantado:

—¿Vas a ir a Primrose Hill?

Respiro hondo e ignoro el pinchazo que me da en el centro del pecho. Ya no hay rastro de la sonrisa de hace apenas unos minutos.

—No creo.

—Ve por mí, anda —me anima Jordan—. Y me grabas los fuegos.

Sé perfectamente lo que está haciendo y, aun así, dejo que lo haga. No sé si ha hablado con Liam sobre esta noche, pero tampoco pregunto.

A los pies de la cama, la manta de cuadraditos de colores parece estar llamándome a gritos. Me pregunto cuántos de ellos habrán surgido a partir de Nocheviejas helándonos el culo mientras bebíamos cerveza barata en una de las zonas más pijas de Londres.

—Puede —respondo distraída.

También me pregunto si, a pesar de estar terminada, puede haber lugar para uno más.

Capítulo 40

Todo el tiempo del mundo



El metro está a rebosar, a pesar de que es bastante tarde. La gente que quisiera ver los fuegos artificiales ya tendría que haber cogido un buen sitio y los que no, ya deberían estar en casa.

Este año, sin embargo, parece lleno de excepciones a la regla y he de aguantar todo el trayecto hasta Primrose Hill rodeada de matasuegras y personas que ya van borrachas. Siento envidia, y no solo por su estado de ebriedad: estoy segura de que ninguno de ellos se ha tenido que quedar hasta pasadas las diez cuadrando caja.

Lo bueno del sitio que descubrimos Jordan, Liam y yo en nuestro primer año en Londres es que nunca lo ocupa nadie. Está casi al fondo del parque y, sí, se ven las celebraciones, pero jamás he conseguido sacar una foto digna de los fuegos artificiales. Aun así, es nuestro preferido porque lo hemos hecho nuestro. Lo visitamos una vez al año y continúa como siempre, como si todas las Nocheviejas que hemos pasado en él no le hicieran mella.

Me gusta pensar que se queda congelado en el tiempo, aunque sé que no es así.

Cuando me separo del grupo más grande, hundo la nariz en la bufanda de *Hazbin Hotel* para hacer frente al viento cortante que amenaza con congelarme hasta los huesos. Sigo los pasos de siempre: a la izquierda en cuanto se entra, bordear el perímetro durante cinco minutos y luego continuar hacia delante hasta ese espacio que hemos reclamado. Solo que, cuando llego, ya hay alguien en él.

Liam se levanta de las toallas viejas que usamos siempre para sentarnos y me mira, con un asomo de sonrisa en los labios. Se nota a la legua que él ha podido pasar por casa antes, porque trae pintas de ser humano y el pelo anaranjado parece esponjoso.

No me había dado cuenta, pero se lo cortó en Dublín y ahora está incluso más guapo que antes.

—Pensaba que estarías en casa —es lo único que me sale decir, porque es cierto.

Yo he venido porque Jordan me ha obligado, ¿no?

—Yo sabía que vendrías.

No, yo he venido porque esperaba encontrármelo. Esbozo una sonrisa y lo sobrepaso para dejar la mochila y tomar asiento sobre las toallas. A mi alrededor, el banquete de todos los años: sushi, patatas fritas de bolsa y un par de botellas de cerveza. Lo cierto es que estoy hambrienta, así que saco la tapa del contenedor del sushi y me meto entera en la boca una de las piezas. Uf, es de salmón, mi favorito.

—¿De SUSHISAMBA?

Liam asiente, divertido, y durante un instante me olvido de todo y dejo escapar un pequeño gemido de placer. Debe de ser el restaurante más caro en el que he estado nunca, pero si hablamos de sushi es donde tienen mi preferido. Normalmente, sin embargo,

nos contentamos con cualquier bandeja de Tesco porque lo importante es pasar de año juntos, no quedarnos pobres.

Pero ese instante se termina y vuelvo a sentir como se erige un muro invisible entre nosotros. Y quiero derribarlo, porque no me apetece pasar el resto de los días que nos queden juntos como ocurrió con Jordan: pensando que lo voy a perder antes siquiera de perderlo.

Jugueteo con otra de las piezas de sushi, una de edamame.

—Estoy muy orgullosa de ti, Li.

Nunca he dudado de su capacidad, pero conseguir trabajo en una producción de Off Broadway son palabras mayores. No solo es dar un salto al otro lado del charco, sino también empezar a lo grande, y si hay una persona que se lo merece es Liam.

Supongo que mi confesión lo pilla por sorpresa, porque tarda en reaccionar y oigo el nerviosismo en su voz; el no saber si hace bien hablando o debería callarse. Odio provocarle eso.

—Yo también de ti, Sophie.

Niego con la cabeza. No hay ni una sola razón para que el foco esté puesto en mí, mucho menos en este tema. Desde que me fui de casa de mis padres, tengo la necesidad de ser independiente en todo menos en lo emocional. Suplí la carencia de sus figuras con Liam y Jordan y los cargué con un trabajo que no les pertenece.

Llevo estos días dándole vueltas a eso, pero la conversación de esta mañana con Jordan ha acabado por darme el empujón que necesito: tengo que ir a terapia. No puedo supeditar mi vida a las decisiones que toman otros. No es justo para ellos, ni tampoco para mí.

Por eso, me siento muchísimo más ligera cuando digo:

—Pero no voy a irme contigo a Nueva York. Al menos, de momento.

Alzo la cabeza y veo que Liam me está prestando toda su atención. Asiente, despacio, y sé que, si se lo pidiera ahora mismo, se quedaría en Londres, pero no es lo que quiero.

—Quiero despedirme bien de Londres —explico, porque este ha sido mi hogar durante los siete años más increíbles e importantes de mi vida—, quiero irme como tú, con un trabajo. ¿Lo entiendes?

Él asiente y ensancha la sonrisa. Nuestras manos se encuentran a escasos milímetros, sobre las toallas. Es increíble que haya vivido casi veinticinco años sin su roce, sin sus besos, sin él de esta forma, y ahora los cinco días que llevo sin todo eso se me antojen una tortura.

—No esperaba otra cosa de ti, Soph —asegura, lo cual me reconforta.

La distancia entre nuestros dedos se rompe y yo siento una descarga eléctrica. Es la misma que sentí la noche en que me besó, o cada noche después de esa en que me ha cogido de la mano. Es la certeza de que nací para vivir cada uno de estos instantes.

A nuestro alrededor, los más rezagados corren para intentar coger uno de los pocos sitios buenos que quedan de cara a la medianoche.

—Liam, yo... —empiezo a decir, y puedo ver el miedo empezando a formarse en el ceño que frunce—. Quiero que lo intentemos. Esto. A distancia. —Entonces, me doy cuenta de lo egoísta que suena y me llevo la mano a la cara, deshaciendo el contacto—. Solo si tú quieres, claro, porque...

—Sophie. —Liam busca mi mirada con sus ojos, brillantes de felicidad. Entrelaza nuestros dedos y mi estómago da un salto al vacío—. Quiero que lo intentemos, pero me parecía exigirte demasiado.

Niego con la cabeza y llevo su mano a mi mejilla. El contraste entre su piel caliente y la mía, fría, hace que me estremezca. De

nuevo como ayer en la cama, nuestros cuerpos gravitan el uno hacia el otro. Los gritos por la cercanía del fin de año elevan el volumen, pero nosotros estamos en nuestra propia burbuja.

—Siento que nos quede tan poco tiempo —susurra Liam, y está tan cerca de mí que lo oigo perfectamente.

Su aliento me acaricia la cara, nuestros labios casi se han reencontrado.

Alguien empieza la cuenta atrás desde diez.

—No, Liam. En realidad, nos queda todo el del mundo.

Cuando deshacemos la distancia y, por fin, nos besamos, los vítores por 2026 suenan a banda sonora de un reencuentro. A nosotros nos da igual.

Nosotros, de todas formas, vamos a tener muchas Nocheviejas para disfrutar de unos fuegos artificiales que, ahora mismo, explotan de felicidad en mi pecho.

Capítulo 41

Y colorín, colorado...



Cada metro cuadrado del piso está lleno de cajas, maletas y personas. Algunas llevan el nombre de Jordan y otras, las menos, de Liam. Yo tengo que encargarme de que todas lleguen a sus respectivos dueños; las cajas, digo. Las maletas se van con Liam y las personas... también.

La compañía de teatro le ha buscado un piso en una zona que, a juzgar por lo poco que hemos podido ver en Google Maps, no es muy acogedora, pero le hará el papel hasta que pueda encontrar y, más importante, costearse otro.

Romeo está asustado, sobre todo con la presencia de mi hermano, que no hace más que perseguirlo por todas partes para cogerlo en brazos. Callum y yo nos miramos y le doy una pequeña palmada de comprensión.

—Lo siento mucho —digo.

—Es lo que tiene la relación —se resigna él.

Liam sale del baño con el abrigo hecho un lío entre sus brazos y las gafas de ver en mitad del puente de la nariz. Rebusca algo en los bolsillos.

—¿Lo llevas todo?

—Sí, sí.

—¿Pasaporte, cargador del móvil, portátil...?

—Sí, todo en la mochila.

Entonces, saco del bolsillo de mi sudadera una funda de lentillas, la que siempre se olvida de coger él.

—¿Y esto?

Él sonríe y me da un beso rápido.

—No sé qué voy a hacer sin ti.

—Probablemente, acabar con los ojos irritados.

Quizá no debería haber dicho eso, porque ahora Liam ha entrado en pánico pensando que se deja algo y tardamos otros buenos veinte minutos en hacerle entrar en razón y asegurarle que, si es importante, se lo mandaré yo, y si no es que no era imprescindible.

A diferencia de cuando se fue Jordan, en esta ocasión vamos todos hasta el aeropuerto y mentiría si dijera que no tengo una sensación de vértigo en la boca del estómago. Supongo que, en casa, con Liam hecho un manojo de nervios, ha sido sencillo jugar el papel de persona cuerda, pero ahora, con la despedida cada vez más inminente, creo que voy a desmayarme de un momento a otro.

No solo Donovan y Callum nos acompañan, sino que Lisa, Anika, Cody, Nora y Cassandra también han querido despedir a Liam en condiciones, aunque no sé hasta qué punto alguno de ellos está aquí por él y no para impedir que yo vaya corriendo detrás.

Después de facturar la maleta, la procesión de personas se mueve a la zona del control de seguridad. Un tío con pintas de ejecutivo se queja de nosotros y nos apartamos un poco, no sin que antes Cassandra le dedique un corte de mangas y algún insulto entre dientes.

Yo me mantengo al margen mientras Liam va abrazando uno a uno a nuestros amigos y hermanos. Lisa tiene los ojos húmedos, así

que le tiendo un pañuelo de papel y me lo agradece con una sonrisa. Apenas hemos hablado en los últimos días, más porque yo estaba pendiente de Liam y aprovechando todo lo posible los ratitos juntos que por otra cosa, pero creo que, después de la conversación que mantuvimos, nuestra relación va a ir volviendo a su ser poco a poco.

Solo necesitamos dejar fluir las cosas y no forzarlo. Eso es algo que he aprendido en estos meses: a dejar que las cosas sigan su cauce, porque ponerle diques a un río puede llevar a que el agua se desborde.

Liam me deja para el final y los demás nos proporcionan la poca intimidad de que se puede disponer en medio de un aeropuerto concurrido. Todavía tengo ganas de pedirle que se quede, pero mi deseo de que sea feliz es más fuerte.

Me cuelgo de su cuello y lo beso. De fondo, Cassandra se queja, como siempre.

—Idos a un hotel —dice, aunque sin demasiada convicción.

—Tranquila, ya hemos despedido la casa a lo grande —le respondo sin apartar la mirada de Liam.

Oigo el sonido de una arcada y me río. No puedo creer que mañana no me vaya a levantar con este montón de pecas a mi lado; que no sepa cuándo podré volver a contárselas.

Con un suspiro, Liam me abraza y hunde la cara en mi pelo mientras yo trato por todos los medios de no sucumbir a las lágrimas. De momento, lo estoy consiguiendo, pero no prometo nada.

—Todavía no me has preguntado si voy a estar bien —musito contra su jersey.

La risa de Liam me hace cosquillas en el cuello.

—Es que sé que vas a estar bien. —Entonces, se separa lo suficiente como para cogerme la cara entre las manos y añade

mirándome a los ojos—: Eres Sophie, la chica de la que me enamoré con catorce años. Si sobreviviste a perder a tu grupo en el Museo Británico, sobrevives a todo.

Esbozo una sonrisa ante la mención del recuerdo y echo un vistazo de reojo a mis nuevos amigos y a nuestros hermanos. Quizá hace unos meses le habría rebatido esa afirmación (o incluso hace poco más de una semana), pero hoy veo las cosas desde otra perspectiva.

Mañana..., mañana, Dios dirá. Sobre todo porque, si sobreviví a ese día, fue en gran parte gracias a él.

—Sí, voy a estar bien —digo, y le doy un último beso, que Liam aprovecha para colocarme algo mullido y cálido en el cuello.

Cuando nos separamos, me doy cuenta de qué se trata: es una bufanda amarilla. La miro sin comprender, porque ya hablamos de ello, pero Liam se limita a encogerse de hombros y dar un paso hacia atrás.

—Te la debía, Estrellita —es su única explicación, robándole el mote a Jack.

Articulo un «gracias» mudo que no sé si le da tiempo a ver antes de caminar hacia la fila del control. Es más sencillo si no nos miramos, si sigue hacia delante y ya está.

Respiro hondo y me abrazo, en un intento de no romperme.

El pelo anaranjado de Liam desaparece entre el resto de las personas y siento un pinchazo en el pecho. Alguien me pasa un brazo por los hombros y aspiro su colonia cara y elegante.

—Tengo miedo por si la Gran Manzana es demasiado para él —me confía Lisa.

Puede que cualquier otra persona la hubiera tachado de insensible, pero sé que lo dice porque, de todos los presentes, soy

quien mejor conoce a Liam y necesita saber que no hizo mal en empujarlo a coger el trabajo.

Niego con la cabeza y la miro.

—¿Sabes cómo empezó todo esto de las bufandas? —le pregunto, y ella dice que no en voz baja—. Yo estaba destrozada porque pensaba que la había cagado para siempre al perder a mi grupo del colegio y él me dejó la bufanda de su madre para que me limpiara la cara, aunque no nos conocíamos de nada y estaba en la misma situación que yo. —Dejo escapar una pequeña risa—. Después, nunca se la devolví.

Lisa también se ríe, aunque imagino que estará preguntándose qué tiene que ver eso con nada, así que tomo prestadas las palabras de Liam para añadir:

—Si sobrevivió a aquel día en el Museo Británico conmigo, sobrevive a todo.

Y yo, también.

Epílogo

… este cuento no ha hecho más que empezar



Mi último día de 2026 termina en un aeropuerto y mi primer día de 2027 empieza en otro.

Hay 5.567 kilómetros entre Londres y Nueva York y yo acabo de recorrerlos a bordo de un avión y en un asiento de clase turista que me ha dejado totalmente doblada. En cuanto el móvil se conecta a la red wifi del JFK, me entran decenas de notificaciones, la mayoría de ellas del grupo del piso que tengo con Cody, Nora y Cassandra.

Una soltera y media

Cassandra: Sophie, eres una sucia traidora.
Cassandra: Ha sido irte y Cody
y Nora ya se han encerrado en
su habitación.
Cassandra: Esto va a ser muy duro
de soportar.

Esbozo una sonrisa y le mando un montón de emojis de corazones dando a entender que no me da ninguna envidia su situación actual. Después de la marcha de Liam y Jordan de forma definitiva, estuve unas semanas buscando compañeros de piso para compartir gastos. Por desgracia, no encontré a nadie.

Por suerte, Nora y Cody querían mudarse juntos y Cassandra y su mellizo van en *pack*, así que los primeros se quedaron con la habitación de Liam y la segunda, con la de Jordan.

De eso hace poco menos de un año.

Yo: Por cierto, ya he llegado.
Os hablo cuando esté con Liam.

Cassandra: Ojalá me hubiera metido
en tu maleta.

Dejo escapar una carcajada que hace que algunos de los viajeros de mi alrededor me miren raro. Ni harta de cerveza dejaría que Cassandra se mudara con Liam y conmigo a Nueva York. Aunque la convivencia este tiempo ha sido maravillosa, prefiero quererla en la distancia.

Reviso el resto de los mensajes mientras arrastro la maleta por el largo pasillo después de las aduanas, y aviso a todos de mi aterrizaje para que no llamen a la policía (en especial, a mi hermano, que se ha quedado con Romeo y se ha tomado muy en serio su nueva faceta de padre gatuno y exige que responda a todas sus fotos actualizándome sobre su estado casi al instante). Sin embargo, aunque hasta Jordan me ha escrito, a pesar de que ahora nuestra diferencia horaria es mucho mayor (medio día, qué locura), no hay ni rastro de Liam.

Espero que no se haya confundido de fecha, porque no tengo ni idea de moverme por aquí y sería bastante inconveniente tener que matar a mi novio justo el día en que me voy a mudar a otro continente.

Yo: Ya he llegado, ¿estás aquí?

Sigo la riada de gente hasta las puertas de cristal, sin levantar los ojos del teléfono. Entonces entra un mensaje de Liam por fin.

Abuelo: Levanta la vista o te vas a matar.

Bufo entre dientes, pero le hago caso y lo veo en la barandilla de Llegadas, sonriente y con el móvil entre las manos. Había olvidado lo arrebatadoramente guapo que es en persona. Por eso, y porque las ansias de tocarlo empiezan a latirme bajo la piel cada vez más insistentes, corro todo lo que puedo y me lanzo a sus brazos.

Liam me coge al vuelo y me da uno de esos besos que solo parecen reales en las películas, cuando los protagonistas ignoran todo lo que los rodea y solo existen ellos dos.

—Dios, qué ganas tenía de hacer esto —dice él acariciándome la mejilla y volviendo a besarme.

—Sí, el sexo telefónico no es lo mismo —respondo.

Su risa me llena el pecho y me recuerda que he tomado la decisión correcta al venir a Nueva York. Si tenía alguna duda al respecto, cuando me coge de la mano y echamos a andar hacia la salida, se me disipa.

—Te va a encantar la ciudad, tiene muchos rincones para fotografiar —comenta Liam con emoción—. Y en el teatro no pueden esperar a conocerte.

Ah, sí, he venido con trabajo, como prometí. En concreto, voy a ser la encargada de tomar las fotos promocionales de tres obras. Al menos, de momento. Pagan bien y son todas de la misma productora, por lo que hay posibilidades de que me metan en plantilla si les gusta mi trabajo más allá del porfolio que les coló Liam un día.

Estoy muy nerviosa, pero también emocionada. Este 1 de enero de 2027 no solo empieza el nuevo año, sino también mi nueva vida.

Y, como siempre había imaginado, es con Liam a mi lado.

Agradecimientos

Hay algo catártico al acabar un libro. Es la tristeza de dejar ir a unos personajes que ya son tus hijos, pero también la felicidad de cerrar su historia. Mientras escribía *Enhebrados por Navidad*, he vivido mil vidas y, para bien y para mal, poner el punto final a la novela ha sido como decirles adiós en silencio.

La dedicatoria no es casual. Mis amigas son, realmente, los amores de mi vida, de la misma forma que Jordan lo es de Sophie. Son quienes me han cogido de la mano cuando creía que el mundo pesaba demasiado y quienes me han regalado buenas palabras para deshacer la jauría pesimista que a veces me agobia.

Así que gracias, Marta, por dejar que me acurruque a tu lado para empezar este libro a la vez que tú iniciabas tu nueva novela y nos bebíamos unas aguas con misterio después de una noche perfecta. Gracias, Ana, por leerte cada capítulo religiosamente y ayudarme a desenredar los nudos que me hago mentalmente cuando me atasco, siempre con un paseo de por medio y comedias románticas que acaban siendo dramas. Gracias, Myriam, por darme los mejores consejos y estar a una llamada de distancia para aclararme las ideas y demostrarme que nunca camino sola. Gracias, Eva, por soñar conmigo a lo grande y a lo internacional; un día, tú estarás escribiendo estas líneas con gente que sabe de moda. Gracias, Isa, porque verte significa enamorarme de nuevo de la escritura y de mi propia historia; nunca nadie se ha emocionado tanto por cualquier comentario que hago de las ideas que tengo. Gracias, Lore, por

enseñarme lo que es el trabajo duro y hacerme sentir que estoy en casa aun cuando nos separan dos países.

Gracias a Helena (que me ha sacado a pasear cuando estaba acartonada y me recomendó la mejor serie del mundo), a Alba (los lunes siempre son el mejor día de la semana gracias a ti), a Javi (eres y haces magia, mi rey. Gracias por este pedazo de título), a Nanita (uno de los mejores regalos que me ha hecho la literatura es que te cruzaras en mi camino), a Raquel (lo siento mucho por las personas que no te conocen y, por tanto, no saben lo que es tener tu luz en su vida), a Moni (no dejo de aprender de ti día a día), a Afri (estoy muy orgullosa de ti, gracias por enseñarme a brillar), a Vane (este camino lo recorremos juntas, amiga, no lo olvides). Y, por supuesto, a todos los demás que están a un mensaje o «¿Quedamos?» de distancia. Sabéis que os quiero.

Gracias a mis padres y a Dante. A los dos primeros, por entender mi estrés y adecuarse a los planes que siempre «haremos otro día, por favor, que tengo que escribir». Al último, porque prefiero no saber nunca de gatos si eso significa que pude tenerte a mi lado tantos años, osete. Te echo de menos cada día.

Gracias, también, a MatchStories, por confiar de nuevo en mí, y en especial a mi editora, Esther, por darme la excusa perfecta para volver a Londres literal y figuradamente.

A mis lectores, lectoras y cualquiera que se haya topado con este u otro libro mío: sois quienes hacéis que no pierda la ilusión (David, siento que esto no vaya de Josh y Less, pero espero que te haya gustado igual).

A todos los cantantes y grupos que me han acompañado en este viaje de escribir una novela navideña fuera de época (pensabais que me había olvidado del agradecimiento rutinario a One Direction,

¿verdad? Pensabais mal) y a todas las autoras que me han recordado por qué me gustan tanto las historias.

Y, por último, a ti, que si estás aquí es porque has llegado hasta el final. Espero que este libro te haya calentado un poquito el corazón y te deje con la sensación de que, al final, todos tenemos a una persona que nos va a querer incondicionalmente. Sea de la forma que sea.

Banda sonora

«All Too Well», ℗ 2021 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.
High School Musical (álbum), esta compilación ℗ 2006 Walt Disney Records, interpretada por Vanessa Hudgens, Zac Efron, Ashley Tisdale, Lucas Grabeel y Drew Seeley.
«All I Want for Christmas Is You», ℗ 1994 Sony Music Entertainment, interpretada por Mariah Carey.
«A.M.», ℗ 2015 Simco Limited bajo licencia exclusiva de Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por One Direction.
«History», ℗ 2015 Simco Limited bajo licencia exclusiva de Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por One Direction.
«Thank You for the Music», © 1977 Polar Music International AB, interpretada por ABBA.
«Ready to Run», ℗ 2014 Simco Limited bajo licencia exclusiva de Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por One Direction.
«Children of the Sea», ℗ 1980 Warner Records Inc. Comercializado por Rhino Entertainment Company, una compañía de Warner Music Group, interpretada por Black Sabbath.
«Should've Said No», ℗ 2008 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.
«The 1», ℗ 2020 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.
«Miss Americana and The Heartbreak Prince», ℗ 2019 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.
«Lover», ℗ 2019 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.
«Evermore», ℗ 2021 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.
«Bad Blood», ℗ 2014 Apollo A-1 LLC, interpretada por Taylor Swift.
«Six White Boomers», ℗ 2002 Christmas Gold, interpretada por The Goanna Gang.

Notas

1. «¡Tío!», en gaélico irlandés.

Biografía



María Zárate (1990) nació en Zaragoza y decidió que su pasión era el periodismo. Después de estudiar cuatro largos años, se dio cuenta de que aquello no era lo suyo y se reinventó en Madrid, donde cursó un máster de Edición, su verdadera pasión.

Lleva escribiendo desde que tiene uso de razón, casi casi el mismo tiempo que ha pasado roleando con sus amigas personajes que han inspirado muchas de sus novelas.

Hasta el momento ha colaborado en la antología benéfica Melodías de papel con el relato «La música del silencio»; ha publicado La lista, su primera novelette de ciencia ficción, escrita a cuatro manos con Carrie Brooke, y se estrenó en el romance contemporáneo con El año en el que (casi) fuimos.

Además de ser una apasionada de la Navidad y de mantener el árbol desde noviembre hasta febrero, hay tres cosas que le encanta meter en sus novelas: menciones a One Direction, paseos por Londres y los videojuegos.

Encontrarás más información de María en:

Instagram: @maria.zarate

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Enhebrados por Navidad
María Zárate

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Ilustración de la cubierta: Paco Reyes
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Ilustraciones del interior: exxxistence / Shutterstock

© María Zárate, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2025

ISBN: 978-84-08-31096-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



Ni yo tan santa ni tú tan Claus

García, Yanira

9788408310914

408

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ella domina el caos. Él lo provoca. Bienvenidos a la romcom navideña con más tensión del año.

Querido Santa Claus:

No creo que te sorprenda que te escriba para explicarte el lío tan gordo en el que me han metido este año. ¿Ha sido el destino? ¿El karma? ¿Una ingesta de setas alucinógenas? ¿Todo a la vez?

A lo que vamos… **¡Él también está aquí!** ¿Que a quién me refiero? No pongas esa cara, seguro que sabes de quién te hablo. **No te dejes engañar por ese hoyuelo** tan mono horrible que tiene, **ni por la sonrisa** pícara estúpida que sigue usando como arma de destrucción masiva, **ni por ese encanto** que parece deslumbrar a todas. **Sigue siendo tan guapo y sexi imbécil** como siempre.

En fin, Santa, he decidido comportarme como una persona racional. Al fin y al cabo, ¿qué es lo peor que puede pasar? ¿Que me lo encuentre por ahí? ¿Que tropiece y caiga en sus brazos? ¿Que recuerde cuánto lo he echado de menos? ¿Que aún me tiemblen las piernas cuando diga mi nombre? ¿Que quiera comérmelo… a besos?

Repite conmigo, Santa: **no me cae bien. No me gusta. No lo quiero.**

Me crees, ¿verdad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Te encontré en Bisáu

Cámara, Sonia

9788408305156

352

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El legado inolvidable de Sonia Cámara: una historia de amor que rompió todas las barreras.

«Nunca imaginé **el giro que daría mi vida** cuando en abril de 2018 me ofrecieron una misión en Bisáu como enfermera. **Casi diez meses allí lo cambiaron todo.** No solo descubrí un país, **un idioma y una cultura diferentes, sino que además hice amigos que dejaron una huella profunda en mí.** Y, sobre todo, **encontré a Du,** quien se convirtió en **mi compañero.** Pero también tuve que afrontar la dureza de lo que significa un **"amor prohibido"** y los obstáculos diarios para luchar por él.

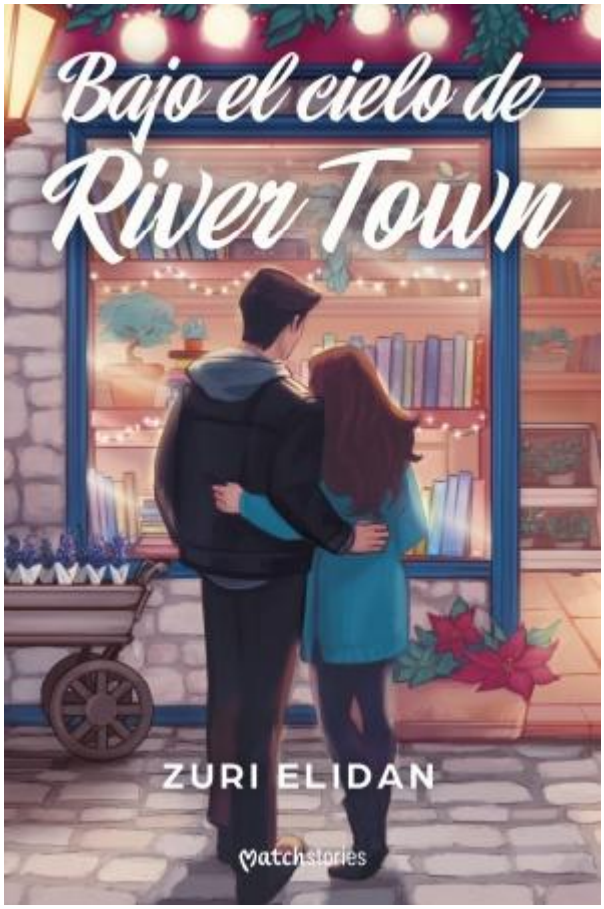
Siempre que compartía mi historia con Du, alguien me decía que debía escribir un libro y contar **el camino que recorrimos para ser quienes fuimos.»**

Este proyecto era el sueño de Sonia, pero la enfermedad no le permitió terminarlo.

Du, el amor de su vida, ha hecho posible que su historia vea la luz. Como una promesa cumplida, como el testimonio de **una historia que merecía ser contada.**

Ahora será también vuestra, como Sonia siempre quiso, como Sonia siempre soñó que sería: **eterna.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Bajo el cielo de River Town

Elidan, Zuri

9788408310846

528

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una historia de amor que te abrazará tan fuerte que te dolerá soltarla.

Empezar de cero no es fácil, pero **Acalia** necesita huir. **River Town** parece el lugar perfecto: allí nadie la conoce y, por primera vez en mucho tiempo, puede respirar tranquila. Lo que no imaginaba era que en ese rincón perdido descubriría el verdadero significado de la **amistad,** la **familia elegida** y, quizá, **el amor.**

Pero no siempre basta con llegar a un lugar nuevo para dejar atrás el pasado. A veces, lo que creías superado vuelve con más fuerza, y lo que parecía estable se tambalea cuando **el miedo** decide por ti.

Un historia que **te rompe y te reconstruye,** con **romance, segundas oportunidades y emociones que enseñan que amar también es volver a confiar**.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Una Navidad muy fun, fun, fun

Maxwell, Megan

9788408296409

464

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una historia de amor tan mágica como la Navidad.

Adriana Peña, técnica de sonido de Navacerrada, **vive tan enamorada del famoso cantante estadounidense Deacon**

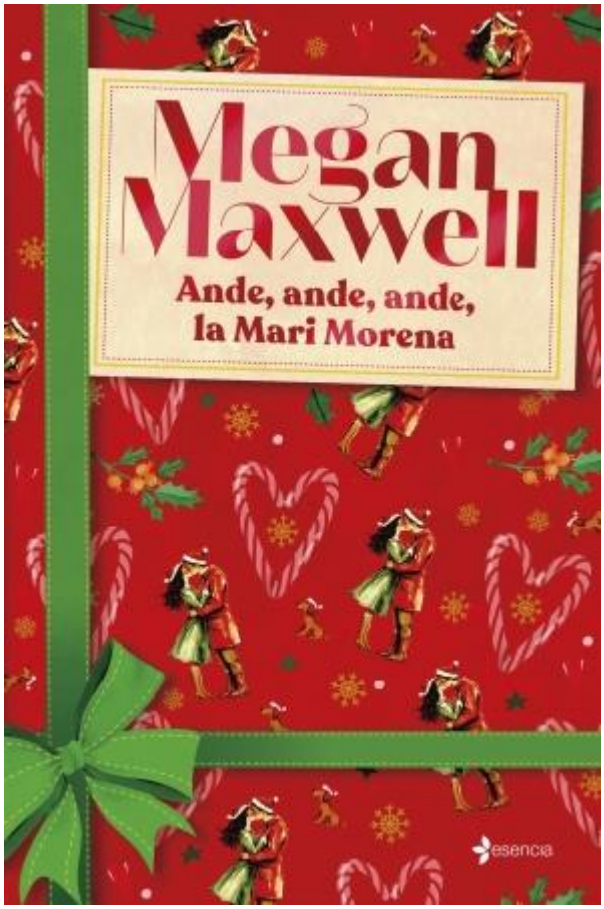
Black que incluso lleva tatuada una frase de una de sus canciones. Por eso, cuando le ofrecen trabajar en la gira asiática de Deacon, acepta emocionada. Aunque su **relación es puramente laboral**, una noche coinciden en el *spa* del hotel y hablan de todo menos de trabajo. Disimular estando a solas con su *crush* se le hace muy difícil, pero debe ser profesional, así que se **calla sus sentimientos**.

Tras una dolorosa ruptura, **Deacon se sumerge en su gira** mundial y no quiere saber nada de su ex. Al finalizar el tour, Adriana **lo invita a pasar las fiestas en su hogar** en Navacerrada. Deacon, que odia la Navidad, acepta sin saber que el espíritu navideño lo espera.

¿Cómo lograrán Deacon y Adriana sobrevivir con sus diferencias?

Una historia de amor ambientada en Navidad con la que soñarás y te enamorarás, y en la que nada de lo que ocurra te dejará indiferente.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Ande, ande, ande, la Mari Morena

Maxwell, Megan

9788408310716

544

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Porque la Navidad no es lo que tenemos, sino a quien tenemos.

A **María**, una morenaza de bandera, urbanita por excelencia, le encantan la ropa buena, los viajes de lujo y los hoteles de varias estrellas y algún cometa. Su vida va viento en popa. Tiene un novio banquero inversionista, dos hermanos a los que adora, dos buenas amigas, una perrita preciosa… Pero lo que más le gusta es **trabajar en la empresa familiar de joyería fundada por su abuelo,** que ahora dirige su padre.

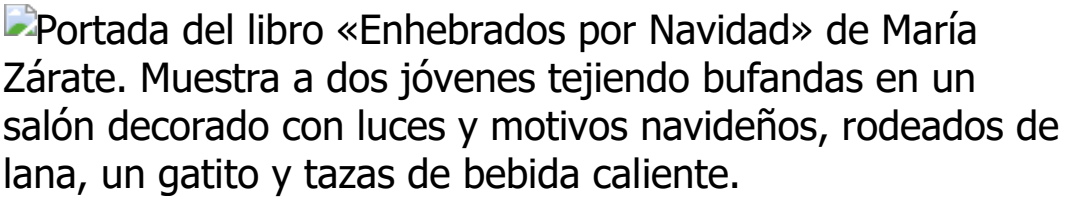
Nicoláses un veterinario que, por circunstancias de la vida, **tuvo que dejar su vida glamurosa** en la que viajaba por todo el mundo **para instalarse en una granja en Galicia.** Es un hombre muy familiar al que le gustan el campo y los animales y, sobre todo, adora a los suyos.

María y Nicolás no pueden ser más diferentes. Pero cuando a ella, de un día para otro, el mundo se le pone del revés y decide hacer un viaje, **sus caminos se cruzan.** Y, cuando el destino, sin avisar, mueve sus hilos (algo que la Navidad propicia, ¡y de qué forma!), **ellos solo pueden dejarse llevar…**

No te pierdas la nueva novela de Megan Maxwell.

¿Estás preparado para volver a creer en la magia de la Navidad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Portada del libro «Enhebrados por Navidad» de María Zárate. Muestra a dos jóvenes tejiendo bufandas en un salón decorado con luces y motivos navideños, rodeados de lana, un gatito y tazas de bebida caliente.